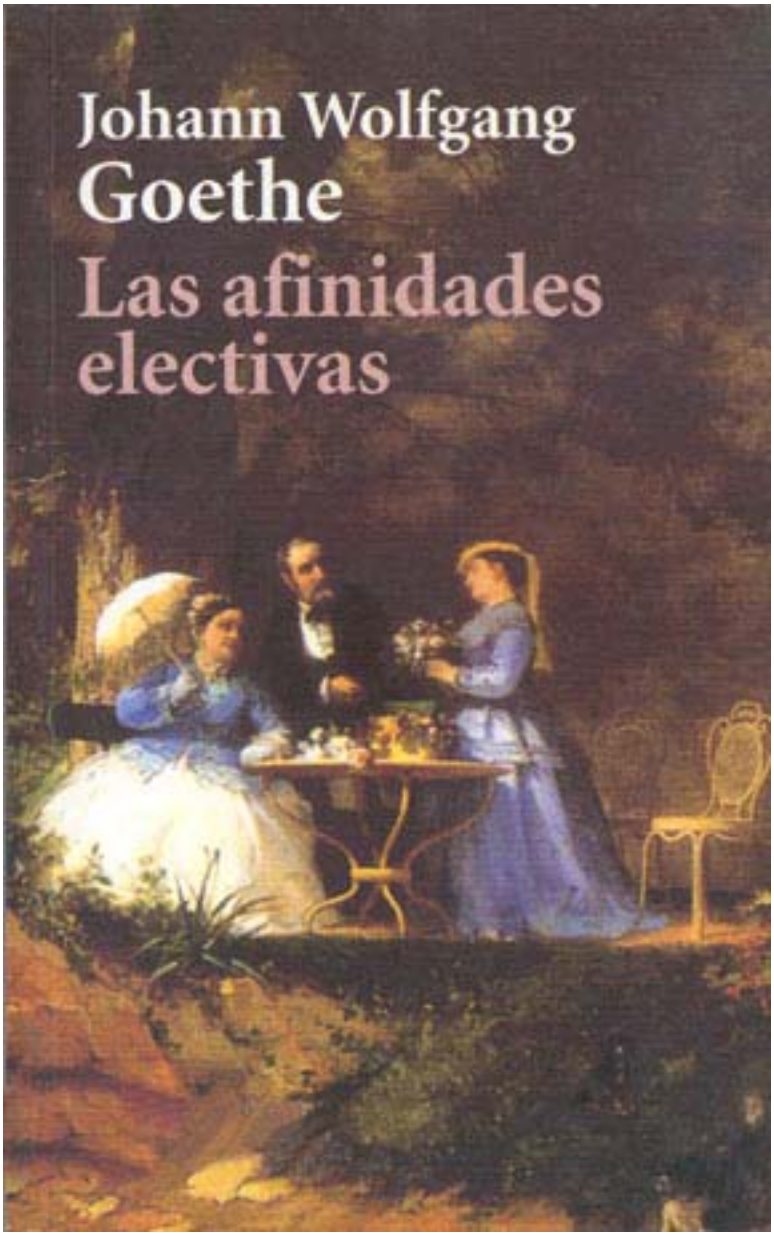
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Johann Wolfgang Goethe

Las afinidades electivas

Primera parte

Capítulo 1

Eduardo, así llamaremos a un rico barón en lo mejor de la edad, Eduardo había pasado en su vivero la hora más agradable de una tarde de abril injertando en árboles jóvenes nuevos brotes recién adquiridos. Acababa de terminar su tarea. Había guardado todas las herramientas en su funda y estaba contemplando su obra con satisfacción cuando entró el jardinero, que se alegró viendo cuán aplicadamente colaboraba su señor.

-¿No has visto a mi esposa? -preguntó Eduardo, mientras se disponía a marchar.

-Allí, en las nuevas instalaciones -replicó el jardinero-. Hoy tiene que quedar acabada la cabaña de musgo que ha construido en la pared de rocas que cuelga frente al castillo. Ha quedado todo muy bonito y estoy seguro de que le gustará al señor. Desde allí se tiene una vista maravillosa: abajo el pueblo, un poco más a la derecha la iglesia, que casi deja seguir teniendo vistas por encima del pináculo de su torre, enfrente el castillo y los jardines.

-Es verdad -dijo Eduardo-, a pocos pasos de aquí pude ver trabajando ala gente.

-Luego -siguió el jardinero-, se abre el valle a la derecha y se puede ver un bonito horizonte por encima de los prados y las arboledas. La senda que sube por las rocas ha quedado preciosa. La verdad es que la señora entiende mucho de esto, da gusto trabajar a sus órdenes.

-Ve a buscarla -dijo Eduardo-, y pídele que me espere. Dile que tengo ganas de conocer su nueva creación y de disfrutar viéndola con ella.

El jardinero se alejó presuroso y Eduardo lo siguió poco después. Bajó por las terrazas, fue supervisando a su paso los invernaderos y los parterres de flores, hasta que llegó al agua, y tras cruzar una pasarela, alcanzó el lugar en donde el sendero que llevaba a las nuevas instalaciones se bifurcaba en dos. Dejó de lado el que atravesaba el cementerio de la iglesia y llevaba en línea casi recta hacia las paredes de rocas y se adentró por el que subía algo más lejos hacia la izquierda pasando a través de agradables bosquecillos; en el punto en el que ambos se encontraban se sentó durante unos instantes en un banco muy bien situado, a continuación emprendió la

auténtica subida por la senda y fue dejándose conducir hasta la cabaña de musgo por un camino a veces más abrupto y otras más suave que iba avanzando a través de una larga serie de escalerillas y descansos.

Carlota recibió a su esposo en el umbral y le hizo sentarse a propósito de manera tal que pudiera ver de un solo golpe de vista a través de la puerta y la ventana los distintos paisajes que, así enmarcados, parecían cuadros. Él se alegró imaginando que la primavera pronto animaría el conjunto mucho más ricamente.

-Sólo tengo una objeción -observó-, la cabaña me parece algo pequeña.

-Pero para nosotros dos es más que suficiente -replicó Carlota.

-Y para un tercero -dijo Eduardo-, supongo que también hay sitio.

-¿Por qué no? -respondió Carlota-, y hasta para un cuarto. Para reuniones más numerosas ya buscaremos otro lugar.

-Pues ya que estamos aquí solos y no hay nada que nos moleste -dijo Eduardo-, y como además también estamos de buen humor y tranquilos, te tengo que confesar que hace ya algún tiempo que me preocupa algo que debo y deseo decirte, sin haber encontrado hasta ahora el momento adecuado para hacerlo.

-Ya te había notado yo algo -indicó Carlota.

-Y tengo que admitir -continuó Eduardo- que si no fuera porque el correo sale mañana temprano y nos tenemos que decidir hoy, tal vez hubiera callado mucho más tiempo.

-¿Pues qué ocurre? -preguntó Carlota animándole amablemente a hablar.

-Se trata de nuestro amigo, el capitán -contestó Eduardo-. Tú ya sabes la triste situación en la que se encuentra actualmente sin culpa ninguna, como le ocurre a muchos otros. Tiene que ser muy doloroso para un hombre de su talento, sus muchos conocimientos y habilidades verse apartado de toda actividad..., pero no quiero guardarme más tiempo lo que deseo para él: me gustaría que lo acogiéramos en nuestra casa durante algún tiempo.

-Eso es algo que merece ser bien meditado y que deberíamos considerar desde más de una perspectiva -replicó Carlota.

-Estoy dispuesto a exponerte mi punto de vista -contestó Eduardo-. Su última carta deja traslucir una callada expresión del más íntimo disgusto, no porque tenga alguna necesidad concreta, porque sabe contentarse con poco *y yo ya le* he procurado lo más necesario; tampoco es que se sienta incómodo por tener que aceptar algo mío, porque a lo largo de nuestra vida hemos ¿contraído mutuamente tantas y tan grandes deudas que sería imposible deslindar a estas alturas cómo se encuentra el debe y el haber de cada uno: lo único que le hace sufrir es encontrarse inactivo. Su única alegría, y yo diría

que hasta su pasión, es emplear a diario y en cada momento en beneficio de los demás los múltiples conocimientos que ha adquirido y en los que se ha formado. Y tener que estar ahora con los brazos cruzados o tener que seguir estudiando para adquirir nuevas habilidades porque no puede aprovechar las que ya domina por completo..., en fin, no te digo más, querida, es una situación muy penosa que le atormenta con reduplicada o triplicada intensidad en medio de su soledad.

-Yo creía -dijo Carlota- que le habían llegado ofertas de distintos lugares. Yo misma escribí en ese sentido a algunos amigos y amigas muy diligentes y, hasta donde sé, el intento no quedó sin efecto.

-Es verdad -replicó Eduardo-, pero es que incluso tales ocasiones, esas variadas ofertas, le causan nuevo dolor, le procuran nueva intranquilidad. Ninguna de ellas está a su altura. No podría actuar libremente; tendría que sacrificarse él mismo y además sacrificar su tiempo, sus ideas y su modo de ser, y eso le resulta imposible. Cuanto más pienso en todo esto, tanto más siento y tanto más grande es mi deseo de verlo aquí en nuestra casa.

-Me parece muy hermoso y conmovedor -dijo Carlota- que te tomes el problema de tu amigo con tanto interés; pero permíteme que te ruegue que repares también en tu conveniencia y en la nuestra.

-Ya lo he hecho -repuso Eduardo-. Lo único que nos puede reportar su proximidad es beneficio y agrado. Del gasto no quiero hablar, porque en cualquier caso, si se muda a nuestra casa, va a ser bien pequeño para mí, sobre todo teniendo en cuenta que su presencia no nos causará la menor incomodidad. Puede acomodarse en el ala derecha del castillo, *y* el resto *ya se* verá. ¡Qué favor tan grande le haríamos y qué agradable nos resultaría disfrutar de su trato, además de otras muchas ventajas! Hace mucho tiempo que me habría gustado disponer del plano de la propiedad y sus tierras; él se encargará de hacerlo y dirigirlo. Tú tienes la intención de administrar personalmente las tierras en cuanto expire el plazo de los actuales arrendatarios, pero una empresa de ese tipo es difícil y preocupante. ¡Con cuántos conocimientos sobre esas cuestiones nos podría orientar! Buena cuenta me doy de la falta que me haría un hombre de ese tipo. Es verdad que los campesinos saben lo que es necesario, pero sus informes son confusos y poco honrados. Los que han estudiado en la ciudad y en las academias se muestran más claros y ordenados, pero carecen del conocimiento directo e inmediato del asunto. De mi amigo, puedo esperar los dos extremos.Y además se me ocurren otras muchas cosas que me complace imaginar *y* que también tienen que ver contigo *y* de las que me prometo muchos beneficios. Y, ahora, dicho esto, quiero agradecerte que me hayas escuchado con tanta amabilidad, *y* te pido que hables también con toda libertad *y* sin

rodeos y me digas todo lo que tengas que decir; yo no te interrumpiré.

-Muy bien -dijo Carlota-, entonces empezaré haciendo una observación de tipo general. Los hombres piensan más en lo singular y en el momento presente y tienen razón, porque ellos tienen la misión de ser emprendedores y actuar; sin embargo, las mujeres se fijan más en las cosas que anudan el entramado de la vida, y con la misma razón, puesto que su destino y el destino de sus familias está estrechamente ligado a ese entramado y es precisamente a ellas a quienes se les exige que conserven ese vínculo. Así que, si te parece bien, vamos a echar una mirada a nuestra vida presente *y* pasada *y* verás cómo no te quedará más remedio que confesarme que la invitación al capitán no se ajusta del todo a nuestros propósitos, a nuestros planes y a nuestras intenciones.

»¡Me gusta tanto recordar los primeros tiempos de nuestra relación! Cuando todavía éramos unos jovencitos ya nos queríamos de todo corazón; nos separaron; a ti te alejaron de mí porque tu padre, que nunca saciaba sus ansias de riqueza, te unió a una mujer rica bastante mayor; a mí me alejaron de ti, porque al no tener ninguna perspectiva clara de futuro, me obligaron a casarme con un hombre de buena posición y que ciertamente era muy respetable, pero al que no amaba. Más tarde volvimos a ser libres. Tú antes que yo, porque tu viejecita se murió dejándote en posesión de una gran fortuna; yo, más adelante, justo en el momento en que tú regresaste de tus viajes. Así fue como volvimos a encontrarnos. Nos deleitaba el recuerdo del pasado, amábamos ese recuerdo y podíamos vivir juntos sin ningún tipo de impedimento, pero tú me presionaste para que nos casáramos; yo tardé algún tiempo en acceder porque estimaba que, siendo aproximadamente de la misma edad, por ser mujer yo había envejecido más que tú que eres hombre. Pero finalmente no quise negarte lo que parecía que constituía tu única dicha. Querías descansar a mi lado de todas las inquietudes que habías tenido que experimentar en la corte, en el ejército y en tus viajes, querías reflexionar y disfrutar de la vida, pero a solas conmigo. Metí a mi única hija en un pensionado en el que, ciertamente, se educa mucho mejor y de modo más completo de lo que habría podido hacerlo de haberse quedado en el campo; pero no la mandé sólo a ella, sino también a Otilia, mi querida sobrina, que quizás hubiera estado mucho mejor aprendiendo a gobernar la casa bajo mi dirección. Todo eso se hizo con tu aprobación y con el único propósito de que pudiéramos vivir por fin para nosotros mismos, de que finalmente pudiéramos disfrutar sin que nadie nos perturbara de esa dicha tan ardientemente deseada y que tanto habíamos tardado en alcanzar. Así fue como empezó nuestra vida en el campo. Yo me hice cargo de la casa, tú del exterior y de todo el conjunto. He tomado todas las disposiciones necesarias a fin de

poder salir siempre al encuentro de tus deseos y vivir sólo para ti; deja que por lo menos ensayemos durante algún tiempo a ver hasta qué punto podemos bastarnos de esta manera el uno al otro.

-Puesto que, según tú dices, vuestro elemento consiste en vincular todas las cosas -replicó Eduardo-, lo mejor sería no escucharos sin interrumpir ni decidirse a daros la razón; y, sin embargo, no dudo que debes tener razón hasta el día de hoy. La manera en que hemos dispuesto nuestro modo de vivir era buena y conveniente, pero ¿es que eso significa que no vamos a seguir edificando sobre lo ya construido, que no vamos a permitir que nazca nada nuevo de lo que ya hemos realizado hasta ahora? ¿Acaso lo que yo he hecho en el jardín y tú en el parque sólo va a servir para los ermitaños?

-¡Muy bien! -dijo Carlota-, ¡está muy bien! Pero por lo menos no metamos aquí ningún elemento extraño, ningún estorbo. Piensa que todos los planes que hemos concebido, incluso en lo tocante al entretenimiento y la diversión, estaban pensados para nosotros dos solos. Primero querías darme a conocer los diarios de tu viaje en el orden correcto aprovechando para ordenar todos los papeles que tienen que ver con eso; querías que yo participara en esa tarea para ver si con mi ayuda conseguíamos reunir en un conjunto armonioso y agradable para nosotros y para los demás todo ese batiburrillo de cuadernos y hojas sueltas de valor inestimable. Prometí que te ayudaría a copiarlos y nos imaginábamos que resultaría muy confortable y grato recorrer de esta manera tan cómoda e íntima un mundo que no íbamos a ver juntos sino en el recuerdo. Y, en efecto, ya hemos empezado a hacerlo. Además, por las noches has vuelto a coger la flauta, acompañándome al piano. Y tampoco nos faltan las visitas de los vecinos o a los vecinos. Con todas estas cosas yo, por lo menos, me he construido la imagen del primer verano verdaderamente dichoso que he pensado disfrutar en toda mi vida.

-Te daría la razón -replicó Eduardo, frotándose la frente- si no fuera porque cuanto más escucho todo lo que repites de modo tan amable y razonable tanto más me persigue el pensamiento de que la presencia del capitán no sólo no estropearía nada, sino que aceleraría muchas cosas y nos daría nueva vida. Él también ha compartido algunas de mis expediciones y también ha anotado muchas cosas desde una perspectiva distinta: podríamos aprovechar esos materiales todos juntos y de ese modo lograríamos componer una bonita narración de conjunto.

-Pues entonces permíteme que te diga -repuso Carlota dando muestras de cierta impaciencia- que tu propósito se opone a lo que yo siento, que tengo un presentimiento que no me augura nada bueno.

-Por este sistema vosotras las mujeres seríais siempre insuperables -contestó Eduardo-; en primer lugar razonables, para que no se os

pueda contradecir, después tiernas y cariñosas para que nos entreguemos de buen grado, también sensibles, de modo que nos repugne haceros daño, y finalmente intuitivas y llenas de presentimientos de modo que nos asustemos.

-No soy supersticiosa -replicó Carlota-, y no le concedería ninguna importancia a esos oscuros impulsos si no pasaran de ser eso; pero, por lo general, suelen ser recuerdos inconscientes de ciertas consecuencias dichosas o desafortunadas que ya hemos vivido en carne propia o ajena. No hay nada que tenga mayor peso en cualquier circunstancia que la llegada de una tercera persona interpuesta. He visto amigos, hermanos, amantes y esposos cuya vida cambió radicalmente por culpa de la intromisión casual o voluntaria de otra persona.

-No niego que eso puede ocurrir -dijo Eduardo- cuando hablamos de personas que van andando a ciegas por la vida, pero no ocurre cuando se trata de personas formadas por la experiencia y que tienen conciencia de sí mismas.

-La conciencia, querido mío -replicó Carlota-, no es un arma suficiente y hasta puede volverse contra el que la empuña; y pienso que lo que se deduce de todo esto es que no debemos precipitarnos. Concédeme al menos unos cuantos días, ¡note decidas aún!

-Tal como están las cosas -repuso Eduardo-, también nos precipitaríamos dentro de unos días. Ya hemos expuesto todas las razones en pro y en contra, lo único que falta es tomar una decisión y por lo que veo lo mejor sería que lo echáramos a suertes.

-Ya sé -dijo Carlota- que en los casos de duda te gusta apostar o echar los dados, pero tratándose de un asunto tan serio me parecería un sacrilegio.

-¿Pero entonces qué le voy a escribir al capitán? -exclamó Eduardo-, porque tengo que responderle enseguida.

-Escríbele una carta tranquila, razonable y consoladora -dijo Carlota.

-Para eso, más vale no escribir nada -repuso Eduardo.

-Y sin embargo -repuso Carlota-, te aseguro que en muchos casos es necesario *y* más propio de un amigo *y* desde luego mucho mejor escribir no diciendo nada que no escribir.

Capítulo 2

Eduardo se hallaba de nuevo solo en su habitación y la verdad es que se encontraba en un estado de ánimo de agradable excitación después de haber escuchado de labios de Carlota la repetición de los azares de su vida y la vívida representación de su mutua situación y proyectos. Se había sentido tan dichoso a su lado, con su compañía,

que trataba ahora de meditar una carta para el capitán que sin dejar de ser amistosa y compasiva, fuera tranquila y nada comprometida. Pero en el momento en que se dirigió hacia el escritorio y tomó en sus manos la carta del amigo para volver a leerla, le volvió a asaltar la imagen de la triste situación en que se hallaba aquel hombre extraordinario y todas las emociones que le habían estado atormentando los últimos días volvieron a despertar con tal intensidad que le pareció imposible abandonar a su amigo en esa situación tan angustiosa.

Eduardo no estaba acostumbrado a renunciar a nada. Hijo único y consentido de unos padres ricos que habían sabido convencerle para embarcarse en un matrimonio extraño pero muy ventajoso con una mujer mayor; mimado también por ella de todas las maneras posibles para tratar de compensarle con su esplendidez por su buen comportamiento; una vez dueño de sí mismo, tras su temprano fallecimiento, acostumbrado a no depender de nadie en los viajes, a disponer libremente de cualquier cambio y variación, sin caer nunca en pretensiones exageradas, pero deseando siempre muchas cosas y de muy diversos tipos, generoso, intrépido y hasta valiente llegado el caso, ¿quién o qué cosa en el mundo podía oponerse a sus deseos?

Hasta aquel momento todo había salido a su gusto. Incluso había logrado poseer a Carlota, a la que había conquistado gracias a una fidelidad terca y casi de novela; y, de pronto, veía cómo le contradecían por vez primera, cómo le ponían trabas justo cuando quería traer a su lado a su amigo de juventud, esto es, cuando por así decir quería poner el broche de oro de su existencia. Se sentía malhumorado, impaciente, tomaba varias veces la pluma y la volvía a soltar, porque no era capaz de ponerse de acuerdo consigo mismo sobre lo que debía escribir. No quería ir contra los deseos de su mujer, pero tampoco era capaz de acatar lo que le había pedido; en su estado de inquietud tenía que escribir una carta tranquila, y eso le resultaba imposible. Lo más natural en ese caso era tratar de ganar tiempo. En pocas palabras pidió disculpas a su amigo por no haberle escrito antes y no poder escribirle todavía con detalle y le prometió que a no tardar mucho le enviaría una misiva mucho más significativa y tranquilizadora.

Al día siguiente Carlota aprovechó la ocasión de un paseo al mismo lugar para volver a reanudar la conversación, tal vez con la convicción de que la mejor manera de ahogar un proyecto es volviendo a hablar de él muchas veces.

Eduardo también estaba deseando reanudar la charla. Tal como acostumbraba, supo expresarse de manera afectuosa y agradable, porque aunque su sensibilidad le hacía acalorarse fácilmente, aunque la vehemencia de sus deseos era en exceso impetuosa y su terquedad

podía provocar la impaciencia, también es verdad que sabía suavizar tanto sus palabras tratando siempre de no herir a los demás, que no quedaba más remedio que seguir considerándolo amable incluso cuando más inoportuno y fastidioso se mostraba.

De este modo, aunque aquella mañana empezó por poner a Carlota del mejor humor, luego sus giros en la conversación la sacaron tan completamente fuera de sus casillas que acabó por exclamar:

-Lo que tú quieres es que le conceda al amante lo que le he negado al marido.

»Por lo menos, querido -continuó-, quiero que sepas que tus deseos y la afectuosa vivacidad con que los expresas no me han dejado impasible, no me han dejado de conmover. Incluso me obligan a hacerte una confesión. Yo también te he estado ocultando algo. Me encuentro en una situación muy parecida a la tuya y ya he tenido que ejercer sobre mí misma la violencia que ahora estimo que deberías ejercer sobre ti.

-Me agrada escuchar eso -dijo Eduardo-, y veo que en el matrimonio es necesario reñir de cuando en cuando para descubrir algunas cosas del otro.

-Pues entonces debes saber -dijo Carlota- que a mí me pasa con Otilia lo mismo que a ti con el capitán. Me desagrada mucho pensar que esa niña querida está en un pensionado en el que se siente presionada y oprimida. Mientras Luciana, mi hija, que ha nacido para estar en el mundo, se instruye allí para el mundo, mientras ella aprende al vuelo idiomas, historia y otro montón de cosas, con la misma facilidad con la que lee las notas y variaciones musicales, mientras con su natural viveza y su feliz memoria, por decirlo de algún modo, olvida todo tan pronto como lo vuelve a recordar; mientras que su comportamiento natural, su gracia en el baile, su conversación fácil y fluida la hacen destacar entre todas y su instintiva dote de mando la convierten en la reina de su pequeño círculo; mientras que la directora de la institución la adora como a una pequeña diosa que gracias a sus cuidados ha empezado a florecer y por lo mismo considera un honor tenerla allí, ya que inspira confianza en las demás y puede ejercer influencia sobre otras jovencitas; mientras que sus cartas e informes mensuales no son más que cantos de alabanza sobre las extraordinarias capacidades de la niña, que yo sé traducir muy bien a mi prosa, mientras ocurre todo esto con Luciana, lo que se me cuenta de Otilia es siempre, por el contrario, una disculpa tras otra que tratan de justificar que una muchacha que por lo demás crece bien y es hermosa no muestre ni capacidad ni disposición alguna. Lo poco que ella añade tampoco es ningún misterio para mí, porque reconozco en esa niña querida todo el carácter de su madre, mi amiga más querida que creció a mi lado *y cuya* hija yo seguramente habría sabido

convertir en una preciosa criatura si hubiera podido ser su educadora o cuidadora.

»Pero como eso no entraba en nuestros planes y como no conviene forzar tanto las cosas de la vida ni tratar de buscar siempre la novedad, prefiero resignarme y superar la desagradable sensación que me invade cuando mi hija, que sabe muy bien que la pobre Otilia depende de nosotros, se aprovecha de su ventaja mostrándose orgullosa con ella, con lo que prácticamente arruina nuestra buena acción.

»Pero, ¿acaso hay alguien tan bien formado que no se aproveche a veces con crueldad de su superioridad respecto a los otros? ¿Y quién está tan arriba que no haya tenido que sufrir a veces una opresión semejante? El mérito de Otilia se acrecienta en esas pruebas; pero desde que me he dado cuenta de hasta qué punto es penosa su situación, me he tomado el trabajo de buscar otro sitio para ella. Espero una respuesta de un momento a otro y cuando llegue no dudaré. Ésta es mi situación, querido mío. Como ves, a ambos nos aflige el mismo género de preocupación en nuestros corazones leales y generosos. Deja que llevemos la carga entre los dos, puesto que no podemos deshacernos de ella.

-Somos criaturas sorprendentes -dijo Eduardo sonriendo- cuando podemos desterrar lejos de nuestra presencia lo que nos preocupa, ya nos creemos que está todo arreglado. Somos capaces de sacrificar muchas cosas en un plano general, pero entregarnos en una situación concreta y particular es una exigencia a cuya altura raras veces estamos. Así era mi madre. Mientras viví con ella, de niño o cuando jovencito, nunca pudo deshacerse de las preocupaciones del momento. Si me retrasaba cuando salía a pasear a caballo, ya me tenía que haber ocurrido alguna desgracia; si me sorprendía un chaparrón, seguro que me entraba la fiebre. Me marché de viaje, me alejé de ella, y desde entonces ya ni siquiera parecía que yo le perteneciera.

»Si miramos las cosas de más cerca -continuó-, pienso que los dos estamos actuando de un modo absurdo e irresponsable, abandonando en medio del infortunio y la pena a dos personas de naturaleza tan noble y a las que tanto queremos sólo porque no deseamos exponernos a ningún peligro. ¡Si esto no se llama egoísmo dime qué nombre podemos darle! ¡Toma a Otilia, déjame al capitán y, en nombre de Dios, hagamos la prueba!

-Podríamos arriesgarnos -replicó Carlota pensativa-, si el peligro sólo fuera para nosotros. Pero ¿tú crees que es aconsejable que compartan el mismo techo el capitán y Otilia, es decir, un hombre aproximadamente de tu edad, esa edad, digo estas cosas elogiosas aquí entre nosotros, en la que el hombre empieza a ser digno de amor y capaz de amor, y una muchacha con las excelentes cualidades de

Otilia?

-Lo que no sé -repuso Eduardo-, es cómo puedes ensalzar tanto a Otilia. Sólo me lo puedo explicar porque ha heredado el mismo afecto que tú sentías por su madre. Es guapa, eso es verdad, y recuerdo que el capitán me llamó la atención sobre ella cuando regresamos hace un año y la encontramos contigo en casa de tu tía. Es guapa, sobre todo tiene ojos bonitos; pero no podría decirte si me causó aunque sólo fuera una pizca de impresión.

-Eso te honra y es digno de elogio -dijo Carlota-, puesto que yo también estaba allí y a pesar de que ella es mucho más joven que yo, la presencia de tu vieja amiga tuvo tanto encanto para ti que tus ojos no se fijaron en esa prometedora belleza a punto de florecer. Por cierto, que es algo muy propio de tu modo de ser y por eso me gusta tanto compartir la vida contigo.

Pero a pesar de la aparente honestidad de sus palabras Carlota ocultaba algo. En efecto, cuando Eduardo regresó de sus viajes, ella se lo había presentado a Otilia con toda la intención a fin de orientar tan buen partido en dirección a su querida hija adoptiva, porque ella ya no pensaba en Eduardo para sí misma. El capitán también estaba encargado de llamar la atención de Eduardo, pero éste, que seguía conservando obstinadamente en su interior su antiguo amor por Carlota, no vio ni a derecha ni a izquierda y sólo era dichoso pensando que por fin iba a poder conseguir ese bien tan vivamente deseado y que una cadena de acontecimientos parecía haberle negado para siempre.

La pareja estaba a punto de bajar por las nuevas instalaciones en dirección al castillo cuando vieron a un criado que subía corriendo hacia ellos y les gritaba desde abajo con cara risueña:

-¡Bajen rápidamente señores! El señor Mittler ha entrado como una tromba en el patio del castillo y nos ha gritado a todos que fuéramos inmediatamente a buscarles y les preguntáramos si es necesario que se quede. «Si es necesario» -nos siguió gritando-, ¿habéis oído?, pero deprisa, deprisa.

-¡Qué hombre tan gracioso! -exclamó Eduardo-; ¿no crees que llega justo a tiempo, Carlota? ¡Regresa en seguida -ordenó al criado-; dile que es necesario, muy necesario! Que se baje del caballo. Ocúpate del animal. A él llevadlo a la sala y servidle la comida. En seguida llegamos.

»¡Tomemos el camino más corto! -le dijo a su mujer y se adentró por el sendero que atravesaba el cementerio de la iglesia y que normalmente solía evitar. Pero se llevó una buena sorpresa, porque también allí se había encargado Carlota de velar por los sentimientos. Tratando de preservar al máximo los viejos monumentos, había sabido ordenar e igualar todo de tal manera que ahora se había convertido en

un lugar hermoso en el que la vista y la imaginación gustaban de demorarse.

Había sabido honrar hasta a las piedras más antiguas. Siguiendo el orden cronológico de sus fechas, las piedras habían sido dispuestas contra el muro o bien incrustadas o superpuestas de algún modo; hasta el alto zócalo de la iglesia había sido adornado con ellas ganando en prestancia y variedad. Eduardo se sintió extrañamente conmovido cuando entró por la puertecita: apretó la mano de Carlota y una lágrima brilló en sus ojos.

Pero su estrafalario huésped no les dejó mucho tiempo en paz. En lugar de quedarse tranquilamente en el castillo había salido a buscarles atravesando el pueblo al galope tendido y picando espuela hasta llegar a la puerta del cementerio, en donde por fin se detuvo y gritó a sus amigos:

-¿No me estarán tomando el pelo? Si de verdad es algo urgente, me quedaré aquí a comer. Pero no me retengan. Tengo todavía muchísimo que hacer.

-Puesto que se ha molestado usted en venir desde tan lejos -le contestó Eduardo gritando-, entre hasta aquí con su caballo. Nos encontramos en un lugar grave y solemne, y mire usted ¡cómo ha sabido adornar Carlota todo este duelo!

-Ahí dentro -exclamó el jinete-, yo no entro ni a caballo, ni en coche, ni a pie. Esos que están ahí reposan en paz, yo no quiero tener nada que ver con ellos. Al fin y al cabo no me quedará más remedio que entrar ahí algún día cuando me metan con los pies por delante. Bueno, ¿es algo serio?

-Sí -replicó Carlota-, muy serio. Es la primera vez desde que estamos casados que nos encontramos en un apuro y una confusión de los que no sabemos cómo salir.

-No tienen ustedes aspecto de tal cosa -repuso él-, pero les creeré. Si se burlan de mí, la próxima vez les dejaré en la estacada. ¡Síganme deprisa! A mi caballo le vendrá bien este pequeño descanso.

Muy pronto volvieron a encontrarse los tres juntos en la sala. La mesa estaba servida y Mittler les contó las cosas que había hecho y los proyectos del día. Aquel hombre extraño había sido clérigo anteriormente y, en medio de su infatigable actividad, se había distinguido en su cargo por haber sabido aplacar todas las riñas, tanto las domésticas como las vecinales, al principio de individuos singulares, luego de comunidades enteras y numerosos propietarios. Mientras ejerció su ministerio no se divorció ninguna pareja y los tribunales regionales no habían sabido de ningún litigio o proceso que proviniera de allí. Pronto se dio cuenta de lo necesario que le era saber derecho. Se lanzó de lleno al estudio y enseguida se sintió a la altura del más hábil de los abogados. Su círculo de influencia se extendió de

modo admirable y estaban a punto de llamarlo para un puesto en la residencia, con el fin de que pudiera terminar desde arriba lo que había empezado desde abajo, cuando obtuvo una considerable ganancia en la lotería, se compró una propiedad de tamaño moderado, la puso en arriendo y la convirtió en el punto central de su actividad, animado del firme propósito, o tal vez limitándose a seguir su antigua costumbre y su tendencia más propia, de no demorarse nunca en una casa en la que no hubiera ningún litigio que resolver o alguna disputa en la que terciar. Los que creían en la superstición del significado de los nombres pretendían que su apellido Mittler [1] le había obligado a seguir su raro destino.

Ya habían servido los postres, cuando el huésped conminó seriamente a sus anfitriones a que no le ocultasen más tiempo sus descubrimientos, porque tenía que marcharse inmediatamente después del café. Ambos esposos hicieron sus confesiones con todo detalle, pero apenas comprendió de qué se trataba, se levantó malhumorado de la mesa, corrió hacia la ventana y ordenó que ensillaran su caballo.

-O ustedes no me conocen -gritó-, o no me entienden, o son ustedes muy malintencionados. ¿Es que hay aquí alguna pelea? ¿Acaso se necesita mi ayuda? ¿Se creen ustedes que estoy en el mundo para dar consejos? Es el oficio más necio que se puede llevar a cabo. Que cada uno se dé consejo a sí mismo y haga lo que no puede dejar de hacer. Si le sale bien, que se alegre de su sagacidad y su suerte. Si le sale mal, entonces estoy a su servicio. El que quiere librarse de algún mal, sabe siempre lo que quiere. El que quiere algo mejor de lo que tiene, está completamente ciego. ¡Sí, sí, ríanse!, juega a la gallina ciega y a lo mejor hasta atrapa algo, pero ¿y qué? Hagan ustedes lo que quieran: da lo mismo. Inviten a su casa a sus amigos o déjenles fuera: da exactamente igual. He visto cómo las cosas más razonables fracasaban y las más descabelladas tenían éxito. No se rompan ustedes la cabeza y si es que sale mal lo uno o lo otro, tampoco se la rompan. En ese caso mándenme a buscar y les ayudaré. Hasta entonces, soy su servidor.

Y diciendo esto, saltó sobre su caballo sin esperar el café.

-Ya ves -dijo Carlota- de qué poco vale un tercero cuando dos personas muy unidas no están del todo de acuerdo. Si cabe, ahora aún estamos más confusos y sentimos más incertidumbre que antes.

Seguramente ambos esposos habrían seguido vacilando durante algún tiempo si no hubiera llegado una carta del capitán en respuesta a la última de Eduardo. Por fin se había decidido a aceptar un puesto que le habían ofrecido, a pesar de que no era nada adecuado para él.

---

[1] «Mittler» significa «mediador». *(N. del T.)*

Se trataba de compartir el aburrimiento con gente rica y de buena posición que confiaba en que él conseguiría disipar su tedio.

Eduardo se hizo perfectamente cargo del asunto y supo pintarlo de forma muy precisa.

¿Vamos a dejar a sabiendas a nuestro amigo en semejante situación? -exclamó-. ¡Tú no puedes ser tan cruel, Carlota!

-Al final, ese hombre tan extraño, nuestro Mittler -replicó Carlota-, tiene razón. Todas estas empresas están en manos del azar. Nadie puede predecir lo que saldrá de ellas. La nueva situación puede ser rica en fortuna o en adversidad sin que nosotros tengamos en ello gran parte de mérito ni de culpa. No me siento con fuerzas para seguir-resistiendo contra tus deseos. ¡Hagamos el intento! Lo único que te pido es que sea de breve duración. Permíteme que me ocupe del capitán con más ahínco que hasta ahora y trate de emplear el mayor celo en mover mis influencias y mis relaciones para conseguirle un puesto que le pueda procurar contento de algún modo.

Eduardo le dio a su esposa las muestras más amables de su vivo agradecimiento. Con ánimo liberado y alegre se apresuró a transmitirle a su amigo sus propuestas por escrito. Le pidió a Carlota que añadiera con su propia mano una postdata expresando su aprobación y sumando sus amistosos ruegos a los de su esposo. Lo hizo con pluma ágil *y* de modo cortés *y* gentil, pero con una especie de premura que no era habitual en ella. Y, cosa que nunca le solía ocurrir, ensució el papel con una mancha de tinta que la puso de mal humor y que, además, no hizo sino agrandarse cuando intentó borrarla.

Eduardo bromeó al respecto y como todavía había sitio añadió una segunda postdata diciéndole a su amigo que debía entender aquel signo como muestra de la impaciencia con la que era esperado y que tenía que disponer su viaje con la misma premura con la que había sido escrita esa carta.

Partió el mensajero y Eduardo creyó no poder expresar mejor su gratitud más que insistiendo repetidas veces para que Carlota hiciese sacar cuanto antes a Otilia de su internado.

Ella le rogó un aplazamiento y consiguió despertar en Eduardo el deseo de hacer música aquella noche. Carlota tocaba muy bien el piano, Eduardo no tan bien la flauta, porque aunque se había esforzado mucho en ocasiones aisladas, nunca había tenido la paciencia y la constancia necesarias para cultivar un talento de ese género. Por eso, tocaba su parte de modo muy desigual, algunos pasajes bien, aunque tal vez algo rápidos, y otros con interrupciones, porque no los conocía tan a fondo, de modo que a cualquier otra persona le habría resultado muy difícil ejecutar con él un dueto. Pero Carlota sabía encontrar el hilo y no se perdía. Se detenía y dejaba que él la volviera a arrastrar, de modo que sabía conjugar a la perfección

el doble papel del buen director de orquesta y de la discreta ama de casa capaces de conservar siempre el ritmo general aunque cada pasaje aislado no esté del todo acompasado.

Capítulo 3

Llegó el capitán. Había mandado por delante una carta muy inteligente que tranquilizó por completo a Carlota. Tanta clarividencia sobre sí mismo, tanta claridad sobre su propio estado y el estado de sus amigos prometían una perspectiva serena y risueña.

Las conversaciones de las primeras horas, tal como suele suceder entre amigos que no se han visto desde hace tiempo, fueron muy vivas y casi agotadoras. Al atardecer Carlota propuso un paseo por las nuevas instalaciones. Al capitán le gustaba mucho aquel paraje y reparaba en todas sus bellezas, que sólo gracias a los nuevos caminos se podían ver y disfrutar. Tenía una mirada ejercitada y al mismo tiempo fácil de contentar. Y aunque enseguida se daba cuenta de las cosas que se podían mejorar, no hacía como algunos y no disgustaba con sus comentarios a las personas que le estaban enseñando sus propiedades ni se le ocurría exigir más de lo que las circunstancias permitían o recordar en voz alta algo más perfecto visto en otro lugar.

Cuando llegaron a la cabaña de musgo la encontraron adornada del modo más alegre, es verdad que sobre todo con flores artificiales o plantas de invierno, pero entremezcladas de manera tan hermosa con haces naturales de espigas y otros frutos variados que no cabía dudar del sentido artístico de la que lo había concebido.

-Aunque a mi marido no le gusta celebrar su cumpleaños ni su santo, creo que hoy no me tomará a mal que dedique estas pocas guirnaldas a una triple celebración.

-¿Triple? -exclamó Eduardo.

-¡Desde luego! -repuso Carlota-; supongo que podemos considerar la llegada de nuestro amigo como una fiesta, y además, seguro que no se os ha ocurrido pensar que hoy es vuestro santo. ¿No os llamáis Otto los dos?

Los dos amigos se estrecharon la mano por encima de la mesa.

-Me recuerdas -dijo Eduardo- esa pequeña muestra de amistad juvenil. Cuando éramos niños los dos nos llamábamos del mismo modo; pero cuando vivimos juntos en el internado y se empezaron a producir errores por culpa de eso yo le cedí gustosamente ese bello y lacónico nombre.

-Con lo que tampoco te mostraste excesivamente generoso -dijo el capitán-, porque recuerdo muy bien que te gustaba más el nombre de Eduardo, y la verdad es que pronunciado por unos labios bonitos tiene un sonido especialmente grato.

Allí estaban sentados los tres, en torno a la misma mesa en la que Carlota había hablado con tanta pasión contra la venida de su huésped. En su alegría Eduardo no quería recordarle a su esposa aquel momento, pero no pudo por menos de decir:

-Todavía habría sitio suficiente para una cuarta persona.

En aquel momento llegaron del castillo los sonidos de unos cuernos de caza que parecían confirmar y reforzar los buenos sentimientos y deseos de aquellos amigos que gozaban allí de su mutua compañía. Los escucharon en silencio, recogiéndose cada uno en su fuero interno y sintiendo doblemente su felicidad en tan hermosa unión.

El primero en romper aquella pausa fue Eduardo, que se levantó y salió fuera de la cabaña.

-Vamos a llevar enseguida a nuestro amigo -le dijo a Carlota- hasta la cima más alta, para que no se crea que este pequeño valle es nuestra única propiedad y lugar de residencia. Allá arriba la mirada es más libre y el pecho se ensancha.

-Pues entonces todavía tendremos que subir esta vez por el antiguo sendero, que es algo difícil -replicó Carlota-, pero espero que mis escaleras y rampas nos permitan subir muy pronto de manera más cómoda.

Y, en efecto, pasando por encima de las rocas, los arbustos y la maleza, llegaron hasta la cima más alta, que no formaba ninguna meseta, sino una serie de lomas continuadas *y* fértiles. A sus espaldas, ya no se podía ver el castillo *y* el pueblo. En el fondo se divisaban algunos lagos, más allá colinas arboladas hasta cuya base llegaba el agua y finalmente escarpadas rocas que delimitaban verticalmente y con toda nitidez el último espejo de agua en cuya superficie se reflejaban sus formas grandiosas. Allá, en el fondo del abismo, donde un caudaloso arroyo dejaba caer sus aguas sobre los lagos, se veía un molino medio escondido que, junto con sus alrededores, parecía un agradable lugar de reposo. En todo el semicírculo que abarcaban con la mirada alternaban del modo más variado las cimas con las hondonadas, los arbustos con las arboledas, cuyo verde incipiente prometía un futuro paisaje de abundancia y riqueza. También había algunos grupos aislados de árboles que llamaban la atención. Destacaba sobre todo, a los pies de los amigos espectadores, una masa de álamos y plátanos, que se encontraba justo al borde de la laguna central. Estaban en su mejor momento, frescos, sanos, erguidos, tratando de crecer a lo alto y a lo ancho.

Eduardo llamó la atención de sus amigos muy especialmente sobre esos árboles.

-Ésos -exclamó- los planté yo mismo cuando era joven. En aquel entonces sólo eran unos arbolitos muy delgados que yo salvé cuando mi padre los hizo arrancar en pleno verano para ampliar el jardín del

castillo. Sin duda este año también darán nuevos brotes en señal de agradecimiento.

Regresaron contentos y alegres. Al huésped se le había asignado en el ala derecha del castillo un alojamiento espacioso y agradable en el que muy pronto instaló y ordenó sus libros, papeles e instrumentos, para proseguir con sus actividades acostumbradas. Pero los primeros días Eduardo no le dejó en paz. Lo llevó por todas partes, unas veces a caballo *y* otras a pie *y le* hizo conocer la comarca y la propiedad, además de comunicarle el deseo que albergaba desde hacía tiempo, ligado a su intención de lograr un conocimiento más profundo de aquellos lugares y poder explotarlos mejor.

-Lo primero que tenemos que hacer -dijo el capitán- es levantar un plano del lugar con ayuda de la brújula. Es una tarea fácil y entretenida y aunque no garantiza una excesiva exactitud, siempre resulta útil para empezar, además de grata, y tiene la ventaja de que se puede hacer sin necesidad de mucha ayuda y con la seguridad de llevarla a su fin. Si más tarde deseas una medición más exacta, también podremos encontrar una manera de hacerla.

El capitán tenía mucha práctica en ese tipo de mediciones. Había traído los instrumentos necesarios y comenzó en el acto. Instruyó a Eduardo y a algunos cazadores y campesinos que debían ayudarle en su tarea. Los días eran favorables; al atardecer o por la mañana temprano aprovechaba para hacer los dibujos y gráficos. Muy pronto todo estuvo delineado y coloreado y Eduardo pudo ver como sus propiedades volvían a surgir con toda precisión sobre el papel igual que si se tratara de una nueva creación. Le parecía que sólo ahora las conocía, que sólo ahora le pertenecían de verdad.

Surgió la ocasión de hablar del lugar, de comentar nuevos proyectos que con ayuda de esa visión de conjunto se podían planificar mucho mejor que diseñándolos simplemente a partir de la propia naturaleza basándose en meras impresiones fortuitas.

-Se lo tenemos que explicar claramente a mi mujer -dijo Eduardo.

-¡No lo hagas! -repuso el capitán, a quien no le gustaba intercambiar sus convicciones con las de los demás porque tenía la experiencia de que las opiniones de la gente son demasiado variadas como para hacerlas coincidir en un mismo punto, aunque sea recurriendo a los argumentos más razonables-. ¡No lo hagas! -exclamó-, seguramente la desconcertaríamos. A ella le pasará como a todos los que se ocupan de estas cosas únicamente por afición y que les importa mucho más hacer algo ellos mismos que el que ese algo sea hecho de determinada manera. Van tanteando la naturaleza, muestran su preferencia por este rinconcito o por aquél, no se atreven a eliminar determinado estorbo, ni tienen el valor de sacrificar algo; nunca se imaginan de antemano lo que puede resultar: se prueba, si

sale bien o si sale mal se modifica y tal vez se modifica justamente lo que había que dejar y se deja lo que había que modificar, y así es como al final se consigue una especie de puzzle que gusta y estimula, pero que no convence.

-Confiésame sinceramente -dijo Eduardo- que no te gustan los arreglos de mi mujer.

-Si la ejecución hubiese agotado la concepción, que es muy buena, no habría nada que objetar. Ha conseguido subir por las rocas con grandes padecimientos y ahora, si me lo permites, hace padecer a todos los que lleva por allí. No se puede caminar con cierta libertad ni juntos ni en hilera. A cada momento se rompe el ritmo del paso, y habría otras muchas cosas que objetar.

-¿Crees que habría sido fácil hacerlo de otro modo? -preguntó Eduardo.

-Muy fácil -replicó el capitán-; sólo tenía que haber roto una esquina de las rocas que además no tiene ningún interés, porque es un simple conglomerado, y así hubiera conseguido una curva de bello trazado para la subida y al mismo tiempo piedras sobrantes para afianzar con muros de contención los lugares donde el camino hubiera podido quedar estrecho o mal dibujado. Pero esto te lo digo aquí entre nosotros en estricto secreto. De lo contrario ella se sentiría desconcertada y disgustada. Además hay que respetar lo que ya está hecho. Si se quiere gastar más dinero y esfuerzos hay muchas cosas interesantes para hacer desde la cabaña de musgo hacia arriba y allá en la cima.

Si, de este modo, los dos amigos encontraban muchas cosas en que ocuparse en el presente, tampoco faltaba la remembranza viva y animada de los tiempos pasados, en la que Carlota solía participar. Y también hicieron planes para ocuparse del diario de viaje cuando los trabajos más urgentes estuvieran listos a fin de evocar también de ese modo el pasado.

Además, Eduardo tenía ahora menos temas de conversación para tratar a solas con Carlota, sobre todo desde que se le había clavado en el corazón la crítica, que tan justa le parecía, a los arreglos que ella había hecho en el parque. Calló durante mucho tiempo lo que le había confiado el capitán, pero finalmente, cuando vio que su mujer estaba de nuevo ocupada haciendo escaleritas y senderos que subían penosamente desde la cabaña de musgo hasta la cima, no se pudo contener y después de algunos rodeos le explicó cuáles eran sus nuevos puntos de vista.

Carlota se sintió afectada. Tenía suficiente cabeza para darse cuenta de que él tenía razón, pero lo que ya estaba hecho contradecía aquellas ideas y ya estaba consumado; le había parecido bien hasta ahora, le había parecido deseable y se sentía encariñada con cada uno

de esos detalles que ahora le criticaban. Se resistía a admitir lo que le decía su propia convicción, defendía su pequeña creación y estaba resentida contra los hombres que enseguida van a lo grande y quieren convertir una broma, una distracción, en una verdadera obra, sin reparar en los gastos que acarrea un plan tan grandioso. Estaba excitada, dolida, disgustada; no podía decidirse ni a eliminar lo ya hecho, ni a descartar lo nuevo por completo. Pero como era una persona decidida detuvo enseguida las obras y se tomó tiempo para meditar sobre la cuestión y dejarla madurar en su mente.

Y ahora, perdida esa diaria ocupación -porque los hombres cada vez pasaban más tiempo juntos dedicados a sus tareas, ocupándose sobre todo con especial celo de los jardines y los invernaderos, sin dejar de practicar también los habituales ejercicios de caballeros como la caza o la compra, trueque, adiestramiento y mantenimiento de los caballos-, Carlota se sentía cada día más sola. Y aunque había aumentado su volumen de correspondencia, también pensando en favorecer al capitán, pasaba muchas horas de soledad. Por eso, aún le resultaban más gratos y le servían de mayor distracción los informes que recibía del internado.

A una carta muy extensa de la directora, en la que como de costumbre se alargaba complacida en la descripción de los progresos de su hija, se había adjuntado una breve nota de un empleado masculino de la institución; de ambas daremos cuenta ahora.

Postdata de la directora

«En cuanto a Otilia, señora mía, lo único que puedo repetir es lo que ya le he comunicado en los anteriores informes. No podría quejarme de ella en ningún aspecto y sin embargo tampoco puedo mostrarme satisfecha. Sigue mostrándose modesta y amable con las demás, pero esa manera de quedarse siempre relegada, esa actitud servil, no me gustan. Usted le envió hace poco algo de dinero y diversos objetos: el primero ni lo ha tocado y los segundos siguen intactos en el mismo lugar. Es verdad que cuida muy bien sus cosas y que es muy limpia, pero parece que sea esa la única razón por la que se cambia de vestido. Tampoco apruebo su moderación en la comida y la bebida. En nuestra mesa no se sirve nada superfluo, pero me encanta disfrutar viendo a las niñas comer hasta saciarse cosas sanas y sabrosas. Pienso que lo que se sirve sobre la mesa, fruto de una reflexión y convicción, debe ser comido en su totalidad. Pero nunca he conseguido convencer a Otilia para que lo haga. Al contrario, siempre se inventa algún menester, algún olvido de las criadas que hay que reparar, para levantarse de la mesa y saltarse un plato o los postres. Es verdad que

también hay que tener en cuenta que, por lo que he sabido últimamente, a veces sufre de dolores de cabeza en el lado izquierdo, que sin duda son pasajeros, pero dolorosos y tal vez de cierta gravedad. Esto es todo lo que puedo decirle acerca de esta niña, que por lo demás es tan hermosa y afectuosa.»

Nota del asistente

«Nuestra excelente directora me suele permitir leer las cartas en las que comunica sus juicios y observaciones sobre sus pupilas a los padres o tutores. Las cartas que le van dirigidas las leo con doble atención y con doble placer, pues si bien tenemos que darle la enhorabuena por esa hija que reúne todas esas brillantes cualidades con las que se suele triunfar en el mundo, también pienso que podemos felicitarla y que usted se puede considerar dichosa por esa hija adoptiva que ha nacido para hacer el bien de los demás, procurar su dicha y seguramente también la suya propia. Otilia es casi la única de nuestras pupilas en la que disiento con nuestra estimada directora. No es que yo quiera reprocharle a esta mujer tan activa que quiera que brillen de modo público y manifiesto los frutos de sus desvelos, pero es que también hay frutos que permanecen ocultos *y* que son los más jugosos *y* de más sustancia cuando más pronto o más tarde terminan de desarrollarse y se abren mostrando una hermosa vida. Creo que así es su hija adoptiva. Desde que me ocupo de su formación la veo que avanza siempre al mismo paso, y lenta, muy lentamente, pero siempre hacia adelante, nunca hacia atrás. Si con los niños siempre conviene empezar por el principio, ése es ciertamente su caso. Lo que no se deduce de lo anterior, no lo entiende. Se queda paralizada y completamente incapaz ante una cosa que es fácil de entender, pero que para ella no guarda ninguna relación con nada. Pero si uno es capaz de mostrarle con claridad los pasos intermedios y los nexos de unión, entonces es capaz de comprender hasta las cosas más complejas.

»Como su modo de avanzar es lento se queda retrasada respecto al resto de sus compañeras, quienes, dotadas de otras capacidades, corren siempre hacia adelante y son capaces de comprender fácilmente hasta lo que no guarda ninguna conexión, únicamente porque son capaces de memorizarlo con facilidad y de saber aprovecharlo en su momento. Y por eso ella no aprende nada, porque no es capaz de seguir ese tipo de instrucción acelerada, como la que recibe en algunas clases que son impartidas por profesores excelentes, pero muy rápidos e impacientes. Ha habido quejas por su caligrafía, por su incapacidad para comprender las reglas de la gramática. Yo he

tratado de analizar esas quejas y he comprobado que si bien es verdad que escribe lentamente y con cierta rigidez, sin embargo su caligrafía no es insegura ni deforme. Lo que le he ido enseñando poco a poco de lengua francesa, aunque no es esa mi materia, lo ha entendido con facilidad. Es verdad que resulta sorprendente: sabe muchas cosas y muy bien, pero si se le pregunta algo entonces parece que no sabe nada.

»Si me permite terminar con una observación general, le diré que no aprende como alguien que quiere ser instruido, sino como alguien que quiere instruir a los demás, es decir, no como alumna, sino como futura maestra. Tal vez le resulte sorprendente que siendo yo mismo maestro y educador no encuentre mejor modo de alabar a alguien que declarándolo uno de los míos. Con su superior capacidad de comprensión, su profundo conocimiento del mundo y de los hombres, usted sabrá elegir lo mejor de mis palabras, limitadas aunque bien intencionadas. Usted se convencerá de que también esta niña promete muchas futuras alegrías. Le presento mis respetos y le ruego me permita volver a escribirle en cuanto crea que una carta mía puede contener algo de interés.»

Carlota se alegró mucho de esta nota. Su contenido coincidía en gran medida con la idea que ella misma se había forjado sobre Otilia. Al mismo tiempo no pudo evitar una sonrisa, porque el interés del maestro le parecía cargado de mayor afecto del que suele provocar la mera constatación de las virtudes de un alumno. Con su habitual modo de pensar, tranquilo y exento de prejuicios, no quiso indagar más allá en la naturaleza de esa relación. Simplemente, le parecía muy estimable el interés que ese hombre sensible se tomaba con Otilia, porque había aprendido suficientemente a lo largo de su vida lo mucho que hay que saber apreciar todo verdadero afecto en un mundo en el que predominan la indiferencia y el desprecio.

Capítulo 4

Pronto estuvo acabada la carta topográfica en la que aparecía la propiedad junto con sus alrededores. Estaba representada a una escala bastante grande y de un modo muy característico *y* plástico por medio de trazos de pluma *y* colores y el capitán había sabido asegurarse de su precisión por medio de mediciones trigonométricas, porque la verdad es que poca gente tenía necesidad de menos horas de sueño que este hombre diligente que dedicaba cada día a una meta concreta, de tal modo que al llegar la noche siempre había algo terminado.

-Ahora -le dijo a su amigo- pasemos al resto, por ejemplo, la

descripción de la propiedad, para la que ya se ha hecho todo el trabajo preparatorio y que luego permitirá llevar a cabo particiones de las tierras de arriendo y otras muchas cosas. Sólo nos debemos guiar por una cosa a la que debemos atenernos siempre: separa de la vida todo lo que es trabajo y negocio. Los negocios exigen seriedad y rigor, la vida libertad y capricho. Los negocios exigen el más puro orden lógico, mientras que la vida a veces pide cierta inconsecuencia que la alegre y anime. Si estás seguro en lo primero, tanto más libre podrás sentirte en lo segundo, mientras que si mezclas los dos, la seguridad se verá barrida y eliminada por la libertad.

Eduardo sentía en estos consejos un ligero reproche. Aunque no era desordenado por naturaleza, tampoco era capaz de clasificar sus papeles por materias. No separaba lo que sólo le concernía a él de los asuntos que tenía que resolver con otras personas, del mismo modo que tampoco separaba suficientemente los negocios y el trabajo de la diversión y el esparcimiento. Ahora sí le resultaba fácil, puesto que un amigo se tomaba el trabajo de hacerlo, puesto que un segundo yo llevaba a cabo esa clasificación separadora a la que no siempre se resuelve el yo indiviso.

Instalaron en el ala del capitán un estante para almacenar los papeles relativos a los asuntos actuales y un archivo para los pasados y trasladaron allí todos los documentos, papeles y notas que hallaron en los distintos contenedores, cámaras, armarios y cajas varias y, como por ensalmo, todo aquel caos se transformó en el más satisfactorio orden y ahora yacía clasificado y correctamente rotulado en las correspondientes casillas. Gracias a eso, pudieron encontrar lo que deseaban de modo mucho más completo de lo esperado. A este efecto les vino muy bien la ayuda de un secretario que no se movía del pupitre en todo el día y hasta parte de la noche y con el que sin embargo Eduardo se había mostrado descontento hasta entonces.

-No lo reconozco -le decía Eduardo a su amigo-, ¡qué activo y útil se muestra ahora este hombre!

-Eso es -repuso el capitán-, porque no le encargamos nada nuevo hasta que ha terminado lo anterior a su plena satisfacción, y así es como, según has podido comprobar tú mismo, es capaz de un gran rendimiento; pero en cuanto se le disturba, ya no es capaz de nada.

Aunque los amigos pasaban juntos todo el día, nunca dejaban de visitar a Carlota al caer la tarde. Si no la encontraban reunida en tertulia con la gente de las propiedades vecinas y los alrededores, cosa que ocurría a menudo, tanto la charla como la lectura solían dedicarse a esos temas que contribuyen a acrecentar el bienestar, las ventajas y el placer de la vida burguesa.

Carlota, que estaba acostumbrada a disfrutar del instante presente, veía satisfecho a su marido y se sentía personalmente gratificada con

ello. Además, varios asuntos domésticos que había deseado resolver desde hacía tiempo, pero no había conseguido poner en marcha, habían sido llevados a buen puerto gracias a la diligencia del capitán. La farmacia de la casa, que contaba con muy escasos medios, había sido enriquecida y gracias a libros de fácil comprensión, así como a diversas charlas instructivas, Carlota se veía ahora capaz de ejercer una importante tarea benéfica de un modo mucho más efectivo que hasta entonces.

Pensando en esos accidentes corrientes, pero que sin embargo siempre suelen coger desprevenido, se adquirió todo lo necesario para casos de salvamento de ahogados, con tanto mayor motivo por cuanto en la zona abundaban los estanques, lagunas *y* embalses de agua *y* tales accidentes eran habituales. Este aspecto fue solventado por el capitán con especial cuidado y Eduardo dejó escapar la observación de que un caso de ese tipo había hecho época, del modo más extraño, en la vida de su amigo. Pero como éste callaba y parecía querer eludir un triste recuerdo, Eduardo se detuvo de inmediato, y Carlota, que estaba al corriente del asunto en líneas generales, también pasó por alto la observación.

-Todas estas medidas de precaución son muy dignas de alabanza -dijo una noche el capitán- pero todavía nos falta lo más necesario: un hombre hábil que sepa utilizar todo eso. Os puedo proponer a un cirujano castrense que conozco y que en estos momentos podríamos obtener en unas condiciones muy razonables, un hombre excelente en su oficio y que muchas veces supo tratarme de un violento dolor interno de modo mucho más adecuado que un médico famoso; y pienso que aquí en el campo un socorro inmediato es muchas veces lo que más se echa de menos.

También a esta persona se la mandó llamar de inmediato y los dos esposos se congratularon de haber encontrado el modo de emplear esas sumas que les quedaban de remanente para sus caprichos en un asunto tan necesario.

De este modo, Carlota también aprovechaba el saber y la actividad del capitán en favor de sus intereses y empezó a sentirse plenamente contenta con su presencia y absolutamente tranquila respecto a las posibles consecuencias. Solía preparar para él una serie de preguntas y, como amaba la vida, buscaba la manera de evitar toda ocasión de daño y de peligro mortal. El vidriado de plomo de las piezas de barro y el verdín de los cacharros de cobre le habían causado más de un motivo de preocupación y, así, hizo que la instruyera a ese respecto, con lo que hubo que retroceder hasta los fundamentos generales de la física y la química.

El gusto de Eduardo por leer en voz alta a sus amigos daba pie de modo casual a ese tipo de charlas. Eduardo tenía una voz muy

hermosa de timbre grave y había alcanzado anteriormente cierta fama recitando a su manera viva y sentida fragmentos de poesía y oratoria. Ahora eran otros los textos que le ocupaban, otros los fragmentos que leía en voz alta, y concretamente desde hacía algún tiempo, obras de contenido físico, químico y técnico.

Una de sus personales particularidades, que por otra parte seguro que compartía con otras personas, era que no podía soportar que alguien estuviera leyendo por encima de su hombro cuando hacía su lectura en alto. En otros tiempos, cuando leía poesías, piezas de teatro o narraciones, su pequeña manía era la consecuencia natural, que el lector comparte con el poeta, el actor o el narrador, de su vivo deseo de sorprender al oyente, de marcar pausas y levantar tensión y expectativas; ahora bien, es evidente que resulta completamente contraproducente y contrario a ese efecto buscado el hecho de que un tercero vaya leyendo por adelantado el texto con sus ojos a sabiendas del que está leyendo en voz alta. Por eso, cuando leía, Eduardo solía sentarse de tal manera que no hubiera nadie a sus espaldas. Pero, ahora, al ser sólo tres, esa precaución era inútil y como además ya no se trataba de despertar el sentimiento, ni de sorprender la imaginación, no pensaba en ello ni tomaba ninguna precaución.

Sin embargo, una noche en que se había sentado de modo descuidado, se percató de que Carlota estaba mirando el libro en el que leía. De un golpe despertó su antiguo desagrado y se lo reprochó a ella de modo poco amistoso:

-¡Habría que abandonar de una vez esta mala costumbre y el resto de las faltas de educación que molestan en sociedad! Cuando leo en voz alta, ¿no es como si estuviera explicando algo oralmente? Lo escrito, lo impreso, toma el lugar de mis propias ideas y sentimientos, y ¿acaso me tomaría el trabajo de hablar si se abriera en mi pecho o en mi frente una ventana que le permitiera ver por adelantado todo lo que quiero decir a la persona a la que trato de explicar todos mis pensamientos y emociones? Cuando alguien lee en mi libro me siento como si me abrieran de parte a parte.

Carlota, que se mostraba especialmente diestra en círculos grandes y pequeños para hacer olvidar cualquier palabra desagradable, violenta o aunque sólo fuera demasiado viva y que sabía interrumpir una conversación que se prolongaba demasiado o reanimar una demasiado aburrida, también supo emplear su habilidad en esta ocasión.

-Seguro que sabrás perdonar mi falta si reconozco lo que me ha pasado. Estaba oyéndote hablar de afinidades y parentescos [2] y no

[2] «Verwandtschaft», palabra que junto con el prefijo «Wahl» (elección) da título a la obra y cuyo sentido se explica en estos párrafos. En alemán la palabra puede significar

pude evitar pensar en mis parientes, concretamente en unos primos que me causan gran preocupación en estos momentos. Cuando volví a dirigir mi atención a tu lectura me di cuenta de que estabas hablando de cosas completamente inanimadas y entonces miré en el libro para volver a encontrar el hilo.

-Se trata de una comparación que te ha confundido y desorientado -dijo Eduardo-. Aquí sólo se habla de tierras y minerales, pero no cabe duda de que el hombre es un verdadero Narciso que se ve reflejado en todas partes y se cree que él es la base sobre la que se alza el mundo entero.

-Es verdad -continuó el capitán-; y así es como trata todo lo que encuentra fuera de él: su sabiduría lo mismo que su estupidez, su voluntad lo mismo que su capricho, se los atribuye por igual a los animales, plantas, elementos y dioses.

-Puesto que no quiero conduciros demasiado lejos de lo que ahora nos interesa, ¿os importaría explicarme -terció Carlota-, qué es lo que se quiere decir aquí con eso de las afinidades?

-Lo haré con mucho gusto -replicó el capitán, al que se había dirigido Carlota-, aunque sólo hasta donde puedo hacerlo, tal como lo aprendí hará unos diez años y como lo he leído. No podría decir si se sigue pensando de ese modo en el mundo científico o si las nuevas teorías ya han evolucionado y no admiten esto.

-Es bastante molesto -exclamó Eduardo- que ahora ya no se pueda aprender nada para toda la vida. Nuestros mayores se atenían a lo que habían aprendido en su juventud, pero nosotros tenemos que ponernos al día cada cinco años si no queremos estar completamente pasados de moda.

-Nosotras las mujeres -dijo Carlota- no nos lo tomamos tan a pecho, y si debo ser completamente sincera, lo único que me importa es comprender el significado de la palabra, porque no hay nada más ridículo en una reunión de sociedad que emplear inadecuadamente una palabra extranjera o un término técnico. Y por eso quiero saber en qué sentido se usa esa expresión aplicada a estos objetos. El contenido científico se lo dejaremos a los sabios, que, por cierto, según parece, tampoco son capaces de ponerse de acuerdo sobre el particular.

-¿Por dónde podríamos empezar para llegar cuanto antes al núcleo del asunto? -preguntó Eduardo, tras una pausa, al capitán, quien después de reflexionar un poco, contestó:

-Si se me permite que nos remontemos aparentemente hasta muy atrás, pronto alcanzaremos la meta.

-Tenga la seguridad de que le prestaré toda mi atención -dijo

---

tanto parentesco (por eso Carlota piensa en sus parientes al oírla) como afinidad en sentido de atracción química de dos cuerpos (en latín: *attractio electiva). (N. del T.)*

Carlota, dejando su labor a un lado.

Y el capitán empezó a hablar:

-En todos esos seres de la naturaleza que podemos percibir con nuestros sentidos lo primero que observamos es que muestran siempre una atracción hacia ellos mismos. No dudo de que puede resultar sorprendente pararse a explicar algo que se entiende sin más, pero sólo cuando estamos plenamente de acuerdo sobre lo ya conocido podemos progresar juntos hacia lo desconocido.

-A mí me parece -interrumpió Eduardo- que tanto a ella como a nosotros nos resultaría todo más fácil usando ejemplos. Imagínate el agua, el aceite, el mercurio, y enseguida descubrirás la unidad y la íntima conexión de sus partes. Nunca abandonan esa unidad, a no ser por culpa de alguna violencia u otra causa determinante. Y si se consigue eliminar esa causa, recuperan inmediatamente su unidad.

-Es indiscutible -dijo Carlota asintiendo-, las gotas de lluvia se unen para formar corrientes de agua. Y cuando éramos niños jugábamos admirados con el mercurio, al que partíamos en bolitas para ver cómo se volvían a unir otra vez.

-Espero que me permitan -añadió el capitán- que mencione de pasada un punto importante, y es que esa atracción completamente pura, y que es posible gracias a la fluidez, se manifiesta siempre y de modo decidido a través de la forma esférica. La gota de agua que cae, es redonda; usted misma ha mencionado la bolita de mercurio; e incluso un pedazo de plomo derretido, si tiene tiempo de solidificarse antes de caer, llega al suelo en forma de bola.

-Déjeme adelantarme -dijo Carlota-, a ver si soy capaz de adivinar a dónde quiere usted ir a parar. Del mismo modo que cada cosa tiene una atracción respecto a sí misma, también tiene que tener una relación con el resto de las cosas.

-Y ésta será diferente de acuerdo con la diversidad de sus naturalezas -continuó Eduardo apresuradamente-. Tan pronto se encontrarán como si fueran viejos amigos y conocidos que se pueden aproximar y reunir rápidamente sin modificarse mutuamente, como les ocurre, por ejemplo, al agua y al vino, como, por el contrario, se mantendrán obstinadamente alejados y extraños entre sí y no llegarán a unirse ni siquiera recurriendo a procedimientos de mezcla o fricción mecánica, como les ocurre al agua y el aceite, que se vuelven a separar de inmediato cuando se trata de mezclarlos.

-No hace falta ir muy lejos -dijo Carlota- para ver reflejadas bajo estas formas simples a las personas que hemos conocido. Pero sobre todo se acuerda uno de las sociedades en las que se ha vivido. Y, en cualquier caso, lo que más se parece a estos seres inanimados son las agrupaciones que podemos encontrar en el mundo, los estamentos, los gremios, la nobleza *y* el tercer estado, el soldado *y* el civil.

-Y, sin embargo -repuso Eduardo-, del mismo modo que esos grupos están unidos por las costumbres y las leyes, también en nuestro mundo químico existen nexos de unión que permiten vincular lo que por naturaleza se repele.

-Así -continuó el capitán- es como unimos el aceite con el agua mediante una sal alcalina.

-No vaya tan deprisa con su exposición -rogó Carlota-, para que yo pueda demostrarle que le sigo. ¿Acaso no hemos llegado aquí a las afinidades?

-Correcto -replicó el capitán-; y vamos a conocerlas de inmediato en la plenitud de su fuerza y determinación. A aquellas naturalezas que cuando se encuentran rápidamente se amalgaman y se determinan mutuamente, las denominamos afines. En los cuerpos alcalinos y los ácidos, que aunque son opuestos, o tal vez justamente por eso, se buscan y se apoderan mutuamente del modo más decidido, modificándose y formando juntos un nuevo cuerpo, esta afinidad es muy llamativa. Basta pensar en la cal, que muestra una gran atracción por todos los ácidos y un decidido deseo de unión con ellos. En cuanto llegue nuestro laboratorio químico le mostraré una serie de experimentos que son muy entretenidos y dan una idea mucho más completa del asunto que las palabras, los nombres y los términos técnicos.

-Permítame confesarle -dijo Carlota- que cuando usted llama afines a esos seres sorprendentes, a mí no me parecen afines o emparentados por la sangre, sino afines o parientes en el espíritu y el alma. Y ésa es la razón que explica que entre las personas puedan nacer amistades de auténtica entidad, precisamente porque las cualidades opuestas hacen posible una unión más íntima. Por eso, quiero aguardar para ver qué puede mostrarme ante mis propios ojos de todos esos efectos misteriosos. Y ahora -dijo dirigiéndose a Eduardo- ya no te molestaré en tu lectura y, al encontrarme mejor instruida, podré seguir tu exposición con mayor interés.

-Una vez que nos has provocado -repuso Eduardo-, ya no te dejaremos en paz tan pronto, porque en realidad los casos complejos son los más interesantes. Sólo con ellos se puede conocer los distintos grados de afinidad y aprender los distintos tipos de relaciones, próximas, lejanas, débiles o fuertes. Las afinidades sólo empiezan a ser verdaderamente interesantes cuando provocan separaciones.

-¿Acaso esa triste palabra, que desgraciadamente tan a menudo se oye ahora en el mundo, también aparece en las ciencias naturales? -exclamó Carlota.

-¡Desde luego! -contestó Eduardo-. Y antes hasta era un título considerado como un honor cuando se llamaba a los químicos «artistas

en separaciones» [3].

-Así que es algo que ya no se hace -repuso Carlota-, y está bien que así sea. Unir es un gran arte, un gran mérito. El mundo entero saludaría agradecido a un artista en uniones. Pero, bueno, puesto que ya estáis lanzados, dadme a conocer alguno de esos casos.

-Entonces -dijo el capitán-, volvamos de nuevo a lo que ya hemos nombrado y tratado antes. Por ejemplo, eso que llamamos piedra caliza es una tierra calcárea más o menos pura íntimamente ligada a un ácido débil que nosotros conocemos bajo su forma gaseosa. Si metemos un fragmento de esta piedra en ácido sulfúrico diluido, el ácido se apoderará de la cal y obtendremos yeso, mientras que aquel ácido débil de que hablábamos se volatilizará. Aquí se ha producido una separación y una nueva composición y por lo tanto estamos legitimados para usar el término «afinidad electiva», porque realmente es como si se hubiera preferido una relación en lugar de la otra, como si se hubiera querido elegir una en detrimento de la otra.

-Perdóneme -dijo Carlota- del mismo modo que yo perdono al científico; pero la verdad es que yo no veo aquí ninguna elección, sino más bien una necesidad natural y tal vez ni eso, porque a lo mejor se trata únicamente de una cuestión de pura ocasión. La ocasión crea relaciones, del mismo modo que hace al ladrón, y cuando hablamos de sus cuerpos naturales a mí me parece que la elección está solamente en manos del químico que pone a esos cuerpos en contacto. ¡Una vez que están juntos, que Dios se apiade de ellos! En el caso del que estamos hablando sólo lo siento por el pobre ácido gaseoso condenado a volver a errar por los espacios infinitos.

-Sólo de él depende -replicó el capitán- unirse con el agua y servir como refrescante bebida mineral para estimular a sanos y enfermos.

-El yeso sí que tiene suerte -dijo Carlota-, ya está acabado, ya es un cuerpo, está atendido, mientras que ese otro pobre ser desterrado seguramente todavía tendrá que pasar muchas penalidades antes de volver a encontrar su lugar.

-O mucho me equivoco -dijo Eduardo sonriendo- o tus palabras esconden alguna malicia. ¡Confiésalo! Al final resultará que yo soy para ti esa cal de la que se ha apoderado el capitán, que es el ácido sulfúrico, sustrayéndome a tu grata compañía y convirtiéndome en un yeso refractario.

-Si la conciencia -repuso Carlota- te lleva a ese tipo de reflexión, puedo vivir sin cuidados. Estas comparaciones son ingeniosas y muy entretenidas y ¿a quién no le gusta jugar con las analogías? Pero considero que el hombre está unos cuantos grados por encima de esos

---

[3] Una antigua palabra alemana para designar a la química era efectivamente «Scheidekunst», literalmente «arte de la separación» o analítica. *(N. del T.)*

elementos y si aquí alguien ha estado empleando las palabras elección y afinidad electiva con cierta despreocupación, hará bien en volver a replegarse sobre sí mismo y aprovechar la ocasión para reflexionar sobre el valor de esos términos. Por desgracia, conozco bastantes casos en que la íntima unión de dos seres, que parecía indisoluble, se deshizo porque se les agregó ocasionalmente un tercero y uno de los que antes estaban tan hermosamente vinculados fue expulsado lejos de allí.

-Pues los químicos son más galantes -dijo Eduardo-; porque añaden un cuarto elemento para que nadie se tenga que ir solo.

-En efecto -replicó el capitán-, y por cierto que esos casos son los más interesantes y sorprendentes, aquellos en los que se puede ver de modo plástico cómo la atracción, la afinidad, el abandono y la reunión se entrecruzan de modo simétrico y en donde hasta ahora había dos parejas de seres vinculados dos a dos, tras producirse un contacto entre ellas, abandonan esa unión para formar otra nueva. Cuando uno ve esa forma de abandonarse y apoderarse, de rehuir o buscar, verdaderamente se tiene la impresión de que todo ello obedece a una determinación superior y por eso se le atribuye a esos seres una suerte de voluntad y elección que justifica plenamente el empleo del término técnico «afinidad electiva».

-Descríbame usted algún caso de esos -rogó Carlota.

-Esas cosas no se pueden describir con simples palabras -repuso el capitán-; como ya he dicho, en cuanto pueda mostrarle los experimentos personalmente todo le parecerá más evidente y agradable. Ahora tendría que abrumarla con un montón de horribles términos técnicos con los que no se haría usted ninguna representación del asunto. Hay que ver con los propios ojos cómo operan esos seres aparentemente muertos y que sin embargo están siempre íntimamente dispuestos a la actividad, hay que observar con interés cómo se buscan unos a otros, cómo se atraen, se apoderan, se destruyen, se succionan, se devoran y después de haberse unido del modo más íntimo vuelven a aparecer bajo una forma renovada, completamente nueva e inesperada: sólo entonces podemos atribuirles una vida eterna e incluso sensibilidad y entendimiento, porque nuestros sentidos apenas son capaces de observarlos adecuadamente y nuestra razón apenas alcanza para comprenderlos.

-No niego -dijo Eduardo que la rareza de las palabras técnicas puede resultar fastidiosa y hasta ridícula para las personas que no han podido conciliarla con una observación plástica y unos conceptos. Pero mientras tanto pienso que nos sería muy fácil expresar con letras esa relación de la que hablábamos.

-Si a usted no le parece pedante -repuso el capitán- puedo resumir brevemente todo lo que he dicho en el lenguaje de signos. Imagínese

una A que está íntimamente ligada a una B, de modo que no se la puede separar de ella por más medios y violencia que se empleen. Piense también en una C, que mantiene un comportamiento idéntico respecto a una D; ahora, ponga en contacto a las dos parejas: A se lanzará sobre D, y C sobre B sin que sea posible decir quién ha sido la primera en abandonar a la otra o quién ha sido la primera en unirse a la otra.

-Pues bien -intervino Eduardo-, mientras no podamos ver todo esto con nuestros propios ojos vamos a utilizar esta fórmula a modo de metáfora de la que podemos extraer inmediatamente una lección para nuestro uso particular. Tú representas la A, Carlota, y yo soy tu B, porque la verdad es que dependo enteramente de ti y te sigo como a la A la B. La C es, evidentemente, el capitán, que en estos momentos me sustrae un poquito lejos de ti. Pues entonces, si no quieres evaporarte en lo indeterminado, está claro que hay que buscarte una D, y ésa es, sin duda alguna, nuestra querida señorita Otilia, contra cuya venida ya no puedes seguirte defendiéndote más tiempo.

-Está bien -dijo Carlota-. Aunque a mi modo de ver el ejemplo no se adapta del todo a nuestro caso, considero una suerte que hoy estemos todos tan de acuerdo y que esas afinidades naturales y electivas me obliguen a adelantaros una confidencia. Os quiero confesar que este mediodía he decidido mandar traer aquí a Otilia, ya que mi fiel ama de llaves se despide porque se va a casar. Ése sería mi motivo por lo que a mí respecta; por lo que respecta a Otilia, tú mismo nos vas a leer lo que me ha hecho tomar esta decisión. No *voy a* leerte por encima del hombro, pero como es lógico ya conozco el contenido de esta hoja. Pero ¡léela, anda, lee! -Y diciendo estas palabras sacó una carta y se la alargó a Eduardo.

Capítulo 5

Carta de la directora

«Usted sabrá perdonarme, señora, si hoy le escribo con suma brevedad, pues tras el examen público en el que se juzgaba el aprovechamiento de los alumnos en el último año, tengo que comunicar los resultados a todos los padres y tutores. Además, puedo permitirme ser breve porque le puedo decir mucho con pocas palabras. Su hija ha obtenido el primer puesto en todo. Las notas que le adjunto, su propia carta en la que le describe los premios obtenidos y le expresa la satisfacción que siente por un resultado tan dichoso, le servirán a usted para tranquilizarse y para alegrarse. Sin embargo, mi propia dicha está algo menoscabada, porque preveo que ya no nos quedará mucho motivo para seguir reteniendo aquí más tiempo a una

mujercita que tanto ha progresado. Le presento mis respetos y me tomaré la libertad de comunicarle más adelante las ideas que tengo sobre lo que considero más ventajoso para ella. Sobre Otilia le escribe mi estimado asistente.»

Carta del asistente

«Nuestra respetable directora me permite que le escriba sobre Otilia, en parte porque, dado su modo de pensar, le resultaría muy violento tener que comunicarle a usted lo que sin embargo no queda más remedio que hacerle saber y, en parte, porque se siente obligada a dar una disculpa que prefiere poner en mi boca.

»Como sé muy bien hasta qué punto nuestra buena Otilia es incapaz de expresar lo que lleva dentro y de lo que es capaz, sentía algo de miedo pensando en el examen público, tanto más, por cuanto para ese examen no es posible ninguna preparación y aunque eso fuera posible como ocurre en circunstancias ordinarias, no hubiera sido posible preparar a Otilia para salvar las apariencias. El resultado vino a confirmar mis peores temores: no obtuvo ningún premio y hasta se encuentra entre las que no han obtenido ni un solo certificado. ¿Qué más puedo decir? En caligrafía las otras no tenían unas letras tan bien formadas, pero sus rasgos eran más sueltos; en cálculo todas eran más rápidas y no se les puso problemas difíciles, que son los que ella resuelve mejor; en francés hubo algunas que abrumaron por su forma arrolladora de charlar y exponer; en historia no supo acordarse a tiempo de los nombres y fechas; en geografía le reprocharon la escasa atención a las divisiones políticas; en música le faltó tiempo y tranquilidad para ejecutar convenientemente sus humildes melodías; en dibujo estoy seguro de que hubiera podido llevarse el premio, porque los contornos eran muy puros y su ejecución muy cuidadosa y llena de sensibilidad, pero lamentablemente emprendió algo demasiado grande y no le dio tiempo a terminar.

»Cuando salieron las alumnas y los examinadores se reunieron en consejo y tuvieron la consideración de dejarnos decir alguna que otra palabra a los profesores, en seguida me di cuenta de que nadie hablaba de Otilia, o si lo hacía, era si no con disgusto, al menos con indiferencia. Todavía tenía la esperanza de poder ganármelos un poco mediante la descripción franca de su modo de ser y me atreví a hacerlo movido por un doble celo: por un lado, porque estaba convencido de tener razón, y por otro, porque yo mismo me vi en la misma triste situación en mis años jóvenes. Me escucharon con atención, pero cuando hube terminado el presidente de los examinadores me dijo con amabilidad, pero de modo lacónico: "Las capacidades se presuponen, pero tienen que convertirse en habilidades

y destrezas. Ésa es la meta de toda educación, ése es el objetivo expreso *y* claro de los padres *y* tutores, *y* hasta la intención callada *y* no del todo consciente de los propios niños. Ése es también el objeto de nuestro examen, en el que se juzga por igual a maestros y alumnos. Lo que usted nos ha dicho nos hace concebir esperanzas favorables respecto a esa niña y en cualquier caso estimo que es usted digno de elogio por haber observado tan de cerca las disposiciones de su alumna. Transfórmelas usted en destrezas para el año que viene y entonces no ahorraremos las palabras de alabanza ni para usted ni para su alumna favorita".

»Ya me había resignado a las consecuencias de todo esto, pero aún no había llegado lo peor, que sucedió poco después. Nuestra estimada directora, que como el buen pastor no es capaz de ver perdida ni a una de sus ovejas o, como era aquí el caso, ni tan siquiera sin algún adorno, no pudo contener su disgusto cuando se hubieron marchado los señores y le dijo a Otilia que estaba muy tranquila en la ventana mientras el resto de sus compañeras se alegraban de sus premios: "¡Pero, por el amor de Dios, dígame cómo es posible parecer tan estúpida cuando no lo es!". Otilia respondió pausadamente sin perder su calma: "Perdóneme, madre, precisamente hoy me ha vuelto el dolor de cabeza y bastante fuerte "¿Y quién puede saber eso?", repuso agriamente esta mujer, por lo general tan compasiva, y se marchó irritada.

»Y es la verdad: nadie puede saberlo, porque Otilia no altera ni un músculo de su cara y tampoco he podido ver que se lleve alguna vez la mano a la sien.

»La cosa no terminó aquí. Su hija, querida señora, que habitualmente es tan alegre y generosa, estaba dominada por el orgullo de su triunfo y llena de jactancia. Saltaba y corría por las habitaciones enseñando sus premios *y* certificados *y* también se los pasó a Otilia por delante de la cara. "Hoy te has fastidiado", le gritó. Muy tranquila, Otilia le contestó: "Éste no es el último día de examen". "Pero siempre te quedarás la última", le replicó la jovencita y se marchó corriendo.

»Otilia parecía muy tranquila a los ojos de todos, pero no a los míos. Cuando le invade algún movimiento interno demasiado vivo que a ella le desagrada y trata de reprimir, se le nota por un color desigual de su rostro. La mejilla izquierda enrojece unos instantes, mientras la derecha palidece. Cuando me percaté de esta señal no pude reprimir mi simpatía por ella. Tomé aparte a nuestra directora y hablé seriamente con ella del asunto. Esta excelente mujer reconoció su fallo. Debatimos y hablamos largamente, y para no alargarme más, le comunicaré cuál fue la decisión que tomamos y cuál es el ruego que queremos transmitirle: llévese a Otilia a su casa durante algún tiempo. Los motivos, usted misma será capaz de entenderlos en toda su

extensión. Si se decide a hacer esto, más adelante le diré más cosas sobre el modo en que hay que tratar a la niña. Si después, tal como cabe suponer, nos abandona su hija, veremos regresar a Otilia al internado con alegría.

»Una cosa más, que se me podría olvidar más adelante: nunca he visto que Otilia exija nada, ni tan siquiera que lo pida encarecidamente. Por contra, sí se da el caso, aunque sea muy raramente, de que trate de negarse a algo que se le exige, lo hace con un ademán que es irresistible para el que entiende su sentido. Aprieta fuertemente sus manos una contra otra, las levanta hacia arriba y se las lleva al pecho a la vez que se inclina un poco hacia adelante y mientras tanto contempla al que ha hecho el ruego con una mirada tal, que éste renuncia gustoso a todo lo que quería pedir o podía desear. Si alguna vez ve usted ese gesto, cosa que creo poco probable sabiendo cuál es su trato, le ruego, señora querida, que se acuerde de mí y no haga sufrir a Otilia.»

Eduardo había leído esta carta sin dejar de sonreír y agitar la cabeza. Tampoco faltaron los comentarios sobre las personas y la situación descrita.

-¡Basta! -exclamó por fin Eduardo-, ya está decidido, ¡vendrá! Tú ya tienes lo que querías, querida, y por eso también nosotros podemos atrevernos a expresar nuestra propuesta. Es absolutamente necesario que me mude al ala derecha donde vive el capitán. Las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde son precisamente las mejores para trabajar. A cambio, tú y Otilia os quedáis con la parte más hermosa.

Carlota aceptó y Eduardo se puso a describir su futuro modo de vivir. Entre otras cosas, exclamó:

-Es muy amable por parte de la sobrina que tenga algo de dolor de cabeza en el lado izquierdo; yo lo tengo a veces en el derecho. Si nos da al mismo tiempo y estamos sentados el uno al lado del otro, yo apoyado sobre el codo derecho y ella sobre el izquierdo y con nuestras cabezas en la mano, cada una hacia distinto lado, va ser una pareja de cuadros digna de verse.

Al capitán todo aquello le parecía peligroso. Pero Eduardo le dijo:

-Usted, querido amigo, limítese a tener cuidado con la D. ¿Qué sería de B si le quitaran la C?

-¡Vaya!, yo pensaba que eso ya se podía suponer -replicó Carlota.

-Desde luego -exclamó Eduardo-; volvería junto a su A, porque ella es su alfa y su omega -y mientras decía esto se levantó de un salto y abrazó fuertemente a Carlota.

Capítulo 6

Acababa de llegar el coche que traía a Otilia. Carlota salió a su encuentro; la niña corrió hacia ella, se tiró a sus pies y le abrazó las rodillas.

-¿A qué viene este modo de humillarte? -dijo Carlota, que se sentía un poco apurada y trataba de que se levantara.

-No lo considero ninguna humillación -replicó Otilia, que seguía en la misma actitud-, sólo es que me gusta acordarme del tiempo en que yo no llegaba más arriba de sus rodillas y sin embargo ya estaba bien segura de su cariño.

Se levantó y Carlota la abrazó con afecto. Se la presentó a los hombres y enseguida fue tratada con especial consideración, como una invitada. La belleza es siempre un huésped bienvenido. Ella parecía atenta a lo que se decía, aunque no participaba en la conversación.

Al día siguiente Eduardo le dijo a Carlota:

-Es una joven agradable y amena.

-¿Amena? -repuso Carlota sonriendo-; ¡pero si no ha abierto la boca!

-¿De veras? -replicó Eduardo, mientras trataba de recordar-, ¡me extrañaría!

Carlota no necesitó darle demasiadas instrucciones a la recién llegada sobre cómo llevar los asuntos de la casa. Otilia no sólo vio, sino que sintió enseguida cómo estaba todo organizado. Se dio cuenta en el acto de las cosas que tenía que hacer para todos y para cada uno en particular. Todo lo hacía puntualmente. Sabía poner orden sin que pareciera que estaba mandando y cuando alguien fallaba ella se encargaba en seguida de resolver el asunto.

En cuanto se dio cuenta del tiempo que le sobraba le rogó a Carlota que le permitiera hacer una distribución de su horario, a la que después se atuvo estrictamente. Llevaba a cabo el trabajo que le asignaban siguiendo el método que el asistente había enseñado a Carlota. Le dejaban plena libertad. Solamente de cuando en cuando Carlota trataba de estimularla. Por ejemplo le dejaba en su mesa plumas gastadas para acostumbrarla a formar un trazo más fluido, pero ella les volvía rápidamente a afilar la punta.

Las dos mujeres habían decidido hablar en francés cuando estuvieran solas y Carlota se empeñaba tanto más en ello por cuanto había comprobado que Otilia era más habladora en el idioma extranjero, seguramente porque le habían obligado a practicarlo mucho. Incluso decía más cosas de las que en realidad quería. A Carlota le divirtió particularmente una descripción de toda la gente del internado que era muy fiel a la realidad aun cuando trataba de ser benévola. Otilia se convirtió en una compañía muy grata para ella y esperaba que algún día también acabaría siendo una fiel amiga.

Entretanto, Carlota volvió a retomar los antiguos papeles referidos a Otilia para refrescar su memoria sobre los juicios emitidos por la directora y el asistente sobre la bondadosa niña y compararlos con su verdadera personalidad, porque efectivamente pensaba que nunca se conoce lo suficientemente aprisa el carácter de las personas con las que se tiene que convivir como para saber qué se puede esperar de ellas en cada momento, qué aspectos se pueden y deben fomentar o qué cosas hay que acabar admitiendo y perdonar de una vez por todas.

La investigación no le aportó nada nuevo, pero puso de relieve cosas que ya sabía y que ahora le llamaron más la atención. Por ejemplo empezaba a sentirse verdaderamente preocupada por la moderación de Otilia en la comida y la bebida.

Lo primero de lo que se ocuparon las dos mujeres fue de la ropa. Carlota le pidió a Otilia que se pusiera vestidos más ricos y mejor elegidos. Y enseguida la activa y excelente jovencita cortó las telas que le habían regalado y supo arreglarlas muy deprisa y de modo muy gracioso sin precisar apenas de ayuda. Los nuevos trajes, más a la moda, realzaban su figura, porque como la belleza de una persona también se extiende a su envoltorio, cuando sabe prestarle a su aspecto agradable una nueva apariencia, es como si uno volviera a verla de nuevo y más favorecida.

Así pues se convirtió para los hombres, ya desde el principio, pero cada vez en mayor medida, en un auténtico consuelo para los ojos, si es que se nos permite llamar a las cosas por su justo nombre. Porque si la esmeralda resulta benéfica para la vista debido a su magnífico color y hasta se dice que ejerce alguna fuerza curativa sobre *ese* noble sentido, la belleza humana aún tiene un poder mucho mayor sobre los sentidos externos e internos. Al que la contempla nada malo le puede suceder, porque se siente en perfecta armonía consigo mismo y con el mundo.

Por eso, de alguna manera, aquel pequeño círculo había ganado con la llegada de Otilia. Los dos amigos observaban regularmente las horas y hasta los minutos de sus reuniones. No se hacían esperar más de lo debido ni para comer ni para la hora del té o del paseo. No tenían prisa en abandonar la mesa, sobre todo por la noche. Carlota se daba perfecta cuenta de ello y no dejaba de observarles. Trataba de descubrir si uno de los dos era más responsable que el otro de esta situación, pero no pudo detectar ninguna diferencia. Simplemente, los dos se mostraban más sociables. En las conversaciones parecían buscar lo que podía servir para despertar el interés de Otilia y lo que podía ser adecuado a su modo de pensar y a sus conocimientos. Detenían las lecturas o narraciones hasta que ella regresaba. En general, se comportaban con mayor suavidad y estaban más

comunicativos.

En correspondencia, la disposición servicial de Otilia crecía de día en día. Cuanto más conocía la casa, a las personas y la situación, tanto más presta era en intervenir, tanto más rápido entendía cada mirada, cada movimiento, media palabra, un sonido. Su tranquila atención era siempre igual, así como su serena actividad. Y, de este modo, su permanente sentarse, levantarse, salir, entrar, coger, llevar, volverse a sentar constituían un perpetuo movimiento, un eterno y grato cambio sin la menor señal de inquietud. A esto se añadía que no se la oía caminar de tan silenciosa como era.

Esta constante y servicial diligencia de Otilia le procuraba una gran alegría a Carlota. Pero tampoco le ocultó la única cosa que no le parecía del todo conveniente.

-Una de las atenciones más gratas que se puede prestar -le dijo un día- es cuando alguien se apresura a agacharse a recoger lo que a otro se le ha caído de la mano. Es una manera de reconocer nuestra actitud de servicio, lo que ocurre es que en este vasto mundo hay que pensar muy bien a quién se le otorga esta muestra de deferencia. Con las mujeres te dejo plena libertad de hacer lo que te parezca mejor. Aún eres joven. Con tus superiores o las mujeres mayores es un deber; con las de tu misma edad es una muestra de amabilidad; con las más jóvenes o inferiores es un modo de mostrarte buena y generosa; pero lo que no me parece en absoluto adecuado es que una jovencita se muestre tan solícita y se entregue de ese modo al servicio de los hombres.

-Trataré de perder esa costumbre -repuso Otilia- pero seguro que me perdonará esa inconveniencia si le cuento cómo he llegado a ella. Nos enseñaban historia; seguramente no conseguí recordar tantas cosas como hubiera debido, porque no sabía para qué me podía servir, pero no he podido olvidar algunas anécdotas que me causaron una fuerte impresión, como la siguiente:

»Cuando Carlos I de Inglaterra compareció ante esos que se llamaban sus jueces se le cayó al suelo el puño de oro del bastón que llevaba. Acostumbrado a que en tales circunstancias siempre se precipitara alguien a ayudarle parecía que también ahora miraba a su alrededor esperando que le prestaran ese pequeño servicio. Pero nadie se movió; se agachó él mismo a recoger su puño. A mí esto me resultó tan doloroso, no sé si con razón, que a partir de entonces no soy capaz de ver que a nadie se le caiga algo de las manos sin agacharme a recogerlo. Pero como sin duda no siempre es conveniente y tampoco puedo contar mi historia cada vez -prosiguió sonriendo-, trataré de contenerme en lo sucesivo.

Entretanto las benéficas empresas a las que se sentían llamados los dos amigos seguían su curso y progresaban ininterrumpidamente.

Cada día encontraban una nueva ocasión de meditar algo nuevo y emprenderlo.

Un día que pasaban juntos por el pueblo, observaron con disgusto lo atrasado que estaba en cuestión de orden y limpieza en comparación con esos pueblos en donde sus habitantes se ven obligados a las dos cosas debido al precio del terreno.

-¿Te acuerdas -dijo el capitán- que cuando viajábamos por Suiza expresamos el deseo de poder embellecer alguna vez una de estas propiedades llamadas parques rurales organizando una aldea situada precisamente como ésta y dándole no precisamente la arquitectura suiza, pero sí el orden y la limpieza de los suizos que tanto contribuyen a un mejor aprovechamiento de sus pueblos?

-Aquí, por ejemplo -contestó Eduardo-, sería posible hacerlo. La colina del castillo baja formando un saledizo y el pueblo está construido justo enfrente formando un semicírculo; en el medio discurre el arroyo, contra cuyas crecidas uno se defiende con piedras, otro con postes, el de más allá con vigas y su vecino con tablas, pero sin que ninguno ayude al otro, sino más bien causándose daño a sí mismo y a los demás. Y, por eso, el camino discurre de una forma incómoda, tan pronto para arriba como para abajo, tan pronto por encima del agua como por unas piedras. Si la *gente* quisiera colaborar, no haría falta gastar mucho para levantar un muro en forma de semicírculo, elevar el camino por detrás hasta las casas, buscar el emplazamiento más hermoso, darle una oportunidad a la limpieza y mediante un buen arreglo a gran escala desterrar de una vez por todas ese montón de pequeños cuidados insuficientes.

-¡Intentémoslo! -dijo el capitán, mientras abarcaba el lugar con la mirada y juzgaba rápidamente la situación.

-Es que no me gusta tener que tratar con burgueses o campesinos cuando no les puedo dar órdenes directas -replicó Eduardo.

-No te falta razón -repuso el capitán-, porque a mí también me causaron grandes molestias en mi vida asuntos de este género. ¡Qué difícil resulta que la gente sopese correctamente lo que tiene que sacrificar en comparación con lo que puede ganar, qué difícil es querer el fin sin desdeñar los medios! Muchos incluso confunden los medios con el fin y se deleitan con aquellos perdiendo éste de vista. Pretenden remediar todos los males precisamente en el sitio en el que se manifiestan y nadie se preocupa del punto en el que toman su raíz y desde el que actúan. Por eso es tan difícil dar consejos, sobre todo cuando se trata de la masa, que sin duda es muy razonable para las cosas de cada día, pero no suele ver más allá del día de mañana. Si se da el caso de que arreglando algo para el bien común uno tenga que perder y el otro ganar no hay manera de llegar a un acuerdo. Todo lo que atañe al bien general tiene que ser ejecutado haciendo uso del

ilimitado derecho del soberano.

Mientras estaban allí parados hablando de esta guisa un hombre que parecía más descarado que verdaderamente necesitado les pedía limosna. Eduardo, a quien no le gustaba que le interrumpieran y disturbaran, se enojó con él después de haber tratado varias veces inútilmente de echarlo por las buenas. Pero cuando vio que el hombre se alejaba de allí paso a paso mascullando e incluso pronunciando palabras fuertes, amenazando con los derechos de los mendigos a los que bien se puede negar una limosna, pero sin necesidad de ofenderlos, porque también se encuentran bajo la protección de Dios y de las autoridades, Eduardo perdió completamente los nervios.

Tratando de calmarlo, el capitán dijo así:

-¡Vamos a tomarnos este incidente como una invitación para procurar que se extienda hasta aquí el campo de acción de nuestra policía rural! Sin duda, hay que dar limosnas, pero es mejor no darlas uno mismo, y sobre todo no en casa. Hay que ser mesurado y equilibrado en todo, también en la caridad. Una limosna demasiado generosa lo único que hace es atraer a más mendigos en lugar de acabar con ellos, mientras que cuando se está de viaje o simplemente de paso hasta puede resultar grato aparecérsele a los pobres bajo la figura de una fortuna casual que les arroja una limosna inesperada. La situación del castillo y del pueblo nos facilita mucho un arreglo de este tipo; yo ya había meditado antes sobre ello.

»En uno de los extremos del pueblo está la taberna y en el otro vive una pareja de excelentes ancianos: lo único que tienes que hacer es depositar en ambos lugares una pequeña suma de dinero. No será el que entra, sino el que sale del pueblo el que reciba algo y como las dos casas están en los caminos que conducen al castillo, todos los que quieran subir hasta allí habrán tenido que pasar primero por esos luga-res.

-¡Ven! -dijo Eduardo-, vamos a arreglar esto enseguida, después ya tendremos tiempo de discutirlos detalles.

Se encaminaron a la taberna y a la casa de los ancianos y el asunto quedó zanjado.

-Sé muy bien -dijo Eduardo mientras volvían a subir juntos hacia el castillo- que en este mundo todo depende de una buena ocurrencia y de una firme decisión. Y, en efecto, tú criticaste con mucho sentido los arreglos que hizo mi mujer en el parque o incluso me sugeriste cómo podríamos mejorarlos, y no te negaré que yo enseguida se lo repetí todo a ella.

-Me lo podía figurar -repuso el capitán-, pero no puedo aprobarlo. Lo único que has logrado es confundirla; ha dejado todo parado y ésta es la única cosa por la que está irritada con nosotros, porque habrás visto que evita hablar de ello y no nos ha vuelto a invitar a la cabaña

de musgo a pesar de que va allí con Otilia en las horas libres.

-No debemos dejarnos intimidar por eso -replicó Eduardo-. Cuando estoy convencido de que algo es bueno y de que se podría y debería hacer, ya no puedo parar hasta hacerlo de verdad. Cuando se trata de emprender otras cosas somos mucho más osados. Vamos a tomar como tema de conversación de nuestras veladas las descripciones de parques ingleses con grabados sobre cobre y a continuación tu mapa de la propiedad. Al principio tendremos que hablar de nuestro plan como de la mera exposición de un problema y tratarlo todo en tono de broma; después ya veremos cómo llegamos a lo serio.

Después de este acuerdo, sacaron aquellos libros de grabados en los que siempre se veía primero el croquis de una región y su aspecto de paisaje en estado todavía primitivo y salvaje y, después, en las siguientes hojas, el cambio que se había logrado gracias al arte de aprovechar y realzar todos los elementos buenos ya existentes. De ahí era muy fácil pasar al tema de la propia finca en la que se encontraban, sus alrededores y todo lo que se podría llevar a cabo.

Ahora resultaba una ocupación placentera tomar como base el plano esbozado por el capitán, aunque era bastante difícil desprenderse del todo de esa primera concepción por la que se había guiado Carlota al principio. Con todo, idearon un modo más fácil de subir a la cima; querían construir en la parte alta de la pendiente, delante de un agradable bosquecillo, un pabellón de recreo que debía guardar alguna relación con el castillo: debía verse desde sus ventanas y desde allí se debían poder divisar del mejor modo el castillo y los jardines.

El capitán había meditado y medido todo y volvió a sacar el tema del camino del pueblo, del muro del arroyo y el relleno.

-Haciendo un camino cómodo hacia la cima -dijo-, obtendré tantas piedras como son necesarias para levantar el muro. Y desde el momento en que una cosa va ligada a la otra, se podrá hacer las dos del modo más rápido y económico.

-Pero ahora -dijo Carlota-, viene lo que me preocupa. Será necesario fijar un determinado presupuesto y una vez que sepamos cuánto hace falta para llevar a cabo esas obras habrá que distribuirlo no digo que semanalmente, pero al menos sí mensualmente. Yo me encargo de la caja; pagaré las facturas y llevaré las cuentas personalmente.

-No pareces confiar mucho en nosotros -dijo Eduardo.

-No mucho en estas cosas que sólo dependen del libre capricho -repuso Carlota-. Nosotras sabemos manejar mejor las cosas del capricho.

Se organizaron los trabajos y pronto empezaron las obras, con la permanente presencia del capitán y con Carlota como testigo casi

diario de su seriedad y rigor. Él también tuvo ahora oportunidad de conocerla mejor y a los dos les resultó muy fácil trabajar juntos y llevar algo a término.

Con el trabajo ocurre como con el baile: las personas que llevan el mismo paso acaban sintiéndose mutuamente indispensables y necesariamente tiene que surgir de ahí un recíproco afecto, y la prueba segura de que Carlota quería bien al capitán desde que había empezado a conocerlo mejor es que le permitió destruir por completo y sin experimentar ni el más leve disgusto un hermoso lugar de reposo que en su primer plan de arreglos ella había escogido y adornado con especial mimo.

Capítulo 7

Desde el momento en que Carlota había encontrado una común ocupación con el capitán, la consecuencia fue que Eduardo buscó más la compañía de Otilia. Además, desde hacía algún tiempo sentía en su corazón una callada y amistosa inclinación que le predisponía en favor de ella. Otilia se mostraba servicial y atenta con todos, pero a su amor propio le gustaba imaginar que se portaba especialmente bien con él. Además, no había duda: se había dado perfecta cuenta de qué comidas le gustaban y cómo las prefería; no se le había escapado cuánto azúcar solía echar en el té ni había dejado de tomar nota de ninguno de estos detalles. Se mostraba particularmente atenta a evitarle las corrientes de aire, a las que él se mostraba exageradamente sensible, lo que le hacía caer a veces en contradicción con su mujer, para quien nunca estaban suficientemente aireadas las salas. También sabía cuidar las flores y el vivero. Siempre trataba de que sus deseos se vieran inmediatamente realizados al tiempo que procuraba evitarle todo aquello que pudiera ser causa de su enojo, de tal modo que en poco tiempo ella le empezó a resultar imprescindible, como un ángel protector, y empezó a echarla dolorosamente de menos cuando no estaba con él. Un motivo añadido era que Otilia parecía mucho más habladora y expansiva cuando se encontraba a solas con él.

El paso de los años no le había hecho perder nunca a Eduardo algo infantil que se conciliaba especialmente bien con la juventud de Otilia. Los dos recordaban con agrado los viejos tiempos, aquellos en los que se habían conocido; eran recuerdos que remontaban hasta la época en que Eduardo empezó a sentir su inclinación por Carlota. Otilia afirmaba que los recordaba como la pareja más hermosa de la corte y cuando Eduardo mostraba escepticismo ante un recuerdo que tenía que proceder de su más temprana infancia, ella replicaba que nunca se le había borrado de la memoria una ocasión en la que al entrar él, ella se

escondió en el regazo de Carlota, no por miedo, sino debido a una reacción infantil de sorpresa. Y habría podido añadir: y porque le había causado una viva impresión, porque le había gustado mucho.

Dadas las circunstancias, algunos de los asuntos que habían emprendido antes los dos amigos habían quedado ahora paralizados, de modo que les pareció necesario volver a recuperar una visión de conjunto, redactar algunos informes y escribir algunas cartas. Con esa intención, regresaron a su despacho, en donde se encontraron al viejo secretario mano sobre mano. Reiniciaron el trabajo y pronto le dieron tarea, sin darse cuenta de que le cargaban con algunas cosas que antes solían resolver ellos mismos. Parecía que ni el capitán era capaz de llevar a término su primer informe, ni Eduardo se desenvolvía con su primera carta, así que, después de pasarlo mal un rato redactando varios borradores y volviéndolos a reescribir, Eduardo, que era a quien peor le estaban saliendo las cosas, preguntó qué hora era.

Pero resultó que el capitán se había olvidado por primera vez en muchos años de dar cuerda a su cronómetro segundero y fue entonces cuando se dieron cuenta, o al menos intuyeron, que el tiempo empezaba a resultarles indiferente.

Mientras decrecía hasta cierto punto el interés de los hombres por sus asuntos, crecía la actividad de las mujeres. En general, el habitual modo de vida de una familia, que se forja a partir de las personas dadas y las necesarias circunstancias, también es capaz de acoger en su seno, como en un recipiente, una inclinación extraordinaria o una pasión incipiente, y puede pasar un cierto tiempo hasta que ese nuevo ingrediente provoque una fermentación destacable y empiece a verter la espuma por encima del borde.

En el caso de nuestros amigos las incipientes inclinaciones que surgían ahora recíprocamente, tenían el efecto más agradable. Sus corazones se abrían y de la buena disposición particular surgía una buena disposición general. Cada una de las partes se sentía feliz y se alegraba de la dicha ajena.

En una situación semejante, el espíritu se eleva al mismo tiempo que se ensancha el corazón *y* todo lo que uno hace *y* emprende se orienta de algún modo hacia lo inconmensurable. Así, los amigos ya no se quedaban encerrados en casa. Sus paseos se extendían cada vez más y si Eduardo se adelantaba presuroso con Otilia para elegir las sendas y abrir los caminos, el capitán se rezagaba en amena charla con Carlota, interesándose por algunos rincones recién descubiertos o alguna panorámica inesperada siguiendo sin prisas el rastro dejado por los que les habían tomado la delantera.

Un día, su paseo les condujo más allá de la verja del ala derecha del castillo haciéndoles descender hacia la posada, pasar el puente y llegar hasta las lagunas, a lo largo de cuyas aguas siguieron

caminando mientras les fue posible, porque la maleza y las rocas hacían impracticables las orillas al llegar a un punto.

Pese a ello, Eduardo, que conocía la zona por sus excursiones de caza, se siguió internando con Otilia por un sendero recubierto por la vegetación, pues sabía muy bien que el viejo molino escondido entre peñas ya no podía quedar muy lejos. Pero aquella senda en desuso pronto se terminó de desdibujar del todo y se encontraron perdidos en medio de una tupida espesura y de rocas recubiertas de musgo, si bien sólo durante un breve lapso de tiempo, porque el crujido de las ruedas les anunció enseguida que estaban llegando al lugar que buscaban.

Al avanzar hasta la punta de un saledizo de las rocas vieron ante ellos, allá en el fondo, la vieja, oscura y extraña construcción de madera, envuelta en las sombras de altos peñascos y esbeltos árboles. No les quedó otro remedio que decidirse a bajar de algún modo por aquellas rocas musgosas *y* en mal estado. Eduardo siempre iba por delante *y* cada vez que se volvía y veía a Otilia que le seguía por aquellas alturas con paso ligero, sin mostrar susto ni temor, y saltando de piedra en piedra en el más hermoso de los equilibrios, él creía ver flotando por encima de su cabeza a un ser celestial. Y cuando en algunos lugares inseguros ella se aferraba a la mano que él le alargaba o incluso se apoyaba en su hombro, no podía menos de pensar que la que así le tocaba era la más tierna de las criaturas del sexo femenino. Casi hubiera deseado que tropezara o resbalara para poder tomarla en sus brazos y estrecharla contra su pecho, pero tampoco lo hubiera hecho en ningún caso y por más de un motivo: porque temía ofenderla y porque temía causarle algún daño.

Enseguida sabremos qué se quiere decir con esto. En efecto, en cuanto hubieron llegado abajo y en cuanto la tuvo sentada frente a él en una mesa rústica situada bajo los árboles esbeltos, después de haber mandado a la amable molinera a buscar leche y al molinero, que les había recibido con amables expresiones de bienvenida, a que saliera-al encuentro del capitán y de Carlota, Eduardo empezó a hablar tras una breve vacilación:

-Tengo un ruego que hacerle, mi querida Otilia; y quiero que me lo perdone, incluso si me lo niega. Usted nunca nos ha ocultado, ni era necesario hacerlo, que lleva debajo de su vestido, contra su pecho, un retrato en miniatura. Se trata de la efigie de su padre, ese hombre excelente al que usted apenas pudo conocer, pero que merece un lugar en su corazón por muchos motivos. Pero perdóneme que le diga que el retrato es desproporcionadamente grande *y que* ese metal *y* ese cristal me llenan de mil temores cuando la veo que levanta a algún niño en sus brazos, que lleva algo contra su pecho, que el coche se mete en algún bache, o bien cuando nos metemos en la espesura o bajamos por las rocas como hace un momento. Pienso con horror en la

posibilidad de que cualquier choque imprevisto, una caída, cualquier contacto pudiera serle perjudicial o incluso causarle un daño mortal. Por eso le pido que haga esto por mí: saque ese retrato, no de su memoria ni de su habitación, es más, concédale el lugar más sagrado y bello de su aposento, pero sí de su pecho, en donde a lo mejor por un exceso de temor a mí me parece tan peligroso.

Otilia callaba y, mientras él hablaba, miraba a lo lejos; después, sin precipitarse, pero sin dudar, y con una mirada que estaba más dirigida al cielo que a Eduardo, se desabrochó la cadena, sacó la miniatura, la oprimió contra su frente y se la alargó a su amigo diciéndole:

-Guárdemela hasta que lleguemos a casa. No sé otra manera mejor de demostrarle hasta qué punto aprecio su preocupación por mí.

El amigo no se atrevió a poner sus labios sobre el retrato, pero tomando la mano de ella, la oprimió contra sus ojos. Eran tal vez las dos manos más hermosas que jamás se habían entrelazado. Y él se sentía como si se le hubiera quitado un enorme peso del alma, como si se hubiera caído un muro que le separaba hasta entonces de Otilia.

Conducidos por el molinero, Carlota y el capitán llegaban hacia ellos por un sendero más cómodo. Se saludaron, contentos de volver a encontrarse, y repararon fuerzas alegremente. Nadie quería regresar a casa por el mismo camino y Eduardo propuso un sendero que subía por las rocas por el otro lado del arroyo y que les permitió volver a ver las lagunas mientras avanzaban por él con algún esfuerzo. Después, atravesaron una variada vegetación boscosa y finalmente divisaron parte de la comarca con sus pueblos, aldeas y caseríos rodeados de verde fertilidad y en primer plano una granja, que escondida en aquellas alturas en medio del bosque, daba una sensación de entrañable intimidad. Después de alcanzar suavemente la cima, la riqueza de aquella comarca se descubrió del modo más hermoso por delante y por detrás de ellos y desde allí llegaron hasta un grato bosquecillo que les bastó atravesar para llegar de pronto a la roca situada frente al castillo.

¡Qué felices se sintieron al ver a donde habían llegado casi sin darse cuenta! Habían dado la vuelta a todo un mundo en pequeño y ahora se hallaban en el lugar en el que debía alzarse el nuevo edificio y volvían a contemplar las ventanas de su vivienda.

Bajaron hasta la cabaña de musgo y, por primera vez, se sentaron todos juntos allí dentro. Nada parecía más natural que expresar el deseo unánime de arreglar la ruta que aquel día habían tenido que seguir de manera lenta y dificultosa de tal modo que pudieran rehacer aquel paseo charlando todos juntos cómodamente. Cada uno hizo sus sugerencias y calcularon que ese mismo camino que les había llevado aquel día varias horas, podía conducirles de vuelta al castillo en una hora cuando estuviera bien acondicionado. Ya estaban tendiendo con

el pensamiento un nuevo puente río abajo del molino, en el lugar en que el arroyo desembocaba en la laguna, que debía acortar la ruta y adornar el paisaje, cuando Carlota puso freno a su imaginación creativa recordándoles los costes que serían necesarios para una empresa semejante.

-También para eso hay una solución -replicó Eduardo-. No tenemos más que vender esa granja del bosque, que parece tan bien situada pero que tan poco produce, y con el importe que obtengamos podremos emprender esos arreglos y, de ese modo, en el transcurso de inapreciables paseos podremos disfrutar de los intereses de un capital bien invertido, mientras que ahora, cuando llega el momento de hacer el balance de fin de año, nos cuesta trabajo sacar de ahí una miserable ganancia.

Ni siquiera Carlota, que era tan buena administradora, podía objetar gran cosa a lo dicho. Era un asunto del que ya habían hablado anteriormente. El capitán quería hacer un plan para repartir adecuadamente las tierras entre los granjeros del bosque, pero Eduardo quería hacer las cosas de un modo más rápido y cómodo. El actual arrendatario de las tierras, que ya había lanzado alguna propuesta de compra, obtendría la propiedad *y* la pagaría a plazos *y,* del mismo modo, ellos irían haciendo a plazos, etapa por etapa, los arreglos proyectados.

Un plan tan razonable y mesurado no podía dejar de encontrar la aprobación general, así que todos los que allí estaban empezaron a ver con su imaginación cómo serpenteaba el nuevo camino, a cuyos lados esperan seguir descubriendo los más agradables lugares de reposo y las más bellas vistas.

Por la noche, una vez en casa, sacaron en seguida el nuevo mapa para volver a pensar todo con más detalle. Examinaron el camino recorrido y las maneras de hacerlo más cómodo en algunos lugares. Volvieron a discutir todos los proyectos anteriores tratando de conciliarlos con las nuevas ideas, volvieron a aprobar el lugar donde se debía construir la nueva casa frente al castillo y decidieron que muriese allí el trazado de los nuevos caminos.

Otilia había permanecido callada todo el tiempo cuando Eduardo tomó el plano, que hasta aquel momento había estado extendido ante Carlota, y lo puso delante de ella invitándola a expresar su opinión y animándola cariñosamente, viendo que todavía dudaba, a no mantener su silencio, pues al fin y al cabo no importaba y sólo se trataba de un proyecto por realizar.

-Pues yo -dijo Otilia señalando con el dedo la llanura más alta de la cima-, construiría aquí la casa. Es verdad que no se vería el castillo, porque quedaría oculto por los bosques, pero precisamente por eso uno se sentiría en un mundo distinto y nuevo, pues también quedarían

tapados el pueblo y todas las casas. La vista sobre las lagunas, el molino, las colinas, las montañas y el campo es extraordinariamente hermosa; me he fijado en ello al pasar.

-Tiene razón -exclamó Eduardo-. ¿Cómo no se nos había ocurrido? ¿Esto es lo que usted quiere decir, verdad Otilia? -*y* tomando un lápiz trazó con líneas rápidas *y* gruesas un rectángulo alargado en la colina.

Este gesto le llegó al alma al capitán, porque le desagradaba mucho ver estropeado de ese modo el plano que con tanto cuidado y delicadeza había dibujado. Pero, tras una breve y tímida protesta, se sumó a la idea.

-Otilia tiene razón -dijo-; ¿acaso no nos gusta dar un largo paseo para tomar un café o paladear un pescado que en nuestra casa no nos habría sabido tan rico? Todos necesitamos cambios y objetos nuevos. Los antepasados construyeron aquí el castillo con toda la razón, porque se encuentra protegido de los vientos y cerca de todas las necesidades de la vida diaria, pero un edificio que está más destinado a reuniones amistosas que a vivienda estará allí magníficamente emplazado y sabrá proporcionar en la buena estación horas deliciosas.

Cuanto más hablaban de ello, más acertada les parecía la idea y Eduardo apenas podía disimular el triunfo que sentía porque se le hubiera ocurrido a Otilia. Estaba tan orgulloso de ello como si hubiera sido él mismo quien la hubiera concebido.

Capítulo 8

Nada más amanecer, el capitán salió a examinar el lugar y esbozó un primer croquis provisional, y cuando los demás volvieron a reiterar su determinación sobre el terreno, diseñó uno más exacto acompañado de presupuesto y todo lo necesario. No se dejó de hacer ningún preparativo. También se volvió a abordar la cuestión de la venta de la granja. Y los hombres volvieron a encontrar ocasión para desplegar su actividad.

El capitán le hizo observar a Eduardo que sería un hermoso gesto y hasta un deber festejar el cumpleaños de Carlota celebrando la puesta de la primera piedra. No necesitó insistir mucho para vencer la antigua aversión de Eduardo por ese tipo de fiestas, porque enseguida se le vino a las mientes el cumpleaños de Otilia, que caía algo más tarde, y que también podría festejar solemnemente.

Carlota, a quien las nuevas obras y todo lo que conllevaban le parecían algo importante, serio y hasta un poco inquietante, se ocupaba volviendo a repasar otra vez los presupuestos y el reparto del tiempo y del dinero. Como ahora se veían menos durante el día, con tanto mayor deseo volvían a encontrarse por la noche.

Mientras tanto, Otilia se había hecho completamente dueña de los

asuntos de la casa y no podía ser de otro modo, dada su manera tranquila y segura de llevar las cosas. Además, su modo de ser la dirigía más hacia la casa y lo doméstico que a la vida en el exterior. Eduardo pronto se dio cuenta de que sólo les acompañaba en sus paseos por amabilidad, que si se quedaba más tiempo fuera en las veladas era debido a un deber social y que a veces pretextaba cualquier asunto doméstico para poder regresar al interior. Por eso, pronto supo organizar las excursiones en común de tal modo que la vuelta a casa se produjera antes de la caída del sol y empezó otra vez a leer poesías, cosa a la que había renunciado durante mucho tiempo, sobre todo aquellas que le permitían modular con la voz la expresión apasionada de un puro amor.

Por la noche, se sentaban normalmente alrededor de una mesita en sus asientos habituales: Carlota en el sofá, Otilia en una butaca enfrente de ella y los hombres en los otros dos lados. Otilia se sentaba a la derecha de Eduardo, hacia donde él corría la lámpara cuando leía. Entonces Otilia se le acercaba todavía más para poder ver el libro, porque también ella se fiaba más de sus propios ojos que de labios ajenos, y Eduardo, por su parte, también se arrimaba hacia ella para facilitarle su lectura e incluso hacía pausas más largas de lo habitual para no tener que volver la página hasta que ella hubiera llegado al final.

A Carlota y al capitán esto no les pasó desapercibido y a veces se miraban sonriendo, pero a ambos les cogió por sorpresa otra señal que dejaba ver a las claras la callada inclinación de Otilia.

Una noche en que la velada se había visto parcialmente arruinada por culpa de una visita inoportuna, Eduardo propuso que se quedaran más tiempo juntos. Se sentía con ganas de volver a coger su flauta, que hacía tiempo que no estaba en el orden del día. Carlota se puso a buscar las sonatas que solían tocar juntos y como no las encontraba Otilia acabó por confesar, tras alguna vacilación, que se las había llevado ella a su habitación.

-¿Y usted podría, usted querría acompañarme al piano? -preguntó Eduardo, con los ojos brillantes de alegría.

-Creo que sí -contestó Otilia-, creo que seré capaz.

Fue a buscar las partituras y se sentó al piano. Los oyentes estaban muy atentos y se sorprendieron al ver de qué modo tan completo había interiorizado Otilia las piezas, pero aún se sorprendieron más al ver cómo sabía adaptarse al modo de tocar de Eduardo. «Adaptarse» no es el término apropiado, porque si bien dependía de la habilidad y la libre voluntad de Carlota el detenerse aquí o seguir más allá para dar gusto a su marido, quien tan pronto dudaba y se retrasaba en la ejecución como se apresuraba y pasaba por delante, Otilia, que les había oído tocar juntos alguna vez, parecía haber aprendido las piezas

sólo a la manera de Eduardo. Había hecho sus defectos tan suyos, que volvía a nacer de allí una suerte de conjunto vivo, que ciertamente no seguía el compás adecuado, pero que sonaba de un modo muy agradable y placentero. Hasta el propio compositor habría disfrutado oyendo ejecutar su obra de un modo tan bonitamente deformado.

El capitán y Carlota también contemplaron esta escena inesperada sin decir nada, con una sensación similar a la que provocan algunos actos infantiles que si bien no pueden merecer la aprobación debido a sus inquietantes consecuencias, tampoco resultan censurables y hasta suscitan la envidia. Porque, en efecto, la mutua inclinación de estos dos crecía tanto como la de aquellos, y tal vez de un modo más peligroso, por cuanto ellos eran más serios, estaban más seguros de sí mismos y eran mucho más capaces de controlarse.

El capitán ya empezaba a sentir que una costumbre irresistible amenazaba con encadenarle a Carlota. Tuvo que vencerse a sí mismo para evitar aquellas horas en que Carlota solía visitar las obras, para lo cual tenía que levantarse muy temprano, a fin de dejar todo organizado antes de retirarse a trabajar en su ala del castillo. Los primeros días Carlota creyó que su ausencia era casual y lo buscó en todos los lugares probables; más adelante creyó entender sus motivos y le estimó todavía más por ello.

Aunque el capitán evitaba las ocasiones de estar a solas con Carlota, se afanaba con tanto mayor celo en preparar y acelerar las obras para la magnífica fiesta del cercano cumpleaños. Había mandado empezar el cómodo camino de ascenso por la parte de abajo, por detrás del pueblo, pero al mismo tiempo también mandaba trabajar ya de arriba hacia abajo, supuestamente para ir rompiendo las piedras, y había planeado todo para que durante la noche víspera del cumpleaños las dos partes del camino se encontrasen. En la nueva casa de la cima ya se había desterrado, más que excavado, el lugar para el sótano y se había tallado una hermosa piedra fundacional con aristas y relieves.

La actividad exterior, las pequeñas intenciones amistosas y secretas, junto con esos afectos íntimos más o menos reprimidos, no dejaban que las reuniones tuvieran la suficiente animación, así que Eduardo, que echaba algo en falta, conminó una noche al capitán a que trajera su violín y acompañase a Carlota al piano. El capitán no pudo sustraerse a un ruego tan general, de modo que ambos ejecutaron con mucho sentimiento, gracia y alegría una de las piezas más difíciles, lo que les proporcionó un gran deleite, así como a la 'pareja que les escuchaba. Se prometieron volver a repetir aquello a menudo y practicar juntos.

-Lo hacen mejor que nosotros, Otilia -dijo Eduardo-, y debemos admirarles, pero sin dejar de disfrutar por nuestra cuenta.

Capítulo 9

Llegó el día del cumpleaños y todo estaba preparado: estaba hecho todo el muro que circundaba el camino del pueblo elevándolo y protegiéndolo contra el agua, así como el camino que pasaba por delante de la iglesia, en donde discurría durante un trecho sobre el trazado del antiguo sendero de Carlota para después ascender por las rocas dejando por encima de él, a la izquierda, la cabaña de musgo, dar a continuación un giro completo que la volvía a dejar a la izquierda por debajo de sí, y alcanzar poco a poco la cima.

Aquel día se había reunido mucha gente. Fueron a la iglesia, en donde se encontraron a todo el pueblo ataviado con trajes de fiesta. Después del servicio divino, tal como estaba prescrito, salieron por delante niños, jóvenes y hombres, después los señores del castillo con sus visitas y acompañantes *y,* finalmente, las niñas, jovencitas *y* mujeres, cerrando la comitiva.

En la curva del camino se había preparado un lugar elevado en medio de las rocas; el capitán rogó a Carlota y a sus invitados que descansaran allí. Desde aquel punto se podía dominar todo el camino, el grupo de los hombres, que ya había subido hasta la cima, *y* las mujeres que iban tras ellos y que ahora pasaban por delante del lugar donde se encontraban. Como hacía un día espléndido, se trataba de un espectáculo maravilloso. Carlota se sintió sorprendida y conmovida y apretó tiernamente la mano del capitán.

Siguieron a la masa que seguía ascendiendo y ya formaba un círculo en torno a la superficie excavada de la futura casa. El dueño del lugar, los suyos y los invitados más distinguidos fueron invitados a bajar al fondo, donde se veía la primera piedra de los cimientos apuntalada por un lado y preparada para ser empujada y puesta en su sitio. Un albañil muy bien vestido con la paleta en una mano y el martillo en la otra pronunció un pequeño discurso en verso que sólo podemos reproducir de modo incompleto y en prosa.

-Tres cosas -empezó- se deben tener en cuenta en un edificio: que el lugar sea adecuado, que tenga una buena cimentación y que la obra sea perfectamente ejecutada. Lo primero es asunto del dueño, porque así como en la ciudad sólo el príncipe y la comunidad pueden decidir dónde se debe construir, en el campo es privilegio del dueño del terreno decir: aquí debe alzarse mi casa y en ningún otro lugar.

Al oír estas palabras, Eduardo y Otilia no se atrevieron a mirarse, a pesar de hacerse frente y hallarse muy próximos.

-Lo tercero, la ejecución, es asunto de muchos y diversos gremios, porque en verdad hay muy pocos oficios que no tengan que intervenir. Pero lo segundo, la cimentación, es cosa del albañil y, para decirlo bien

claro de una vez, es el asunto principal de toda la empresa. Se trata de algo muy serio y nuestra invitación de hoy también lo es, porque esta celebración solemne tendrá lugar en las profundidades. Aquí, en el interior de este espacio estrecho recién excavado, ustedes nos hacen el honor de ser testigos de nuestro secreto trabajo. Enseguida colocaremos esta piedra bellamente esculpida y muy pronto las paredes de tierra que ahora están adornadas con tan hermosas y dignas personas, no serán accesibles porque habrán sido recubiertas.

»Esta piedra fundacional, que con su arista marca el ángulo derecho del edificio, con sus ángulos rectilíneos señala la regularidad que debe alcanzar el mismo y con sus caras horizontales y verticales indica el aplomo y el equilibrio de todos sus muros y paredes, podríamos colocarla ya sin más, pues se sostendría perfectamente por su propio peso. Pero tampoco dejaremos de añadir la cal y otros productos coaligantes, porque lo mismo que esas personas que sienten por naturaleza una mutua inclinación, están mejor unidas cuando las ata la ley, así también esas piedras, cuya forma ya se adapta a una mutua unión, quedan más firmemente vinculadas gracias a esas sustancias; y como no está bien permanecer ocioso en medio de los que trabajan, ustedes no desdeñarán colaborar en nuestro trabajo.

Y diciendo esto le alargó su paleta a Carlota, que puso algo de cal bajo la piedra. Otros muchos quisieron hacer otro tanto y acto seguido se dejó caer la piedra en su sitio, después de lo cual le entregaron el martillo a Carlota y a los demás para que, por medio de tres golpes, consagraran de modo expreso la unión de la piedra con el suelo.

-El trabajo del albañil, que ahora celebramos a cielo abierto -continuó el orador-, no siempre ocurre ocultamente, pero sí para quedar oculto. Una vez que ha sido ejecutado regularmente se recubre el fundamento y ni siquiera se piensa mucho en nosotros cuando se ven los muros que levantamos a pleno día. Llama más la atención el trabajo del cantero y del escultor y tenemos que permitir alegremente que el pintor borre hasta la última huella de nuestras manos *y se* apropie de nuestro trabajo revistiéndolo, alisándolo *y* coloreándolo.

»¿A quién le puede importar más darse alguna satisfacción a sí mismo haciendo un trabajo satisfactorio si no es al propio albañil? ¿Quién tiene más motivos que él para alimentar su propia estima? Cuando la casa está terminada, el suelo aplanado y recubierto, los muros exteriores revestidos con ornamentos, él todavía es capaz de ver por debajo de todas esas capas y reconoce esas juntas regulares y cuidadosas a las que el conjunto debe su existencia y su resistencia.

»Pero del mismo modo que aquel que ha perpetrado una mala acción, por mucho que trate de esconderla, siempre tiene que temer que vuelva a salir a la luz, también el que ha hecho el bien en secreto tiene que contar con que éste aparezca algún día a la luz contra su

voluntad. Por eso, queremos hacer de esta piedra angular una piedra conmemorativa. En las distintas cavidades que hemos tallado en ella, vamos a introducir algunos objetos que servirán como testimonio nuestro para una lejana posteridad. Estos estuches de metal sellados con soldadura contienen diversos documentos; en estas planchas de metal se han grabado todo tipo de hechos memorables; en estos bellos frascos de vidrio enterraremos el mejor vino viejo, indicando su añada; tampoco faltan monedas de distinto tipo acuñadas este año: todas estas cosas son un regalo que procede de la generosidad de nuestro señor, dueño de esta obra. Y todavía queda algo de sitio si alguno de los invitados y espectadores tiene el gusto de dejar algo aquí para la posteridad.

Tras una breve pausa el albañil miró en derredor, pero como suele suceder en estos casos nadie estaba preparado, todos estaban sorprendidos, hasta que un joven y animoso oficial arrancó y dijo:

-Si tengo que añadir algo que todavía no figure en esta cámara del tesoro, arrancaré de mi uniforme un par de botones que seguro que también merecen llegar a la posteridad.

Dicho y hecho. Y acto seguido todos tuvieron ocurrencias parecidas. Las mujeres no quisieron dejar pasar la ocasión de dejar allí sus pequeñas peinetas y tampoco se ahorraron frascos de perfume y otros adornos. Sólo Otilia dudaba, hasta que una palabra amable de Eduardo la sacó de su muda contemplación de todos aquellos objetos. Entonces se soltó la cadena de oro del cuello, de la que antes colgaba el retrato de su padre, y la depositó suavemente sobre el resto de las joyas, después de lo cual Eduardo se las arregló, con cierta premura, para que se pusiera inmediatamente la tapa bien ajustada y se recubriera con cemento.

El joven albañil que se había mostrado tan activo volvió a adoptar su pose de orador y continuó diciendo:

-Colocamos esta piedra para la eternidad, para asegurar a los actuales y a los futuros propietarios de esta casa que disfruten siempre de ella. Sin embargo, al sepultar este tesoro, mientras celebramos el más fundamental de los actos, también reflexionamos en lo perecedero de las cosas humanas; se nos ocurre pensar en la posibilidad de que algún día esta tapa sea nuevamente descubierta, lo que sólo podría ocurrir si se destruyera todo lo que ni siquiera ha sido construido aún.

»Pero para que podamos construir, ¡abandonemos los pensamientos de futuro y regresemos al presente! Después de la fiesta de hoy, volvamos de inmediato al trabajo para que ninguno de los oficios que colaboran en esta obra tengan días de fiesta, para que la construcción se alce hacia el cielo y se termine y por las ventanas que todavía no existen, el señor de la casa *y* los suyos *y* sus invitados

contemplen alegres el paisaje, para todo lo cual *y a* su salud *y a la* de todos los presentes ¡bebamos ahora!

Y diciendo esto apuró de un solo trago una copa tallada y la tiró al aire. Porque así es como se marca una alegría desmesurada, rompiendo el recipiente que se usó en la dicha. Pero esta vez las cosas sucedieron de otro modo: el vaso no llegó hasta el suelo y, por cierto, sin necesidad de un milagro.

Efectivamente, para que la construcción avanzara lo más rápidamente posible, ya se habían excavado todos los cimientos de la esquina opuesta e incluso se había comenzado a levantar los muros para lo que se había construido un andamio tan alto como se había juzgado necesario.

Para mayor ventaja de los obreros, ya se había acomodado el andamio para aquella ocasión festiva con tablas de madera y una multitud de espectadores se había instalado allí arriba. Allí es adonde voló el vaso y donde fue atrapado por uno, que interpretó ese azar como una señal de buen augurio para él. Sin soltarlo se lo mostró a los que le rodeaban y pudieron ver las iniciales E y O finamente grabadas y entrelazadas: era uno de los vasos que habían sido fabricados para Eduardo cuando era joven.

Los andamios volvieron a quedar vacíos y los invitados más ágiles, que subieron arriba para poder contemplar el paisaje, no podían dejar de alabar la hermosa vista que se disfrutaba desde todos los ángulos. Pues ¡qué no descubrirá el que estando en un punto elevado pueda elevarse todavía un piso más! Tierra adentro se descubrían todavía más pueblos, se divisaba con toda nitidez la cinta plateada del río y alguno hasta pretendía adivinar las torres de la capital. En la parte trasera, por detrás de las colinas boscosas, se alzaban al cielo las cimas azules de una lejana montaña y se podía ver la comarca cercana toda entera.

-Ahora sólo faltaría -dijo uno- unir las tres lagunas y convertirlas en un gran lago, así este panorama reuniría todo lo que es grande y todo lo que es deseable.

-Eso sería factible -dijo el capitán-; porque antiguamente las lagunas formaban un único lago de montaña.

-Sólo pido que se respete mi grupo de plátanos y álamos -dijo Eduardo-, que hace tan bonito a orillas del lago central. Ve usted -dijo dirigiéndose a Otilia, a la que condujo unos pasos más adelante mientras le indicaba con la mano- esos árboles los planté yo mismo.

-¿Cuánto tiempo hace que están ahí? -preguntó Otilia.

-Aproximadamente tanto tiempo como está usted en el mundo -replicó Eduardo-. Sí, mi querida niña, yo ya plantaba árboles cuando usted estaba aún en la cuna.

Todos regresaron al castillo. Después de comer invitaron a los allí

reunidos a dar un paseo por el pueblo y ver también los nuevos arreglos. A instancias del capitán, los habitantes del pueblo se habían congregado delante de sus casas, pero no en hileras, sino de modo natural formando grupos de familia, parte ocupados en los quehaceres propios de la hora del atardecer, parte descansando en los nuevos bancos. Se les había encarecido la agradable obligación de renovar al menos cada domingo y día de fiesta ese mismo orden y limpieza.

Una inclinación íntima como la que se había generado entre nuestros amigos sólo puede sentirse desagradablemente interrumpida cuando tiene que convivir con una compañía más numerosa. Los cuatro se mostraron contentos de volver a encontrarse solos en la gran sala, pero esa sensación de intimidad casera se vio hasta cierto punto perturbada por la llegada de una carta que le fue entregada a Eduardo en la que se anunciaban nuevos huéspedes para el día siguiente.

-Tal como suponíamos -le dijo Eduardo a Carlota-, el conde no se queda sin venir, llegará mañana.

-Entonces tampoco tardará en aparecer la baronesa -contestó Carlota.

-¡Claro que no! -replicó Eduardo-; también llegará mañana por su lado. Nos ruegan que les demos alojamiento esa noche y se marcharán juntos pasado mañana.

-Entonces tenemos que preparar las cosas con tiempo, Otilia -dijo Carlota.

-¿Cuáles son sus órdenes para los preparativos? -preguntó Otilia.

Carlota le dio unas indicaciones generales y Otilia se alejó.

El capitán quiso informarse del tipo de relación que mantenían aquellas dos personas a las que sólo conocía vagamente. En otros tiempos, le explicaron, estando los dos ya casados con otras personas, se habían amado apasionadamente. No era posible perturbar un doble matrimonio sin escándalo: se sugirió el divorcio. La baronesa podía obtenerlo, el conde no. Tuvieron que separarse en apariencia, pero su relación continuó y cuando no podían estar juntos en la corte durante el invierno, se desquitaban durante el verano en viajes de placer y balnearios. Los dos eran algo mayores que Eduardo y Carlota y ambos buenos amigos de ellos de su época en la corte. Siempre habían conservado una buena relación aunque no aprobaran del todo la conducta de sus amigos. Pero esta vez su venida no le cayó nada bien a Carlota y si se hubiera parado a buscar el motivo habría descubierto que era por Otilia. Aquella niña buena e inocente no debía tener tan pronto ante sus ojos semejante ejemplo.

-Podían haber tardado un par de días más en venir -dijo Eduardo justo en el momento en que Otilia volvía a entrar hasta que hubiéramos arreglado lo de la venta de la granja. El contrato ya está

listo y ya tengo una copia, pero falta la segunda copia y nuestro secretario está muy enfermo.

El capitán enseguida se ofreció a hacerla, y también Carlota, pero había algunos argumentos en contra.

-¡Démela a mí! -exclamó Otilia con cierta premura.

-No la tendrás a tiempo -dijo Carlota.

-La verdad es que me haría falta para pasado mañana temprano y es mucho -dijo Eduardo.

-Estará lista -replicó Otilia agarrando ya la hoja con sus manos.

Al día siguiente, mientras miraban por la ventana desde el piso alto para ver si veían llegar a sus invitados, a cuyo encuentro no querían dejar de salir, Eduardo exclamó:

-¿Quién viene cabalgando tan despacio por la calle? -El capitán describió con más exactitud la figura del jinete-. Entonces es él -dijo Eduardo-; porque los detalles que tú ves mejor que yo coinciden perfectamente con el conjunto que yo también puedo divisar perfectamente. Es Mittler. ¿Pero por qué razón vendrá tan despacio, tan rematadamente despacio?

La figura se aproximó y era de verdad Mittler. Lo recibieron amablemente mientras subía lentamente las escaleras.

-¿Cómo es que no vino ayer? -le gritó desde arriba Eduardo.

-No me gustan las fiestas ruidosas -replicó el otro-. Pero vengo hoy con retraso a celebrar tranquilamente con vosotros el cumpleaños de mi amiga.

-¿Cómo es que tiene usted tanto tiempo libre? -bromeó Eduardo.

-Debéis mi visita, si es que os resulta grata, a una reflexión que hice ayer. Me pasé la mitad del día regocijándome en una casa en la que he podido poner paz y entonces oí decir que aquí se estaba celebrando el cumpleaños. «Pueden considerar egoísta -pensé para mí- que sólo quieras alegrarte con la gente a la que has ayudado a hacer las paces. ¿Por qué no alegrarte por una vez con amigos que ya tienen paz y tratan de conservarla?» ¡Dicho y hecho! Y aquí estoy tal como lo pensé.

-Ayer habría encontrado usted mucha compañía, hoy poca -dijo Carlota-. También encontrará al conde y a la baronesa, que ya le han dado bastante que hacer.

Mittler saltó como un resorte de en medio de los cuatro moradores de la casa, que habían rodeado al extraño hombrecillo, pidiendo enfadado su sombrero y su fusta.

-¿Es que me persigue una mala estrella en cuanto quiero descansar y pasarlo bien por una vez? No debí venir y ahora me veo expulsado de aquí. Porque con ésos no quiero estar bajo el mismo techo. Y precaveos: sólo traen mala suerte. Su naturaleza es como la levadura que propaga por todas partes su contagio.

Trataron de apaciguarlo, pero fue inútil.

-El que me toca el matrimonio -replicó-, el que con palabras, o peor, con actos, socava este pilar de toda sociedad moral, tendrá que vérselas conmigo, y si no consigo salir vencedor, no quiero saber nada de él. El matrimonio es el principio y la cumbre de toda cultura. Suaviza a los ásperos, y los más cultivados no encuentran mejor ocasión para demostrar su bondad. Tiene que ser indisoluble, porque reporta tanta dicha que no se pueden tomar en cuenta algunas pequeñas desdichas. ¿Y para qué hablar de desdicha? Es la impaciencia lo que asalta al hombre de cuando en cuando y entonces le gusta considerarse desdichado. Si se deja pasar ese momento, se puede uno considerar satisfecho de que todavía subsista lo que tanto tiempo subsistió. No existe ningún motivo suficiente para separarse. La condición humana se sitúa tan arriba en cuestión de penas y alegrías que no se puede calcular ni siquiera aproximadamente lo que una pareja de esposos se debe mutuamente. Es una deuda infinita que sólo se salda con la eternidad. Puede que a veces resulte incómodo, bien lo creo, y así tiene que ser. ¿Acaso no estamos casados también con la conciencia, de la que muchas veces nos gustaría separarnos porque es bastante más incómoda de lo que pueda llegar a serlo jamás un hombre o una mujer?

Así habló enérgicamente y probablemente habría continuado mucho tiempo si unos postillones con sus trompetas no hubieran anunciado la llegada de sus señores, quienes como si se hubieran puesto de acuerdo entraron al mismo tiempo por los dos lados en el patio del castillo. Mientras los anfitriones salían a recibirles Mittler se escondió, pidió que le llevaran su caballo a la posada y se marchó de allí de muy malhumor.

Capítulo 10

Se le dio la bienvenida a los huéspedes y se les invitó a entrar; se alegraron de volver a pisar aquella casa y aquellas habitaciones en las que habían pasado días tan felices en otra época y que hacía bastante tiempo que no habían vuelto a ver. A los amigos también les resultaba muy grata su presencia. Al conde, así como a la baronesa, se les podía catalogar entre esas figuras nobles y bellas a las que casi se contempla con más gusto cuando alcanzan una mediana edad que en plena juventud, pues aunque puedan perder algo de su primera flor, más adelante saben despertar con su simpatía una ilimitada confianza. Y esta pareja también era de las que sabían mostrarse extremadamente accesibles en el momento presente. Su manera libre de entender y de tratar las cosas de la vida, su jovialidad y su aire de desenvoltura eran contagiosos y una gran dignidad envolvía todo el

conjunto sin que se pudiera apreciar la menor señal de constricción.

El influjo de estas personas se dejó notar de inmediato entre los presentes. Los recién llegados, que acababan de abandonar el mundo exterior, tal como se dejaba ver hasta en sus ropas, su equipaje y todo lo demás, formaban con nuestros amigos *y* su modo de vida campestre *y* sus secretas pasiones, una suerte de contraste, que sin embargo enseguida se diluyó cuando empezaron a mezclarse los antiguos recuerdos con una renovada simpatía, y una conversación rápida y animada pronto volvió a unir a todos.

Con todo, no pasó mucho tiempo sin que se produjera una separación. Las mujeres se retiraron a su ala y rápidamente encontraron suficiente tema de conversación contándose un sinfín de confidencias y pasando revista a las últimas formas y cortes de vestidos de primavera, sombreros y demás cosas por el estilo. Mientras tanto, los hombres se ocupaban de los últimos modelos de coches o de la exhibición de caballos, que enseguida empezaron a querer comprar y cambiar.

No se volvieron a reunir hasta la hora de comer. Se habían cambiado de ropa y también en esto salieron con ventaja los recién llegados. Todo lo que llevaban puesto era nuevo y nunca visto y sin embargo consagrado ya por el uso y convertido en cómoda costumbre.

La charla era amena y variada, porque en presencia de ese tipo de personas todo y nada puede resultar interesante. Hablaban en francés para evitar que les entendieran los criados y comentaban con malicioso placer cosas de la gente del mundo elegante y no tan elegante. Sólo en un punto se detuvo la conversación más tiempo de lo conveniente, cuando Carlota se interesó por una amiga de juventud y se enteró con bastante sorpresa de que estaba a punto de separarse.

-Resulta muy triste -dijo Carlota- que cuando una cree que los amigos viven seguros y tranquilos, cuando te imaginas que una amiga a la que quieres bien vive a buen resguardo, antes de que te puedas dar cuenta te tengas que enterar de que su destino se halla otra vez sobre la cuerda floja y que su vida tiene que volver a emprender nuevos caminos, tal vez igual de inseguros.

-La verdad, querida -repuso el conde-, somos nosotros mismos los que tenemos la culpa de sorprendernos tanto. Nos gusta concebir las cosas de este mundo, y sobre todo los vínculos matrimoniales, como algo duradero y por lo que respecta a esto último nos dejamos engañar por esas comedias que vemos tantas veces y que nos crean un tipo de representación que no casa con la marcha real del mundo. En el teatro vemos el matrimonio como la meta última de un deseo que se ha visto aplazado a lo largo de varios actos por un montón de obstáculos, y en el instante en que se alcanza esa meta, cae el telón y

una momentánea satisfacción sigue resonando en nosotros. En el mundo las cosas son de otro modo: se sigue actuando por detrás del telón y si lo volvieran a levantar no nos gustaría ver ni oír lo que allí ocurre.

-No será para tanto -dijo Carlota sonriendo- cuando se encuentra uno con personas que ya han pasado por ese teatro y a las que sin embargo no les importaría que les volviesen a dar un papel en él.

-No puedo objetar nada a eso -dijo el conde-. Es verdad que gusta volver a representar un nuevo papel, y cuando se conoce el mundo se ve muy bien que lo único que tiene de malo el matrimonio es esa decidida duración eterna en medio de tantas cosas cambiantes en el mundo. Uno de mis amigos, cuyo buen humor se solía expresar bajo la forma de nuevas propuestas de ley, afirmaba que los matrimonios debían cerrarse únicamente para una duración de cinco años. Según él, ésta era una hermosa cifra impar, una cifra sagrada, y ese espacio de tiempo era el justo para llegar a conocerse bien, traer al mundo un par de hijos, enfadarse y, lo más hermoso de todo, volverse a reconciliar. Solía exclamar: «¡Qué felices transcurrirían los primeros tiempos!». Por lo menos dos o tres años se irían dichosamente sin sentir. Después, seguramente una de las dos partes tendría empeño en que durase más tiempo la relación y por lo tanto aumentaría su amabilidad a medida que se fuera aproximando el momento de expirar el plazo. La parte indiferente o incluso descontenta no podría menos de sentirse aplacada y conmovida por un trato tan excelente. Y del mismo modo que cuando se está en buena compañía las horas transcurren sin sentir, olvidarían que el tiempo pasa y se sentirían sorprendidos de la manera más agradable cuando una vez pasado el plazo final se dieran cuenta de que lo habían prorrogado tácitamente.

Por muy ingenioso *y* divertido que sonara todo esto *y* por mucho que, como Carlota bien percibía, se le pudiera dar a esa broma una profunda interpretación moral, no le agradaban nada ese tipo de comentarios, sobre todo pensando en Otilia. Sabía muy bien que no hay nada más peligroso que una charla demasiado libre que trata un comportamiento censurable o semicensurable como algo corriente, normal y hasta digno de alabanza, y no cabía duda de que así sucedía con todo lo que tocaba a la institución del matrimonio. Siguiendo su vieja táctica trató de desviar la conversación y como no lo logró, lamentó que Otilia lo hubiera organizado todo tan bien como para no necesitar abandonar la mesa en ningún momento. La muchacha, que atendía en silencio, se entendía por señas con el mayordomo, de modo que todo salía a la perfección, a pesar de que había algunos criados nuevos s que no sabían llevar con soltura la librea.

De modo que, sin notar los intentos de Carlota por cambiar de tema, el conde continuó hablando de lo mismo. A pesar de que no

solía ponerse pesado en ninguna conversación, ese tema le afectaba muy directamente y las dificultades que tenía para obtener la separación de su esposa le habían amargado contra todo lo que tenía que ver con una unión matrimonial, a pesar de que eso era lo que deseaba ardientemente para él y la baronesa.

-Aquel amigo -continuó-, tenía otro proyecto de ley: un matrimonio sólo debía ser considerado indisoluble cuando ya sea las dos partes o por lo menos una de ellas se hubieran casado tres veces. Porque personas así estarían reconociendo de modo indiscutible que consideran el matrimonio como algo imprescindible. Además, a esas alturas ya se sabría cómo se habían comportado en sus anteriores uniones y si tenían algunas de esas peculiaridades que a veces propician más la separación que las malas cualidades. Así que habría que informarse mutuamente y habría que prestar la misma atención a casados que a solteros, porque nunca se puede saber cómo van a ir las cosas.

-No cabe duda de que eso haría aumentar el interés de la sociedad -dijo Eduardo-; porque la verdad es que ahora, cuando estamos casados, ya nadie sigue preguntando por nuestras virtudes o nuestros defectos.

-Con semejante organización -interrumpió la baronesa sonriendo-, nuestros queridos anfitriones ya habrían superado felizmente dos escalones y podrían prepararse para el tercero.

-Ellos han tenido suerte -dijo el conde-; aquí la muerte ha hecho voluntariamente lo que los tribunales sólo suelen hacer de mala gana.

-Dejemos a los muertos en paz -dijo Carlota con mirada seria.

-¿Por qué -replicó el conde-, si podemos recordarlos con honor? Fueron lo suficientemente modestos como para conformarse con unos pocos años a cambio de las muchas cosas buenas que dejaron tras de sí.

-¡Si no fuera -dijo la baronesa conteniendo un suspiro porque en esos casos hay que sacrificar los mejores años!

-¡Es verdad! -exclamó el conde-, y habría motivos para desesperarse si no fuera porque en el mundo muy pocas cosas acaban teniendo el resultado esperado. Los niños no cumplen lo que prometen, los jóvenes muy raras veces, y cuando mantienen su palabra, es el mundo el que no se la mantiene a ellos.

Carlota, contenta de ver que se desviaba la conversación, añadió alegremente:

-¡Pues entonces tenemos que acostumbrarnos sin más dilación a disfrutar de las cosas buenas solamente en partes y por fragmentos!

-Cierto -repuso el conde-. Ustedes ya disfrutaron de tiempos muy hermosos. ¡Cuando vuelvo a rememorar aquellos años en que usted y Eduardo eran la pareja más bella de la corte! Ahora ya no se habla de

tiempos tan brillantes ni de personalidades tan magníficas. Cuando bailaban juntos, todos los ojos estaban posados sobre ustedes y ¡cómo trataban de rodearles y solicitarles mientras que ustedes dos sólo se miraban el uno en el otro!

-Como las cosas han cambiado tanto -dijo Carlota-, bien podemos escuchar humildemente todas estas cosas tan hermosas.

-A Eduardo le reproché muchas veces en silencio -dijo el conde- que no fuera más obstinado; porque al final sus padres hubieran acabado por ceder, y ganar diez años no es una bagatela.

-Tengo que salir en su defensa -interrumpió la baronesa-. Carlota tampoco estaba libre de toda culpa, tampoco se privaba de alguna coquetería, y aunque amaba a Eduardo de todo corazón, yo misma fui testigo de cómo a veces le hacía padecer, de modo que pudieron animarle fácilmente a tomar la desdichada resolución de marcharse de viaje, de alejarse y desacostumbrarse de ella.

Eduardo hizo un gesto de asentimiento hacia la baronesa mostrándose agradecido de que hubiera hablado en su favor.

-Y también tengo que añadir algo en descargo de Carlota -continuó-; el hombre que la solicitaba por aquel entonces ya se había distinguido hacía tiempo por su inclinación hacia ella y, cuando se le conocía de cerca, era mucho más estimable de lo que a vosotros os suele gustar admitir.

-Querida amiga -replicó el conde con alguna viveza-; reconozcamos que aquel hombre a usted no le era del todo indiferente y que Carlota tenía que guardarse de usted más que de ninguna otra. Me parece un bonito rasgo por parte de las mujeres que sigan manteniendo su inclinación por algún hombre tanto tiempo sin importarles ni la separación ni ninguna otra cosa.

-Esa buena cualidad la tienen los hombres tal vez en mayor medida -repuso la baronesa-; por lo menos yo ya he notado en usted, querido conde, que ninguna persona tiene más poder sobre usted como alguna mujer por la que haya sentido algo en otros tiempos. Y he podido comprobar que se esforzaba usted más en conseguir algo para una de esas mujeres, cuando ellas habían solicitado su ayuda, de lo que tal vez hubiera podido obtener su amiga del momento.

-Tendré que aceptar este reproche -repuso el conde-; pero por lo que respecta al primer marido de Carlota, la verdad es que yo no lo podía soportar porque me deshizo esta hermosa pareja, una pareja de veras predestinada y que una vez unida no tenía que temer los cinco años ni tenía que esperar a una segunda o tercera unión.

-Trataremos de recuperar el tiempo perdido -dijo Carlota.

-Entonces manténganse firmes -dijo el conde-. Sus primeros matrimonios -continuó con mucha energía- eran verdaderamente matrimonios de la peor especie, y desafortunadamente, los

matrimonios en general, si me permiten una expresión un poco fuerte, son siempre algo lamentable: echan a perder las relaciones más tiernas y eso por culpa de la plúmbea seguridad con que se arma por lo menos una de las dos partes. Todo se entiende ya por sí mismo y da la impresión de que uno sólo se ha unido para que todo siga ya indefinidamente el mismo camino.

En aquel instante, Carlota, que quería cortar aquella conversación de una vez por todas, dio un brusco cambio, y esta vez su expediente tuvo éxito. La charla se hizo más general y los dos esposos y el capitán pudieron intervenir en ella; incluso le dieron ocasión de expresarse a Otilia, de manera que todo el mundo saboreó los postres del mejor humor, deleitándose particularmente con la riqueza de frutas presentadas en preciosas cestas decoradas y la gran cantidad de flores de varios colores repartidas graciosamente en diversos jarrones.

También salieron a colación los nuevos arreglos del parque, que decidieron visitar nada más abandonar la mesa. Otilia se retiró con la excusa de sus quehaceres domésticos, pero en realidad se volvió a poner a la copia del contrato. El capitán se ocupó de darle conversación al conde y más tarde fue Carlota la que se unió a ellos. Una vez en la cima, aprovechando que el capitán fue tan amable de volver a bajar a buscar el plano, el conde le dijo a Carlota:

-Este hombre me gusta extraordinariamente. Está muy bien informado y piensa con lógica. Su actividad también parece seria y consecuente. Lo que ha hecho aquí habría sido tenido en mucha estima en círculos más elevados.

Carlota escuchó la alabanza del capitán con íntima complacencia. Pero supo contenerse y se limitó a confirmar lo ya dicho con calma y claridad. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando el conde prosiguió:

-He conocido a este hombre en el momento oportuno. Sé de un puesto idóneo para él y recomendándole no sólo podré hacer su dicha, sino también ganarme un excelente amigo para siempre.

Fue como un rayo que hubiera caído a los pies de Carlota. El conde no notó nada, porque las mujeres, acostumbradas a controlarse, saben mantener en las circunstancias más extraordinarias una apariencia de normalidad. Sin embargo ya no era capaz de oír lo que seguía diciendo el conde:

-Cuando estoy convencido de algo, lo hago rápidamente. Ya he redactado la carta en mi cabeza y estoy ansioso de escribirla. Consígame un mensajero a caballo para que esta misma noche pueda enviar mi misiva.

Carlota estaba íntimamente destrozada. Sorprendida por esos proyectos tanto como por su propia reacción, era incapaz de proferir palabra. Afortunadamente el conde siguió hablando de los planes que

tenía para el capitán, cuyas ventajas eran también muy evidentes para Carlota, y por fin regresó el capitán y desplegó su rollo ante el conde. ¡Con qué ojos tan distintos veía ella ahora al amigo que iba a perder! Tras una ligera inclinación se dio la vuelta y se apresuró a bajar hasta la cabaña de musgo. A medio camino ya se le iban saltando las lágrimas y cuando llegó, se tiró en aquella minúscula habitación de ermitaño y se abandonó a un dolor, una pasión, una desesperación de cuya posibilidad unos instantes antes ni siquiera había albergado la más mínima sospecha.

Por el otro lado, Eduardo había ido con la baronesa hacia las lagunas. La astuta mujer, a la que le gustaba estar al tanto de todo, se dio cuenta de inmediato en una conversación de sondeo de que Eduardo se extendía mucho en alabar a Otilia y supo irlo sonsacando de modo natural, hasta que al final no le quedó ninguna duda de que se encontraba ante una pasión que ni siquiera estaba en curso, sino que ya había llegado a su plenitud.

Aunque no se quieran, las mujeres casadas forman entre sí una alianza tácita, sobre todo contra las muchachas jóvenes. Con su experiencia del mundo, la baronesa inmediatamente se dio cuenta de las consecuencias de un amor semejante. A esto se añadía que ya por la mañana había hablado con Carlota de la muchacha y, teniendo en cuenta su carácter reservado, había desaprobado que viviera en el campo y había propuesto llevar a Otilia a la ciudad a casa de una amiga que se preocupaba mucho de la educación de su hija y no deseaba otra cosa más que encontrar una buena compañera para ella, que sería considerada como una segunda hija y gozaría de las mismas ventajas. Carlota se había tomado un tiempo para pensarlo.

Ahora, al ver el alma de Eduardo al descubierto, la baronesa convirtió lo que sólo era un proyecto en una firme determinación, y cuanto más se afirmaba en ella, tanto más halagaba externamente los deseos de Eduardo. Pues no había nadie que supiera dominarse mejor que esta mujer y la capacidad de control en los casos extraordinarios nos acostumbra a simular hasta en los casos más ordinarios y, puesto que somos capaces de ejercer tanta violencia sobre nosotros mismos, también nos inclina a querer dominar a los otros, a fin de que la balanza quede equilibrada entre lo que ganamos externamente y lo que nos falta internamente.

A este modo de ser suele ir unida una secreta alegría por el daño que sufren los demás por culpa de su ceguera y de la inconsciencia con que caen en la trampa. No nos alegramos sólo del éxito actual, sino que simultáneamente ya nos alegramos pensando en la vergüenza que habrá de sorprenderles en el futuro. Y, por eso, la baronesa tenía suficiente malicia como para invitar a Eduardo a venir con Carlota a sus propiedades en la época de la vendimia y para

contestar a la pregunta de Eduardo de si Otilia podía acompañarles de una manera suficientemente ambigua como para que él la pudiera interpretar a su favor.

Eduardo ya hablaba con fervor de la belleza del lugar, del magnífico río, las colinas, las rocas y los viñedos, los viejos castillos, los paseos en barco, la alegría de la vendimia y el pisado de la uva y otro montón de cosas, y en su inocencia, expresaba en voz alta su dicha anticipada pensando en la impresión que esas escenas podrían causar sobre el espíritu juvenil de Otilia. En aquel mismo instante vieron a Otilia que se acercaba hacia ellos y la baronesa le dijo rápidamente a Eduardo que por favor no le dijera nada de ese proyecto de viaje para el otoño, porque por lo general las cosas de las que nos alegramos con mucha antelación nunca ocurren. Eduardo se lo prometió, pero la obligó a acelerar el paso para llegar antes junto a Otilia y finalmente incluso se adelantó varios pasos en dirección a aquella muchacha querida, Una íntima alegría invadía todo su ser. Le besó la mano, en la que le puso un ramo de flores silvestres que había cogido por el camino. Al ver esto, la baronesa casi se sintió herida en su fuero interno. Porque aunque, desde luego, no podía aprobar lo que esa inclinación tenía de culpable, mucho menos podía tolerar que aquella insignificante muchachita inexperta disfrutara de lo que tenía de amable y agradable.

Cuando se reunieron para cenar, un ambiente completamente distinto reinaba en el grupo. El conde, que ya había escrito y despachado al mensajero antes de sentarse a la mesa, charlaba con el capitán, al que había colocado aquella noche a su lado para poder seguir analizándolo con calma y prudencia. Por eso, la baronesa, que estaba sentada a la derecha del conde tenía poca ocasión de conversar, y menos con Eduardo que al principio por sed y luego por excitación no escatimaba el vino y charlaba muy animadamente con Otilia, a la que había sentado a su lado, del mismo modo que Carlota, situada enfrente y al lado del capitán, sentía que le resultaba muy difícil, casi imposible, ocultar la agitación de su corazón.

La baronesa tuvo tiempo suficiente para observar a los demás. Se dio cuenta del malestar de Carlota, y como no podía dejar de pensar en la relación de Eduardo con Otilia, se convenció fácilmente de que también Carlota estaba meditabunda y disgustada por culpa de la conducta de su marido, y meditó cuál sería la mejor manera de alcanzar cuanto antes su objetivo.

Después de cenar se volvió a dividir el grupo. El conde, que quería explorar el fondo del capitán, tuvo que recurrir a un montón de expedientes para saber qué deseaba ese hombre nada vanidoso y, en cualquier caso, lacónico. Caminaban por la sala de un lado para el otro mientras Eduardo, excitado por el vino y la esperanza, bromeaba con

Otilia en una ventana, y Carlota y la baronesa caminaban juntas, pero calladas, por el otro lado de la sala. Su silencio y sus paradas ociosas acabaron por paralizar al resto del grupo. Las mujeres se retiraron a su ala, los hombres a la suya y pareció que el día había concluido.

Capítulo 11

Eduardo acompañó al conde a su habitación y se dejó seducir fácilmente por su charla para quedarse un rato más con él. El conde se perdía en recuerdos de tiempos pasados, rememoraba con vivacidad la belleza de Carlota, que como buen conocedor describía con mucho fuego:

-Un bonito pie es un gran don de la naturaleza. Es un encanto indestructible. La he observado hoy mientras caminaba y todavía le gustaría a uno besar su zapato o repetir ese homenaje un poco bárbaro, pero profundamente sentido de los sármatas, quienes cuando quieren brindar a la salud de alguien muy amado y estimado no saben nada mejor que beber de su zapato.

La punta del pie no fue el único objeto de alabanza de los dos amigos, que tenían mucha confianza. Después pasaron de la persona a antiguas anécdotas y aventuras y volvieron a recordar los obstáculos que habían tenido que superar antiguamente los dos enamorados, los trabajos que habían pasado, los trucos que habían tenido que inventar para poderse decir que se amaban.

-¿Te acuerdas -prosiguió el conde- de las aventuras que te ayudé a superar por pura amistad y de modo desinteresado cuando nuestros príncipes visitaron a su tío y se reunieron en aquel enorme castillo? El día había pasado entre grandes pompas y trajes de gala y una parte de la noche debía transcurrir en libre conversación amorosa.

-Usted se había fijado muy bien en el camino que llevaba a las habitaciones de las damas de la corte -dijo Eduardo-, y pudimos llegar felizmente hasta mi amada.

-La cual -prosiguió el conde- había pensado más en las conveniencias que en mi satisfacción y había mandado que se quedara con ella una dama de honor feísima, de modo que mientras que ustedes se entretenían de la mejor manera con miradas y palabras, a mi me tocó una parte bien desagradable.

-Todavía ayer -replicó Eduardo-, cuando ustedes se anunciaron, me acordaba con mi mujer de esta historia, sobre todo del camino de regreso. Nos equivocamos de camino y llegamos ala antesala de los guardias. Como desde allí sabíamos volver muy bien, pensamos que podríamos pasar sin problemas por ese puesto y por los restantes. ¡Pero qué sorpresa nos llevamos cuando abrimos la puerta! El camino estaba bloqueado con colchones sobre los que dormían aquellos

gigantes bien extendidos en varias filas. El único que estaba despierto en el puesto nos miró con asombro, pero nosotros, llenos de humor juvenil y de audacia fuimos trepando tranquilamente por encima de aquellas botas sin despertar ni a uno de aquellos roncadores hijos de Enac.

-Yo tenía ganas de tropezar -dijo el conde- para hacer ruido, porque hubiéramos asistido a una resurrección digna de verse.

En aquel instante la campana del castillo dio las doce.

-Ya es medianoche en punto -dijo el conde sonriendo-, y justo el momento adecuado. Mi querido barón, tengo que pedirle que me haga un favor: guíeme usted hoy, igual que yo le guié entonces. Le he prometido a la baronesa que la visitaría hoy sin falta. No hemos podido hablar a solas en todo el día, hace mucho tiempo que no nos hemos visto y no hay nada más natural sino que estemos deseando unas horas de intimidad. Muéstreme el camino de ida, el de vuelta espero encontrarlo, y en cualquier caso no tendré que evitar tropezar con ninguna bota.

-Tendré mucho gusto en darle esa muestra de hospitalidad -repuso Eduardo-, lo que pasa es que las tres señoras quedaron juntas en el otro ala y quién sabe si no estarán todavía reunidas o qué líos y qué extrañeza podemos provocar si aparecemos.

-No tenga cuidado -dijo el conde La baronesa me espera. Estoy seguro de que a esta hora está sola en su habitación.

-Por cierto que la cosa es fácil -respondió Eduardo, y tomando una luz pasó por delante alumbrando al conde y le condujo por unas escaleras secretas que desembocaban en un largo pasillo. Al llegar al final del mismo, Eduardo abrió una puertecita. Subieron por una escalera de caracol; arriba, en un estrecho descansillo, a la vez que le entregaba la lámpara, Eduardo le señaló al conde una puerta tapizada a la derecha que se abrió al primer intento, dejando que entrara el conde y abandonando fuera a Eduardo en la oscuridad.

Otra puerta a la izquierda conducía al dormitorio de Carlota. Eduardo oyó hablar y escuchó. Carlota le decía a su doncella:

-¿Ya está Otilia acostada?

-No -contestó la otra-, todavía está sentada abajo escribiendo.

-Entonces enciende la lamparilla de noche y vete -dijo Carlota-. Es muy tarde. Yo misma apagaré la vela y me acostaré sin ayuda.

Eduardo escuchó encantado que Otilia todavía estaba escribiendo. «Trabaja para mí», pensaba orgulloso. Reconcentrado en sí mismo por causa de la oscuridad, la veía sentada escribiendo. Creía que se acercaba a ella y que la veía cómo se volvía a mirarle. Sintió un deseo irrefrenable de volver a estar cerca de ella, pero desde allí no había modo de llegar al entresuelo en el que ella vivía. Por contra, se encontraba justamente delante de la puerta de su mujer y entonces

una extraña metamorfosis se produjo en su alma; trató de abrir la puerta y la encontró cerrada, llamó suavemente, pero Carlota no le oyó.

Caminaba agitada de un lado a otro de la sala contigua, que era más grande. Se repetía una y otra vez lo que ya se había dicho mil veces desde que había oído la inesperada propuesta del conde. Le parecía ver al capitán delante de ella. Todavía llenaba la casa, todavía le daba vida a los paseos y ¡tenía que irse, todo aquello iba a quedar vacío! Se decía todo lo que uno se puede decir en estos casos, incluso se anticipaba ya, como se suele hacer, el triste consuelo de que también ese dolor se aplaca con el tiempo. Maldecía el tiempo que hacía falta para aplacarlo, maldecía el tiempo mortal en que el dolor ya estuviese aplacado.

Entonces el recurso a las lágrimas le resultó tanto más bienvenido por cuanto no era frecuente en ella. Se tiró en el sofá y se abandonó completamente a su dolor. Mientras tanto, Eduardo no se resolvía a apartarse de la puerta. Volvió a llamar, y nuevamente por tercera vez de manera algo más fuerte, de modo que Carlota pudo oírlo con claridad en el silencio de la noche y se levantó asustada. Su primer pensamiento fue que podía, que tenía que ser el capitán; el segundo, que eso era imposible. Pensó que se había engañado, pero lo cierto es que lo había oído; deseaba y temía haber oído. Se dirigió al dormitorio y se acercó silenciosamente a la puerta cerrada. Se avergonzó de sus temores. «¡Qué fácil esquela condesa pueda necesitar algo!», se dijo a sí misma y gritó con voz tranquila y firme:

-¿Hay alguien ahí?

Una voz tenue le contestó:

-Soy yo.

-¿Quién? -repuso Carlota que no podía distinguir la voz y que veía delante de la puerta la figura del capitán. Un poco más alto oyó decir:

-¡Yo, Eduardo! -Abrió y se encontró a su esposo ante ella. Él la saludó con una broma y ella consiguió seguir en ese tono. Él enredó el motivo de su enigmática visita en un montón de explicaciones igual de enigmáticas-. Y ahora te voy a confesar -dijo por fin- el auténtico motivo de mi visita. He hecho la promesa de besar tu zapato esta misma noche.

-Hace mucho que no se te ocurría -dijo Carlota.

-Tanto peor -repuso Eduardo-, y tanto mejor.

Ella se había sentado en una butaca para sustraer su ligera indumentaria nocturna a sus miradas. Él se arrojó a sus pies y ella no pudo evitar que besara su zapato y que, al quedársele éste en la mano, tomara su pie y lo oprimiera tiernamente contra su pecho.

Carlota era una de esas mujeres que, moderadas por naturaleza, conservan en el matrimonio, sin necesidad de proponérselo ni de

esforzarse, el modo de comportarse de una enamorada. Nunca provocaba a su marido y apenas si salía al encuentro de sus deseos; pero sin mostrar frialdad ni rechazo seguía pareciendo una novia enamorada que todavía siente algo de íntimo pudor incluso ante lo permitido. Y así la encontró Eduardo aquella noche con doble motivo. Deseaba ardientemente que su marido se fuera, porque la figura etérea del amigo parecía hacerle reproches, pero era justamente eso que debería haber hecho marchar a Eduardo lo que le atraía más y más. Se notaba en ella cierta agitación. Había llorado, y si las personas blandas suelen perder gracia en esos casos, las que normalmente son fuertes y se dominan ganan infinitamente en atractivo. Eduardo estaba tan tierno, tan amable, tan apremiante; le rogó que le dejara pasar la noche con ella; sin exigir nada, tan pronto en serio como en broma trataba de convencerla, sin reparar en que tenía sus derechos y finalmente apagó la vela con gesto travieso.

En la penumbra de la lamparilla de noche el íntimo afecto y la fuerza de la imaginación afirmaban sus derechos sobre la realidad: Eduardo ya sólo tenía a Otilia en sus brazos, ante el alma de Carlota, ora lejos, ora muy cerca, flotaba la forma del capitán, y así, de este modo extraño, se entretejían lo ausente y lo presente en excitante voluptuosidad.

Pero el presente no se deja robar sus enormes derechos. Pasaron una parte de la noche entre charlas y bromas que eran tanto más libres por cuanto, por desgracia, no tomaba parte en ellas el corazón. Pero cuando Eduardo despertó por la mañana tendido sobre el pecho de su mujer, le pareció que el día brillaba con extraños presagios y que el sol estaba alumbrando un crimen; se deslizó calladamente fuera del lecho y cuando ella despertó se encontró, no sin sorpresa, completamente sola.

Capítulo 12

Cuando se volvió a reunir el grupo para desayunar, un observador atento hubiera podido deducir del comportamiento de cada uno las diferencias en sus estados de ánimo y sentimientos. El conde y la baronesa se volvieron a encontrar con la alegría propia de un par de amantes que después de haber sufrido una separación han tenido la oportunidad de volverse a demostrar su recíproco afecto, mientras que Carlota y Eduardo recibieron a Otilia y el capitán casi con vergüenza y remordimientos. Porque así es el amor, que se cree que sólo él tiene derechos y consigue borrar todos los demás derechos. Otilia estaba contenta como una niña, y teniendo en cuenta su modo de ser, hasta se podía decir que se mostraba abierta. El capitán parecía serio; la conversación con el conde había vuelto a remover en su interior lo que

durante un tiempo había estado acallado y adormecido, y le había hecho sentir muy a las claras que allí no podía cumplir su destino y que en realidad estaba dejando pasar el tiempo en una especie de letargo semiocioso. Apenas se habían alejado los dos huéspedes cuando entró una nueva visita, bienvenida para Carlota que deseaba salir de sí misma y distraerse, pero inoportuna para Eduardo que sentía redoblado su deseo de ocuparse de Otilia, e indeseada también para Otilia, que todavía no había terminado la copia que hacía falta para el día siguiente muy temprano. Y, por eso, en cuanto se marcharon a hora tardía los forasteros, se apresuró a encerrarse en su cuarto.

Había atardecido. Eduardo, Carlota y el capitán, que habían acompañado a pie durante un trecho a las visitas antes de que se acomodaran en el coche, decidieron continuar el paseo hasta las lagunas. Había llegado una barca, que Eduardo había hecho venir de lejos con un gasto considerable. Querían comprobar si era ligera y fácil de manejar.

Se encontraba atada a orillas de la laguna central, no lejos de unos viejos robles, con los que ya habían contado para un futuro arreglo. Querían preparar un embarcadero y construir un pabellón de reposo bajo los árboles hacia el que debían dirigirse los que salieran a navegar por el lago.

¿Dónde será el mejor sitio para desembarcar en la otra orilla? -preguntó Eduardo-. Casi creo que junto a mis plátanos.

-Están demasiado a la derecha -dijo el capitán-. Desembarcando algo más abajo se está más cerca del castillo, pero de todos modos hay que pensarlo.

El capitán se encontraba ya en la parte trasera de la barca con un remo en la mano. Carlota saltó dentro, Eduardo también y agarró el otro remo; pero cuando estaba a punto de empujar la barca para alejarla de la orilla, se acordó de Otilia y pensó que ese paseo le retrasaría y sabe Dios cuándo podría regresar. Tomó rápidamente una decisión, volvió a saltar a tierra, le dio su remo al capitán y se apresuró a marchar a casa tras una breve disculpa.

Allí se enteró de que Otilia se había encerrado a escribir. A pesar de la agradable sensación de saber que estaba haciendo algo para él, también sintió una gran contrariedad por no poder verla. Su impaciencia crecía a cada momento. Caminaba de un lado a otro del gran salón, intentaba mil cosas y no había nada que consiguiera distraer su atención. Quería verla, verla a ella sola, antes de que Carlota y el capitán regresaran. Ya era de noche y encendieron las velas.

Por fin entró en la sala, radiante de afectuosa amabilidad. El sentimiento de haber hecho algo por el amigo la había hecho alzarse

por encima de sí misma. Depositó el original y la copia de Eduardo sobre la mesa.

-¿Las cotejamos? -preguntó sonriendo. Eduardo no supo qué responder. La miró y contempló la copia. Las primeras páginas habían sido escritas con el mayor cuidado por una mano tierna y femenina, después parecía que los rasgos cambiaban y se volvían cada vez más sueltos y libres, ¡pero cuál no sería su sorpresa cuando recorrió con sus ojos las últimas páginas!

-¡Por el amor de Dios! -gritó-, ¿qué es esto? ¡Es mi letra! -Miró a Otilia y volvió a mirar las páginas; sobre todo el final era exactamente igual que si lo hubiera escrito él mismo. Otilia callaba pero lo miraba con los ojos embargados de alegría. Eduardo levantó los brazos-: ¡Me amas! -exclamó-, ¡Otilia, tú me amas! -y se fundieron en un abrazo. Nadie hubiera podido decir quién de los dos había sido el primero en abrazar al otro.

A partir de aquel instante el mundo quedó transformado para Eduardo, él ya no era el mismo de antes, el mundo ya no era el mismo. Estaban los dos frente a frente. Él sostenía las manos de ella y se miraban a los ojos a punto de volver a abrazarse.

Entró Carlota con el capitán. Eduardo sonrió en secreto ante sus disculpas por haberse retrasado tanto. «¡Oh, si supierais qué pronto venís!», pensó para sus adentros.

Se sentaron a cenar. Hablaron de las personas que habían venido a visitarles aquel día. Eduardo, embargado por sentimientos bondadosos, habló bien de todos ellos, siempre disculpando, a menudo aprobando. Carlota, que no compartía en absoluto su opinión, se dio cuenta de su peculiar estado de ánimo y bromeó con él extrañándose de que él, que solía tener una lengua muy severa contra aquellas personas, estuviera aquel día tan suave y condescendiente.

Eduardo replicó con fuego y con una íntima convicción:

-¡Basta amar a un ser desde el fondo del corazón para que el resto también te parezca digno de afecto. -Otilia bajó los ojos y Carlota desvió la mirada.

El capitán tomó la palabra y dijo:

-Lo mismo ocurre con los sentimientos de respeto y estima. Uno sólo reconoce lo que hay de estimable en el mundo cuando encuentra ocasión de aplicar ese sentimiento a un objeto concreto.

Carlota procuró regresar pronto a su habitación para abandonarse al recuerdo de lo que había ocurrido aquella noche entre ella y el capitán.

Cuando Eduardo saltó fuera de la barca, dejando a su esposa y a su amigo a merced del oscilante elemento, Carlota vio al hombre por el que ya había sufrido tanto sentado frente a ella en la penumbra y conduciendo la barca a su libre capricho con ayuda de los dos remos.

Se sintió invadida por una profunda tristeza, raras veces sentida. Los círculos que describía la barca, el chapoteo de los remos, la brisa que acariciaba el espejo del agua, el susurro de los juncos, el último vuelo de los pájaros, el guiño intermitente de las primeras estrellas: todo eso tenía algo espectral en medio de aquel silencio universal. Le parecía que el amigo la llevaba muy lejos para abandonarla en algún sitio y dejarla sola. Una extraña agitación conmovía todo su ser, pero no podía llorar.

Mientras tanto, el capitán le describía cómo debían hacerse las nuevas instalaciones según su opinión. Alababa las excelentes cualidades de la barca, que se dejaba manejar fácilmente con dos remos y la ayuda de una sola persona. Le decía que también ella tenía que aprender a hacerlo, pues ya vería qué sensación tan agradable producía poder deslizarse de cuando en cuando uno solo por las aguas y poder ser su propio capitán y timonel.

Al Oír estas palabras el recuerdo de la separación volvió a caer como un peso sobre el corazón de la amiga. «¿Lo dirá con intención?», pensaba para sí. «¿Acaso ya lo sabe? ¿Lo supone? ¿O lo dice por pura casualidad y de ese modo me pronostica inconscientemente cuál será mi futuro destino?» Le invadió una terrible melancolía, una gran impaciencia; le rogó que la llevara a tierra lo antes posible y que regresara con ella al castillo.

Era la primera vez que el capitán navegaba por aquellas lagunas y aunque había investigado su profundidad en líneas generales, algunos lugares concretos le eran desconocidos. Empezaba a caer la noche; dirigió la barca hacia un lugar que le pareció cómodo para desembarcar y que no estaba le*jos* del sendero que llevaba al castillo. Pero también perdió esa orientación cuando Carlota le repitió, con una suerte de angustia, su ruego de llevarla cuanto antes a tierra. Volvió a aproximarse a la orilla con renovados esfuerzos, pero desgraciadamente sintió que algo se *lo* impedía cuando todavía estaba a cierta distancia. Había encallado y sus esfuerzos para liberarse eran inútiles. ¿Qué hacer? No le quedó otro remedio más que saltar al agua, que no cubría demasiado, y transportar a su amiga hasta la orilla. Consiguió acercarse a tierra felizmente, pues era lo suficientemente fuerte como para no titubear ni hacerle pasar ningún temor; sin embargo ella se abrazaba miedosamente a su cuello con sus brazos. La sostuvo con firmeza y la apretó contra sí. No la soltó hasta llegar a un talud de hierba en donde la depositó, no sin sentir una mezcla de confusión y emoción. Ella todavía se aferraba a su cuello; entonces la volvió a envolver con sus brazos y puso un beso ardiente en sus labios; pero en el mismo instante cayó a sus pies y apretando sus labios contra su mano, exclamó:

-Carlota, ¿me perdonará usted?

El beso que se había atrevido a darle el amigo, que ella casi le había devuelto, hizo volver en sí a Carlota. Apretó su mano, pero no lo levantó del suelo, sino que inclinándose hacia él y poniendo una mano sobre sus hombros le dijo:

-No podremos evitar que este instante haga época en nuestras vidas; pero que esa época esté a nuestra altura sí depende de nosotros. Debe usted partir, querido amigo, y partirá. El conde se está encargando de mejorar su situación futura; eso me alegra y me duele. Quería callarlo hasta que fuera seguro, pero la ocasión me obliga a descubrirle este secreto. Sólo podré perdonarle y perdonarme a mí misma si tenemos el valor de cambiar nuestra situación, ya que no podemos cambiar nuestros sentimientos. -Lo alzó del suelo y tomó su brazo para apoyarse en él, y así regresaron en silencio hasta el castillo.

Ahora estaba en su dormitorio, donde tenía que considerarse y que sentirse como esposa de Eduardo. En medio de estas contradicciones vino en su ayuda su carácter, fortalecido y experimentado por las muchas cosas de la vida. Acostumbrada a tener siempre mucha conciencia de sí misma y a saber dominarse, tampoco ahora le fue difícil volver a recuperar el deseado equilibrio por medio de una seria reflexión; hasta tenía que reírse de sí misma pensando en la extraña visita de la noche anterior. Pero muy pronto le invadió un extraño presentimiento, un temblor temeroso y alegre, que se diluyó otra vez en deseos piadosos y esperanzas. Conmovida, se arrodilló y volvió a repetir la promesa que le hiciera a Eduardo ante el altar. Amistad, amor, renuncia, desfilaron ante ella en imágenes serenas. Se sentía íntimamente restablecida. Muy pronto le invadió una dulce fatiga y se durmió apaciblemente.

Capítulo 13

Eduardo, por su parte, se encontraba en un estado de ánimo completamente diferente. Dormir era impensable, de modo que ni siquiera se le ocurrió desvestirse. Besaba una y mil veces la copia del documento, sobre todo el principio escrito con la mano infantil y temblorosa de Otilia; el final apenas se atrevía a besarlo, porque le parecía estar viendo su propia escritura. «¡Oh, si fuera otro tipo de documento!», pensaba para sí en silencio. Y, sin embargo, al mismo tiempo podía gozar de la más hermosa de las seguridades, viendo satisfecho su mayor deseo. ¡Podría conservarlo siempre! Y ¿acaso no podría oprimirlo contra su corazón siempre que quisiera, aunque estuviera profanado por la firma de una tercera persona?

La luna menguante se alza ahora sobre el bosque. La cálida noche incita a Eduardo a salir fuera; vaga desasosegado de un lado para otro

y es el más inquieto y el más dichoso de todos los mortales. Va errando por los jardines y le parecen demasiado estrechos. Se apresura a salir al campo y le parece demasiado vasto. Vuelve a sentir el deseo de regresar al castillo; se encuentra bajo las ventanas de Otilia. Se sienta allí en la escalera de una terraza. «Muros y cerrojos -se dice a sí mismo- nos separan ahora, pero nuestros corazones no están separados. Si estuviera delante de mí, caería en mis brazos *y* yo en los suyos, *¿y* qué más necesito, fuera de esa certeza?» En torno suyo, todo estaba en silencio. Ni una brisa se movía. El silencio era tan grande que hasta podía oír horadar bajo la tierra a esos animales llenos de actividad que no distinguen entre el día y la noche. Aferrado a sus sueños de felicidad, finalmente se quedó dormido y no volvió a despertar hasta que el sol volvió a brillar en todo su esplendor disipando las nieblas mañaneras.

Se encontró con que era la primera persona despierta de sus propiedades. Le pareció que los trabajadores tardaban mucho. Por fin llegaron; entonces le pareció que eran muy pocos y también que la tarea prescrita para aquel día era escasa y no estaba a la medida de sus deseos. Pidió que vinieran más obreros; le prometieron que así sería y se los mandaron en el transcurso del día. Pero tampoco le parecieron bastantes para poder llevar a término sus proyectos de modo rápido. De pronto ya no le gusta crear, sino que todo tiene que estar ya acabado ¿y para quién? Los caminos deben ser alisados para que Otilia pueda caminar por ellos con comodidad, los bancos tienen que estar ya en su sitio, para que Otilia pueda descansar en ellos. También acelera todo lo que puede los trabajos de la nueva casa: quiere inaugurarla el día del cumpleaños de Otilia. Ya no hay medida alguna ni en sus actos ni en sus sentimientos. La conciencia de amar y ser amado le empujan al infinito. ¡Qué cambiadas ve ahora las habitaciones, qué distintos los alrededores! No se halla en ningún sitio, ni siquiera en su propia casa. La presencia de Otilia hace que todo lo demás se borre. Se encuentra completamente absorbido por ella, ningún otro pensamiento le viene a las mientes, su conciencia ya no le dice nada. Todo lo que hasta ahora estaba reprimido en su naturaleza, estalla, y todo su ser se precipita hacia Otilia.

El capitán se da cuenta de ese ímpetu apasionado y trata de salir al paso de sus tristes consecuencias. Todas esas obras que ahora se aceleran desmesuradamente por culpa de un impulso ciego, las había planeado él con las miras puestas en una convivencia amable y tranquila. Él mismo se había ocupado de la venta de la granja y ya se había cobrado el primer plazo, que Carlota había ingresado en la caja, tal como se había convenido. Pero desde la primera semana ella tiene que hacer gala, más que nunca, de toda su paciencia, seriedad y sentido del orden y no perder nada de vista, porque debido a la

ejecución acelerada de los trabajos muy pronto no le alcanzará el dinero previsto.

En efecto, se habían empezado muchas cosas y había mucho que hacer. ¡Cómo iba a dejar a Carlota en esa situación! Hablaron de ello y decidieron que era mejor acelerarlos trabajos ellos mismos, pedir un préstamo cuando fueran llegando al final y utilizar para su devolución los plazos de la venta de la granja que aún no hubieran vencido. Cediendo los derechos era posible hacerlo casi sin pérdidas y de ese modo tendrían las manos más libres y podrían hacer más cosas a la vez, puesto que de todos modos ya estaba todo en marcha simultáneamente y contaban con suficientes obreros, y así, seguramente, podrían alcanzar muy pronto el final. Eduardo se mostró de acuerdo, puesto que el plan se ajustaba a sus deseos.

Mientras tanto, en el fondo de su corazón Carlota sigue ateniéndose firmemente a la línea de actuación que ha pensado y se ha propuesto y su amigo se mantiene virilmente a su lado con la misma intención. Pero precisamente por ello su íntima confianza no hace sino acrecentarse. Se explican mutuamente sobre la pasión de Eduardo y toman consejo. Carlota tiene a Otilia más tiempo a su lado, la observa más de cerca, y cuanto más consciente es de sus propios sentimientos tanto más profundamente es capaz de leer en el corazón de la muchacha. La única manera que ve de resolver la situación es alejar de allí a la niña.

Y ahora le parece una circunstancia dichosa el hecho de que su hija Luciana haya recibido tantas alabanzas en el pensionado, porque su tía abuela, informada de ello, quiere acogerla de una vez por todas en su casa, tenerla a su lado e introducirla en sociedad. Otilia podría regresar al pensionado y el capitán marcharse con una buena situación, y todo volvería a estar como hacía unos meses e incluso mucho mejor. Carlota confiaba en poder restablecer con relativa prontitud su relación con Eduardo y componía todos aquellos arreglos en su mente de tal modo que cada vez se reforzaba más su ilusión de que podrían volver a su antigua situación, más estrecha y limitada, y de que lo que se había desatado de modo violento, se dejaría reducir de nuevo fácilmente.

Pero Eduardo se resentía de modo extraordinario de los obstáculos que le ponían en el camino. Se daba perfecta cuenta de que trataban de separarlos a él y a Otilia, de que le ponían dificultades para hablar con ella a solas o incluso para estar cerca de ella si no era en presencia de terceros, y al sentirse disgustado por esta causa, se mostraba también irritado por otras muchas razones. Si podía hablar con Otilia algún momento pasajero, no era sólo para asegurarle su amor, sino para quejarse del comportamiento de su esposa y el capitán. Tampoco se daba cuenta de que con su conducta excesiva

estaba a punto de agotar la caja del dinero: reprochaba amargamente a Carlota y al capitán de actuar en aquel asunto contra el primer trato pactado y sin embargo no sólo había aprobado el segundo trato, sino que había sido él quien lo había provocado y hasta lo había hecho necesario.

Si el odio es parcial, el amor lo es mucho más. También Otilia se distanciaba hasta cierto punto de Carlota y del capitán. Una vez que Eduardo se quejaba a Otilia de este último, diciéndole que en esta circunstancia no se había comportado como un verdadero amigo ni había sido del todo franco con él, ella replicó sin pensarlo:

-Ya me había desagradado anteriormente que no le fuera siempre leal. Le escuché decirle una vez a Carlota: «¡Si por lo menos Eduardo nos ahorrase el tormento de su flauteo! Nunca será capaz de tocar bien y mientras tanto resulta cargante para sus oyentes!». Ya se puede imaginar usted lo que me dolió aquello, a mí que me gusta tanto acompañarle al piano.

Apenas había terminado de decir esto, cuando ya algo le susurraba en su interior que hubiera hecho mejor callándose. Pero ya era tarde. Eduardo cambió de cara. Nada le había humillado tanto nunca; le habían tocado en lo que más apreciaba. Era consciente de sus aspiraciones infantiles, que no albergaban mayores pretensiones. Y lo que a él le entretenía y alegraba, debía ser respetado por sus amigos. No se daba cuenta de lo horrible que resulta para un tercero tener que soportar a un talento insuficiente que te hiere los oídos. Estaba ofendido, rabioso, incapaz de volver a perdonar. Se sentía descargado de todas sus obligaciones.

La necesidad de estar cerca de Otilia, de verla, de musitarle algo al oído, de confiarle sus cosas, aumentaba de día en día. Decidió escribirle, pedirle que mantuviera con él una correspondencia secreta. El trocito de papel donde le explicaba esto de modo lacónico yacía sobre el escritorio y la corriente de aire lo tiró al suelo cuando entró el ayuda de cámara a rizarle el cabello. Normalmente, para probar el calor del hierro, el criado se agachaba para buscar algún trozo de papel por el suelo; esta vez cogió su nota, la pinzó a toda prisa y rápidamente se consumió. Al darse cuenta, Eduardo le arrancó la nota de las manos. Poco después se volvió a sentar para escribirla de nuevo. Pero esta segunda vez no le salía con tanta facilidad de la pluma. Sentía algún reparo y alguna preocupación, que sin embargo consiguió superar. Y le introdujo a Otilia la nota en la mano en cuanto tuvo la primera oportunidad de acercarse a ella.

Otilia no tardó en responder. Él se guardó su respuesta en el chaleco sin leerla, pero como era una prenda muy corta, tal como estaba de moda, no cabía del todo en el bolsillo. Sobresalía y pronto cayó al suelo sin que él se percatara. Carlota vio la nota, la recogió y

se la devolvió tras echarle una rápida mirada.

-Aquí hay algo escrito por ti -dijo- que a lo mejor te disgustaría perder.

Esas palabras le chocaron. «¿Disimula? -pensó-. ¿Ha leído el contenido de la nota o se equivoca debido al parecido en la escritura?» Creía y esperaba esto último. Estaba advertido, doblemente advertido; pero a su pasión le resultaban ininteligibles estas señales extrañas y casuales con las que un ser superior parece hablar con nosotros. Por el contrario, como su pasión le conducía cada vez más lejos, cada vez le resultaban más desagradables las constricciones que parecían quererle imponer. Toda su amable sociabilidad se echó a perder. Su corazón se había cerrado y cuando se veía obligado a estar junto a su esposa o su amigo, ya no conseguía reanimar en su pecho el afecto que otrora sintiera por ellos. Al mismo tiempo, como le resultaba incómodo el callado reproche que no podía dejar de hacerse a sí mismo por ello, trataba de recurrir a algo parecido a un humor al que, por estar desprovisto de amor, también le faltaba su gracia habitual.

A Carlota su sentimiento íntimo le ayudaba a superar todas estas pruebas. Era consciente de la seriedad de su propósito de renunciar a un afecto tan noble y hermoso.

¡Cuánto deseaba poder ayudar a aquellos dos! Sentía perfectamente que la mera distancia no sería suficiente para remediar aquel mal. Se proponía hablar claramente con la niña del asunto, pero no era capaz: se interponía el recuerdo de su propia debilidad. Trataba entonces de explicarse con ella en términos muy generales, pero la generalidad también se adecuaba a su propia situación, que no quería dejar traslucir. Cualquier signo dirigido a Otilia, era en realidad un aviso para su propio corazón. Quería advertir y héte aquí que seguramente ella también necesitaba ser advertida.

Seguía separando calladamente a los dos amantes y con eso la cosa estaba muy lejos de arreglarse. Ligeras indicaciones que a veces se le escapaban no hacían mella sobre Otilia, porque Eduardo había convencido a ésta del afecto de Carlota por el capitán, la había convencido de que la propia Carlota deseaba un divorcio que él trataba ahora de provocar de una manera decente.

Llevada por el sentimiento de su inocencia por el camino que conducía hacia la felicidad tan deseada, Otilia vivía sólo para Eduardo. Fortalecida en todas las cosas buenas por su amor por él, más dichosa en sus quehaceres por amor a él, más abierta con los demás, se encontraba en un cielo sobre la tierra.

De modo que, de una manera o de otra, proseguían todos juntos el ritmo de vida habitual, con o sin reflexión. Y, así, todo parecía seguir el curso acostumbrado, como suele suceder en esas situaciones terribles en las que todo está en juego, pero uno sigue viviendo como

si no ocurriera nada.

Capítulo 14

Entretanto había llegado una carta del conde para el capitán, en realidad dos: una, para que pudiera enseñarla en público, en la que le pintaba las mejores perspectivas para un futuro lejano y otra, por el contrario, que contenía una proposición firme para el presente inmediato, un importante puesto en la corte y la administración, el grado de comandante, un sueldo considerable y otras ventajas, y que aún debía ser mantenida en secreto por diversas razones secundarias. Así las cosas, el capitán sólo habló a sus amigos de sus esperanzas y calló lo que ya estaba tan cerca.

Mientras tanto seguía ocupándose animadamente de los asuntos en curso y tomaba sin decir nada las necesarias disposiciones para que todo pudiera seguir igual tras su partida. Ahora era él el primer interesado en fijar un plazo para terminar determinadas cosas y aprovechaba el cumpleaños de Otilia para acelerarlas. Por eso, los dos amigos volvían a trabajar gustosamente juntos, aunque no hubiese un acuerdo expreso. Eduardo se mostraba encantado de que la caja se hubiera visto engrosada con el cobro anticipado del dinero, porque de ese modo las obras avanzaban con la mayor rapidez.

Ahora el capitán hubiera preferido desaconsejar la conversión de las tres lagunas en un lago, porque había que reforzar la presa inferior *y* eliminar los diques intermedios *y* el asunto era delicado y daba que pensar en más de un sentido. Pero, como guardaban relación entre sí, ambos trabajos ya habían sido iniciados y a ese efecto había venido muy a propósito un joven arquitecto, antiguo discípulo del capitán que, parte empleando a hábiles maestros, parte contratando los trabajos a terceros cuando era posible, había conseguido hacer avanzar las obras y garantizar su seguridad *y* continuación. Esto alegraba secretamente al capitán, porque de ese modo no se notaría tanto su ausencia y él se regía por el firme principio de no dejar nunca a medias algo de lo que él se hubiera responsabilizado sin haber encontrado antes un sustituto adecuado. Se puede afirmar que hasta despreciaba a esos que, para que se note su ausencia, siembran confusión a su alrededor, a esos egoístas sin formación ni cultura que desean destruir lo que ellos ya no pueden terminar.

Y, así, aunque nadie hablara de ello y ni siquiera lo admitiera francamente en su fuero interno, todo el mundo trabajaba con denuedo para celebrar el cumpleaños de Otilia. Aunque no sentía celos, la idea de Carlota era que aquello no podía ser una auténtica fiesta. La juventud de Otilia, su estado de fortuna, su relación con la familia no le permitían aparecer como reina de un día. Pero Eduardo

no quería hablar de eso porque todo debía suceder como si fuera algo espontáneo y sorprender y alegrar con naturalidad.

De modo que todos se pusieron de acuerdo tácitamente para que aquel día, como si fuera por casualidad y sin darle importancia, se levantara la estructura del pabellón de recreo, y con tal ocasión se anunciara una fiesta para los amigos y el pueblo.

Pero la pasión de Eduardo no tenía límites. Como quería asegurarse el afecto de Otilia, no tenía medida en sus obsequios, regalos, promesas. Las sugerencias que le había hecho Carlota para los regalos con los que quería honrar a Otilia aquel día le habían parecido demasiado mezquinas. Habló con el ayuda de cámara que se ocupaba de su guardarropa y que mantenía una relación permanente con comerciantes *y* modistos, *y* éste, que era un buen conocedor de los regalos que gustan y también dominaba el arte de presentarlos de la mejor manera, encargó enseguida en la ciudad un precioso cofrecillo cubierto de terciopelo rojo y adornado con clavos de acero, lleno de regalos dignos de semejante envoltorio.

Además le sugirió otra cosa a Eduardo. Había en el castillo unos fuegos artificiales que habían quedado olvidados y nunca se habían usado. Era fácil reforzarlos añadiendo algunos más. Eduardo enseguida se lanzó sobre esa idea y su criado prometió encargarse de la ejecución de la misma. La cosa debía quedar en secreto.

Mientras tanto, viendo que se acercaba el día, el capitán había puesto en marcha sus medidas policiales, que le parecían tanto más necesarias cuando se convoca o se atrae a una masa de gente. Incluso se había preocupado de evitar que la mendicidad u otro tipo de incomodidades estropearan la fiesta.

Eduardo y su hombre de confianza se ocupaban sobre todo de los fuegos artificiales. Los tirarían desde la laguna central, delante de los robles grandes, y la gente se reuniría abajo, junto a los plátanos, a fin de poder contemplar desde la conveniente distancia *y* con toda la comodidad *y* seguridad el efecto de los fuegos reflejados sobre el agua y esos otros fuegos flotantes destinados a quemarse sobre el agua misma.

Tomando otro pretexto, Eduardo mandó limpiar la maleza, la hierba y el musgo del lugar donde se alzaban los plátanos y sólo ahora pudo contemplar la magnífica corpulencia de aquellos árboles tanto en altura como en anchura, destacando sobre el suelo expedito. Eduardo sintió una inmensa alegría. «Era aproximadamente en esta estación del año cuando los planté. ¿Cuánto tiempo hará?», se dijo a sí mismo. En cuanto llegó a casa se puso a rebuscar en antiguos diarios que su padre había llevado con gran escrúpulo y cuidado, sobre todo cuando estaba en el campo. Aquella plantación seguro que no figuraba en los diarios, pero sí que tenía que figurar necesariamente un importante

acontecimiento doméstico sucedido aquel día y del que Eduardo se acordaba muy bien. Hojeó unos cuantos volúmenes y encontró tal acontecimiento. Pero ¡cuál no sería la sorpresa de Eduardo, su alegría cuando comprobó la maravillosa coincidencia! El día, el año de aquella plantación de árboles había sido el mismo día, el mismo año del nacimiento de Otilia.

Capítulo 15

Por fin brilló para Eduardo la mañana tan ardientemente deseada y poco a poco fueron llegando muchos invitados, porque se habían mandado invitaciones muy lejos, por todos los alrededores, y algunos que se habían perdido la puesta de la primera piedra, de la que se contaban cosas magníficas, no querían dejar pasar ahora esta segunda celebración.

Antes de comer aparecieron en el patio del castillo los carpinteros con su música llevando su rica corona compuesta de varios cercos de hojas y de flores en distintos pisos que se iban balanceando unas sobre otras. Saludaron y pidieron al bello sexo pañuelos y cintas para contribuir a la decoración habitual. Mientras comían los señores, siguieron llevando adelante su alegre procesión y, tras detenerse durante algún tiempo en el pueblo, donde también consiguieron sacarle alguna cinta a las muchachas jóvenes y a las mujeres mayores, llegaron finalmente a la cima sobre la que se alzaba la nueva casa, acompañados y esperados por una gran masa humana.

Carlota retuvo a sus invitados algún tiempo después de comer, porque no quería que se formara una comitiva solemne, de modo que todo el mundo se encontró en el lugar de modo informal, en grupitos separados, sin orden ni lugar de prelación debido al rango. Carlota se quedó atrás con Otilia, lo que no arregló mucho las cosas, porque al ser Otilia la última en aparecer dio la impresión de que las trompetas y timbales estaban esperando por ella y que la celebración no podía empezar hasta que ella llegara.

A fin de quitarle a la casa su aspecto de estructura desnuda, la habían adornado con una arquitectura de ramas verdes y flores siguiendo las indicaciones del capitán. Pero, sin que él lo supiera, Eduardo le había mandado al arquitecto que decorara la fecha del dintel con flores. Eso aún podía pasar, pero el capitán llegó justo a tiempo de impedir que el nombre de Otilia brillara en la superficie del frontón. Supo diluir hábilmente esa iniciativa y apartar las letras de flores ya preparadas.

La corona se alzaba en su lugar y se podía ver desde muy lejos en la comarca. Los pañuelos y las cintas de todos los colores ondeaban al viento y también se perdió en el viento una buena parte de un breve

discurso. La solemnidad había terminado y ahora podía empezar el baile en un lugar allanado y rodeado por ramas que formaban un círculo delante de la casa. Un oficial carpintero muy galano le trajo a Eduardo a una guapa muchacha campesina, mientras él mismo sacaba a Otilia, que se encontraba a su lado. Inmediatamente otros siguieron el ejemplo de las dos parejas y muy pronto Eduardo pudo cambiar de pareja, agarrando de la mano a Otilia y haciendo la ronda con ella. Los más jóvenes se mezclaron alegremente en el baile del pueblo, mientras los mayores observaban.

Después, antes de dispersarse para el paseo, se convino que todo el mundo volvería a reunirse a la hora de la puesta del sol bajo los plátanos. Eduardo fue el primero en regresar allí para disponer todo y concertarse con el ayuda de cámara que tenía que ocuparse de la alegre diversión de los fuegos desde el otro lado, en compañía del artificiero.

El capitán observó con disgusto las disposiciones que se habían tomado al efecto; quería hablar con Eduardo de la previsible afluencia masiva de espectadores, pero éste le rogó con cierta aspereza que dejara en sus manos esa parte de la fiesta.

El pueblo ya se apiñaba sobre los diques, que habían sido pulidos en su parte superior y despojados de hierba, y que mostraban una superficie desigual y poco segura. Se puso el sol, empezó la penumbra y mientras se esperaba que se hiciera noche completa se sirvieron refrescos a los invitados bajos los plátanos. La gente encontró aquel lugar incomparable y todos se alegraron imaginando la vista que habría en el futuro, cuando se pudiera disfrutar del espectáculo de un único lago de límites variados y gran extensión.

El atardecer tranquilo y el aire, que no se movía, prometían favorecer aquella fiesta nocturna, cuando de pronto resonaron unos gritos espantosos. Grandes montañas de tierra se habían desgajado del dique y varias personas habían caído al agua. El suelo se había hundido bajo las pisadas y los apretones de una multitud cada vez más creciente. Todo el mundo quería conseguir el mejor sitio y ahora nadie podía avanzar ni retroceder.

Todos se levantaron de un salto y se precipitaron hacia el dique, más para ver que para ayudar, porque ¿qué se podía hacer, si no se podía llegar hasta aquel lugar? Con la ayuda de otras personas decididas, el capitán se apresuró a bajar a la gente del dique y llevarlos hasta la orilla a fin de dejarles las manos libres a los socorristas que trataban de sacar del agua a los que se ahogaban. Pronto estuvieron todos de nuevo en tierra firme, unos por sus propios medios y otros con ayuda ajena, menos un muchachito que con sus esfuerzos angustiados lo único que conseguía era alejarse del dique en lugar de acercarse. Parecía que le abandonaban las fuerzas y ya sólo

se veía asomar de cuando en cuando un pie o una mano. Desafortunadamente, la barca estaba en la orilla opuesta llena de fuegos artificiales que sólo se podían desembarcar con lentitud y el socorro tardaba en llegar. Tomando una determinación, el capitán se despojó de sus ropas de cintura para arriba. Todas las miradas convergieron en él, todo el mundo sintió confianza al ver su figura activa y fuerte, pero, aun así, un grito de sorpresa surgió de la multitud cuando le vieron lanzarse decididamente al agua y todos los ojos le siguieron viendo cómo en su calidad de hábil nadador alcanzaba muy rápidamente al muchacho, no obstante lo cual lo llevó hasta el dique aparentemente muerto.

Mientras tanto ya se acercaba a toda prisa la barca a golpe de remo; el capitán se subió en ella e indagó entre los presentes para saber si de verdad todos estaban ya a salvo. Llegó el cirujano y se encargó del niño, al que *ya se* daba por muerto. En ese momento, Carlota corre hacia el capitán y le ruega que sólo piense en él y vaya rápido al castillo a cambiarse de ropa. Él duda, hasta que otras personas sensatas y razonables, que han visto las cosas de cerca y han colaborado en el salvamento, le prometen por lo más sagrado que ya están todos a salvo.

Carlota lo ve marchar al castillo *y* piensa que el vino, el té *y* las demás cosas necesarias están bajo llave y que es justamente en esos casos, cuando más falta hace, cuando sale todo al revés; pasa presurosa por en medio de la gente que todavía se encuentra dispersa bajo los plátanos. Eduardo está tratando de convencer a la gente para que no se muevan de allí, pues piensa dar en breve la señal para que empiecen los fuegos artificiales. Carlota se acerca a él y le ruega que aplace una diversión que ya no resultaría adecuada y de la que ya nadie podría disfrutar en el momento presente; le recuerda el respeto que se le debe al ahogado y a sus salvadores.

-El cirujano ya sabrá cumplir con su deber -replica Eduardo-. Está provisto de todo lo necesario y nuestro empeño en intervenir sólo puede estorbarle.

Carlota insiste y le hace una señal a Otilia, que enseguida se dispone a marchar, pero Eduardo la agarra de la mano y grita:

-¡No vamos a terminar este día en el hospital! Ella vale demasiado para hacer de hermana de la caridad. También sin nosotros resucitarán los que parecen muertos y se secarán los vivos.

Carlota calla y se marcha. Algunos la siguen, otros siguen a los primeros y finalmente nadie quiere ser el último y Eduardo y Otilia se encuentran solos bajo los plátanos. Él insiste tercamente para quedarse a pesar de las súplicas angustiosas de ella para regresar al castillo.

-¡No, Otilia! -exclama-, lo extraordinario no ocurre por caminos

llanos y expeditos. El accidente que nos ha sorprendido esta noche no hace sino unirnos con mayor rapidez. ¡Tú eres mía! Ya te lo he dicho y jurado muchas veces; pues bien, ya no lo diremos ni lo juraremos más. Ahora tendrá que ser así.

En aquel momento la barca se acercaba flotando desde la otra orilla. Era el ayuda de cámara, que preguntaba desconcertado qué se hacía ahora con los fuegos.

-¡Préndelos! -le gritó Eduardo-. Los encargué sólo para ti, Otilia, y ahora tú sola los verás. Permíteme que disfrute de ellos sentado a tu lado. -Con tierna reserva se sentó a su lado sin tocarla.

Se elevaron los cohetes por los aires, se oyeron atronadores golpes de cañón, se abrieron rosetones luminosos, se retorcieron las serpentinas, giraron las ruedas, primero cada cosa por separado, de una en una, luego de dos en dos, después todo a la vez y cada vez con mayor violencia, por separado y todo junto. Eduardo, a quien le ardía el pecho, seguía con mirada satisfecha y animada aquellas visiones de fuego. Para el espíritu tierno y excitable de Otilia aquellas apariciones *y* desapariciones bruscas *y* ruidosas eran más objeto de temor que de agrado. Se apoyó tímidamente sobre Eduardo, a quien ese contacto, esa confianza, le dieron la plena sensación de que ella le pertenecía por completo.

La noche apenas había recuperado nuevamente sus derechos cuando salió la luna alumbrando el sendero de los dos que regresaban. Una figura con el sombrero en la mano les salió al camino y les pidió una limosna, porque según decía se habían olvidado de él aquel día de fiesta. La luna le iluminó la cara y Eduardo reconoció los rasgos de aquel mendigo que tanto le había molestado. Pero se sentía tan dichoso, que no podía enfadarse ni tampoco era capaz de recordar que se había prohibido expresamente la mendicidad aquel día. Rebuscó brevemente en sus bolsillos y le dio una moneda de oro. En aquel momento no le hubiera importado hacer dichoso a todo el mundo, puesto que su felicidad no tenía límites.

Mientras tanto, en casa todo había salido a pedir de boca. La diligencia del cirujano, el hecho de que la casa estuviera provista de todo lo necesario y la ayuda de Carlota, todo sumado, había logrado devolverle la vida al muchachito. Los invitados se dispersaron, tanto para poder contemplar desde lejos el final de los fuegos artificiales como para retornar a sus tranquilos hogares después de aquellas escenas de confusión.

El capitán, que se había cambiado rápidamente de ropa, también había colaborado activamente en todos los cuidados. Todo volvía a estar tranquilo y se encontró a solas con Carlota, Lleno de amistosa confianza le declaró que su partida ya estaba próxima. Pero ella había vivido tantas experiencias aquel día, que esta novedad le hizo poca

mella. Había visto cómo se sacrificaba su amigo, había visto cómo salvaba a los otros y cómo se salvaba él mismo. Todos estos acontecimientos extraordinarios le parecían indicios reveladores de un futuro especialmente relevante, pero no precisamente desdichado.

A Eduardo, que entraba ahora con Otilia, también se le anunció la inminente partida del capitán. Sospechó que Carlota ya era sabedora de la cosa mucho antes, pero estaba demasiado ocupado consigo mismo y con sus asuntos para tomárselo a mal.

Al contrario, escuchó atento y complacido la situación tan ventajosa y honorable a la que destinaban al capitán. Sin poderlo remediar, sus deseos más secretos se adelantaban desbocados a los acontecimientos. Ya veía a su amigo unido a Carlota, y a él mismo unido a Otilia. Nadie le hubiera podido hacer mejor regalo aquel día de fiesta.

Pero ¡cuál no sería la sorpresa de Otilia cuando entró en su habitación y encontró el precioso cofrecillo sobre su mesa! NO esperó para abrirlo. Dentro estaba todo tan bonitamente empaquetado y colocado, que no se atrevía a tocar nada, ni siquiera a levantar ligeramente las cosas. Muselina, batista, seda, chales y puntillas rivalizaban en finura, gracia y valor. Tampoco faltaban las joyas y adornos. Enseguida comprendió la intención de volverla a vestir varias veces con cosas nuevas de la cabeza a los pies, pero era todo tan valioso y tan ajeno a ella, que ni siquiera en el pensamiento se atrevía a apropiarse de ello.

Capítulo 16

A la mañana siguiente el capitán había desaparecido dejándoles a sus amigos una sentida carta de agradecimiento. Él y Carlota ya se habían despedido a medias la noche anterior sin emplear muchas palabras. Carlota sentía que la despedida era eterna y lo aceptaba resignada, porque en la segunda carta del conde, que el capitán había terminado por enseñarle, también se hablaba de la posibilidad de un matrimonio ventajoso y aunque él no le había prestado ninguna atención a ese punto, ella dio la cosa por hecha y renunció a él de modo puro y completo.

Pero ahora creía poder exigirle a los otros la violencia que había tenido que ejercer sobre sí misma. Si a ella no le había resultado imposible, también para los otros tenía que ser posible. En este sentido inició una conversación con su esposo que fue tanto más sincera y más firme por cuanto sentía que había que terminar con aquel asunto de una vez por todas.

-Nuestro amigo nos ha dejado -le dijo-; ahora volvemos a estar los dos frente a frente como antes y sólo de nosotros depende volver a

recuperar por completo nuestra antigua situación si es que así lo queremos.

Eduardo, que sólo oía lo que halagaba a su pasión, creyó que las palabras de Carlota querían aludir a su antiguo estatus de viudez y que, aunque de un modo un tanto indeterminado, le quería dar esperanzas de divorcio. Por eso respondió con una sonrisa:

-¿Por qué no? Sólo haría falta llegar a un acuerdo.

Por eso aún se sintió más defraudado cuando Carlota repuso:

-Ahora también es el momento de decidir a qué lugar queremos mandar a Otilia, porque existe una doble posibilidad de proporcionarle una situación favorable. Puede regresar al pensionado, puesto que mi hija se ha mudado a casa de su tía abuela, o puede ser recibida en una buena casa para compartir con una hija única todos los privilegios y ventajas de una educación refinada.

-Pero Otilia ha estado tan mimada en nuestra afectuosa compañía -dijo Eduardo-, que difícilmente podría adaptarse ahora a otra.

-Hemos estado todos muy mimados -dijo Carlota-, y tú no precisamente el que menos. Pero hemos entrado en una época en la que la razón nos exige y nos advierte seriamente que debemos pensar lo mejor para cada uno de los miembros de nuestro pequeño círculo sin renunciar a hacer algún sacrificio.

-Pues por lo menos -replicó Eduardo-, no me parece justo sacrificar a Otilia y eso es lo que ocurriría si la mandásemos ahora a vivir con gente extraña. El capitán ha encontrado aquí el mejor destino y por eso podemos y debemos dejarle partir con tranquilidad y hasta con complacencia. Quién sabe lo que la fortuna le reserva a Otilia. ¿Por qué precipitarnos?

-Está muy claro lo que nos espera -repuso Carlota algo emocionada, y como tenía la intención de hablar claro de una vez por todas, continuó-: Tú amas a Otilia, te estás acostumbrando a ella. Por su parte también nacen y se alimentan en ella el afecto y la pasión. ¿Por qué no vamos a decir con palabras lo que cada instante que pasa nos revela y nos obliga a reconocer? ¿Y acaso no debemos tener la precaución de preguntarnos en qué puede acabar todo esto?

-Aunque no se pueda contestar a eso enseguida -dijo Eduardo tratando de dominarse-, por lo menos sí podemos decir que precisamente cuando no sabemos en qué va a parar una cosa es cuando preferimos esperar a ver la lección que nos depara el futuro.

-En nuestro caso actual no hace falta ser muy sabio para adivinar el futuro -replicó Carlota-, y en cualquier caso sí que podemos decir que ni tú ni yo somos ya tan jóvenes como para caminar ciegamente hacia donde no queremos o no debemos. Nadie puede velar ya por nosotros; tenemos que ser nuestros propios amigos, nuestros propios mentores. Nadie espera de nosotros que nos perdamos en situaciones extremas,

que nuestra actitud sea censurable o incluso ridícula.

-¿Acaso puedes tomarme a mal -repuso Eduardo que no sabía qué replicar al lenguaje franco y directo de su mujer-, acaso puedes reprocharme que me tome a pecho la dicha de Otilia? ¿Y no precisamente una dicha futura, que no podemos prever, sino la de ahora mismo? Trata de representarte con toda sinceridad y sin engañarte a Otilia arrancada de nuestra compañía y abandonada entre gente extraña. Yo, por lo menos, no me siento capaz de tanta crueldad ni de imponerle semejante cambio.

Carlota se daba muy bien cuenta de la firme decisión que se ocultaba tras las palabras disimuladas de su esposo. Sólo ahora vio con toda claridad hasta qué punto se había alejado de ella. Con emoción exclamó:

-¿Puede ser feliz Otilia separándonos, puede ser dichosa robándome un esposo y privando a sus hijos de un padre?

-Por lo que respecta a nuestros hijos, creo que no pasa rían cuidado -dijo Eduardo con una sonrisa fría; y con algo más de amabilidad añadió-: ¿Por qué pensar enseguida en el caso más extremo?

-Para la pasión, lo más extremo es lo más cercano -observó Carlota-. Mientras todavía estás a tiempo no rechaces el buen consejo que te doy, no desdeñes la ayuda que trato de buscar para nosotros. En las situaciones complicadas y confusas tiene que actuar y procurar ayuda el que conserva mayor claridad. Esta vez soy yo. Querido, mi muy querido Eduardo ¡déjame decidir! ¿Serías capaz de pedirme que renuncie sin más a una dicha bien adquirida, a mis más hermosos derechos, a ti?

-¿Quién dice eso? -respondió Eduardo algo confuso.

-Tú mismo -replicó Carlota-. Al empeñarte en conservar a Otilia a tu lado ¿acaso no estás confesando todo lo que puede salir de ahí? No quiero apremiarte, pero si no eres capaz de vencerte a ti mismo, por lo menos ya no tienes por qué seguirte engañando.

Eduardo sentía hasta qué punto Carlota tenía razón. Una palabra dicha es terrible cuando expresa de pronto lo que el corazón no ha querido decirse durante mucho tiempo. Y con el fin de eludir todavía algún tiempo un compromiso, Eduardo repuso:

-Ni siquiera entiendo bien qué es lo que te propones.

-Mi intención era sopesar contigo las dos propuestas -repuso Carlota-. Las dos tienen su parte buena. El pensionado sería seguramente lo más adecuado para Otilia, considerando la situación en la que se encuentra actualmente. Pero sin embargo la otra oportunidad, de mayor alcance y envergadura, me parece más prometedora cuando pienso en su futuro. -A continuación Carlota le expuso claramente a su marido las dos opciones y concluyó con las

palabras-: Por lo que a mí respecta creo que prefiero la casa de esa señora antes que el pensionado por varios motivos, pero sobre todo porque no quiero que crezcan el afecto y tal vez la pasión del joven que conquistó allí Otilia.

Eduardo hizo como que le daba la razón, pero era sólo para ganar tiempo. Entonces Carlota, que lo que pretendía era tomar cuanto antes una decisión, aprovechó de inmediato que Eduardo no la contradecía para fijar en el acto para el día siguiente la partida de Otilia, para la que ya había dispuesto en secreto todo lo necesario.

Eduardo se quedó temblando; se sentía traicionado y el lenguaje afectuoso de su mujer le pareció premeditado, artificial y calculado de acuerdo con un plan que sólo quería apartarlo para siempre de lo que constituía su dicha. Simuló que dejaba todo en manos de ella; pero por dentro su determinación ya estaba tomada. Con el fin de concederse un respiro y de apartar la inminente e irremediable desgracia de la partida de Otilia, decidió abandonar su casa, pero no sin hacérselo saber a medias a Carlota, a la que sin embargo consiguió engañar diciendo que no quería estar presente cuando se fuera Otilia, y hasta que no quería volver a verla a partir de ese momento. Carlota, que creía haber ganado la partida, le facilitó todo lo que quiso. Él pidió sus caballos, le dio a su ayuda de cámara las pertinentes instrucciones referente a lo que tenía que empaquetar y a cómo debía seguirle e, inmediatamente, a toda prisa, con un pie ya en el estribo, se sentó y escribió lo siguiente:

Eduardo a Carlota

«El mal que nos aqueja, querida mía, puede que sea curable o puede que no; en cualquier caso yo sólo siento una cosa: que si no quiero desesperarme, en estos momentos tengo que pedir un aplazamiento para mí y para los demás. Y puesto que me sacrifico también puedo exigir algo a cambio. Abandono mi hogar y sólo regresaré cuando la situación sea más favorable y tranquila. Mientras tanto te ruego que tú lo ocupes, pero con Otilia. Quiero imaginarla a tu lado y no entre gente extraña. Cuida de ella, trátala como de costumbre, como lo has hecho hasta ahora o incluso cada vez con mayor afecto, con más amabilidad y ternura. Te prometo que no trataré de mantener ningún contacto secreto con Otilia. Por el contrario, quiero que me dejéis estar una temporada ignorante de vuestras vidas. Pensaré lo mejor; pensad lo mismo de mí. Sólo te suplico una cosa, pero del modo más íntimo y más vivo: no intentes llevar a Otilia a ningún otro sitio, no busques ninguna otra situación para ella. Fuera del ámbito de tu castillo y de tu parque, confiada a gentes extrañas, me pertenece y me apoderaré de ella. Por el contrario, si respetas mi inclinación, mis deseos, mis

sufrimientos, si halagas mi locura, mis esperanzas, entonces yo tampoco me opondré a la curación, si es que se me presenta.»

Esta última frase le salió de la pluma y no del corazón. Es más, en cuanto la vio escrita sobre el papel comenzó a llorar amargamente. De un modo o de otro tenía que renunciar a la dicha o tal vez a la desdicha de amar a Otilia. Ahora sentía lo que estaba haciendo. Se alejaba sin saber lo que resultaría de su decisión. Por lo menos, era indudable que por ahora no podría volver a verla; ¿y acaso tenía alguna seguridad de volver a verla jamás? Pero la carta ya estaba escrita; los caballos le esperaban delante de la puerta; debía temer a cada momento encontrarse con Otilia en algún sitio y ver su plan echado a perder. Se recompuso: pensó que después de todo le sería posible regresar en cualquier momento y que la distancia le aproximaría al objeto de sus deseos. Por el contrario se imaginaba a Otilia expulsada de la casa si él se quedaba. Lacró la carta, subió presuroso las escaleras y se lanzó sobre su caballo.

Al pasar por delante de la taberna, vio sentado bajo el emparrado al mendigo al que había recompensado la noche anterior con tanta generosidad. Estaba cómodamente sentado disfrutando de su comida del mediodía y cuando vio a Eduardo se levantó y se inclinó con respeto y hasta con veneración. Era la figura que se le había aparecido la noche anterior cuando llevaba a Otilia del brazo y ahora le recordaba el momento más feliz de su existencia. Su dolor se hizo más vivo; el sentimiento de lo que dejaba atrás se le hizo insoportable; una vez más, contempló al mendigo:

-¡Ay! -exclamó-, ¡cuán digno eres de envidia! ¡Todavía puedes disfrutar de una limosna recibida la víspera mientras yo ya no puedo gozar de mi dicha de ayer!

Capítulo 17

Otilia se asomó a la ventana al oír que alguien se marchaba al galope y todavía pudo ver las espaldas de Eduardo que se alejaba. Le pareció muy extraño que abandonara la casa sin haberla visto ni haberle dado siquiera los buenos días. Se sentía cada vez más inquieta y estaba cada vez más pensativa cuando Carlota vino a buscarla para llevársela a dar un largo paseo en el transcurso del cual le habló de un montón de cosas varias, pero sin mencionar nunca a su esposo, al parecer de modo intencionado. Por eso aún se sintió más afectada cuando al regresar del paseo vio que sólo se habían puesto dos cubiertos en la mesa. Nunca nos gusta vernos privados de esas pequeñas costumbres que parecen insignificantes, pero sólo experimentamos con auténtico dolor una privación de este tipo en las

circunstancias graves. Faltaban Eduardo y el capitán, era la primera vez desde hacía mucho tiempo que Carlota se ocupaba en persona de disponer la comida y a Otilia le dio la misma impresión que si la hubieran despedido. Las dos mujeres estaban sentadas frente a frente. Carlota hablaba con desenvoltura del nuevo puesto de trabajo del capitán y de las pocas esperanzas que había de volver a verlo. Lo único que podía consolar a Otilia en aquella situación era la idea de que a lo mejor Eduardo había salido a caballo tras su amigo con el propósito de acompañarlo durante un trecho.

Pero cuando se levantaron de la mesa vieron el coche de viaje de Eduardo bajo la ventana y cuando Carlota preguntó con alguna irritación quién había mandado traerlo allí, oyeron que había sido el ayuda de cámara que todavía quería embalar algunas cosas. Otilia tuvo que hacer gala de todo su dominio para ocultar su sorpresa y su dolor.

El ayuda de cámara entró y pidió varias cosas más. Se trataba de una taza de su señor, unas cuantas cucharas de plata y algunas otras cosas, que a Otilia le hicieron pensar que se trataba de un viaje muy largo, que la ausencia iba a ser prolongada. Carlota le negó secamente al criado lo que le pedía, diciéndole que no entendía a qué venía aquella petición si él mismo tenía a su cargo todas las cosas de su señor. Pero él, que era muy hábil, y que lo único que pretendía era hablar con Otilia y por eso trataba de hacerla salir de la habitación con cualquier pretexto, supo disculparse e insistir en una demanda, que Otilia parecía dispuesta a concederle; pero Carlota volvió a negarse, el ayuda de cámara tuvo que marcharse y el coche se alejó.

Fue un momento terrible para Otilia. No entendía qué pasaba, no podía comprender, pero sentía muy bien que le habían arrancado a Eduardo de su lado por mucho tiempo. Carlota se dio cuenta de su estado y la dejó sola. No podríamos describir su dolor, pintar sus lágrimas. Sufría infinitamente. Le rogó a Dios que por lo menos la ayudara a sobrellevar aquel día hasta el final; soportó el día y la noche y cuando por fin se rehizo creyó que se encontraba delante de otra persona.

No se había repuesto, ni se había resignado, pero después de una pérdida tan grande seguía ahí y tenía que temer todavía mucho más. Su primera preocupación, una vez recuperada la conciencia, fue que después de haberse alejado los dos hombres ahora la quisieran alejar también a ella. No podía adivinar las amenazas de Eduardo, que aseguraban su permanencia junto a Carlota, pero la conducta de ésta le sirvió para tranquilizarse un poco. En efecto, Carlota hacía lo posible por tener entretenida a la muchacha y raras veces, y de muy mala gana, la dejaba sola. Y aunque sabía perfectamente que con palabras no se puede hacer mucho contra una pasión declarada, también

conocía el poder de la reflexión, de la conciencia, y por eso trataba de sacar a relucir ciertos temas cuando hablaba con Otilia.

Y, así, para esta última supuso por ejemplo un gran consuelo escuchar a Carlota exponer ocasionalmente, con todo el propósito, la siguiente sabia consideración:

-¡Qué vivo es -decía- el agradecimiento de aquellos a los que ayudamos a salir con tranquilidad de los apuros en los que les mete la pasión! Vamos a tratar de intervenir con mucho ánimo y alegría en las cosas que los hombres han dejado inacabadas al marcharse y, así, nos prepararemos la más hermosa perspectiva para cuando regresen, al mostrarnos capaces de mantener y llevar adelante con nuestra mesura lo que su naturaleza impetuosa e impaciente bien hubiera podido destruir.

-Puesto que habla usted de mesura, querida tía -replicó Otilia-, no puedo seguir ocultando que me ha llamado la atención la falta de moderación de los hombres, sobre todo en lo tocante al vino. Cuántas veces me ha preocupado y angustiado ver que la inteligencia clara, el buen entendimiento, la paciencia con los demás, la gracia y la amabilidad se echaban a perder durante varias horas y, muchas veces, en lugar de todo el bien que es capaz de hacer y de procurar un hombre excelente, eran el mal y la confusión los que amenazaban con aparecer. ¡Cuán a menudo pueden resultar de ahí decisiones violentas!

Carlota le dio la razón, pero no prosiguió la conversación, porque veía muy bien que también en esto Otilia sólo tenía en mente a Eduardo, quien si no habitualmente, sí más veces de lo que sería deseable, tenía la costumbre de estimular su deleite, su locuacidad y su actividad con ayuda de un poco de vino.

Si al decir esto Otilia se había vuelto a acordar de los hombres, sobre todo de Eduardo, tanto más chocante le resultó ver que Carlota hablaba de un inminente matrimonio del capitán como de algo seguro y sabido, con lo cual las cosas tomaban un cariz muy distinto del que ella se había imaginado hasta entonces a tenor de las seguridades que le había dado Eduardo. Después de oír esto, Otilia puso mucha más atención a todo lo que le decía Carlota, a cada señal, cada gesto, cada paso suyo. Otilia se había vuelto astuta, intuitiva y desconfiada sin saberlo.

Mientras tanto, Carlota dirigía su aguda mirada a todos los detalles de lo que la circundaba y actuaba con su habitual presteza y claridad obligando a Otilia a colaborar con ella permanentemente. Sin vacilar, redujo a lo mínimo su economía doméstica. En efecto, bien mirado, hasta podía considerar aquel incidente pasional como un caso de buena suerte. Porque, de haber seguido por el mismo camino, fácilmente habrían caído en la desmesura y, de no haberse dado cuenta a tiempo, por culpa de un modo de vivir y de actuar demasiado

ligeros, hubieran podido destruir o por lo menos darle un buen golpe a una hermosa situación de bienes de fortuna.

No interrumpió los trabajos del parque que estaban ya en curso. Por el contrario, impulsó aquellas obras que podían servir como base para un futuro desarrollo; pero no hizo más. Su marido debía encontrar a su vuelta suficiente motivo de grata ocupación.

En todos estos trabajos y proyectos no podía alabar suficientemente el encomiable proceder del arquitecto. El lago quedó en poco tiempo ensanchado y pronto pudo ver las nuevas orillas graciosamente adornadas con variedad de plantas y césped. En la nueva casa se había terminado ya todo el trabajo basto, se había procurado todo lo necesario para el mantenimiento y llegados ahí se había mandado parar la obra precisamente en un punto en el que sería un deleite reiniciarla. Mientras hacía estas cosas Carlota estaba serena y contenta; Otilia sólo lo parecía, porque no podía evitar su obsesión de tratar de encontrar siempre indicios en todo de si Eduardo era esperado pronto o no. Lo único que le interesaba en todas las cosas era esa consideración.

Por eso también saludó con alegría una iniciativa para la que se había reunido a los niños campesinos con la misión de que mantuvieran siempre limpio el parque, ahora tan ampliado. Eduardo ya había tenido aquella idea. Se había mandado hacer para los niños una especie de uniforme muy alegre, que se ponían al atardecer, después de haberse lavado y limpiado a fondo. La ropa se guardaba en el castillo y se encargaba al más cuidadoso y razonable de su vigilancia. Era el arquitecto el que los dirigía y antes de que se diera uno cuenta todos los niños habían adquirido ya cierta habilidad. Eran dóciles para aprender y hacían su trabajo casi como si fueran unas maniobras militares. Además, cuando se les veía pasar armados con sus azadillas, sus guadañas afiladas, sus rastrillos, sus palitas *y* sus picos *y* sus escobas de abanico, mientras otros les seguían con cestas para recoger la mala hierba y las piedras y otros pasaban por detrás aplanando la tierra con el gran rodillo de hierro, no cabe duda de que resultaba un gracioso y bonito cortejo, que le servía al arquitecto para ir tomando nota de una serie de actitudes y actividades que debían servir para el mantenimiento de una casa de campo. Sin embargo, Otilia sólo veía en todo esto una suerte de desfile que debía servir para saludar pronto el regreso del señor del lugar.

Esto le dio ánimos y deseos de recibirlo con algo semejante. Hacía tiempo que habían querido animar a las niñas del pueblo a aprender a coser, tejer, hilar y otras labores femeninas. Eran también cualidades que se habían puesto en marcha desde que se habían iniciado las obras para la limpieza y embellecimiento del pueblo. Otilia siempre había colaborado en esa tarea, pero de modo casual, según el humor y

la situación de cada momento. Ahora pensó hacerlo de modo constante y más ordenado. Pero con un grupito de niñas no se hace tan fácilmente un coro como con un conjunto de niños. Siguió los dictados de su instinto, y sin tener mucha conciencia de ello, se limitó a tratar de inspirarle a cada una de esas niñas un sentimiento de afecto que las vinculara de modo profundo a sus casas, padres y hermanos.

Tuvo éxito con la mayoría. Sólo siguió escuchando quejas respecto a una niña pequeña y muy viva de la que decían que no servía para nada y que era evidente que en casa no quería hacer nada. Otilia se sentía incapaz de sentir animadversión por aquella niña, ya que con ella se mostraba especialmente cariñosa. Estaba muy apegada a Otilia, y en cuanto se lo permitían iba junto a ella y corría a su lado. Entonces se mostraba activa, alegre e incansable. El apego a una hermosa dueña parecía una necesidad para esa niña. Al principio Otilia se limitaba a soportar su compañía. Después empezó a encariñarse con ella y finalmente se hicieron inseparables y Nanny acompañaba por todas partes a su señora.

Ésta tomaba a menudo el camino del jardín y se alegraba viendo lo bien que crecía todo. El tiempo de las fresas y las cerezas tocaba a su fin, aunque Nanny todavía pudo saborear golosamente las últimas. Al ver el resto de la fruta, que prometía una abundante cosecha para el otoño, el jardinero no hacía más que pensar en su señor y nunca dejaba de desear su pronta vuelta. Por eso, Otilia escuchaba al buen viejo llena de agrado. Sabía mucho de su oficio y no paraba de hablarle de Eduardo.

Cuando Otilia mostró su alegría al ver que todos los injertos de aquella primavera habían prendido de maravilla, el jardinero replicó pensativo:

-Lo único que espero es que mi buen señor se alegre al verlos. Si estuviera de vuelta en otoño, podría ver qué cantidad de especies preciosas de los tiempos de su padre quedan todavía en el jardín del castillo. Los horticultores actuales no son tan de fiar como lo eran antes los cartujos [4]. En los catálogos puede uno leer un montón de nombres bonitos, pero luego injertas y cuidas y al final, cuando salen los frutos, resulta que no merecía la pena tener árboles así en el jardín.

Pero lo que más a menudo preguntaba aquel fiel empleado, casi tantas veces como veía a Otilia, eran noticias sobre el regreso del señor y la fecha exacta del mismo. Y como Otilia no se lo podía decir, el buen hombre no podía por menos de hacerle notar, dejando traslucir su callada pena, que creía que ella no tenía confianza en él y

[4] Los cartujos eran célebres por sus viveros de París. *(N. del T.)*

a ella le dolía el sentimiento de su ignorancia, que ahora se le había hecho especialmente patente por esta causa. Sin embargo no era capaz de apartarse de aquellos bancales y parterres. Lo que habían sembrado juntos en una parte, y lo que habían plantado se encontraba ahora en plena floración; apenas precisaba más cuidados, fuera del gusto que mostraba siempre Nanny por regar. ¡Con qué sentimientos contemplaba Otilia las flores tardías, que de momento sólo empezaban a apuntar, y cuyo esplendor y abundancia debían brillar el día del cumpleaños de Eduardo, que a veces se prometía celebrar, como muestra de su amor y gratitud! Pero la esperanza de ver aquella fiesta no estaba siempre igual de viva. Dudas y temores asolaban sin cesar el alma de aquella bondadosa muchacha.

Seguramente tampoco era ya posible recuperar un auténtico y sincero acuerdo con Carlota. Pues, en efecto, la situación de ambas mujeres era muy distinta. Si las cosas seguían siendo como antes, si se volvía a entrar en la vía de la legitimidad, entonces Carlota ganaría en dicha en el presente al tiempo que se le abriría una alegre perspectiva para el futuro; por el contrario, Otilia perdería todo, sí, se puede decir que absolutamente todo, porque sólo había hallado vida y alegría con Eduardo y en su situación actual sentía un vacío infinito, que antes apenas si había llegado a intuir. Porque, efectivamente, un corazón que busca siente muy bien que algo le falta, pero un corazón que ha perdido, siente que le han quitado todo. La añoranza se convierte en malhumor e impaciencia y un alma femenina, acostumbrada a aguardar y esperar, podría entonces salirse de su círculo habitual, volverse activa, emprendedora y tratar también de hacer algo en favor de su dicha.

Otilia no había renunciado a Eduardo. ¿Y cómo iba a hacerlo, por mucho que Carlota, normalmente tan sagaz, en contra de su propia convicción interna diese la cosa por hecha, además de presuponer decididamente que una relación tranquila de amistad era posible entre su esposo y Otilia? Pero cuántas veces ésta, por las noches, después de retirarse, se pasaba horas de rodillas delante del cofrecillo abierto y contemplaba sus regalos de cumpleaños, de los que todavía no había hecho ningún uso, ni había cortado ni preparado una sola tela. Cuántas veces después del crepúsculo salía presurosa de casa, ella que antes sólo se estimaba dichosa dentro, y corría al campo abierto, a ese lugar que antes no le decía nada. Pero tampoco era capaz de quedarse en tierra firme. Saltaba dentro de la barca y remaba hasta en medio del lago; después sacaba una descripción de viaje, se dejaba mecer por las olas agitadas, leía, soñaba con lugares lejanos y, siempre encontraba allí a su amigo; sentía que nunca había dejado de estar cerca del corazón de Eduardo, ni él del suyo.

Capítulo 18

Que ese hombre estrafalario y lleno de actividad al que ya conocemos, que Mittler, una vez informado de la desgracia acaecida a sus amigos iba a demostrar su amistad y que, por mucho que ninguna de las partes implicadas hubiera solicitado su ayuda, estaría más dispuesto que nunca a ejercer su habilidad en este caso, es algo que bien podemos imaginar. Sin embargo, le pareció aconsejable esperar un poco antes de intervenir, porque sabía de sobra que en las complicaciones de orden moral es mucho más difícil ayudar ala gente instruida que a la inculta. Por eso les dejó todavía algún tiempo abandonados a sí mismos, pero finalmente ya no pudo aguantar más y se apresuró a salir en busca de Eduardo, cuyo rastro ya había localizado previamente.

Su camino le condujo hasta un agradable valle, cuyas verdes y amenas praderas cubiertas de árboles estaban recorridas por las aguas caudalosas de un arroyo inagotable que tan pronto serpenteaba tranquilo como bajaba con estruendo. Sobre las suaves colinas se extendían fértiles campos y plantaciones de frutales muy bien cuidadas. Los pueblos no estaban demasiado cerca los unos de los otros y el conjunto ofrecía un aspecto apacible, de modo que sus distintas partes resultaban especialmente adecuadas, si no para ser pintadas, sí para vivir en ellas.

Por fin sus ojos tropezaron con un caserío en buen estado que tenía una vivienda limpia y modesta rodeada de jardines. Supuso que ése tenía que ser el refugio actual de Eduardo, y no se equivocó.

De nuestro solitario amigo sólo podemos decir que en medio de su soledad se había abandonado por completo al sentimiento de su pasión amorosa y se había dedicado a imaginar planes, alimentando un sinfín de esperanzas. No podía engañarse: deseaba ver allí a Otilia, deseaba llevarla a su casa, atraerla de algún modo, junto con todas esas otras cosas, permitidas o prohibidas, que pensaba sin querer evitarlo. Su imaginación recorría todas las posibilidades. Si acaso no la podía poseer. allí, o por lo menos si no podía poseerla legalmente, entonces quería dejarle la propiedad del caserío a ella. Allí podría vivir para sí misma, tranquila e independiente. Podría ser feliz e incluso, esto pensaba cuando su torturante imaginación le conducía todavía más lejos, e incluso podría ser dichosa con otro.

Así se le iban pasando los días en medio de una eterna oscilación entre el dolor y la esperanza, entre las lágrimas y la alegría, entre los proyectos y preparativos y la desesperación. No le sorprendió ver a Mittler. Hacía tiempo que esperaba su visita y le resultaba bienvenido a medias. Como creía que se lo había mandado Carlota, se había preparado para empezar la charla con todo tipo de excusas y

dilaciones para luego acabar hablando de propuestas serias; además, como esperaba poder oír de nuevo algo de Otilia, en aquellos momentos Mittler le resultaba tan estimable como un mensajero del cielo.

Por eso Eduardo se mostró disgustado y de mal humor cuando se enteró de que Mittler no venía de allá, sino por su propio impulso. Su corazón se cerró y al principio no había modo de encarrilar la conversación. Pero Mittler sabía muy bien que un corazón enamorado siente la necesidad imperiosa de desahogarse y de contarle a un amigo todo lo que siente, así que, tras varios intentos fallidos, permitió por una vez que le sacaran de su papel de mediador para hacer de simple confidente.

Cuando, después de escucharle, criticó amistosamente a Eduardo por la vida solitaria que llevaba en aquel lugar, éste le respondió:

-¡Oh, no sabría pasar el tiempo de modo más agradable! Siempre estoy pensando en ella, siempre estoy a su lado. Tengo la ventaja inestimable de poder imaginar dónde se encuentra, qué hace, a dónde va, dónde descansa. La veo delante de mí, actuando y haciendo sus cosas del modo acostumbrado, aunque bien es verdad que la imagino sobre todo ocupándose de las cosas que más me halagan. Pero no para ahí la cosa, pues ¡cómo podría ser feliz lejos de ella! Así que mi fantasía trabaja imaginando lo que debería hacer Otilia para aproximarse a mí. Escribo en su nombre cartas para mí, dulces y llenas de íntima confianza, a las que también respondo para luego juntarlas todas. He prometido no dar ni un paso para tratar de verla y quiero mantener mi promesa. ¿Pero qué promesa la vincula a ella, qué le impide dirigirse a mí? ¿Acaso Carlota ha tenido la crueldad de exigirle la promesa y el juramento de no escribirme ni darme noticia alguna? Parece natural y probable y sin embargo me parece inaudito e insoportable. Si me ama, como creo, ¿por qué no se decide, por qué no se atreve a huir y a arrojarse en mis brazos? A veces pienso que debería hacerlo, que podría hacerlo. Cuando noto que algo se mueve en la entrada, miro hacia las puertas y pienso ¡va a entrar! Eso pienso, eso espero. ¡Ay! Y como lo posible es imposible, me imagino que lo imposible acabará siendo posible. Cuando despierto por la noche y la lámpara arroja una sombra incierta por el dormitorio, pienso que su figura, su espíritu, algún efluvio de ella tienen que pasar ante mí, tienen que entrar y hacer presa en mí, sólo un instante, lo suficiente para que yo tenga una suerte de seguridad de que ella piensa en mí, de que es mía.

»Sólo una alegría me queda. Cuando estaba a su lado no soñaba con ella, pero ahora que estoy lejos estamos juntos en sueños y lo que es más raro: desde que he conocido a otras amables personas en el vecindario su imagen se me aparece en sueños como si quisiera decirme: "¡Mira a tu alrededor! No verás a nadie más hermoso ni más

digno de amor que yo". Y así es como su imagen se mezcla en todos mis sueños. Todo lo que de algún modo la vincula a mí, se entrecruza y se superpone. Unas veces escribimos un contrato *y* aparecen su escritura *y* la mía, su nombre *y* el mío; después se borran mutuamente y se confunden. Pero estos juegos de la fantasía también provocan dolor. A veces ella hace algo que ofende la pura idea que me he forjado de ella y entonces es cuando siento cuánto la amo, porque me siento angustiado hasta un punto que no se deja describir. A veces ella me pincha y me atormenta, justo al revés de como es ella realmente, pero entonces se transforma su imagen y su bella carita redonda y celestial se alarga: es otra. Y, sin embargo, me siento atormentado, descontento y destrozado.

»¡No se sonría, mi querido Mittler, o sonríase si quiere! No me avergüenzo de mi amor, de esta inclinación que tal vez le parezca insensata y furiosa. No, hasta ahora nunca había amado; sólo ahora me doy cuenta de lo que esto significa. Todo lo que había vivido hasta ahora era tan sólo un preludio, un compás de espera, tiempo pasado y tiempo perdido hasta que la conocí, hasta que la amé y la amé por completo y de verdad. Aunque nunca me lo han dicho a la cara, sé que han murmurado a mis espaldas reprochándome que siempre estropeo todo porque todo lo hago a medias. Es posible. Pero es que todavía no había encontrado aquello en lo que podía demostrar mi maestría. Ahora me gustaría ver quién me supera en el talento de amar.

»Puede que sea un talento lamentable, lleno de sufrimiento y de lágrimas, pero me doy cuenta de que me resulta tan natural, tan propio, que seguramente me será difícil volver a renunciar a él.

Ciertamente, al desahogar de este modo tan vivo su corazón, Eduardo se había aliviado un poco, pero también había visto por primera vez de modo patente todos y cada uno de los aspectos de su extraña situación actual, de modo que, completamente dominado por su doloroso conflicto, rompió en lágrimas que fluyeron tanto más abundantes por cuanto su corazón se había ablandado con su relato.

Mittler, que se sentía tanto más incapacitado para reprimir su modo de ser brusco y su razón implacable por cuanto aquella dolorosa explosión de pasión de Eduardo le desviaba muy lejos del objetivo de su viaje, se mostró muy sincero y expresó su desaprobación con rudeza. Eduardo tenía que controlarse y portarse virilmente, decía, tenía que pensar en lo que le debía a su dignidad de hombre, no podía olvidar que la mayor honra de un ser humano consiste en saber dominarse en la desgracia, soportar el dolor con serenidad y dignidad, y así convertirse en un modelo apreciado y venerado, citado por todos.

Lleno de nerviosismo, invadido por los sentimientos más penosos, Eduardo sólo podía encontrar aquellas palabras vacías y carentes de sentido.

-El dichoso, el que está satisfecho, bien puede hablar -interrumpió-, pero también se avergonzaría si viera lo insoportable que le resulta al que sufre. Dicen que la paciencia tiene que ser infinita, pero esos inconmovibles satisfechos no quieren admitir un sufrimiento infinito. Pero hay casos, ¡sí, los hay!, en que admitir un consuelo es rebajarse y en que la desesperación es un deber. Después de todo un noble griego, que también sabe pintar a los héroes, no se avergüenza de hacer llorar a los suyos cuando les oprime el dolor. Hasta lo dice de manera sentenciosa: «Los hombres que lloran mucho son buenos». ¡Que se quiten de mi vista los corazones secos, los ojos secos! Maldigo a los dichosos a quienes los desdichados sólo sirven de espectáculo. En la más cruel situación de angustia física o espiritual el desdichado se tiene que comportar noblemente para conseguir su aprobación, y para que le aplaudan en el momento de sucumbir tiene que perecer dignamente ante sus ojos como si fuera un gladiador. Mi querido Mittler, le doy las gracias por su visita, pero me daría usted una auténtica prueba de amistad si saliera a darse una vuelta por el jardín o a ver los alrededores. Ya nos volveremos a encontrar más tarde. Intentaré dominarme y ser más parecido a usted.

Mittler prefería cambiar de conversación antes que interrumpirla, porque sabía que sería difícil volver a reanudarla. También a Eduardo le convenía proseguir una charla que de todos modos trataba de conducir hacia su objetivo.

-La verdad -dijo Eduardo- es que no sirve de nada volver a pensar una y otra vez las mismas cosas, volver a hablar de ellas. Pero también es cierto que ha sido sólo al contarle estas cosas como me he comprendido a mí mismo, como he sentido decididamente a lo que tengo que resolverme, a lo que estoy resuelto. Veo ante mí mi vida presente y mi vida futura. Sólo puedo elegir entre la miseria y el placer. Usted que es un hombre bueno trate de conseguir un divorcio que es tan necesario y que en realidad ya se ha producido: ¡consiga usted el acuerdo de Carlota! No quiero explicarle con más detalle qué me hace pensar que es posible obtenerlo. Vaya usted junto a ella, querido amigo, tráiganos a todos la tranquilidad, háganos dichosos!

Mittler no profirió una palabra. Eduardo prosiguió.

-Mi destino *y* el de Otilia no pueden estar separados *y* no vamos a sucumbir. ¡Mire este vaso! Tiene grabadas nuestras iniciales. En medio del júbilo alguien lo tiró por los aires; nadie debía volver a beber de este vaso, iba a estrellarse contra el suelo de roca, pero lo atraparon al vuelo. Lo pude volver a recuperar a un alto precio, y ahora bebo a diario por él para convencerme también a diario de que las ligaduras atadas por el destino son indestructibles.

-¡Ay de mí! -gritó Mittler-, ¡Qué paciencia tengo que tener con mis amigos! Sólo me faltaba toparme con la superstición, que es la que

más odio y la que más dañina me parece de todas las manifestaciones humanas. Jugamos con predicciones y sueños y es con eso con lo que tratamos de darle sentido a la vida cotidiana. Y, luego, cuando la propia vida adquiere sentido, cuando todo se conmueve a nuestro alrededor y brama amenazador, entonces la tormenta aún provoca más miedo por culpa de esos fantasmas.

-Déjele usted al corazón necesitado -exclamó Eduardo-, que encuentre en medio de esa incertidumbre de la vida, en medio de esa esperanza y ese temor, una suerte de estrella conductora a la que pueda dirigir su mirada, si es que no es capaz de orientarse por ella.

-De buen grado lo haría -repuso Mittler- si pudiera esperar que se actuara con cierta dosis de consecuencia, pero lo que he visto siempre es que nadie se ocupa de los malos presagios, que toda la atención se dirige única y exclusivamente a lo que resulta halagador y prometedor y que toda la fe se pone en esas buenas señales.

Viendo Mittler que lo conducían a esas regiones oscuras en las que siempre se sentía incómodo, sobre todo cuanto más se demoraba en ellas, se mostró más receptivo a cumplir el imperioso deseo de Eduardo de ir a ver a Carlota. Porque, en efecto ¿qué le iba a replicar a Eduardo en estos momentos? Después de meditarlo un poco, también él comprendió que lo único que podía hacer por ahora era ganar tiempo e ir a ver cómo estaban las cosas con las mujeres.

Se apresuró a ir a ver a Carlota, a la que encontró como siempre dueña de sí misma y serena. Fue ella la que le informó de buen grado de todo lo que había ocurrido, porque de las palabras de Eduardo Mittler sólo había podido deducir las consecuencias, pero no las causas. Por su parte él se mostró precavido, pero no pudo evitar que se le escapara la palabra divorcio de pasada. ¡Cuál no sería su sorpresa y su admiración, y de acuerdo con su manera de pensar cuál no sería su alegría!, cuando Carlota, después de referirle tantas cosas tristes finalmente le dijo:

-Tengo que creer, tengo que esperar que todo volverá a su cauce y que Eduardo volverá a acercarse a mí. ¿Cómo podría ser de otro modo cuando me encuentra usted en estado de buena esperanza?

-¿He comprendido bien? -interrumpió Mittler.

-Perfectamente -replicó Carlota.

-¡Bendita sea mil veces esa noticia! -exclamó él, juntando sus manos-. Conozco la fuerza de este argumento sobre el alma de un hombre. ¡Cuántos matrimonios he visto adelantarse, reafirmarse, restablecerse gracias a él! Esa buena esperanza actúa más que mil palabras y es, de veras, la mejor esperanza que podemos tener. Sin embargo -continuó-, por lo que a mí respecta debería sentirme disgustado. En este caso, ya lo veo, no habrá motivo para halagar mi vanidad. Con ustedes no me haré merecedor de ningún agradeci-

miento. Me siento como un médico amigo mío al que le salían bien todos los tratamientos que aplicaba a los pobres por el amor de Dios, pero que casi nunca conseguía curar a un rico que le habría pagado generosamente. Felizmente aquí las cosas se arreglarán de suyo, porque mis esfuerzos y mis argumentos habrían sido infructuosos.

Carlota le pidió que le llevase a Eduardo la noticia, que le entregase una carta suya y viera qué podía hacer, cómo se podían arreglar las cosas. Pero él no quiso.

-Ya está todo arreglado -exclamó-. ¡Escriba usted! Cualquier mensajero podrá hacer lo mismo que yo. Tengo que dirigir mis pasos a donde juzgo que soy más necesario. Sólo volveré para felicitarles, regresaré para el bautismo.

Esta vez, como tantas otras, Carlota se quedó descontenta con la actuación de Mittler. Es verdad que a veces su forma de actuar, tan rápida, conseguía algo bueno, pero su excesiva precipitación también era culpable de algunos fracasos. Y no había nadie que dependiera más que él de las ideas preconcebidas de cada instante.

El mensajero de Carlota llegó a casa de Eduardo, quien lo recibió medio asustado. La carta podía inclinarse tanto por el sí como por el no. Durante largo rato no se atrevió a abrirla, y después ¡qué choque al leerla, cómo se quedó petrificado cuando llegó al pasaje con que terminaba la carta!:

«Recuerda aquellas horas nocturnas en que visitaste a tu esposa como si fueras un amante aventurero y en que la atrajiste irresistiblemente hacia tus brazos, tomándola entre ellos como a una amante, como a una novia. Deja que veneremos en esa rara contingencia una señal del cielo, que se preocupó de hacer nacer un nuevo vínculo para nuestra relación en el mismo instante en que la dicha de nuestra vida amenazaba con desmoronarse y desaparecer».

Lo que sucedió en el alma de Eduardo a partir de aquel momento sería cosa difícil de describir. En estas situaciones de apuro suelen acabar reapareciendo las antiguas costumbres e inclinaciones para matar el tiempo y llenar el espacio vital. Para el noble, la caza y la guerra constituyen siempre un recurso preparado. Eduardo sintió ansias de riesgo exterior a fin de encontrar un equilibrio con el peligro interior. Tuvo deseos de acabar, porque la existencia amenazaba con volvérsele insoportable. Sí, para él era un consuelo pensar que ya no estaría ahí y que así podría hacer dichosos a sus seres queridos y a sus amigos, Nadie se oponía a sus designios puesto que mantenía su resolución en secreto. Redactó su testamento en debida forma; fue una dulce sensación poder dejarle aquel caserío a Otilia. También se ocupó de Carlota, del niño por nacer, del capitán y de sus criados. La

guerra que acababa de estallar otra vez favorecía sus planes. Cuando era joven algunos militares mediocres le habían hecho la vida imposible y por eso había abandonado el servicio, pero ahora le parecía una sensación maravillosa poder salir a la guerra con un jefe del que podía decir: bajo su mando la muerte es probable y la victoria segura.

Cuando supo el secreto de Carlota, Otilia, tan afectada como Eduardo, se encerró en sí misma. Ya no tenía nada más que decir. Ya no podía esperar ni debía desear nada. Pero su diario, del que pensamos ofrecer algunos extractos, nos permitirá echar una ojeada a lo que ocurría en su fuero interno.

Segunda parte

Capítulo 1

En la vida corriente nos ocurre muy a menudo algo que en la epopeya solemos alabar por considerarlo un rasgo de genialidad del artista, a saber, que cuando las figuras principales se alejan, se retiran o se entregan al ocio, de inmediato una segunda o tercera persona, que hasta ahora apenas nos había llamado la atención, ocupa por completo su lugar y como enseguida pone en obra toda su actividad también nos parece en el acto merecedora de nuestra atención, digna de nuestro interés y hasta de nuestra alabanza y afecto.

Pues bien, en cuanto se alejaron el capitán y Eduardo, también fue cobrando día a día mayor importancia aquel arquitecto del que dependía única y exclusivamente la organización y ejecución de varios proyectos, que por cierto sabía llevar a cabo con gran exactitud, rapidez e inteligencia, además de ayudar a las señoras de mil maneras y de ser capaz de entretenerlas y darles conversación en los momentos de silencio y aburrimiento. Su propio aspecto externo ya era de los que inspiran confianza y despiertan el afecto de los demás. Era un jovencito en toda la acepción del término, de cuerpo bien formado, delgado, más bien alto, modesto sin ser pusilánime y familiar sin resultar indiscreto. Se hacía cargo de todos los problemas y esfuerzos con buen humor y como tenía una gran facilidad para el cálculo, muy pronto la administración de toda la casa no tuvo secretos para él y su buena influencia se dejaba sentir por todas partes. Normalmente dejaban que fuera él quien recibiera a los extraños y se mostraba perfectamente capaz de rechazar una visita inesperada o por lo menos de preparar a las mujeres para que no les causara ningún incomodo.

Entre estas visitas hubo un día un joven abogado que le dio mucho

quehacer, porque venía enviado por un noble del vecindario y quería hablarle a Carlota de un asunto que, sin ser de especial importancia, a ella le causaba una íntima perturbación. No podemos por menos de recordar este suceso, porque fue un estímulo para ciertas cosas que de lo contrario habrían quedado aletargadas mucho más tiempo.

Recordemos aquellas mejoras que había emprendido Carlota en el cementerio de la iglesia. Habían sacado de su sitio las losas y monumentos funerarios y ahora estaban apoyados a lo largo del muro, en el zócalo de la iglesia. El resto del terreno había sido allanado. Menos un ancho camino que conducía a la iglesia y desde ella, rodeándola, a una cancilla lateral, el resto de la superficie había sido plantado con diversos tipos de trébol que ahora lucía el más hermoso color verde brillante. A partir de ahora las nuevas tumbas debían colocarse empezando por el final, siguiendo cierto orden, pero siempre volviendo a alisar y sembrar convenientemente el lugar. Nadie podía negar que estos arreglos le daban a la entrada de la iglesia un aspecto mucho más alegre y digno los domingos y días de fiesta. Hasta el pastor, de edad avanzada y aferrado a sus antiguas costumbres, que al principio no se había mostrado especialmente contento con las obras, se sentía ahora dichoso cuando, igual que Filemón con su Baucis, se sentaba a descansar bajo los viejos tilos delante de la puerta trasera de su casa y podía contemplar en lugar de un montón de tumbas mal cuidadas un hermoso tapiz de colores que, además, sólo redundaba en beneficio de su propia familia, porque Carlota había destinado el usufructo de aquella parcela a la parroquia.

Pero ya hacía algún tiempo que, pasando esto por alto, algunos miembros de la parroquia habían mostrado su desaprobación por el hecho de que se hubieran retirado las inscripciones de los lugares donde descansaban sus parientes, borrando casi su memoria con este proceder; porque aunque los monumentos, bien conservados, indicaban quién estaba enterrado en el recinto, no decían dónde y según afirmaban muchos lo que importaba era precisamente el dónde.

Ésta era precisamente la opinión de una familia vecina que hacía años que había reservado para los suyos un sitio en este lugar de reposo y que a cambio le había sufragado a la iglesia una pequeña fundación. Ahora mandaban al joven abogado para revocar la fundación y hacer ver que no seguirían pagando, puesto que la condición bajo la que se había hecho aquella donación había sido eliminada de forma unilateral sin tener en cuenta ni a los representantes de las otras partes ni las protestas. En su calidad de promotora del cambio, Carlota quería hablar personalmente con el joven, quien supo exponer sus motivos y los de su mandador de modo bastante vivo, aunque sin llegar a la impertinencia, por lo que dio bastante que pensar a los presentes.

-Ya ve usted -dijo después de un breve preámbulo en el que trató de justificar su insistencia-, ya ve usted que tanto al pequeño como al grande lo que le importa es marcar el lugar que acoge a los suyos. Hasta para el más pobre de los campesinos, cuando entierra a un hijo, es un consuelo poder colocar una triste cruz de madera sobre su tumba y adornarla con una corona, para tratar de mantener vivo el recuerdo por lo menos tanto tiempo como dura el dolor, por mucho que un signo de este tipo esté abocado a desaparecer con el tiempo igual que el propio duelo. Los ricos cambian esas maderas por cruces de hierro a las que protegen y consolidan de mil maneras y aquí ya tenemos una duración de años. Pero como también éstas acaban por caerse y se dejan de ver, los pudientes se apresuran a erigir una piedra que promete durar varias generaciones y que puede ser renovada y restaurada por los descendientes. Pero no es la piedra la que nos atrae, sino lo que guarda debajo, lo que ha sido confiado a la tierra junto a ella. No se trata tanto de la memoria como de la persona misma, no importa tanto el recuerdo como la presencia. Personalmente prefiero estrechar a un ser querido que ya ha fallecido y lo hago de modo mucho más íntimo cuando reposa en una tumba en la tierra que en un monumento, porque el monumento es poca cosa en sí mismo, pero hay que reconocer que actúa como un emblema y que a su alrededor se reúnen esposos, parientes y amigos, incluso después de su muerte, y el vivo debe conservar el derecho a alejar o echar fuera del lugar en donde reposan sus seres queridos a los extraños o malintencionados.

»Por eso considero que mi cliente tiene todo el derecho a revocar la fundación, y hasta me parece que se comporta con moderación, porque los miembros de la familia han sido perjudicados de una manera que no tiene reparación posible. Se les ha privado del dulce y doloroso sentimiento de llevar a sus muertos una ofrenda, se les ha privado de la consoladora esperanza de poder reposar algún día a sudado.

-El asunto no tiene tanta importancia -repuso Carlota- como para meternos en las complicaciones de un proceso judicial. Me arrepiento tan poco de mis arreglos que de buena gana indemnizaré a la iglesia por lo que va a perder. Pero le tengo que confesar con toda sinceridad que sus argumentos no me han convencido. El puro sentimiento de una igualdad final universal, por lo menos después de la muerte, me parece más tranquilizador que esa machacona y obstinada insistencia en prolongar nuestras personalidades, afectos y modos de vida. ¿Y usted, qué opina? -dijo dirigiéndose al arquitecto.

-En este asunto no me gustaría discutir ni decidir nada -repuso él-. Permítame expresarle humildemente lo que tiene que ver con mi arte y mis ideas. Puesto que actualmente ya no tenemos la dicha de poder

estrechar junto a nuestro pecho los restos de un ser querido metidos en una urna, desde el momento en que tampoco somos ya tan ricos ni tenemos tanta serenidad como para conservarlos intactos en grandes sarcófagos bien decorados, y como ya ni siquiera tenemos suficiente espacio en las iglesias para nosotros y para los nuestros, sino que estamos obligados a reposar al aire libre, pienso que en estas condiciones tenemos motivos, señora, para aprobar los arreglos que usted ha puesto en marcha. Cuando los miembros de una parroquia yacen en hileras unos junto a otros, están reposando con los suyos y entre los suyos, y cuando llegue el día en que nos tenga que acoger la tierra yo no encuentro nada más natural y más limpio que allanar todas esas tumbas que han ido surgiendo de modo casual y que se van desmoronando poco a poco, igualar todo cuanto antes y hacer que nos resulte algo más ligero a cada uno el peso de la tapa que nos habrá de cubrir por el hecho de poder compartirla con los demás.

-¿Pero habría que hacer todo eso sin ningún tipo de señal de recuerdo, sin nada que despierte nuestra memoria? -preguntó Otilia.

-¡De ningún modo! -replicó el arquitecto-; no es del recuerdo, sino del lugar del que tenemos que olvidarnos. El arquitecto, el escultor, están altamente interesados en que las personas esperen de su mano y de su arte una señal de perduración de su existencia. Y por eso me gustaría que hubiera monumentos bien concebidos, bien ejecutados y no desparramados casualmente y de modo aislado, sino reunidos en un lugar en el que pudieran confiar en lograr alguna duración. Puesto que hasta los más piadosos y los más importantes renuncian al privilegio de reposar en persona en las iglesias, habría que levantar allí o en hermosas salas en torno a los lugares de entierro inscripciones y placas votivas. Se les podrían sugerir más de mil formas, mil tipos de motivos decorativos.

-Si los artistas tienen una imaginación tan rica -replicó Carlota-, dígame usted por qué no se les puede sacar nunca de la misma sempiterna forma de un pequeño obelisco, una columna truncada o una urna de cenizas. En lugar de esos cientos de invenciones de los que usted se jacta yo sólo he visto siempre una y mil repeticiones de lo mismo.

-Eso será aquí -replicó el arquitecto-, pero no en todas partes. Y en general con las invenciones y su adecuada aplicación sucede algo muy particular. Sobre todo en este caso resulta bastante difícil alegrar un objeto tan grave y no caer en lo desagradable por el hecho de que se trate de un asunto efectivamente desagradable. Por lo que respecta a bocetos de monumentos de todo tipo, yo tengo una buena colección y se los puedo mostrar cuando quiera, pero el monumento más hermoso del hombre es su propio retrato. Da mejor que nada la idea de lo que era la persona; es el mejor texto, y puede servir para muchas o pocas

notas; lo que pasa es que habría que hacer el retrato en lo mejor de la edad, cosa que se suele olvidar. Nadie piensa en conservar formas vivas y cuando se hace es de modo insuficiente. Así que se toma a toda prisa el molde del muerto, se posa su máscara sobre un bloque y a eso se le llama un busto. ¡Qué pocas veces consigue el artista volver a darle completamente la vida!

-Sin saberlo y tal vez sin proponérselo ha llevado usted esta conversación completamente a mi gusto -dijo Carlota-. Después de todo, la imagen de un ser humano es completamente autónoma y en cualquier lugar en que se encuentre existe por sí misma y no podemos exigirle que designe el auténtico emplazamiento de su sepultura. ¿Pero, me permite que le confiese un extraño sentimiento? También tengo una especie de repugnancia frente a los retratos; me parece como si me hicieran un callado reproche; aluden a algo lejano, pasado, y me recuerdan hasta qué punto es difícil honrar adecuadamente lo presente. Si pensamos cuánta gente hemos visto y conocido y si nos atrevemos a admitir lo poco que hemos sido para ellos y ellos para nosotros, ¡qué mal nos sentimos! Coincidimos con personas inteligentes y no hablamos con ellas, nos encontramos con sabios y no aprendemos nada de ellos, vemos a grandes viajeros y no les preguntamos nada, nos topamos con personas amables y afectuosas y no les damos ni una muestra de amabilidad.

»Y lo malo es que eso no nos ocurre sólo con los que se limitan a pasar de largo. Las sociedades y familias se comportan así con sus miembros más queridos, los estados con sus más dignos ciudadanos, los pueblos con sus mejores príncipes, las naciones con las personas más excelentes.

»Una vez escuché que alguien preguntaba por qué se habla bien de los muertos sin ninguna reserva mientras que de los vivos sólo se dicen cosas buenas con cierta precaución. La respuesta fue: porque de aquellos no tenemos nada que temer, mientras que éstos todavía se pueden atravesar en nuestro camino. Así de impura es nuestra preocupación por la memoria de los demás; por lo general no es sino un juego egoísta, mientras que sería algo muy serio y sagrado tratar de mantener siempre viva y activa la relación que nos une a los que todavía están aquí.

Capítulo 2

Al día siguiente, todavía viva la excitación producida por estos acontecimientos y las conversaciones que de ellos se habían derivado, todos se encaminaron al cementerio, en donde el arquitecto hizo algunas sugerencias afortunadas para decorarlo y hacerlo más grato. Pero sus cuidados también se extendieron a la iglesia, un edificio que

ya había llamado su atención desde el principio.

Aquella iglesia, que respetaba unas hermosas proporciones, había sido construida hacía varios siglos de acuerdo con el estilo alemán [5] y ostentaba una decoración agradable. Era fácil deducir que había sido el arquitecto de un convento vecino el que también había empleado su celo y sus cuidados en ese edificio menor, que seguía produciendo un efecto grave y agradable sobre el espectador, a pesar de que la nueva decoración del interior, arreglada para el culto protestante, le había privado de parte de su tranquila majestad.

Al arquitecto no le resultó difícil obtener de Carlota una módica suma con la que pensaba restaurar tanto el exterior como el interior volviendo a darle al edificio su estilo primitivo y tratando de conciliarlo con el lugar de reposo eterno que se extendía ante él. Él mismo tenía bastante habilidad y gustosamente retendría también a algunos albañiles que todavía estaban ocupados en la construcción de la casa hasta que quedara terminada aquella obra piadosa.

Pero ahora se trataba de examinar el propio edificio junto con todo lo que le rodeaba y las construcciones anejas y, para mayor sorpresa y delicia del arquitecto, encontraron una capillita lateral poco destacada, cuyas proporciones aún eran más espirituales *y* ligeras *y* cuyos adornos aún eran más agradables y estaban mejor elaborados. Contenía también algunos restos de esculturas y pinturas del antiguo culto [6], que sabía señalar cada fiesta con distintas imágenes y otros aditamentos, celebrando cada una de modo especial.

El arquitecto no pudo por menos de incluir de inmediato la capilla en su plan y de querer restaurar especialmente aquel pequeño reducto a modo de monumento que sirviera de recuerdo de los antiguos tiempos y estilo. Ya se imaginaba las superficies vacías decoradas a su gusto y se alegraba pensando en poder ejercer allí su talento como pintor, pero de momento se guardó su plan en secreto y no le dijo nada a sus compañeras.

Antes que nada, tal como lo había prometido, les enseñó a las mujeres distintas reproducciones y bocetos de antiguos monumentos funerarios, de vasijas y otras cosas por el estilo, y cuando la conversación recayó sobre la mayor simplicidad de las tumbas de los pueblos nórdicos, les mostró su colección de armas y utensilios encontrados en aquellas tierras. Había colocado todo de modo muy limpio y fácil de transportar sobre unas tablas de madera recubiertas con paños que a su vez se metían dentro de cajones y casilleros, de tal manera que, gracias a sus cuidados, aquellos objetos viejos y graves se revestían de cierta coquetería y resultaba tan placentero

[5] Se refiere al estilo gótico. *(N. del T.)*

[6] Esto es, el culto católico, luego sustituido por el protestante. *(N. del T.)*

contemplarlos como las cajas de muestras de un modisto. Y una vez que había empezado a mostrar sus cosas, como la soledad pedía algún entretenimiento, solía aparecer cada noche con una parte *de* sus tesoros. Por lo general eran de origen alemán: brácteas, monedas gruesas, sellos y este tipo de cosas. Todos aquellos objetos conducían la imaginación hacia los tiempos antiguos, y como finalmente también adornó su conversación con los inicios de la imprenta, los grabados sobre madera y los más antiguos de cobre, y como, en el mismo sentido, también la iglesia crecía cada día en pinturas y otros adornos que de algún modo la acercaban cada vez más a su pasado, casi había que preguntarse si seguían viviendo en la época actual, si acaso no era un sueño demorarse en usos, costumbres, modos de vida y convicciones tan diferentes.

Preparadas por todas aquellas cosas, lo que finalmente le causó mayor efecto a las mujeres fue un gran portafolios con el que les apareció el arquitecto un día. Es verdad que sólo contenía los contornos a grandes rasgos de algunas figuras, pero como los había calcado de los propios originales, habían conservado perfectamente todo su carácter primitivo y ¡cuánto le gustó ese carácter a sus espectadoras! De todas aquellas figuras sólo se desprendía la esencia más pura, de todas se podía decir que eran cuanto menos buenas, si no nobles. Un sereno recogimiento, la aceptación gustosa de un ser supremo, la entrega callada al amor y la esperanza se reflejaba en todos los rostros y en todos los gestos. El anciano con el cráneo calvo, el niño lleno de bucles, el alegre jovencito, el hombre serio, el santo transfigurado, el ángel flotando en los aires, todos parecían dichosos en una inocente satisfacción, en una piadosa espera. Hasta las cosas más corrientes tenían un aire celestial y parecía que una actitud propicia al servicio divino se adecuaba a la forma de ser de cada uno.

Probablemente la mayoría suele mirar hacia esas regiones como hacia una desaparecida edad dorada, un paraíso perdido. Tal vez sólo Otilia estaba en situación de poder sentirse entre sus semejantes.

¿Quién hubiera podido resistirse cuando, con ocasión de aquellos modelos primitivos, el arquitecto se ofreció a pintar los espacios vacíos de entre los arcos ojivales de la capilla para dejar así grabado permanentemente su recuerdo en aquel lugar en el que había sido tan dichoso? Se explicó al respecto con algo de melancolía, porque tal como estaban las cosas bien podía ver que su estancia en aquella sociedad tan perfecta no podía durar siempre y que seguramente tendría que interrumpirla pronto.

Es verdad que aquellos días no eran ricos en sucesos, pero sí que estaban colmados de ocasiones para mantener conversaciones serias. Aprovecharemos la oportunidad para dar a conocer una parte de lo que anotó Otilia en su diario y no encontramos mejor transición para

ello que una comparación que se impone al hojear sus amables páginas.

Hemos oído hablar de una costumbre particular de la marina inglesa. Todas las cuerdas de la flota real, de la más fuerte a la más delgada, están trenzadas de tal manera que un hilo rojo las atraviesa todas; no es posible desatar este hilo sin que se deshaga el conjunto y eso permite reconocer hasta el más pequeño fragmento de cuerda que pertenece a la corona.

Del mismo modo, todo el diario de Otilia está recorrido por un hilo de afecto y ternura que todo lo une y que caracteriza al conjunto. Efectivamente, todas las observaciones, reflexiones, sentencias prestadas y lo que allí pueda aparecer, son especialmente propias de quien las escribe y de gran importancia para ella. Se puede decir que cualquiera de los pasajes sueltos que hemos elegido y que damos a conocer nos ofrece un claro testimonio de ello.

Del diario de Otilia

Descansar al lado de aquellos a quienes se ama es la idea más grata que puede tener una persona si piensa alguna vez en lo que hay más allá de la vida. ¡«Estar junto a los suyos» es una expresión tan conmovedora!

Hay algunos monumentos y otros signos que nos traen más cerca a los que están lejos o ya nos han dejado para siempre. Pero ninguno es tan importante como el retrato. Hablar con el retrato de un ser querido, incluso cuando no presenta un gran parecido, tiene un encanto similar al que también tiene a veces discutir con un amigo. Sentimos de modo muy grato que somos dos y que sin embargo no nos podemos separar.

A veces hablamos con una persona que está delante como si fuera un retrato. No necesita hablar, no necesita mirarnos ni ocuparse de nosotros: nosotros lavemos, sentimos el vínculo que tenemos con ella y hasta es posible que esos vínculos se hagan más estrechos sin que ella haga nada en ese sentido, sin que llegue a sentir nunca que se comporta en relación con nosotros como un mero retrato.

Nunca estamos contentos con el retrato de las personas que conocemos. Por eso siempre me han dado lástima los pintores de retratos. Es bastante inusual que se le exija a alguien lo imposible, pero precisamente es lo que se hace con éstos. Tienen que conseguir captar en sus retratos, para cada uno de nosotros, el afecto o la antipatía que nos inspira cada persona; no se pueden limitar a representar a una persona tal como ellos la ven, sino como la vería cada uno de nosotros. No me sorprende nada que esos artistas se vuelvan con el tiempo cada vez más obtusos, indiferentes y obs-

tinados. Y no importaría mucho lo que les pasa si no fuera porque por culpa de eso nos vemos privados de los retratos de muchas personas apreciadas y queridas.

Es la pura verdad, la colección del arquitecto con esas armas y utensilios antiguos que se encontraban, como los cuerpos, recubiertos de elevados túmulos de tierra y fragmentos de roca, nos demuestra lo inútil de los desvelos humanos por conservar la personalidad después de la muerte. ¡Y cuál no será nuestra capacidad de contradicción! El arquitecto admite haber abierto él mismo esas tumbas de nuestros antepasados y sin embargo continúa ocupándose de levantar monumentos para la posteridad.

Pero ¿por qué hay que tomarlo de un modo tan riguroso? ¿Es que todo lo que hacemos es para la eternidad? ¿Acaso no nos vestimos cada mañana para volver a desvestirnos cada noche? ¿No marchamos de viaje para luego regresar? ¿Y por qué no íbamos a desear descansar junto a los nuestros, aunque sólo fuera por espacio de un siglo?

Cuando vemos tantas losas sepultadas, gastadas por los fieles que caminan sobre ellas, y vemos las propias iglesias caídas sobre sus tumbas, la vida después de la muerte nos puede seguir pareciendo como una segunda vida en la que sólo entramos bajo la forma de la imagen o la inscripción y en la que permanecemos más tiempo que en la auténtica vida vivida. Pero también esa imagen, esa segunda existencia, se acaba desvaneciendo tarde o temprano. Lo mismo que sobre los hombres, tampoco sobre los monumentos se deja el tiempo robar sus derechos.

Capítulo 3

Es una sensación tan agradable dedicarse a algo que sólo se sabe hacer a medias que nadie debería hacerle reproches al diletante por entregarse a un arte que nunca llegará a dominar del todo ni tampoco al artista por salir fuera de los límites de su arte cuando siente deseos de explorar un campo vecino al suyo.

Con esta benevolencia es con la que consideramos las disposiciones del arquitecto para pintar la capilla. Los colores ya estaban preparados, las medidas tomadas, los cartones dibujados; había renunciado a toda pretensión de inventiva y se atenía a sus bocetos: su único cuidado era distribuir acertadamente y sin caer en el mal gusto las figuras sentadas o flotantes con las que quería adornar los espacios vacíos.

El andamio estaba ya instalado y el trabajo avanzado y como ya había terminado algunas partes que llamaban la atención no podía resultarle desagradable que le visitaran Carlota y Otilia. Los rostros

animados de los ángeles, los ropajes llenos de movimiento destacando sobre el fondo azul del cielo alegraban la vista al tiempo que irradiaban una calma piadosa que invitaba al recogimiento y producía una gran ternura.

Las mujeres habían subido a reunirse con él al andamio y Otilia apenas había percibido con cuánta mesurada facilidad y ligereza avanzaba la tarea, cuando notó como si de pronto se desarrollara en ella todo lo que había aprendido antiguamente en sus clases y, agarrando pincel y pintura, y de acuerdo con las indicaciones que le proporcionaron, pintó un vestido lleno de pliegues con tanta pureza como habilidad.

Carlota, que siempre se alegraba cuando veía que Otilia se distraía y entretenía de algún modo, dejó que los dos continuaran su tarea y se marchó por su cuenta para poder abandonarse a sus reflexiones personales y tratar de poner en claro algunas inquietudes y preocupaciones que no podía confiarle a nadie.

Si las personas corrientes consiguen arrancarnos una sonrisa piadosa cuando vemos que los problemas comunes de cada día provocan en ellos una conducta apasionada y ansiosa, por el contrario, contemplamos llenos de temeroso respeto un espíritu en el que se ha sembrado el germen de un gran destino y que tiene que aguardar a que se desarrolle el fruto concebido no pudiendo o no sintiéndose legitimado para acelerar lo bueno o lo malo, la dicha o la desdicha que de allí pueda surgir.

Eduardo había contestado por mediación del mensajero que le había enviado Carlota en su soledad, y lo había hecho de modo amistoso y sentido, pero más contenido y serio que verdaderamente confiado y afectuoso. Poco después, había desaparecido y su esposa no había conseguido obtener noticias de su paradero hasta que tropezó casualmente con su nombre en los periódicos, donde lo citaban de modo destacado como uno de los que se habían distinguido en una importante acción de guerra. Ahora ya sabía el camino que había elegido y aunque se enteró de que había escapado a grandes peligros, también se convenció de que trataría de buscar otros mayores y no pudo dejar de comprender que sería muy difícil tratar de impedirle que tomase resoluciones extremas. Siempre llevaba consigo esa preocupación, pero por más vueltas que le daba, no hallaba ningún viso de solución, nada que pudiera tranquilizarla.

Mientras tanto, Otilia, que no sospechaba nada de esto, se había aficionado sobremanera a la nueva tarea y había obtenido fácilmente de Carlota el permiso para poder continuarla de manera regular. Así, el trabajo avanzaba a pasos agigantados y el azul del cielo pronto estuvo poblado con dignos habitantes. Gracias a la práctica continuada, Otilia y el arquitecto alcanzaron mayor libertad en las

últimas imágenes, que mejoraron visiblemente. En cuanto a los rostros, de los que se había encargado exclusivamente el arquitecto, iban mostrando cada vez en mayor medida una particularidad muy notable: empezaron a parecerse todos a Otilia. La proximidad de aquella hermosa niña tuvo que producir una impresión tan viva en el alma del joven, quien todavía no había concebido previamente ninguna fisionomía natural ni artística, que poco a poco, y sin darse cuenta, en el camino del ojo a la mano nada se perdía, y al final ambos órganos trabajaban simultáneamente y de común acuerdo. En resumen, una de las últimas caras le salió tan perfecta que parecía como si la propia Otilia estuviera contemplándoles desde las celestiales alturas.

La bóveda ya estaba lista; habían decidido decorar los muros con gran sencillez, aplicándoles únicamente una capa de pintura clara de tonalidad marrón. De ese modo, la delicadeza de las columnas y los artísticos ornamentos esculpidos destacarían mejor sobre un fondo oscuro. Pero como en estos asuntos una cosa siempre llama a otra, decidieron pintar también flores y racimos de frutas que unirían simbólicamente el cielo con la tierra. Y aquí estaba Otilia plenamente en su terreno. Los jardines le proporcionaban los más bellos modelos y a pesar de que las coronas estaban ricamente provistas, consiguieron acabar mucho antes de lo pensado.

Sin embargo, el lugar todavía presentaba un aspecto desolado y descuidado. Los andamios estaban arrinconados en completo desorden, las tablas tiradas unas encima de las otras, el suelo, desigual, todavía afeado por la pintura derramada. El arquitecto rogó a las señoras que le concedieran ocho días más y que durante ese lapso de tiempo no entraran en la capilla. Finalmente, una hermosa tarde las invitó a que se dirigieran allí cada una por su lado, pero les rogó que le permitieran no acompañarlas y enseguida se retiró.

-Sea cual sea la sorpresa que nos ha preparado -dijo Carlota una vez que él se hubo marchado- en cualquier caso no me siento con ganas de bajar hasta allí en estos momentos. Espero que no te importe ir tú sola e informarme. Estoy segura de que habrá preparado algo agradable. Primero lo disfrutaré a través de tu descripción y después me encantará verlo con mis propios ojos.

Otilia, que sabía que Carlota tenía la costumbre de tratar de protegerse y de evitar emociones y que sobre todo no le gustaba ser sorprendida, fue de inmediato sola a la capilla e involuntariamente trató de encontrar al arquitecto, que sin embargo no apareció por ningún sitio y seguramente se había escondido. Entró en la iglesia, que se hallaba abierta y que ya con anterioridad había sido terminada, limpiada y consagrada. Se dirigió hacia la capilla, cuya pesada puerta revestida de bronce se abrió fácilmente ante ella sorprendiéndola con una visión inesperada de la conocida estancia.

A través de la única ventana alta del recinto entraba una luz grave y colorida, porque estaba graciosamente compuesta por cristales de varios colores. El conjunto mostraba una tonalidad extraña que predisponía a un peculiar estado de ánimo. La belleza de la bóveda y los muros se encontraba realzada por los ornamentos del pavimento, que estaba compuesto de ladrillos de una forma especial, unidos entre sí gracias a una capa previa de escayola, y colocados siguiendo un dibujo muy hermoso. Tanto los ladrillos como las vidrieras habían sido encargados en secreto por el arquitecto, que había sido capaz de instalarlos en ese breve lapso de tiempo. También se había acordado de poner asientos donde descansar. Había encontrado entre las antigüedades de la iglesia algunos sitiales del coro bellamente tallados, que ahora lucían adosados con gracia alrededor de las paredes.

Otilia se alegraba de volver a encontrar las partes ya conocidas en medio de aquel conjunto que le resultaba desconocido. Se paraba, iba y venía, miraba las cosas y las contemplaba; por fin tomó asiento en una de las sillas y mientras dirigía sus ojos a un lado y a otro le pareció como si ella estuviera y no estuviera, como si sintiera y no sintiera, como si todo aquello fuera a desaparecer delante de ella, como si ella misma fuera a desaparecer. Y sólo cuando el sol abandonó la ventana que hasta entonces había iluminado con gran viveza despertó Otilia de su ensueño y se apresuró a regresar al castillo.

No se ocultaba en qué momento singular había caído esa sorpresa. Era justamente la víspera del cumpleaños de Eduardo, que ella había esperado celebrar de un modo bien distinto. ¡Cómo se habría adornado todo para semejante ocasión! Pero ahora toda la riqueza otoñal de las flores florecía sin que nadie la recogiera. Los girasoles seguían girando su rostro al sol, los ásteres seguían mirando humildes delante de ellos, y lo que se había utilizado para hacer coronas había servido como modelo para adornar un lugar que, si no se limitaba a ser un capricho de artista, si alguna vez se destinaba a algún fin concreto, parecía apropiado para servir de lugar de común sepultura.

Al pensar en esto no podía por menos de recordar la ruidosa actividad que había desplegado Eduardo para celebrar su propio cumpleaños; tenía que acordarse de la casa recién construida, bajo cuyo techo tanta dicha se prometían. Hasta los fuegos artificiales parecían estallar de nuevo en sus oídos y ante sus ojos y cuanto más sola estaba más se despertaba su imaginación; pero también tanto más sola se sentía. Ya no se sostenía en el brazo de él y no albergaba ninguna esperanza de volver a encontrar alguna vez allí su apoyo.

Del diario de Otilia

No puedo dejar de anotar una observación del joven artista: «Como en

el caso de los artesanos, también en el de los artistas plásticos se puede comprobar del modo más evidente que de lo que menos se puede apropiar el hombre es precisamente de lo que propiamente le pertenece. Sus obras le abandonan igual que los pájaros abandonan el nido en el que los empollaron».

De todos, el que tiene el destino más extraño es el artista arquitecto. Cuán a menudo emplea todo su espíritu, toda su alma, en hacer nacer estancias de las que tiene que excluirse a sí mismo. Las salas de los reyes le deben todo su esplendor, pero él no puede gozar con ellos de su magnífico efecto. En los templos traza una frontera entre él y el ser supremo; él ya no puede pisar las gradas que él mismo levantó para alguna emotiva solemnidad, igual que el orfebre sólo puede adorar desde lejos la custodia cuyas piedras preciosas y esmaltes él mismo colocó. Junto con las llaves del palacio el constructor entrega al rico toda su comodidad y bienestar sin poder disfrutar de nada de ello. ¿No se alejará de este modo el arte del artista, puesto que la obra, como un hijo que ya es independiente, ya no provoca ninguna reacción sobre el padre? Frente a esto, ¡cuánto debió de progresar y de estimularse a sí mismo el arte cuando estaba destinado a ocuparse casi exclusivamente de lo público, es decir, de todo lo que pertenecía a todos y por consiguiente también al artista!

Existe una representación de los pueblos antiguos que me parece seria y hasta terrible. Se imaginaban a sus antepasados en muda conversación sentados en círculo en tronos dentro de grandes cavernas. Cuando llegaba alguien nuevo, si les parecía digno, se levantaban y se inclinaban en señal de bienvenida. Ayer, cuando estaba sentada en la capilla y veía frente a mi asiento tallado otros tantos dispuestos en círculo, me asaltó un pensamiento que me pareció particularmente agradable y estimulante. «¿Por qué no te quedas aquí sentada? -pensé para mis adentros-, ¿por qué no te quedas aquí callada, replegada en ti misma, mucho tiempo, mucho, hasta que lleguen los amigos ante los que te levantarías para indicarles su asiento con una amable inclinación?» Los cristales de colores convierten el día en un sombrío atardecer y alguien debería inventar una lámpara eterna para que ni siquiera la noche quedara completamente oscura.

Por más vueltas que le demos, uno siempre se imagina viendo. Yo creo que el hombre sólo sueña para no dejar de ver. Bien pudiera ocurrir que un día nuestra luz interior se derramara fuera de nosotros al punto de que ya no necesitáramos ninguna otra.

El año se acaba. El viento pasa sobre los rastrojos y ya no encuentra nada que mover; sólo las bayas rojas de aquellos árboles esbeltos parecen querer recordarnos todavía algo alegre, del mismo modo que los golpes acompasados del segador nos despiertan el

pensamiento de que en las espigas cortadas se esconde alimento y vida.

Capítulo 4

Después de estos acontecimientos, después de estos sentimientos tan profundos de muerte y fugacidad, ¡cómo tuvo que afectarle a Otilia la noticia, que ya no pudieron mantenerle escondida más tiempo, de que Eduardo se había entregado a la caprichosa suerte de la guerra! Por desgracia no se le escapó ninguna de las reflexiones que tenía motivo de hacer en un caso así. Pero, afortunadamente, el hombre sólo puede abarcar un cierto grado de desdicha; lo que sobrepasa esa medida o le destruye o le deja indiferente. Hay situaciones en las que el temor y la esperanza van unidos, se anulan y superan mutuamente de modo alternante y acaban perdiéndose en una oscura insensibilidad. De otro modo ¿cómo podríamos saber a nuestros seres amados ausentes en medio de un peligro permanente y sin embargo seguir llevando nuestra vida cotidiana de la manera habitual?

Por eso, fue como si un buen espíritu se hubiera preocupado de Otilia cuando en medio de ese silencio en el que ella se iba sumiendo sola y ociosa irrumpió una alocada tropa que al darle un montón de ocupación externa y sacarla fuera de su ensimismamiento también despertó en ella la sensación de su propia fuerza.

La hija de Carlota, Luciana, apenas había salido del internado y había entrado en el gran mundo, apenas se había visto rodeada por una sociedad numerosa en casa de su tía, cuando queriendo gustar, gustó, y un joven muy rico sintió muy pronto un violento deseo de poseerla; en efecto, su enorme fortuna le daba derecho a apropiarse de lo mejor que encontraba en cada género y le parecía que lo único que le faltaba era una mujer completa en todos los sentidos, por la que la gente pudiera envidiarle lo mismo que le envidiaban por el resto.

Este asunto de familia era el que le había dado tantos quebraderos de cabeza a Carlota y al que le había dedicado toda su atención y su correspondencia, excepto la que también dirigía para tratar de obtener noticias más precisas de Eduardo; por eso Otilia se quedaba sola más veces de lo habitual en los últimos tiempos. Desde luego, la habían prevenido de la llegada de Luciana y ya había tomado en la casa las necesarias disposiciones, pero nadie se había imaginado que la visita llegaría tan pronto. Todavía pretendían escribir a Luciana, ponerse de acuerdo con ella, decidir los detalles, cuando el vendaval cayó de golpe sobre Otilia y el castillo.

Empezaron a llegar coches con doncellas y criados, carros con cofres y cajas y ya daba la sensación de que hubiera en la casa dos o

tres amos, cuando, algo más tarde, comenzaron a aparecer los propios invitados: la tía abuela con Luciana y algunas amigas y el prometido, que tampoco venía solo. El zaguán del castillo estaba lleno de sacos, portaabrigos y otros equipajes de cuero. Con mucho trabajo consiguieron clasificar todas aquellas cajas y estuches. Parecía que nunca iban a acabar de remover y transportar todo aquel equipaje. Para colmo, llovía violentamente y todo se hacía mucho más incómodo. Otilia se enfrentaba a aquella agitación con una actividad incesante pero tranquila y su serena habilidad brilló en su más hermoso esplendor, porque fue capaz de ordenar y colocar todo en su sitio en muy poco tiempo. Ya estaba alojado cada cual en su habitación con las comodidades necesarias y ya se sentían todos bien servidos precisamente porque nadie les impedía servirse a sí mismos.

Después de un viaje extremadamente fatigoso a todos les hubiera gustado disfrutar de algún descanso; el prometido hubiera querido aproximarse a su suegra para encarecerle su amor y demostrarle sus buenas intenciones; pero Luciana era incapaz de estarse quieta. Por fin había alcanzado la dicha tan deseada de poder montar a caballo. El prometido tenía hermosos caballos, así que no hubo más remedio que ponerse todos a cabalgar. El mal tiempo y la lluvia, el viento y la tormenta no contaban para nada; era como si sólo vivieran para mojarse y volverse a secar una y otra vez. Si a ella se le ocurría salir a pie no se paraba a pensar qué tipo de vestido llevaba ni qué calzado: había que salir a visitar el parque y los arreglos de los que tanto le habían hablado. Lo que no se podía alcanzar a pie se recorría a caballo. Pronto hubo visto todo y juzgado todo. Dada la viveza de su carácter resultaba difícil contradecirla. El grupo de amigos se resentía muchas veces, pero lo peor era para las doncellas que no acababan nunca de lavar, planchar, descoser y vuelta a coser.

Apenas había agotado el entretenimiento de la casa y los alrededores cuando se sintió obligada a cursar visita a los vecinos. Y como cabalgaban y rodaban a toda prisa el vecindario se extendía hasta muy lejos. El castillo estaba desbordado con visitas devueltas, al punto de que para evitar que no les encontraran en casa tuvieron que fijar determinados días de recepción.

Mientras Carlota, junto con la tía y el administrador del prometido, se esforzaba por fijar las condiciones del matrimonio y Otilia se preocupaba con sus subordinados de que, a pesar de tener tantos comensales, no faltara de nada, para lo cual tuvo que poner en movimiento a cazadores, pescadores, hortelanos y tenderos, Luciana se seguía mostrando como la cabeza de un cometa ardiente que arrastra tras de sí una larga cola. Los habituales entretenimientos para visitas pronto se le hicieron aburridos e insípidos. Apenas si permitía que las personas mayores se quedaran tranquilas en la mesa de

juego: el que todavía estaba en condiciones de moverse de algún modo -¿y quién no se iba a poner en movimiento ante su encantadora insistencia?- tenía que unirse, si no al baile, por lo menos a los animados juegos de prendas, rescates y sorpresas. Y aunque todo aquello, como el rescate de las prendas, estaba pensado en su propio beneficio, también es verdad que no había nadie, y sobre todo ningún hombre, fuera de la índole que fuera, que saliera del juego con las manos vacías. Es más, consiguió ganarse por completo a algunas personas mayores de importancia informándose de la fecha de su cumpleaños y de su santo para celebrarlo de modo especial. En ese terreno tenía un talento extraordinario para que, aun viéndose todos obsequiados, cada cual se considerase el más favorecido de todos: una debilidad de la que, hasta el más anciano del grupo, se mostraba culpable del modo más acusado.

Aunque parecía que su plan consistía en gustarle a los hombres que representaban algo por su rango, consideración social, fama, o cualquier otra cosa destacada, a la vez que pretendía poner en ridículo la sabiduría y la reflexión conquistando la aprobación de las personas más ponderadas a su comportamiento alocado y caprichoso, tampoco los jóvenes se quedaban sin su parte: todos tenían su momento, su día, su hora, en la que ella sabía cómo encandilarlos y atraparlos. Y, por eso, enseguida puso sus ojos en el arquitecto, pero éste tenía una manera de mirar tan candorosa bajo sus cabellos negros y rizados, se mantenía tan derecho y tranquilo apartado de todos, contestaba a todas las preguntas de un modo tan breve y razonable, sin parecer dispuesto a que le llevaran más lejos, que finalmente, en parte por despecho y en parte por malicia, Luciana se decidió a convertirle en héroe de un día con el fin de que pasara a engrosar su corte de admiradores.

No en vano había traído tanto equipaje, pues incluso habían llegado nuevas remesas después de la primera. Se había preparado para un infinito cambio de vestidos. Si, por un lado, le gustaba cambiarse tres y hasta cuatro veces en un día mostrándose desde la mañana hasta la noche con todos los ropajes propios de la buena sociedad, por otro, también aparecía de cuando en cuando disfrazada como para un baile de máscaras con ropas de campesina, pescadora, hada o vendedora de flores. Tampoco desdeñaba disfrazarse de vieja para que su tez juvenil destacara tanto más fresca bajo la cofia, y la verdad es que mezclaba hasta tal punto lo real y lo imaginario que uno se creía emparentado con la ondina del río Saale [7].

Pero para lo que más empleaba aquellos disfraces era para hacer

[7] *La ondina del Saale* es el título de una ópera cómica adaptada por Vulpius para el teatro de Weimar.

representaciones de pantomimas y danzas, en los que sabía adoptar diferentes caracteres. Un caballero de su séquito se las había ingeniado para acompañar al piano sus ademanes con las escasas notas que eran necesarias; bastaba con unas pocas palabras y enseguida se ponían los dos al unísono.

Un día, durante el descanso de un animado baile, alguien con quien ella se había concertado previamente en secreto le pidió que pusiera en escena de modo improvisado una de aquellas representaciones; ella pareció sorprendida y apurada y contra lo que era su costumbre se hizo mucho de rogar. Se mostraba indecisa, dejaba la elección a los demás, pedía como los improvisadores que le marcasen un tema, hasta que por fin su acompañante musical, con quien seguramente también se había puesto de acuerdo, se sentó al piano, empezó a tocar una marcha fúnebre y le pidió que interpretara aquella Artemisa para la que tan a fondo se había estado preparando. Ella se dejó convencer y, tras una corta ausencia, apareció a los sones tiernos y tristes de la marcha bajo la figura de la viuda del rey, con paso lento *y* llevando ante sí una urna de cenizas. Detrás de ella alguien traía una gran pizarra negra y un portaplumas de oro con un trozo de tiza bien afilado.

Uno de sus adoradores y ayudantes, al que ella dijo algo al oído, se dirigió al arquitecto y conminándole y prácticamente llevándole a rastras hasta la pizarra, le pidió que en su calidad de arquitecto les dibujara la tumba de Mausolo, lo cual significaba que no lo tomaban como simple figurante en su representación, sino como actor importante. Por apurado que pareciese el arquitecto, incluso debido a su aspecto externo, pues con su traje de calle negro, corto y moderno contrastaba de forma extraordinaria con todas aquellas gasas, crespones, flecos, volantes, borlas y coronas, enseguida se repuso internamente, aunque precisamente por eso aún resultaba más curioso de ver. Se plantó con la mayor seriedad ante la pizarra, sostenida por dos pajes, y dibujó con mucho cuidado y exactitud una tumba, que sin duda habría convenido más a un rey longobardo que a un rey de la Caria, pero que tenía unas proporciones tan hermosas, era tan severa en sus distintas partes y tan ingeniosa en sus adornos, que resultaba un deleite ver cómo iba apareciendo ante la vista y suscitó la admiración una vez acabada.

Durante todo aquel tiempo el arquitecto casi no se había vuelto hacia la reina, sino que había dirigido toda su atención a lo que estaba haciendo. Por fin, cuando se inclinó ante ella y le indicó que creía haber cumplido ya sus órdenes, ella le alargó la urna y le hizo entender que le gustaría verla representada en la cima de la tumba. Él procedió a hacerlo de inmediato, aunque a disgusto, porque la urna no encajaba con el estilo del resto de su esbozo. En cuanto a Luciana, por

fin se hallaba libre de su impaciencia, porque su intención desde luego no había sido limitarse a obtener de él un dibujo hecho a conciencia. Si él se hubiera conformado con bosquejar a base de unos pocos trazos algo parecido a un monumento y el resto del tiempo se hubiera ocupado de ella, no cabe duda de que se hubiera aproximado mucho más a su auténtica meta y deseos. Por el contrario, el comportamiento del arquitecto la sumió en gran confusión, porque aunque ella procuraba ir alternando sus expresiones de dolor o de mandato con las de aprobación a lo que iba surgiendo poco a poco ante sus ojos y aunque a veces casi lo empujaba sólo para poder entablar algún tipo de trato con él, éste se mantenía siempre tan rígido que a ella no le quedó más remedio que recurrir demasiado a menudo a su urna, oprimiéndola contra su corazón y levantando los ojos al cielo, de tal modo que, como-estas situaciones siempre van en aumento, al final más parecía una viuda de Éfeso que una reina de la Caria. La representación se alargaba; el pianista, que por lo general tenía mucha paciencia, ya no sabía qué tocar para salir de aquella situación. Dio gracias a Dios cuando vio alzarse la urna sobre la pirámide y cuando la reina quiso expresar su agradecimiento atacó de modo inconsciente un aire alegre, que sin duda arruinó el carácter de la representación, pero que llenó de gozo a los presentes, quienes enseguida se dispersaron, unos para mostrarle su alegre admiración a la dama por su excelente interpretación y otros al arquitecto por el arte y la delicadeza de su dibujo.

El prometido, particularmente, fue el que más conversó con el arquitecto.

-Siento mucho -dijo- que el dibujo sea tan efímero. Espero que por lo menos me permita llevarlo a mi habitación y conversar sobre él con usted.

-Si eso le complace -dijo el arquitecto- le puedo mostrar auténticos dibujos de edificios y monumentos de este tipo, de los que éste no es sino un boceto pobre y casual.

Otilia no estaba lejos y se acercó a ellos.

-No deje pasar la ocasión -le dijo al arquitecto- de mostrarle alguna vez al señor barón su colección; es un amigo del arte y de la antigüedad; me gustaría que se conocieran más de cerca.

Luciana irrumpió súbitamente en el grupo y preguntó:

-¿De qué están hablando?

-De una colección de obras de arte -respondió el barón- que posee este señor y que nos mostrará en alguna ocasión.

-¡Que la traiga enseguida! -exclamó Luciana-. ¿Verdad que nos la traerá enseguida? -añadió con voz lisonjera y tomándole amistosamente las dos manos.

-No creo que sea éste el momento -replicó el arquitecto.

-¡Cómo! -gritó Luciana con voz imperiosa-, ¿no quiere obedecer usted un mandato de su reina? -Y a continuación se puso a rogarle tercamente.

-¡No sea usted obstinado! -le dijo Otilia en voz baja.

El arquitecto se marchó tras hacer una inclinación que no era ni afirmativa ni negativa.

Apenas se había marchado cuando Luciana se puso a correr por toda la sala con un galgo.

- ¡Ay! -exclamó a la vez que tropezaba casualmente con su madre-, ¡qué desgraciada soy. No me he traído mi mono. Me lo desaconsejaron. Pero es sólo la comodidad de mi gente la que me priva de ese placer. Lo voy a mandar traer; ordenaré a alguien que vaya a buscarlo. Si por lo menos pudiera ver una imagen suya ya me sentiría consolada. Pienso mandar que le hagan un retrato y así ya nunca se apartará de mi lado.

-Tal vez pueda consolarte -repuso Carlota- si mando que nos traigan de la biblioteca un volumen entero dedicado a las más extraordinarias imágenes de monos.

Luciana se puso a gritar de júbilo y enseguida trajeron el volumen. La contemplación de aquellas horrendas criaturas semejantes al hombre y aun más humanizadas por el artista llenó a Luciana del mayor gozo. Pero lo que la hizo sentirse feliz del todo fue su ingenio para sacarle a cada una de aquellas figuras un parecido con personas conocidas.

-¿No se parece éste a mi tío? -exclamaba sin piedad-; éste es como el del comercio de moda, éste igual al párroco S, y aquél es Fulanito en carne y hueso. En el fondo los monos son los más elegantes de todos y es incomprensible que los excluyan de la buena sociedad.

Decía aquello precisamente en la mejor sociedad, pero nadie se lo tomó a mal. Estaban todos tan acostumbrados a permitirle excesos a su encanto, que al final también le consentían todo a su descortesía.

Mientras tanto, Otilia conversaba con el prometido. Confiaba en el regreso del arquitecto, cuyas colecciones serias y del mejor gusto librarían a los presentes de aquel espectáculo simiesco. Con esa esperanza había entablado conversación con el barón tratando de llamar su atención sobre algunos de aquellos objetos. Pero el arquitecto no aparecía y cuando por fin regresó se metió en medio de la gente con las manos vacías y como si nunca le hubieran pedido nada. Otilia se quedó un momento, ¿cómo decirlo?, disgustada, confusa, herida. Le había dirigido unas palabras amables, había deseado que el prometido pasara un rato agradable y a su gusto, porque a pesar de su amor por Luciana parecía sufrir por el comportamiento de ésta.

Los monos tuvieron que dejar paso a una colación. Después, juegos

de sociedad, incluso bailes, y al final vuelta a sentarse cansinamente tratando de perseguir un buen humor que ya había desaparecido, todo lo cual, como de costumbre, duró hasta bien pasadas las doce de la noche. En efecto, Luciana se había acostumbrado a no poder salir de la cama por las mañanas y a no poderse meter en la cama por las noches.

De aquella época raras veces se encuentran anotados acontecimientos en el diario de Otilia, pero a cambio aparecen más a menudo máximas y sentencias relativas a la vida y extraídas de ella. Pero como la mayor parte de las frases no parecen sacadas de su propia reflexión es muy probable que alguien le comunicase la existencia de algún cuaderno del que ella iba tomando lo que más le conmovía. Algunas reflexiones personales y de contenido más íntimo se pueden reconocer por el hilo rojo.

Del diario de Otilia

Si nos agrada tanto mirar al futuro es porque nos gustaría que nuestros callados deseos fueran capaces de orientar a nuestro favor eso indeterminado que se mueve en él de un lado para otro.

No es fácil que estemos en medio de muchas personas sin *que* se nos ocurra pensar que el azar que a *tantos* ha reunido bien podría traer también a nuestros amigos.

Por muy apartado que uno viva, y antes de poder reparar en ello, ya se ha hecho uno deudor o acreedor.

Cuando nos topamos con una persona que tiene algo que agradecernos enseguida nos acordamos de ello. ¡Cuántas veces nos encontramos con alguien a quien debemos nuestra gratitud sin que caigamos en la cuenta de ellos

Comunicarse es naturaleza; recibir lo comunicado; tal como nos lo dan, es educación.

Nadie hablaría mucho en sociedad si fuera consciente de lo a menudo que entiende mala los demás.

Seguramente si se alteran tanto las palabras de otros al repetirlas es porque no han sido bien entendidas.

El que habla mucho tiempo antes *otros,* sin tratar de halagar a su auditorio, despierta animadversión.

Toda palabra pronunciada provoca la contraria.

La contradicción y la lisonja constituyen ambas una pésima conversación.

Las sociedades más agradables son aquellas en las que reina un sereno y mutuo respeto entre sus miembros.

No hay nada que delate mejor el carácter de un hombre que aquello que encuentra ridículo.

Lo ridículo nace de un contraste moral que los sentidos son capaces de establecer de modo inofensivo.

El hombre en el que predominan los sentidos, ríe a menudo de aquello que no tiene nada risible. Sea lo que fuere lo que provoca su risa, enseguida sale ala luz su íntima complacencia.

El hombre en el que predomina el entendimiento encuentra casi todo ridículo, *el* hombre en el .que predomina la razón, casi nada.

Sospechaban *que* un hombre entrado en años todavía se seguía interesando por las jovencitas. «Es el único medio -repuso él- de rejuvenecer, y eso es lo que desea todo el mundo.»

Dejamos que nos digan nuestros defectos, dejamos que nos castiguen por ellos, soportamos con paciencia muchas cosas por su causa; pero nos volvemos impacientes cuando de lo que se trata es de deshacerse de ellos.

Algunos defectos son necesarios para que exista lo individual. Seguro que sentiríamos que nuestros viejos amigos se deshicieran de determinadas peculiaridades.

Cuando alguien actúa de modo contrario a su forma habitual de ser, se suele decir: «Éste muere pronto».

¿Qué defectos deberíamos conservar y hasta cultivar? Los que antes halagan que hieren a los demás.

Las pasiones son defectos o virtudes, pero llevados al extremo.

Nuestras pasiones son verdaderas aves fénix. Cuando se quema una antigua, enseguida renace otra de entre las cenizas.

Las grandes pasiones son enfermedades sin remedio. Aquello que podría curarlas es lo que las hace más peligrosas.

Una vez confesada, la pasión o aumenta o se suaviza. Seguramente no hay nada en lo que sea tan deseable el justo medio como en la confianza o la reserva con las personas amadas.

Capítulo 5

Así espoleaba Luciana sin cesar la embriaguez de la vida en un remolino mundano que arrastraba tras de sí. Su corte aumentaba cada día, en parte porque su conducta estimulaba *y* atraía a algunos *y,* en parte, porque sabía ganarse a los otros con su amabilidad y sus dádivas. Era generosa en extremo, porque como el afecto de su tía y su prometido le habían deparado repentinamente tanta belleza y fortuna parecía como si no poseyera nada propio y no conociera el valor de las cosas que se habían acumulado en su entorno. Por ejemplo, no dudaba un instante en quitarse un chal de los hombros y ponérselo a otra mujer que le parecía pobremente vestida en comparación con las otras, y lo hacía de un modo tan gracioso, tan hábil, que nadie era capaz de rehusar su regalo. Uno de los de su séquito llevaba siempre

consigo una bolsa con la orden de informarse en todos los sitios a los que iban de quiénes eran las personas más ancianas y enfermas, a fin de aliviar su estado aunque sólo fuera momentáneamente. De este modo había conquistado en toda la comarca una fama de bienhechora que a veces hasta le resultaba incómoda, porque le atraía a un montón de menesterosos inoportunos.

Pero no hubo nada que acrecentara tanto su fama como su comportamiento notablemente bondadoso y tenaz con un desgraciado joven que rehuía toda compañía porque, a pesar de ser guapo y bien proporcionado, había perdido su mano derecha en una batalla, por cierto que gloriosamente. Esa mutilación provocaba en él tal desaliento, le resultaba tan sumamente penoso el que cada vez que le presentaban a alguien él tuviera que informarle de su desgracia, que prefería esconderse, entregarse a la lectura y otros estudios y cortar de una vez para siempre toda relación con la sociedad.

A Luciana no le pasó por alto la existencia de este joven. Le hizo participar primero en reuniones pequeñas, luego en otras más grandes y por fin en las mayores de todas. Se mostraba más amable con él que con ningún otro y, sobre todo, a fuerza de imperiosa servicialidad, supo hacerle entender el valor de una pérdida que ella se esforzaba por compensar. En la mesa le obligaba a sentarse al lado de ella y le cortaba la comida para que sólo tuviera que usar el tenedor. Si otras personas mayores o más distinguidas le robaban su puesto vecino, ella se las arreglaba para alargar sus atenciones hasta el otro lado de la mesa y la obsequiosidad de los sirvientes tenía que suplir lo que amenazaba con robarle a ella la distancia. Finalmente le animó a escribir con la mano izquierda; además, él tenía que mandarle a ella todas sus pruebas y de ese modo, de cerca o de lejos, ella siempre seguía en contacto con él. El joven no sabía lo que le había pasado, pero verdaderamente, a partir de aquel instante comenzó una nueva vida para él.

Tal vez alguien podría pensar que semejante conducta podía molestar al prometido, pero justamente sucedía al contrario. Contaba aquellos esfuerzos de Luciana entre sus mayores méritos y se sentía tanto más tranquilo por cuanto conocía la facultad casi exagerada que tenía su prometida para apartar bien lejos de ella todo lo que le parecía mínimamente sospechoso. En efecto, aunque ella quería manejar a todos a su antojo y todos estaban en peligro de verse empujados, azuzados y hasta ridiculizados de algún modo, nadie podía pagarle con la misma moneda, nadie podía tocarla sin motivo, nadie podía tornarse con ella, ni siquiera remotamente, una libertad que ella sí se tomaba. Y, de este modo, conseguía que nadie se propasara ni se saliera fuera de los más estrictos límites de la decencia, límites que ella parecía transgredir a cada paso con los demás.

En general, se habría podido creer que su máxima era exponerse por igual a la alabanza y a la crítica, a la simpatía y al desprecio, pues, en efecto, aunque ciertamente trataba de ganarse a los demás de mil maneras, casi siempre volvía a estropearlo todo por culpa de su lengua viperina, que no dejaba títere con cabeza. Así, no había visita en el vecindario, no había lugar en donde ella y sus amigos fueran amablemente recibidos, ya fuera en castillos o en casas, en que al regreso no dejara notar de la manera más extravagante su tendencia a contemplar todo lo humano únicamente por su lado ridículo. Aquí eran tres hermanos que a fuerza de cumplidos y ceremonias sobre quién debía casarse primero se habían dejado pasar la edad; allí era una mujer joven y pequeña casada con un hombre viejo y grande; allá, al contrario, un hombrecillo bajito y alegre unido a una gigante patosa. En una casa, le parecía que a cada paso se tropezaba uno con algún crío; en otra, que a pesar del numeroso acompañamiento estaba vacía por falta de niños. Los matrimonios viejos lo mejor que podían hacer era morirse pronto para que por fin pudiera volver a reír alguien en casa, ya que no dejaban herederos legítimos. Las parejas jóvenes debían viajar, porque no les convenía dedicarse a la vida doméstica. Y, como con las personas, lo mismo hacía con las cosas y no perdonaba ni a edificios, ni a muebles ni al servicio de mesa. Es más, los papeles y tapicerías murales excitaban particularmente sus bromas: de las antiguas tapicerías de lizo hasta los modernos papeles pintados, desde el retrato de familia más venerable hasta el más frívolo grabado moderno, todo era pasto de su escarnio, todo se puede decir que lo destrozaba con sus comentarios burlones, al punto de que cabría asombrarse de que aún quedase algo vivo a cinco millas a la redonda.

Tal vez no hubiera auténtica maldad en su afán destructivo -y seguramente lo que solía provocarlo era simplemente un espíritu bromista un poco particular, pero sí que se había generado una auténtica acritud en su relación con Otilia. Contemplaba con desprecio desde sus alturas la actividad callada e ininterrumpida de la amable niña, que todos notaban y elogiaban, y cuando salió a colación lo mucho que Otilia cuidaba los jardines e invernaderos,: no contenta con burlarse, haciendo como que se sorprendía de que no hubiese flores ni frutos, sin querer reparar en que estaban en pleno invierno, a partir de aquel momento ordenó que trajeran tal cantidad de, ramas, plantas, y todo lo que estaba germinando, haciendo un auténtico derroche de plantas para el adorno-diario de las habitaciones y la mesa, que Otilia y el jardinero no pudieron por menos de sentirse profundamente heridos-al ver sus esperanzas para el año siguiente y tal vez para más-tiempo destrozadas de un solo golpe.

Luciana tampoco le perdonaba a Otilia la tranquila desenvoltura con que ésta llevaba la marcha de la casa. Otilia tenía que, acompañarles

en sus partidas de placer, en las carreras de trineos, en los bailes que se organizaban; en el vecindario; no podía temerle a la nieve ni al frío ni a la violencia de las tormentas nocturnas, puesto que los demás tampoco se morían por eso. La sensible niña sufría no poco con todo aquello, pero Luciana tampoco sacó nada en limpio, porque por-muy sencillamente que se vistiera Otilia, con todo, siempre era o al menos siempre parecía la más bella a los ojos de los hombres. Ejercía una suave atracción que reunía a todos los hombres a su alrededor, ya se encontrara en las primeras o en las últimas filas de los salones. Hasta el prometido de Luciana gustaba de charlar a menudo con ella, tanto más desde que había surgido un asunto que le preocupaba y para el que requería su consejo y mediación.

Con ocasión de su colección de obras de arte había tenido la oportunidad de conocer mejor al arquitecto, había hablado mucho con él sobre temas históricos, y también en otros momentos, y muy particularmente al contemplar la capilla, había podido apreciar su talento. El barón era joven y rico; era coleccionista y quería construir; su afición era muy viva, pero sus conocimientos eran escasos; creía haber encontrado en la persona del arquitecto al hombre con el que podría alcanzar varios de sus objetivos. Le había hablado a su prometida de sus intenciones y ella le había alabado y estaba sumamente satisfecha con su proposición, aunque seguramente más por quitarle aquel joven a Otilia, ya que creía haber notado en él cierta inclinación por ella, que porque hubiera pensado en emplear sus talentos para sus objetivos. En efecto, a pesar de que el arquitecto se había mostrado siempre muy activo en sus fiestas improvisadas y de que había desplegado sus recursos en numerosas ocasiones, ella siempre creía que podía hacer las cosas mejor que nadie, y como sus inventos y ocurrencias no solían salirse de lo corriente, para ejecutarlos tanto valía un hábil ayuda de cámara como el artista más excelente. Su imaginación nunca iba más allá de un altar para hacer ofrendas o de una coronación de una cabeza de yeso o de una cabeza viva cuando quería hacerle a alguien un cumplido con ocasión de su cumpleaños o aniversario.

Otilia le pudo proporcionar al prometido la mejor información cuando éste se interesó por la relación que tenía el arquitecto con la casa. Sabía que Carlota ya se había preocupado anteriormente de la necesidad de buscarle algún empleo, porque de no haber llegado el grupo de invitados el joven habría tenido que marcharse nada más terminar la capilla, ya que durante el invierno quedaban necesariamente paralizadas todas las obras y por eso resultaba muy deseable que algún nuevo protector se hiciera cargo del excelente artista dándole nuevo empleo y estímulo.

La relación personal de Otilia con el arquitecto era completamente

pura e inocente. Su agradable y activa presencia la habían alegrado y entretenido como si se hubiera tratado de la compañía de un hermano mayor. Sus sentimientos hacia él permanecían en la superficie tranquila y desapasionada de un parentesco de sangre. Porque en su corazón no había sitio para nadie más; estaba lleno hasta rebosar de su amor por Eduardo y sólo la divinidad, que todo lo penetra, podía compartir con él aquel alma.

Mientras tanto, cuanto más se hundían en lo profundo del invierno, cuanto más tormentoso se hacía el tiempo y los caminos más impracticables, tanto más atractivo resultaba pasar en tan buena compañía los días que decrecían. Tras breves reflujos, la multitud volvía a inundar de cuando en cuando la casa. Afluían oficiales de cuarteles lejanos, los más cultos para gusto de todos, los más toscos para incomodo del grupo. Tampoco faltaban los civiles y un buen día sin previo aviso también llegaron juntos el conde y la baronesa.

Fue su presencia la que acabó por formar allí una auténtica corte. Los hombres de buena casa y buena educación rodearon al conde y las mujeres hicieron honor a la baronesa. Nadie se extrañó mucho tiempo de verlos juntos y de tan buen humor, pues pronto se supo que la esposa del conde había fallecido y que se celebraría una nueva unión en cuanto las conveniencias lo permitieran. Otilia recordó aquella primera visita, todo lo que se había hablado sobre matrimonio *y* divorcio, sobre unión *y* separación, sobre esperanza, espera, privación y renuncia. Aquellas dos personas que en aquel entonces no tenían ninguna perspectiva estaban ahora delante de ella casi tocando ya la dicha que tanto habían esperado y un suspiro involuntario se le escapó del corazón.

Apenas se enteró Luciana de que el conde era un gran amante de la música cuando ya supo organizar un concierto; su intención era que la oyeran acompañando con su voz la guitarra. Así sucedió. No era nada torpe con el instrumento y su voz era agradable, pero en cuanto a la letra de las canciones se entendía tan poco como suele ocurrir siempre que alguna bella alemana canta con una guitarra. Aun así, todo el mundo se apresuró a decirle que había cantado con mucho sentimiento y pareció sentirse contenta con los nutridos aplausos. Pero aquella vez le ocurrió un desafortunado incidente. Entre los presentes se encontraba un poeta al que tenía especial interés en conquistar porque deseaba que le dedicara algunas canciones, motivo por el que en aquella velada prácticamente sólo había cantado las canciones suyas. Él se mostró cortés con ella, como todos, pero Luciana había esperado algo más. Se lo dio a entender varias veces, pero no pudo obtener nada más de él, hasta que no pudiendo contener más su impaciencia le envió a uno de sus admiradores con el encargo de que lo sondeara para saber si acaso no había estado encantado de

escuchar sus excelentes poemas interpretados de manera igual de excelente.

-¿Mis poemas? -repuso aquél con extrañeza-. Perdone usted, señor mío -añadió- yo sólo he oído vocales y ni siquiera todas. De todos modos es mi deber mostrarme agradecido por una intención tan amable.

El admirador se calló y se guardó el comentario. El otro trató de arreglar las cosas con algunos hábiles cumplidos. Luciana hizo ver bien a las claras su deseo de poseer también algunos poemas especialmente escritos para ella. Si no hubiese resultado demasiado descarado él bien hubiera podido presentarle el alfabeto para que, haciendo uso de él, ella misma inventara un poema de alabanza a su gusto adaptado a una melodía cualquiera. Pero no pudo salir de aquel asunto sin humillación. Poco tiempo después se enteró de que aquella misma noche él había compuesto con la música de una de las melodías favoritas de Otilia un poema delicioso y que era bastante más que meramente cortés.

Como todas las personas de su estilo, que siempre mezclan lo que les favorece y lo que les perjudica, Luciana quiso probar suerte con la recitación. Tenía buena memoria, pero, a decir verdad, su declamación carecía de espíritu a la vez que le sobraba violencia sin tener pasión. Recitaba baladas, cuentos y todo lo que se suele declamar normalmente. Había adoptado la desdichada costumbre de acompañar su recitación con gestos, lo cual hace *que se* confunda *y* entremezcle de modo desagradable lo épico y lírico con lo dramático.

Por suerte o por desgracia, el conde, hombre inteligente y avispado, que enseguida se dio cuenta de cuáles eran las simpatías, afectos y distracciones de todos los componentes de aquel grupo, encaminó a Luciana hacia un nuevo género de representación que era muy acorde con su temperamento.

-Yo encuentro -dijo- que hay aquí unas cuantas personas de buena figura a las que seguramente no les falta nada para poder imitar movimientos y actitudes pictóricas. ¿Será posible que usted no haya probado todavía a representar verdaderos cuadros famosos? Aunque este tipo de imitación exige bastante trabajo, a cambio también procura un deleite inimaginable.

Luciana se dio cuenta enseguida de que allí sí que se encontraría en su auténtico elemento. Su hermosa talla, sus formas llenas, su rostro regular pero no carente de expresión, sus trenzas de color castaño claro, su cuello delgado, todo parecía hecho a propósito para una pintura y si hubiera sabido que parecía más bella cuando estaba quieta que cuando se movía, porque en este último caso a veces se le escapaba algún movimiento poco gracioso que arruinaba el conjunto, se habría entregado a esa especie de escultura al natural con mucho más

celo todavía.

Se pusieron a buscar grabados con copias de cuadros famosos y eligieron en primer lugar el *Belísario* de Van Dyck. Un hombre alto y esbelto, de una cierta edad, debía representar al general ciego sentado, el arquitecto haría el guerrero que se encuentra de pie ante el general con aspecto triste y compasivo y al que ciertamente se parecía en algo. Luciana, haciendo gala de bastante modestia, se había reservado el papel de una joven del fondo que cuenta en su mano las ricas limosnas sacadas de una bolsa mientras una vieja parece reprenderla y quererle decir que está dando mucho. Tampoco se habían olvidado de otra mujer que está dando de verdad una limosna al general.

Se dedicaron con mucha seriedad a este y otros cuadros. El conde le hizo algunas sugerencias al arquitecto sobre el modo de instalar todo aquello y éste enseguida preparó al efecto un teatro sin olvidarse de la necesaria iluminación. Ya estaban todos metidos a fondo en aquellos preparativos cuando se percataron de que semejante empresa requería un gasto considerable y que en el campo, en pleno invierno, carecían de algunos elementos necesarios. Así que, para que no se paralizara la cosa, Luciana mandó cortar prácticamente todo su guardarropa a fin de poder realizar los distintos trajes que aquellos artistas habían indicado de modo bastante arbitrario.

Llegó la velada elegida y se presentó el espectáculo ante una numerosa concurrencia y con el aplauso general. Una música adaptada al caso hacía crecer la tensión de la espera. El *Belisario* abrió la escena. Los personajes tenían unas actitudes tan adecuadas, los colores estaban tan bien repartidos, la iluminación era tan artística, que ciertamente se sentía uno transportado a otro mundo, sólo que la presencia de lo real en lugar de la apariencia provocaba una cierta sensación de espanto.

Cayó el telón y a requerimiento del público tuvo que ser levantado varias veces. Un intermedio musical entretuvo a la concurrencia, a la que querían sorprender con un cuadro de mayor categoría. Se trataba de la famosa escena de Poussin: *Ashaverus y Esther.* Esta vez Luciana se había reservado algo mejor. Puso en lucimiento todos sus encantos en el papel de la reina desmayada y había sabido elegir con buen sentido para las mujeres que la rodeaban y sostenían a un buen conjunto de figuras bonitas y bien hechas, pero que en ningún caso se podían comparar con ella. Otilia fue excluida de este cuadro como del resto. Sentado sobre el trono de oro habían elegido para representar al rey parecido a Zeus al hombre más guapo y robusto de la asamblea, de modo que aquella pintura consiguió alcanzar una auténtica perfección.

En tercer lugar habían elegido la que se conoce como *Admonición*

paterna de Terborg, y ¡quién no conoce el espléndido grabado de nuestro Wille, copia de esa pintura! Un padre noble y con aspecto de caballero se encuentra sentado con las piernas cruzadas y parece que trata de hablarle a la conciencia de su hija, que se halla de pie ante él. A ésta, una impresionante figura envuelta en un vestido de satén blanco con muchos pliegues, sólo se la ve de espaldas, pero todo su ser parece indicar que trata de contenerse. De todos modos se puede deducir que la admonición paterna no es violenta ni vergonzante por la cara y los ademanes del padre; y en cuanto a la madre parece que trata de disimular cierto apuro mirando al fondo de un vaso de vino que está a punto de beber.

Aquella era la ocasión para que Luciana apareciera en su máximo esplendor. Sus trenzas, la forma de su cabeza, el cuello y la nuca eran más hermosos de lo que se puede expresar y su talle, del que ahora poco se puede ver debido a la moderna moda femenina de imitar lo clásico, era de lo más grácil, delgado y delicado y en aquel traje antiguo lucía del modo más ventajoso. Además, el arquitecto se había preocupado de que los ricos pliegues de satén blanco cayeran de un modo buscadamente natural, al punto de que aquella copia viva superaba con mucho el original y causó el entusiasmo general. No terminaban nunca los bises y el deseo muy natural de poder ver de frente aquella hermosa figura que sólo habían podido contemplar de espaldas fue ganándoles a todos de tal manera que cuando por fin un joven alegre e impaciente gritó en voz alta las palabras que a veces se suelen escribir al pie de una página: «Tournez s'il vous plait» consiguió una aprobación unánime. Pero los figurantes sabían demasiado bien en dónde residía su ventaja y habían asimilado demasiado a fondo el espíritu de aquellas representaciones como para ceder al clamor general. La hija aparentemente avergonzada se quedó quieta sin regalarle a los espectadores la visión de su rostro; el padre se quedó sentado con su actitud reprobatoria y la madre no sacó la nariz ni los ojos del vaso transparente que no disminuía de nivel a pesar de que simulaba beber. ¿Y qué podríamos añadir de las pequeñas piezas que se habían dejado como propina y para las que se habían elegido escenas holandesas de taberna y de mercado?

El conde y la baronesa emprendieron el regreso y prometieron volver en las primeras semanas dichosas de su próxima unión y ahora, después de dos meses penosamente soportados, Carlota también confiaba en verse liberada por fin del resto de la compañía. Estaba segura de la felicidad de su hija, una vez que en ésta se aplacara la primera embriaguez del noviazgo y la juventud, porque el prometido se consideraba el hombre más afortunado del mundo. Dotado de una gran fortuna y un temperamento moderado parecía sentirse extrañamente halagado por el hecho de poseer a una mujer que debía

gustarle al mundo entero. Tenía una manera tan peculiar de referirlo todo a ella y de no referirlo a sí mismo más que a través de ella, que le causaba una desagradable impresión cuando algún recién llegado, en lugar de dirigir en primer lugar toda su atención hacia ella, trataba de entablar un vínculo más estrecho con él, sin ocuparse especialmente de ella, cosa que sucedía a menudo, sobre todo con las personas mayores que se sentían atraídas por sus buenas cualidades. En lo tocante al arquitecto pronto llegaron a un acuerdo. Seguiría al prometido en Año Nuevo y pasaría con él el carnaval en la ciudad, en donde Luciana se prometía el mayor gozo de la repetición de aquellos cuadros tan hermosos y bien preparados, tanto más por cuanto la tía y el prometido parecían considerar de poca monta cualquier gasto necesario para complacerla.

Había llegado el momento de separarse, pero no podía suceder de la manera ordinaria. Un día que bromeaban en voz alta diciendo que pronto se agotarían las reservas de Carlota para el invierno, aquel noble que había hecho el papel de Belisario y que, además, era bastante rico, arrebatado por los encantos de Luciana, a los que hacía mucho tiempo que rendía homenaje, exclamó sin pensar lo que decía: «¡Hagámoslo a la polaca! ¡Vengan a mi casa, devoren todo lo mío y así en todas las casas hasta acabar la ronda!». Dicho y hecho: Luciana asintió. Al día siguiente se empaquetó todo y la horda cayó sobre otra propiedad. También encontraron bastante sitio, pero menos comodidades y peor organización, lo que provocó algunas situaciones inconvenientes que, al principio, constituyeron' la dicha de Luciana. La vida se-hacía cada vez más loca y salvaje. Se organizaron batidas de caza en medio de una espesa nieve y todo lo más incómodo que se pudiera inventar. Ni mujeres ni hombres tenían permiso para dejar de participar y, así, cazando y cabalgando, deslizándose en trineo y haciendo estrépito fueron pasando de una finca a otra hasta alcanzar la corte. Entonces, las noticias y relatos sobre las diversiones del palacio y la ciudad imprimieron otro giro en la imaginación del grupo y Luciana, con todos sus acompañantes, se vio arrastrada sin pausa a otro círculo de existencia, al que ya le había precedido la tía.

Del diario de Otilia

En este mundo se toma a cada cual por lo que pretende ser, pero claro está que hay que pretender ser algo. Se tolera mejor a la gente incómoda que a la insignificante.

Se le puede imponer todo a una sociedad, excepto aquello que tenga alguna consecuencia.

No llegamos a conocer a las personas cuando son ellos los que vienen a nosotros; tenemos que ir a ellos si queremos saber realmente

cómo son.

Me parece casi natural que tengamos que criticar bastantes cosas en los que nos visitan y que, en cuanto se marchan, no les juzguemos del modo más favorable, porque, por decirlo de algún modo, tenemos derecho a medirlos por nuestro rasero. Ni siquiera las personas más comprensivas y tolerantes suelen abstenerse en estos casos de ejercer una dura crítica.

Por el contrario, cuando se ha estado en casa de otros y se les ha visto en medio de su entorno, costumbres y circunstancias necesarias e inevitables, cuando se ha visto cómo actúan a su alrededor o cómo se adaptan, hace falta tener poco entendimiento y muy mala voluntad para encontrar ridículo lo que debería parecernos respetable en más de un sentido.

Mediante eso que llamamos conducta y buenas costumbres deberíamos alcanzar lo que, de otro modo, sólo se podría obtener mediante la fuerza o ni siquiera por la fuerza.

El trato con mujeres es la base de las buenas costumbres.

¿Cómo puede convivir el carácter, la peculiar forma de ser de cada uno, con el modo de vivir?

Debería ser el modo de vida el que pusiera de relieve lo original de cada uno. A todo el mundo le gusta destacar, siempre que esa importancia no resulte incómoda.

El soldado cultivado tiene las mayores ventajas tanto en la vida en general como en la buena sociedad.

Por lo menos los militares rudos no se salen de su carácter y como, por lo general, detrás de la fuerza se esconde un buen corazón, también se puede uno acabar entendiendo con ellos en caso de necesidad.

No hay nadie más molesto que un hombre torpe y vulgar del estamento civil. Puesto que no tiene que ocuparse de cosas groseras, bien se le podría exigir alguna finura.

Cuando vivimos con personas que tienen un delicado sentido de las conveniencias, lo pasamos mal por ellos cuando ocurre alguna inconveniencia. Eso es lo que yo siento con y por Carlota cuando alguien se columpia en la silla, cosa que ella no soporta.

Ningún hombre entraría en una estancia íntima con las lentes en la nariz si supiera que a nosotras, las mujeres, eso nos quita al momento las ganas de mirarle y de charlar con él.

Las confianzas en lugar del respeto siempre resultan ridículas. Nadie se quitaría el sombrero después de haber mascullado a duras penas un cumplido si supiera lo cómico que eso resulta.

No hay ningún signo exterior de cortesía que no tenga alguna profunda base moral. La auténtica educación sería una que supiese proporcionar a la vez el signo y la base.

La conducta es un espejo en el que cada uno muestra su imagen.

Hay una cortesía del corazón que está emparentada con el amor. De ella nace la cortesía más extremada del comportamiento externo.

Una dependencia voluntaria es el estado más hermoso, y ¿cómo sería posible sin amor?

Nunca estamos más alejados de nuestros deseos que cuando nos figuramos que poseemos lo deseado.

Nadie es más esclavo que el que se cree libre sin serlo.

Basta que uno se declare libre para que al instante se sienta condicionado. Pero si se atreve a declararse condicionado al instante se siente libre.

Frente a los méritos y ventajas de los demás no hay más remedio ni otra salvación que el amor.

Resulta terrible un hombre excelente del que se aprovechan los tontos.

Dicen que no hay héroe que valga para su ayuda de cámara. Pero eso es ponlo que el héroe sólo puede ser reconocido por el héroe. El ayuda de cámara probablemente será capaz de estimar a su semejante.

No hay mayor consuelo para los mediocres- que: la certeza de que el genio no es inmortal.

Los grandes hombres siempre se quedan apegados a su época por alguna debilidad.

Por lo: general siempre se considera a las personas más peligrosas de lo que realmente son.

Los locos y -la gente sensata son igual de inofensivos. Los medio locos o medio-cuerdos son los únicos verdaderamente peligrosos.

El medio más seguro de-escapar al mundo es el arte y no hay-modo más-seguro de vincularse a él que el arte.

Hasta en el momento de mayor dicha o mayor penuria necesitamos al artista.

El arte se ocupa de la difícil y lo bueno.

Cuando vemos tratar lo difícil con facilidad se nos abre la visión de lo imposible.

Las dificultades aumentan cuanto más nos acercamos a la meta.

Sembrar no es tan difícil como cosechar.

Capítulo 6

La enorme agitación causada a Carlota por esta visita se vio compensada porque gracias a ella pudo conocer a fondo a su hija, a lo que le ayudó sobremanera su conocimiento del mundo. No era la primera vez que se encontraba con un carácter tan especial, aunque nunca había visto un caso tan exagerado. Pero, con todo, sabía por

experiencia que este tipo de personas van alcanzando gracias a la vida, los diversos acontecimientos y las relaciones con la familia una madurez afectuosa y agradable en la que se suaviza su egoísmo y su desbocada actividad se encauza en una dirección determinada. Como madre, Carlota disculpaba con tanta mayor facilidad un modo de ser que tal vez podía resultar desagradable a los demás por cuanto es propio de los padres albergar esperanzas en casos en que los demás sólo desean poder disfrutar o al menos no sufrir demasiadas molestias.

Sin embargo Carlota aún tuvo que sufrir un golpe inesperado después de la partida de su hija por culpa de la estela de mala reputación que había dejado ésta tras de sí, no tanto por los aspectos reprehensibles de su conducta, sino precisamente por aquello que debería haber sido más digno de alabanza. Luciana parecía haberse impuesto como ley no sólo estar alegre con los alegres, sino también estar triste con los tristes y, para ejercer bien su espíritu de contradicción, apenar de cuando en cuando a los alegres y regocijar a los tristes. En todas las casas a las que iba preguntaba por las personas enfermas o delicadas de salud que no podían aparecer en las reuniones de sociedad. Los visitaba en sus habitaciones, jugaba al médico y les obligaba a tomar enérgicos remedios que sacaba de un botiquín de viaje que siempre llevaba consigo en su coche. Ya se puede suponer que el éxito o el fracaso de semejantes curas dependía del puro azar.

Se mostraba muy cruel en la práctica de este tipo de beneficencia y no había modo de hacerla desistir de sus propósitos puesto que estaba convencida de que actuaba de modo admirable. Lo malo es que fracasó en uno de sus experimentos en el terreno de lo moral y éste fue el caso que tantos quebraderos de cabeza proporcionó a Carlota, ya que tuvo consecuencias y todo el mundo habló de ello. No oyó hablar del asunto hasta después de la marcha de Luciana y fue Otilia, que precisamente había participado en aquella expedición, la que tuvo que darle a Carlota cuenta detallada de lo sucedido.

Una de las hijas de una familia muy bien considerada en el lugar había tenido la desgracia de ser culpable de la muerte de una de sus hermanas pequeñas y desde entonces no había podido encontrar la paz ni volver a ser la misma de antes. Vivía encerrada en su habitación ocupada *y* silenciosa *y* no toleraba ver a nadie, ni siquiera a los suyos, excepto si iban a verla de uno en uno, porque en cuanto iban varios juntos sospechaba que murmuraban entre ellos y comentaban su caso. Sin embargo, cuando iban de uno en uno, hablaba de modo razonable y podía conversar durante horas con ellos.

Luciana había oído hablar de aquello y enseguida, sin decir nada, se había propuesto que cuando fuera de visita a esa casa provocaría una suerte de milagro y devolvería a aquella jovencita a la sociedad. En

esta ocasión se comportó con más prudencia de lo habitual y supo introducirse sola hasta la habitación de aquella enferma psíquica y, hasta donde se pudo saber, ganarse su confianza con ayuda de la música. Sólo al final se equivocó, precisamente porque, queriendo causar la admiración de todos, de pronto llevó sin previo aviso una noche a aquella niña hermosa y pálida, a la que creía haber preparado suficientemente, a una brillante y colorida reunión de sociedad. Y, quién sabe si hubiera podido tener éxito, si no fuera porque la propia sociedad, dominada por la curiosidad y la aprensión, se comportó con torpeza, arracimándose primero en torno a la enferma para luego evitarla y llenarla de temor *y* confusión con sus cuchicheos *y* murmullos en voz baja. Fue más de lo que podía soportar su delicada sensibilidad. Se escapó dando terribles alaridos que parecían expresar el mismo terror que si se hubiera encontrado frente a un monstruo. Aterrados, los presentes se dispersaron, y Otilia fue una de las pocas que acompañaron a la pobre muchacha completamente desmayada de vuelta a su habitación.

Mientras tanto Luciana había dirigido un duro discurso de censura a los miembros de la reunión, tal como solía hacer ella, sin pararse a pensar ni lo más mínimo que era ella la única culpable de todo y sin cejar en lo más mínimo en su modo de ser y de proceder por culpa de aquel fracaso.

El estado de la enferma había empeorado sensiblemente a partir de aquel incidente, al punto de que los padres ya no pudieron conservar más tiempo a la niña en su casa, sino que tuvieron que llevarla a una institución pública. A Carlota no le quedó más solución que tratar de aliviar en algo el sufrimiento causado por su hija a aquella familia mediante un trato especialmente afectuoso. También Otilia había recibido una fuerte impresión con aquel suceso; compadecía tanto más a aquella pobre muchacha por cuanto estaba convencida, cosa que no trató de ocultarle a Carlota, de que con ayuda de un tratamiento adecuado seguramente la enferma hubiera podido restablecerse.

Y, así, como normalmente se suele hablar más de las cosas desagradables del pasado que de las agradables, también salió a colación un pequeño malentendido que había tenido Otilia con el arquitecto con ocasión de aquella velada en la que éste no quiso mostrar su colección a pesar de que ella se lo había rogado con amistoso encarecimiento. Siempre se le había quedado clavada en el alma aquella negativa aunque ni siquiera ella sabía por qué. Sus sentimientos eran de pura justicia, porque lo cierto es que lo que una muchacha como Otilia podía pedir, un joven como el arquitecto no lo debía rechazar. Con todo, cuando ella tuvo ocasión de hacerle un leve reproche, éste supo aportar en su defensa algunas excusas bastante válidas.

-Si supiera -dijo- lo groseras que pueden llegar a ser hasta las personas educadas con las obras de arte más preciosas, usted me perdonaría por no haber querido abandonar las mías en manos de la multitud. Nadie sabe asir una medalla por el borde; manosean las improntas más preciosas y los fondos más puros, le dan la vuelta una y otra vez con el pulgar y el índice a los fragmentos más valiosos, como si esa fuera la manera de comprobar la belleza artística de sus formas. Sin pensar que una hoja grande de papel debe sujetarse con las dos manos, asen *con* una sola mano un grabado de valor inestimable o un dibujo único en su género, del mismo modo que un político prepotente agarra un periódico y estrujándolo entre sus manos hace saber por adelantado cuál es su opinión sobre los acontecimientos del mundo. Nadie se da cuenta de que bastaría que veinte personas seguidas procedieran de esa manera con una obra de arte para que la siguiente persona ya no se encontrase gran cosa que ver.

-¿Y no le he puesto yo también alguna vez en este apuro? -preguntó Otilia-. ¿No he dañado alguna vez sus tesoros sin darme cuenta?

-Jamás -repuso el arquitecto-, ¡jamás! Usted sería incapaz de algo así. En usted la delicadeza es algo innato.

-En cualquier caso -continuó Otilia-, no estaría de más que en el futuro incluyesen en los manuales de buenos modales, después del capítulo sobre la conducta que se debe tener en la mesa en sociedad, un capítulo amplio y detallado sobre el comportamiento que se debe tener en los museos y con las colecciones de arte.

-Ciertamente -respondió el arquitecto-, si así fuera, los conservadores de museos y los amantes del arte mostrarían sus rarezas con mucho más gusto.

Hacía mucho que Otilia le había perdonado. Pero como parecía que su reproche le había llegado-directo al corazón y no paraba de repetir y encarecer que sin duda le encantaba compartir lo que tenía y que le gustaba mostrarse servicial con sus amigos, ella acabó-comprendiendo que había herido su espíritu delicado-y se sintió en- deuda con éL Por eso no fue capaz de rechazar de plano un ruego que le hizo acto seguido de aquella conversación, aunque a decir verdad, consultando consigo misma,.no veía muy bien cómo podría atender a su petición.

La cuestión era la siguiente. El arquitecto se había mostrar do muy sensible al hecho- de que, por culpa de los celos de Luciana, Otilia hubiera sido excluida siempre de los cuadros vivientes- de pinturas famosas. Además, también había observado con pena que Carlota sólo había podido participar a medias en aquella parte tan brillante de los entretenimientos de- sociedad por culpa de encontrarse algo enferma. Pues bien; ahora no quería marcharse de allí sin demostrar también su

gratitud organizando en honor de la una y para diversión- de la otra una representación aún más-hermosa que todas las anteriores. Tal vez se añadía a esto otro secreto motivo, aunque probablemente sin que él mismo fuera consciente de ello: le resultaba muy duro abandonar aquella casa y aquella familia, es más, le parecía imposible apartarse de la vista de Otilia, cuya mirada tranquila y amable había constituido casi su único- alimento para poder vivir en los últimos tiempos.

Se acercaban las fiestas navideñas y de pronto compren- . dio que aquellas representaciones de cuadros mediante figuras de bulto tenían su origen en los llamados «belenes», en la piadosa costumbre de representar en esa época sagrada a la divina madre y al niño, tal como son honrados en su aparente insignificancia, primero por los pastores y poco después por los reyes.

Se había imaginado con todo detalle la posibilidad de semejante espectáculo. Se localizó a un bebé tierno y hermoso; tampoco faltarían los pastores y pastoras; pero sin Otilia no se podía terminar la cosa. El joven la había elevado en su pensamiento al rango de madre de Dios y si ella rehusaba, para él no había duda de que era imposible continuar con la empresa. Otilia, algo confusa con su ruego, le mandó que fuera a pedirle permiso a Carlota. Ésta se lo concedió gustosa y también fue gracias a su afectuosa intervención como Otilia pudo superar su vergüenza de ponerse a la altura de aquella santa figura. El arquitecto trabajaba día y noche a fin de que todo estuviese listo para la Nochebuena.

Día y noche en sentido literal. Después de todo, tenía pocas exigencias y la presencia de Otilia parecía suplir en él todo descanso. Cuando trabajaba para ella era como si no sintiera ningún sueño, cuando se ocupaba de ella era como si no precisara ningún alimento. Así que todo estuvo preparado y terminado para aquella noche solemne. Había podido reunir unos cuantos instrumentos de viento que servirían para tocar la introducción y preparar la atmósfera adecuada. Cuando se alzó el telón Carlota se sintió verdaderamente sorprendida. El cuadro que se le mostraba había sido repetido tantas veces en el mundo que difícilmente se podía esperar obtener una nueva impresión. Pero en este caso la imagen de la realidad tenía sus propias ventajas. Aunque todo el espacio se mostraba más nocturno que crepuscular no había ni un detalle del entorno que no fuera visible. La costumbre incomparable de hacer surgir toda la luz del niño había sido resuelta por el artista mediante un ingenioso mecanismo de iluminación que quedaba oculto por las figuras en sombra del primer plano, sólo iluminadas por algunos haces de luz. Un grupo de alegres muchachos y muchachas rodeaban el conjunto con sus rostros juveniles fuer- temente iluminados desde abajo. Tampoco faltaban los ángeles, cuyo resplandor propio parecía oscurecido por el resplandor divino, y cuyos

cuerpos etéreos parecían volverse de un material más denso y más necesitado de luz ante el cuerpo divino y humano.

Afortunadamente el niño se había quedado dormido en la postura más graciosa, de modo que no había nada que estorbase a la contemplación cuando la mirada se quedaba detenida sobre la madre fingida, la cual había levantado con infinita gracia un velo para mostrar su tesoro escondido. Era en ese instante en el que la imagen había quedado fijada y como petrificada. Físicamente cegado, espiritualmente sorprendido, parecía como si el pueblo allí congregado hubiera acabado de hacer en aquel preciso instante el movimiento justo para apartar sus ojos deslumbrados y luego volver a mirar parpadeando con alegre curiosidad, mostrando más sorpresa y placer que admiración y respeto, si bien tampoco faltaba la veneración y se había encomendado aquella expresión a algunas figuras de personas de más edad.

La figura de Otilia, sus ademanes, su cara, su mirada, superaban con creces todo lo que jamás haya podido representar un pintor. Alguien entendido y sensible, que hubiera podido ver aquella aparición, habría tenido miedo de que se moviera aunque sólo fuera un poco, habría albergado el temor de que nunca pudiese volver a gustarle algo tanto como aquello. Por desgracia, no había allí nadie capaz de sentir ese efecto de modo tan total. El arquitecto, que caracterizado como un pastor alto y delgado miraba de lado por encima de los personajes arrodillados, era el único que obtenía el mayor deleite, si bien no se encontraba situado en el mejor punto de vista. ¿Y quién podría describir el rostro de aquella recién nombrada reina del cielo? La más pura humildad, el más amable sentimiento de modestia ante el don de un gran honor inmerecido, así como una dicha inconcebible e inconmensurable se pintaban en sus rasgos, tanto cuando expresaba sus propios sentimientos como cuando trataba de producir la idea que tenía del papel que representaba.

A Carlota le causó gran placer aquella hermosa imagen, pero lo que más la emocionó fue el niño. Sus ojos se llenaban de lágrimas y se imaginaba vívidamente que pronto podía esperar tener en su regazo a un ser semejante y tan amoroso.

Habían vuelto a bajar el telón, en parte para darle un respiro a los figurantes, en parte para introducir un pequeño cambio en lo representado. El artista se había propuesto convertir aquel primer cuadro de humildad y de noche en una imagen de gloria y de día y, con esa intención, había preparado por todos los lados una intensa iluminación que fue encendida durante aquel entreacto.

Hasta aquel momento Otilia había guardado toda su calma en aquella situación semiteatral confortada por la seguridad de que exceptuando a Carlota y a algunos habituales de la casa nadie había

visto aquella piadosa mascarada artística. Por eso, se sintió bastante apurada cuando se enteró de que durante el entreacto había llegado un forastero que había sido recibido afectuosamente por Carlota en la sala. Nadie le supo decir de quién se trataba. Se resignó a no saberlo para no causar ningún trastorno. Las velas y lámparas brillaron y una luminosidad infinita la envolvió. Se alzó el telón y los espectadores pudieron ver un espectáculo sorprendente: la imagen era toda luz y en lugar de las sombras, que habían desaparecido por completo, sólo quedaban los colores que, debido a su afortunada elección, procuraban una dulce paz. Mirando a través de sus largas pestañas Otilia pudo ver una figura masculina sentada al lado de Carlota. No la reconoció, pero le pareció escuchar la voz del asistente del pensionado. Le invadió una extraña sensación. ¡Qué de cosas habían ocurrido desde que no había vuelto a escuchar la voz de aquel fiel maestro! Como en un zigzag vertiginoso fue pasando a toda prisa por su alma la sucesión de sus penas y alegrías *y* le asaltó la pregunta: «¿Podrás admitir *y* confesarle todo lo sucedido? ¡Cuán poco digna eres de mostrarte a él bajo la apariencia de esta sagrada figura y qué extraña sensación le debe causar verte bajo esta máscara, a ti, a quien siempre ha visto con tu aspecto natural!». Con una celeridad incomparable los sentimientos y las reflexiones se sucedían y entremezclaban en su fuero interno. Sentía el corazón oprimido, sus ojos se llenaban de lágrimas mientras se esforzaba en seguir manteniendo su aspecto de figura inmóvil; ¡y cuánto contento sintió cuando el bebé empezó a moverse y el artista se vio obligado a dar la señal para que volvieran a bajar el telón!

Si en los últimos instantes al penoso sentimiento de no poder correr al encuentro del amigo querido se habían sumado todas las otras sensaciones, ahora Otilia se sentía todavía más confundida. ¿Debía salir a saludarle con aquellas ropas y adornos extraños? ¿Sería preferible que se cambiara? No se paró a pensar más, hizo lo último y en el entretiempo trató de serenarse y recuperar el dominio de sí misma, apenas había terminado de recuperar el equilibrio acostumbrado cuando por fin salió a saludar al recién llegado vestida con su ropa habitual.

Capítulo 7

Como el arquitecto sólo deseaba lo mejor para sus protectoras, y puesto que finalmente tenía que irse, le resultó muy grato saber que las dejaba en la excelente compañía del estimado asistente. Pero, al mismo tiempo, en la medida en que le gustaba pensar que el trato favorable de las damas sólo iba dirigido a él, sintió cierto dolor al verse tan pronto y, según le parecía a su modesto entender, tan excelente y completamente sustituido en el favor de ellas. Hasta entonces siempre

había vacilado, pero ahora sentía urgencia por marchar. Porque lo que no podía evitar que ocurriera tras su partida, por lo menos no quería tener que vivirlo mientras estuviera presente.

Con el fin de disipar en buena medida esos sentimientos melancólicos, las mujeres le regalaron a modo de despedida un chaleco que él les había visto tejer durante mucho tiempo sintiendo secreta envidia del dichoso desconocido al que le caería en suerte algún día. Un presente de este tipo es el más agradable que puede recibir un hombre amante y respetuoso, pues cuando recuerda el juego incansable de los hermosos dedos no puede dejar de sentirse halagado pensando que el corazón no pudo permanecer ajeno del todo a un trabajo tan laborioso.

Las mujeres contaban ahora con un nuevo huésped al que atender, al que tenían afecto y al que deseaban que se sintiera a gusto en su casa. El sexo femenino esconde un interés propio e inalterable en el ámbito íntimo del que nada en el mundo le puede apartar mientras, por el contrario, en las relaciones sociales externas se deja determinar gustosa y fácilmente por el hombre que le interesa en ese preciso momento. Y, así, mostrándose acogedoras o rechazando, por medio de la obstinación o la condescendencia, son ellas las que en realidad llevan la batuta, ejerciendo un dominio al que ningún hombre osaría sustraerse en el mundo educado.

Si el arquitecto, prácticamente a su libre gusto y capricho, había ejercido y mostrado sus talentos ante sus amigas con el fin de deleitarlas y de servir a sus intereses, si las ocupaciones y las distracciones de la casa se habían orientado de acuerdo con ese propósito, ahora, y en poco tiempo, la presencia del asistente introdujo un nuevo estilo de vida. El principal don de éste consistía en hablar bien y en tratar en la conversación de las relaciones humanas, particularmente de todo lo que afecta a la formación de los jóvenes. Y, por eso, surgió un contraste bastante notable con el anterior modo de vida, sobre todo porque el asistente no se mostró muy de acuerdo con las actividades que habían constituido el pasatiempo casi exclusivo hasta aquel momento.

Del cuadro vivo que le había acogido justo en el momento de su llegada no dijo ni palabra. Pero, por el contrario, cuando le mostraron con gran satisfacción la iglesia, la capilla y todo lo que a ellas se refería, no pudo guardarse más tiempo su opinión y sentimientos al respecto.

-Por lo que a mí toca -dijo-, no me gusta en absoluto esa aproximación, esa mezcla de lo sagrado y lo sensible, ni tampoco que se dediquen, consagren y adornen ciertos lugares concretos como si sólo allí se pudiera albergar y mantener un sentimiento de piedad. No hay ningún ambiente, ni siquiera el más común, que deba estorbar en

nosotros el sentimiento de lo divino, que puede acompañarnos a todas par*tes y* consagrar cualquier lugar como templo. Me encantaría ver que se celebra un servicio divino en la sala que se suele usar para comer, reunirse con amigos o divertirse con juegos y bailes. Lo más elevado, lo que es mejor en el hombre, carece de forma y hay que guardarse de querer darle otra forma que no sea la de una noble acción.

Carlota, que ya conocía sus ideas a grandes rasgos y que tuvo oportunidad para estudiarlas más a fondo en poco tiempo, pronto le dio la oportunidad de mostrarse activo en el que era su campo de especialidad, haciendo que desfilara delante de él en la sala su equipo de niños jardineros, al que el arquitecto acababa de pasar revista antes de su partida. Con su uniforme limpio y alegre, movimientos acompasados y un aspecto natural y vivo, los niños se mostraron bajo la luz más favorable. El asistente los examinó a su manera y por medio de algunas preguntas y otros recursos del lenguaje pronto sacó a relucir las capacidades y modos de ser de cada niño y la verdad es que, casi sin sentir y en menos de una hora, los había analizado e instruido convenientemente.

-¿Cómo consigue hacer eso? -dijo Carlota, mientras los niños se retiraban-. He escuchado con mucha atención; no se han dicho sino cosas conocidas y, sin embargo, yo no sabría cómo arreglármelas si tuviera que exponerlas en tan poco tiempo y sin perder el hilo en medio de tantos dimes y diretes.

-Quizás -contestó el asistente- cada uno debería guardar el secreto de los recursos de su oficio. Pero no le quiero ocultar una máxima muy sencilla con la que usted puede lograr esto y mucho más. Tome usted un objeto, una materia, un concepto o como usted quiera llamarlo. Apréselo con fuerza. Trate de aclararlo con toda precisión para usted misma en su interior y entonces le resultará muy fácil en el transcurso de una conversación con un grupo de niños enterarse de lo que ya han asimilado y de lo que todavía hay que estimular y enseñar. Por muy inadecuadas que sean las respuestas que obtiene a sus preguntas, por mucho que se alejen de la meta, si las réplicas que usted hace vuelven a introducir espíritu y sentido, si usted no se deja apartar de su punto de vista, al final los niños, convencidos, pensarán y entenderán únicamente lo que quiere el maestro y tal como él lo quiere. El mayor error del maestro es dejarse arrastrar por sus discípulos lejos del asunto, es no saber mantenerlos bien atados al punto que se está tratando en ese momento. Haga pronto un ensayo y verá cómo le resulta útil y entretenido.

-Esto sí que tiene gracia -dijo Carlota-, así que la buena pedagogía predica justo lo contrario que las buenas maneras. En el mundo social no está bien visto detenerse mucho en nada, mientras en la enseñanza

parece que el mandamiento supremo es trabajar contra todo tipo de distracción.

-El mejor lema para la enseñanza y para la vida sería la variedad sin dispersión si ese equilibrio digno de alabanza fuera fácil de mantener -exclamó el asistente y ya se disponía a seguir su discurso cuando Carlota le rogó que volviera a fijarse otra vez en los niños, cuya alegre procesión se movía en aquel momento por el patio. Él mostró su satisfacción por el hecho de que obligaran a los niños a ir de uniforme-. Los hombres -dijo- deberían llevar uniforme desde su juventud, porque tienen que habituarse a actuar juntos, a perderse entre sus iguales, a obedecer en masa y trabajar para el conjunto. Además, cualquier uniforme del tipo que sea fomenta un espíritu militar y una conducta más sobria y estricta, aparte de que todos los chicos son soldados de nacimiento, basta ver cómo juegan a batallas y peleas, asaltos y escaladas.

-En cambio espero que no me reproche que no obligue a mis niñas a ir de uniforme -dijo Otilia-. Cuando se las presente, confío que le agrade ver esa mezcolanza de vivos colores.

-Lo apruebo sobremanera -replicó él-. Las mujeres deberían vestirse del modo más variado posible, cada una de acuerdo con su estilo y su modo de ser, a fin de que cada una aprendiera a darse cuenta de lo que realmente le sienta y le va bien. Además, hay otra razón más importante y es que están destinadas a estar y a actuar solas durante toda su vida.

-Eso sí que me parece paradójico -repuso Carlota-. ¡Si casi nunca podemos dedicarnos a nosotras mismas!

-¡Pues es así! -insistió el asistente-. Por lo menos, en relación con las demás mujeres no cabe la menor duda. Da igual que pensemos en una mujer en calidad de amante, novia, esposa, ama de casa o madre, en cualquier caso siempre está aislada, siempre está sola y quiere estarlo. Hasta la más vanidosa se encuentra en este caso. Cada mujer excluye a las otras mujeres por su naturaleza, porque se le exige a cada una de ellas lo que le corresponde dar a todo su sexo. Con los hombres no pasa eso. Un hombre pide otro hombre; si no lo hubiera, inventaría un segundo hombre. Sin embargo, una mujer podría vivir toda una eternidad sin pensar en producir a otra semejante.

-Basta con decir una verdad de manera inusual -dijo Carlota- para que lo inusual acabe pareciendo verdad. Vamos a quedarnos con lo mejor de sus reflexiones, pero en tanto que mujeres seguiremos uniéndonos con otras mujeres y actuando juntas a fin de no dejarles a los hombres demasiada ventaja sobre nosotras. Es más, espero que no le parezca mal si a partir de ahora sentimos de manera más acentuada una pequeña alegría maligna cada vez que percibamos que los hombres tampoco se entienden particularmente bien entre ellos.

Con extrema delicadeza aquel hombre inteligente trató de enterarse de qué manera trataba Otilia a sus pequeñas discípulas y cuando lo supo manifestó su más decidida aprobación.

-Hace usted muy bien -dijo- orientando a sus alumnas únicamente hacia aquello que les puede resultar inmediatamente útil. La limpieza consigue que los niños le tomen gusto a cuidar de sí mismos y la victoria es segura cuando se logra estimularlos para que hagan todo lo que hacen con alegría y orgullo.

Por lo demás, para su gran satisfacción, también pudo comprobar que no se hacía nada sólo por las apariencias y para lo externo, sino todo para el interior y las necesidades indispensables.

-Si alguien tuviera oídos para escucharlas –exclamó- ¡qué pocas palabras harían falta para expresar en qué consiste la educación entera!

-¿No quiere intentarlo conmigo? -preguntó Otilia amistosamente.

-Con mucho gusto -respondió él-. Pero no me traicione: basta con educar a los niños para servidores y a las niñas para madres y todo irá bien en todas partes.

-Lo de para madres -replicó Otilia- es algo que todavía podrían aceptar las mujeres, puesto que aunque no sean madres siempre se las acaban arreglando para tener que cuidar de alguien, pero nuestros jóvenes se consideran demasiado importantes como para ser educados para criados y basta con mirarlos para darse cuenta de que cada uno de ellos se cree que está más capacitado para mandar que para servir.

-Por eso mismo no les diremos nada -dijo el asistente-. Uno entra en la vida prometiéndose lo mejor, pero después la vida no nos cumple muchas promesas. ¿Y cuántas personas son capaces de admitir abiertamente lo que al final no les queda más remedio que aceptar? ¡Pero dejemos estas reflexiones, puesto que no nos conciernen!

»La considero afortunada por haber podido utilizar con sus pupilas el método adecuado. Cuando sus niñas más pequeñas juegan con muñecas y se entretienen cosiéndoles unos trapos; cuando sus hermanas mayores cuidan a las pequeñas y la casa se sirve y funciona por sí misma, el paso que falta para entrar en la vida ya no es tan grande y una muchacha como ésta encontrará en su marido lo que ha perdido al dejar a sus padres.

»Pero en las clases sociales cultivadas la tarea es más compleja. Tenemos que tener en cuenta condiciones superiores, más finas *y* delicadas y sobre todo relaciones sociales. Por eso, a nosotros nos toca educar también a nuestros alumnos para lo externo; al hacerlo, es necesario; indispensable y muy conveniente no sobrepasar la medida justa, porque convencidos de formar a nuestros pupilos para un círculo más amplio lo que hacemos es empujarlos fuera de los límites

perdiendo de vista lo que exige su naturaleza íntima. Éste es el problema que los educadores resuelven o fallan.

»Me siento invadido de temor cuando veo muchas de las cosas con que cargamos a nuestras alumnas en el pensionado, porque la experiencia me dice cuán poco las van a usar en el futuro. ¡Qué no quedará borrado de inmediato en cuanto una mujer se convierte en ama de casa y madre!

»Y, sin embargo, puesto que me he entregado de una vez por todas a este oficio, no puedo renunciar al piadoso deseo de lograr algún día, con la ayuda de una fiel colaboradora, desarrollar únicamente en mis alumnas aquello que van a precisar cuando entren en el terreno de su vida activa e independiente; de poder llegar a decirme: a este respecto su formación está acabada. Aunque es verdad que nosotros mismos o, cuando menos, las circunstancias, hacemos que se inicie otra nueva casi cada año de nuestra vida.

¡Qué cierta le pareció a Otilia esta observación! ¿Acaso una pasión inopinada no había educado en ella un sinfín de aspectos el año anterior? ¿Acaso no veía cernirse ante sus ojos un sinfín de pruebas en cuanto miraba al futuro inmediato o próximo?

El joven no había hablado sin intención de una colaboradora, de una esposa; pues a pesar de su modestia no podía dejar de insinuar sus intenciones aunque fuera de un modo muy disimulado. Es más, algunas circunstancias e incidencias le habían animado a intentar dar algún paso hacia su objetivo en el transcurso de aquella visita.

La directora del pensionado empezaba a estar entrada en años. Hacía tiempo que buscaba entre sus colaboradores y colaboradoras a una persona que pudiera ser su socia legal y, finalmente, le había propuesto al asistente, en quien tenía buenos motivos para confiar, que dirigiera la institución con ella, que actuara en todo momento como si el internado también fuera suyo y que se considerara como su heredero y único propietario a su muerte. El asunto principal parecía consistir en que encontrase una esposa que se mostrase de acuerdo con él. Sus ojos y su corazón guardaban silenciosamente la imagen de Otilia. Pero habían surgido algunas dudas, a las que ciertos acontecimientos favorables habían servido nuevamente de contrapeso. Luciana había abandonado el internado y Otilia podía regresar con más libertad; de su relación con Eduardo algo había oído, pero se lo había tomado con indiferencia como se solía tomar ese género de cosas y hasta pensando que esa incidencia podía contribuir a que Otilia regresase al internado. Sin embargo, no se habría atrevido a dar ningún paso, no habría tomado ninguna determinación, si una visita inesperada no hubiera dado también en este caso un impulso decisivo, pues es verdad que cuando irrumpe alguna persona importante en cualquier círculo siempre resulta de ello alguna consecuencia.

El conde y la baronesa, que se encontraban a menudo en situación de tener que proporcionar información sobre la calidad de distintos internados, ya que la mayoría de los padres se encuentran en apuros cuando tienen que decidir sobre la educación de sus hijos, se habían propuesto conocer precisamente éste, del que habían oído hablar muy bien y, además, dado su nuevo vínculo, podían emprender juntos esa investigación. Pero la baronesa albergaba también otras intenciones. Durante su última estancia en casa de Carlota había hablado largamente con ésta de todo lo referente a Eduardo y Otilia. La baronesa insistía en que había que alejar a Otilia. Trataba de infundirle ánimos en este sentido a Carlota, la cual seguía sintiendo miedo de las amenazas de Eduardo. Examinaron los distintos expedientes posibles y al hablar del pensionado también salieron a relucir los sentimientos del asistente, lo que acabó de decidir a la baronesa para llevar a cabo la visita planeada.

Por fin, llega al pensionado, conoce al asistente, inspeccionan juntos la institución y hablan de Otilia. Incluso el conde habla de ella con agrado, porque ha podido conocerla más a fondo en la última visita. En efecto, Otilia se había aproximado al conde, hasta se puede decir que se había sentido atraída por él, porque creía ver y reconocer en su interesante conversación todo lo que hasta ahora le había permanecido ignorado. Y del mismo modo que cuando trataba con Eduardo se olvidaba del mundo, al tratar con el conde sentía que el mundo le parecía deseable por primera vez. Toda atracción es recíproca. El conde sintió tanto afecto por Otilia, que le gustaba mirarla como a una hija. También por este motivo, y esta segunda vez más que la primera, Otilia se atravesaba en el camino de la baronesa. ¡Quién sabe lo que ésta hubiera sido capaz de tramar contra aquella cuando su pasión todavía estaba muy viva! Pero ahora se conformaba con volverla un poco más inofensiva para las mujeres casadas por medio de un matrimonio.

Por eso animó con éxito al asistente, de modo discreto pero eficaz, para que emprendiera una pequeña excursión al castillo que debía aproximarle a los que eran sus planes y deseos, los cuales éste había revelado de buena gana a la dama.

Así pues, contando con la total aprobación de la directora, emprendió el viaje alimentando en su alma las mejores esperanzas. Sabe que Otilia no le es desfavorable y, si bien existe entre ellos cierta desigualdad de clase, el modo de pensar de la época puede obviarla fácilmente. Además, la baronesa también le ha hecho ver que Otilia siempre seguirá siendo una chica pobre. Estar emparentada con una casa rica no le sirve a nadie de ayuda, le había explicado, porque aun con la mayor de las fortunas nadie sería capaz de sustraerle con buena conciencia una suma considerable a aquellos que por su grado de

parentesco más próximo tienen un derecho más completo a obtener todas las riquezas y propiedades. Y lo cierto es que resulta curioso que la gente utilice tan pocas veces su prerrogativa a seguir disponiendo de sus bienes después de su muerte para favorecer a sus predilectos y, por el contrario, parece que por respeto a la tradición, se limite a favorecer a aquellos que de todas maneras heredarían su fortuna aunque no se hubiera manifestado ninguna voluntad expresa.

Durante el viaje los sentimientos del asistente le ponían exactamente al mismo nivel que Otilia. Sus esperanzas le auguraban una buena acogida. Y, si bien es verdad que no encontró a Otilia tan abierta con él como antaño, también la vio más madura, mejor formada, y en cierto sentido, mucho más comunicativa de lo que él la había conocido. Le dejaron tomar parte en varios asuntos, sobre todo en los que guardaban relación con su profesión, lo que era una buena muestra de confianza. Pero, a pesar de todo, cuando quería aproximarse a su objetivo una cierta timidez interna le acababa echando atrás.

Sin embargo, un día Carlota le dio ocasión para hacerlo al preguntarle lo siguiente en presencia de Otilia:

-Bien, ahora ya ha podido examinar usted con detalle todo lo que me rodea; ¿qué me dice de Otilia? Pienso que bien puede decirlo delante de ella.

El asistente supo decir con mucha finura y manteniendo una expresión tranquila que en lo tocante a una actitud más desenvuelta, a una mayor facilidad para comunicarse, a una observación más acertada de las cosas del mundo, que se hacía ver más en sus actos que en sus palabras, la encontraba transformada muy a su favor, pero que sin embargo él opinaba que le sería muy útil regresar durante algún tiempo al internado a fin de apropiarse de modo más profundo y ya para siempre de esas cosas que el mundo sólo va dando a pedazos, antes para confundirnos que para contentarnos y con frecuencia demasiado tarde. No quería extenderse más sobre ese asunto; la propia Otilia sabía mejor que nadie a qué serie de lecciones que guardaban una profunda conexión interna había sido arrancada entonces.

Otilia no podía negar aquello. Pero tampoco podía confesar lo que sentía por dentro al oír aquellas palabras, porque era algo que ella misma apenas sabía explicar. Nada le parecía inconexo en el mundo cuando pensaba en el hombre amado, ni entendía tampoco cómo sin él podía existir algo que guardara todavía alguna conexión.

Carlota contestó a la proposición con afable prudencia. Dijo que tanto ella como Otilia habían deseado desde hacía mucho tiempo un regreso al pensionado. Pero en aquel momento le era imprescindible la presencia de una amiga y ayudante tan querida; sin embargo, más

adelante no pensaba poner ningún obstáculo si Otilia seguía deseando regresar allí de nuevo todo el tiempo que le fuera necesario para terminar lo que había empezado y aprender a fondo las lecciones interrumpidas.

El asistente acogió con alegría ese ofrecimiento. Otilia no podía objetar nada, aunque sólo de pensarlo se sentía temblar. Carlota, por su parte, sólo pretendía ganar tiempo; albergaba la esperanza de que, cuando fuera un feliz padre, Eduardo volvería a encontrarse a sí mismo y ella podría recuperarlo y, entonces, estaba convencida de que todo volvería a su cauce y también podrían resolver de algún modo la situación de Otilia.

Después de una conversación importante que da qué pensar a todos los que participan en ella, suele sucederse una parálisis que se asemeja a una perplejidad general. Iban de un lado a otro de la sala; el asistente hojeaba unos libros y acabó tropezando con el volumen que todavía había quedado abandonado por allí desde los tiempos de Luciana. Cuando vio que sólo contenía imágenes de simios lo volvió a cerrar en el acto. Sin embargo, ese pequeño incidente debió dar lugar a una conversación de la que encontramos huellas en el diario de Otilia.

Del diario de Otilia

¿Cómo puede ser capaz alguien de poner tanto cuidado en dibujar a esos monos asquerosos? Uno ya se rebaja cuando los contempla sólo como animales; pero es una auténtica maldad entregarse al placer de buscar bajo esa máscara a personas conocidas.

Sin duda hace falta un cierto punto de deformación para entretenerse alegremente con caricaturas y dibujos grotescos. Tengo que agradecer a nuestro buen auxiliar que no me haya torturado nunca con historia natural; nunca fui capaz de soportar a los gusanos y escarabajos.

Esta vez me confesó que a él le pasa lo mismo. «De la naturaleza -me dijo- no deberíamos conocer más que las cosas vivas que nos rodean en el entorno inmediato. Con los árboles que florecen, germinan y dan fruto a nuestro alrededor; con todos esos arbustos ante los que pasamos de largo, con cada brizna de hierba sobre la que caminamos guardamos una verdadera relación: ellos son nuestros auténticos compatriotas. Los pájaros que dan saltitos de rama en rama en nuestros árboles y que cantan en nuestro follaje nos pertenecen, nos hablan desde niños y aprendemos a comprender su lenguaje. Hay que preguntarse si cualquier criatura extraña arrancada a su medio habitual no produce sobre nosotros una cierta sensación de miedo que sólo se reduce por la fuerza de la costumbre. La verdad, es que hace

falta llevar una vida muy ruidosa y abigarrada para poder soportar a nuestro alrededor a monos, papagayos o negros.»

A veces, cuando he sentido un deseo curioso de todas esas aventuras y cosas raras he envidiado al viajero que contempla todas esas maravillas en relación viva y cotidiana con otras maravillas. Pero él también se convierte en otro hombre. Nadie puede caminar impunemente bajo las palmeras y no cabe duda de que el modo de pensar se transforma en una tierra en la que elefantes y tigres están en su casa.

Sólo el investigador naturalista es digno de respeto, porque es capaz de pintarnos y representarnos lo más extraño y raro en medio de su entorno habitual, con todo lo que le acompaña, y siempre en su elemento más propio. ¡Cuánto me gustaría, aunque sólo fuera una vez, poder escuchar a Humboldt narrando sus relatos!

Un laboratorio de historia natural nos puede parecer una tumba egipcia en la que vemos embalsamados por todas partes a los distintos ídolos animales y vegetales. Ciertamente está bien que sea una casta sacerdotal la que se ocupe de estas cosas en una penumbra misteriosa, pero en la enseñanza general no debería entrar todo esto, aún menos por cuanto por culpa de ello se descuida con facilidad algo más próximo y más digno.

Un maestro capaz de despertar nuestra sensibilidad a una única buena acción, a un único buen poema, hace mucho más que uno que se limita a transmitirnos un montón de series bien ordenadas según su nombre y su forma de criaturas naturales inferiores, pues el resultado de todo esto es algo que ya podíamos saber sin más: que el hombre es el que lleva en sí del modo más excelente y único la imagen de la divinidad.

Cada uno es libre de ocuparse de lo que más le atrae, de lo que le causa alegría o le parece más útil, pero el auténtico estudio de la humanidad es el ser humano.

Capítulo 8

Hay pocas personas capaces de ocuparse de lo que acaba de pasar. O bien lo presente nos retiene violentamente o bien nos perdemos en el pasado remoto y buscamos la manera de restablecer y evocar, hasta donde es posible, lo que ya está completamente perdido. Hasta en las familias grandes y adineradas, que tienen una enorme deuda con sus antepasados, se acostumbra pensar más en el abuelo que en el padre.

Éstas son las reflexiones que se le ocurrieron a nuestro asistente uno de esos hermosos días en que el invierno, que *ya se* despide, se quiere hacer pasar por primavera, *y* en el que él paseaba por el

inmenso y viejo parque del castillo admirando las esbeltas avenidas de tilos y las ordenadas plantaciones geométricas de tiempos del padre de Eduardo. Habían prosperado admirablemente de acuerdo con la intención del que las ideó, pero ahora que por fin se podía disfrutar de ellas y admirarlas nadie hablaba ya de eso; apenas se las visitaba y el capricho y las inversiones se habían orientado hacia otro lugar más libre y lejano.

Al volver a casa le comentó sus pensamientos a Carlota, que no se los tomó a mal.

-Mientras la vida nos arrastra hacia adelante -repuso ella-, creemos que actuamos movidos por nuestro propio impulso; creemos que elegimos nuestra actividad y nuestras aficiones, pero la verdad es que, si vamos a mirarlo de más cerca, no son más que los designios y las tendencias de la época lo que nos vemos obligados a ejecutar.

-Cierto -dijo el asistente-, y ¿quién es capaz de resistir a la corriente que le rodea? El tiempo siempre camina y con él los modos de pensar, las opiniones, prejuicios, aficiones y manías. Si la juventud de un hijo cae justo en un momento de cambio, ya puede uno estar seguro de que no tendrá nada en común con su padre. Si éste vivió en un período en que gustaba adquirir algo, hacerse dueño de una propiedad y asegurarla, delimitarla, encerrarla dentro de unos moldes reducidos y hacer aún más firme su deleite apartándose del mundo, aquél seguro que tratará de extenderse, desbordarse, ampliarse y acabar abriendo lo que estaba cerrado.

-Hay épocas enteras -replicó Carlota- que son iguales a ese padre y ese hijo que usted ha descrito. Apenas si podemos hacernos ya una idea de aquella época en que cada ciudad, por pequeña que fuera, tenía que tener sus murallas y sus fosos, en que toda mansión nobiliaria se elevaba en medio de un pantano y los castillos más insignificantes sólo eran accesibles a través de un puente levadizo. Ahora, incluso las ciudades grandes están echando abajo sus muros, se rellenan los fosos hasta de los palacios de los príncipes, las ciudades ya no parecen más que enormes aldeas y cuando va uno de viaje y ve eso casi podría creer que la paz universal está asegurada y que la edad de oro ya está a nuestras puertas. Ya nadie se siente a gusto en un jardín que no se asemeje al campo abierto; ya nada puede recordar algún tipo de artificio ni de constricción; todos queremos respirar libremente y sin condiciones. ¿Se puede usted imaginar, amigo mío, que pudiéramos retroceder desde esta situación a la anterior?

-¿Por qué no? -contestó el asistente-; toda época tiene sus desventajas, tanto la que restringe como la libre. La segunda presupone la superabundancia y conduce al despilfarro. Permítame considerar su ejemplo, que es bastante llamativo. En cuanto aparece

la escasez, vuelve a entrar en escena la autorrestricción. Personas que se ven obligadas a explotar sus tierras y sus fincas vuelven a rodear de muros sus jardines para asegurar mejor su producción. Poco a poco de ahí se sigue una nueva manera de ver las cosas. Lo útil vuelve a conquistar el primer puesto y al final hasta los ricos acaban pensando que tienen que sacarle rendimiento a todo. Créame usted, es posible que su hijo descuide todos los arreglos de su parque y vuelva a atrincherarse tras las graves murallas o bajo los altos tilos que levantó su abuelo.

Carlota se alegró en secreto al oír que le auguraban un va*rón* y por eso le perdonó al asistente su profecía, un tanto desagradable, de lo que le ocurriría un día a su querido y hermoso parque. Por eso, replicó del modo más afectuoso:

-Ni usted ni yo tenemos una edad tan avanzada como para haber vivido varias veces en nuestra propia carne tamañas contradicciones; sin embargo, cuando se pone uno a recordar los tiempos de la primera juventud, cuando uno se acuerda de los lamentos escuchados a las personas mayores y vuelve a ver aquellos campos y ciudades, es verdad que no parece posible objetar nada a lo que usted dice. ¿Pero no habría que hacer algo contra ese curso natural de las cosas? ¿No se podría tratar de conciliar al padre *y* al hijo *y* en general a los padres y a sus hijos? Usted acaba de anunciarme amablemente un hijo varón; ¿tendrá que estar necesariamente en contradicción con su padre? ¿Tendrá que destruir lo que sus padres han construido en lugar de completarlo y embellecerlo prosiguiendo en la misma dirección?

-Claro que hay un remedio para evitar eso -contestó el asistente- pero muy pocas personas lo aplican. Que el padre convierta a su hijo en copropietario, que le deje construir y plantar con él y que le permita, como a él mismo, una cierta dosis de capricho y arbitrariedad inofensivos. Una actividad se puede entretejer fácilmente con otra, pero lo que no se puede hacer es tratar de añadirle fragmentos de una a otra. Una rama joven se puede injertar fácil y gustosamente en un tronco viejo al que sin embargo ya no se puede añadir de ningún modo una rama crecida.

Como sentía que estaba obligado a emprender ya la partida, el asistente se alegró de haber tenido ocasión de decirle algo agradable a Carlota antes de marchar, para que de ese modo su situación allí quedara asentada sobre las bases más favorables. Ya hacía demasiado tiempo que estaba fuera de casa, pero no se había podido determinar a partir hasta estar completamente convencido de que tenía que dejar pasar el cercano parto de Carlota antes de poder esperar alguna decisión cualquiera en relación con Otilia. Por fin, se amoldó a las circunstancias *y* con esas expectativas *y* esperanzas regresó junto a la directora.

El parto de Carlota ya estaba próximo. Se quedaba más tiempo en sus habitaciones. Las mujeres que se habían reunido en torno de ella constituían su compañía más íntima. Otilia se encargaba de la marcha de la casa sin permitirse casi pensar en lo que hacía. Se había resignado por completo; deseaba continuar sirviendo de la mejor manera a Carlota, al niño, a Eduardo, aunque no sabía cómo sería eso posible. Lo único que podía salvarla de la confusión más completa era seguir cumpliendo cada día con su deber.

Un hijo vino felizmente al mundo y las mujeres aseguraron unánimemente que era el vivo retrato de su padre. Sólo Otilia fue incapaz de mostrarse de acuerdo en su fuero interno cuando fue a darle la enhorabuena a la parturienta y a abrazar al niño con todo su corazón. En cuanto a Carlota, ya en el momento de los preparativos para la boda de su hija la ausencia del marido le había resultado muy penosa y ahora tampoco iba a estar el padre en el nacimiento de su hijo, tampoco iba a elegir el nombre con el que le llamarían más adelante.

El primer amigo que se dejó caer por la casa para dar la enhorabuena fue Mittler, que había dejado encargados a unos emisarios de que le avisaran en cuanto se produjera el acontecimiento. Irrumpió allí encantado, mostrándose completamente a sus anchas. Apenas si era capaz de ocultar su triunfo en presencia de Otilia y a Carlota se lo expresó de viva voz. Era precisamente el hombre adecuado para echar a un lado todas las preocupaciones y eliminar los posibles obstáculos. En su opinión, no se podía retrasar el bautizo. El anciano sacerdote, que ya tenía un pie en la tumba, anudaría con su bendición el pasado y el futuro: el niño se llamaría Otto; no podía llevar otro nombre más que el del padre y el amigo.

Fue necesaria toda la decidida insistencia, casi impertinencia, de aquel hombre, para zanjar de una vez aquella cuestión y echar por tierra los cientos de reparos, objeciones, dudas, vacilaciones, argumentos de esos que siempre lo saben todo mejor o de otra manera, y las inquietudes, opiniones, nuevas opiniones y rectificaciones, porque normalmente en estos casos, cada vez que se elimina una objeción, vuelven a aparecer otras tantas y por querer quedar bien con todo el mundo y tener a todos en cuenta, al final es imposible no acabar hiriendo alguna susceptibilidad.

Mittler se hizo cargo de todos los avisos e invitaciones para el bautizo; tenían que estar listos enseguida, porque él mismo estaba muy interesado en dar a conocer al resto del mundo, muchas veces malintencionado y otras maldiciente, una dicha que consideraba tan importante para la familia. Porque, efectivamente, los acontecimientos apasionados que allí habían tenido lugar no habían pasado desapercibidos para el público, el cual, por otra parte, vive siempre

convencido de que todo lo que ocurre sucede únicamente para que él tenga algo de qué hablar.

La ceremonia del bautizo debía ser digna, pero breve y para un número muy reducido. Se reunieron; Otilia y Mittler eran los padrinos encargados de sostener al niño. El viejo sacerdote, ayudado por el sacristán, avanzó hacia ellos con paso lento. Una vez concluida la oración, depositaron al niño en brazos de Otilia y cuando ella bajó la vista hacia él con afecto, se asustó no poco al ver sus ojos abiertos, pues creyó estar contemplando los suyos propios. Un parecido tan total debería haber sorprendido a todos. Mittler, que fue el siguiente en recibir al niño, también se sorprendió sobremanera al observar en la forma de su cara un parecido tan chocante, en este caso con el capitán, pues nunca le había ocurrido nada igual.

La debilidad del anciano y bondadoso sacerdote le había impedido acompañar la ceremonia del bautizo con algo más que la liturgia habitual. Pero Mittler, imbuido del sentimiento de las circunstancias, y acordándose de sus viejas funciones, supo enseguida cómo tenía que actuar y hablar, lo que ya era habitual en su modo de ser. Esta vez aún le resultaba más difícil contenerse, puesto que sólo le rodeaba un pequeño grupo de amigos. Así que, hacia el final del acto empezó a ponerse con toda naturalidad en el lugar del sacerdote y a expresar en voz alta con mucha animación cuáles eran sus deberes y esperanzas como padrino, alargándose aún más por cuanto creía ver la satisfacción expresada en el rostro de Carlota.

Al satisfecho orador se le escapó advertir que al buen anciano le habría gustado sentarse y todavía se le pasó menos por la cabeza que estaba a punto de provocar un daño mucho mayor, así que después de describir con mucho énfasis la relación de cada uno de los presentes con el niño, poniendo con ello a dura prueba la capacidad de dominio de Otilia, terminó volviéndose hacia el viejo sacerdote con estas palabras:

-Y usted, digno patriarca, ya puede decir con Simeón: «Señor, deja marchar en paz a tu siervo, porque mis ojos han visto al salvador de esta casa».

Ya estaba a punto de concluir brillantemente, cuando reparó que el anciano, a quien trataba de alargar el niño, aunque al principio parecía que se inclinaba hacia éste, al final acabó cayendo para atrás. A duras penas consiguieron sostenerle en su caída y llevarle hasta un sillón, pero, a pesar de los socorros inmediatos, tuvieron que acabar declarándolo muerto.

Ver y pensar tan próximos el nacimiento y la muerte, el ataúd y la cuna, comprender estos monstruosos contrastes no sólo con la fuerza de la imaginación, sino con los propios ojos, fue tarea penosa para los presentes, sobre todo por la forma tan sorprendente en que había

ocurrido todo. Sólo Otilia contemplaba con una especie de secreta envidia al que acababa de dormirse para siempre conservando su expresión amistosa y afable. Pensaba que la vida de su propia alma había muerto; entonces ¿por qué tenía que seguir viviendo su cuerpo?

Si los tristes acontecimientos de aquel día la llevaban a veces a sumirse en la idea de la fugacidad de las cosas, la separación y la pérdida, a cambio también se le había regalado el consuelo de unas maravillosas apariciones nocturnas que le aseguraban la existencia de su amado y le ayudaban a fortalecer y animar la suya propia. Cuando se metía en la cama por la noche, mientras flotaba todavía en una dulce sensación a medio camino entre el sueño y la vigilia, le parecía como si sus ojos estuvieran contemplando una habitación inundada de claridad a pesar de estar sólo suavemente iluminada. Allí divisaba a Eduardo con toda precisión, pero no vestido como solía cuando estaba con ella, sino con un uniforme guerrero y cada vez en una actitud diferente, aunque siempre absolutamente natural y nada espectral: de pie, caminando, tumbado, a caballo. Aquella figura, nítida hasta en los detalles más mínimos, se movía espontáneamente delante de Otilia sin que ella hiciera nada para conseguirlo, sin que lo quisiera ni tuviera que forzar su imaginación. A veces también lo veía rodeado de otras cosas, sobre todo de algo que se movía y era más oscuro que el fondo luminoso; pero apenas distinguía unas siluetas, que a veces le parecían de personas, caballos, árboles y montañas. Normalmente se adormecía al término de la aparición y cuando volvía a despertar al día siguiente, después de una noche tranquila, se sentía con nuevos ánimos y consolada; estaba convencida de que Eduardo aún vivía, puesto que el más íntimo de los vínculos la seguía uniendo a él de aquel modo.

Capítulo 9

La primavera había llegado, más tarde, pero también más deprisa y alegre que de costumbre. Otilia encontró ahora en el jardín los frutos de su previsión; todo germinaba, todo brotaba y florecía a su debido tiempo; muchas plantas que se habían mantenido protegidas en los invernaderos y en los parterres cubiertos, pudieron salir por fin al encuentro de la naturaleza exterior y sus efectos y todo lo que había que hacer y preparar dejó de ser como hasta entonces un mero esfuerzo rico en esperanzas para convertirse en un auténtico y dichoso deleite.

Pero hubo que consolar al jardinero de algunas bajas que el comportamiento salvaje de Luciana había causado en las macetas de flores, así como de la rota simetría de algunas copas de árbol. Otilia le daba ánimos diciéndole que no tardaría en volver a arreglarse todo

aquello, pero él tenía un sentido demasiado profundo, un concepto demasiado puro de su oficio para que esos consuelos produjeran mucho fruto. Del mismo modo que el jardinero no puede distraerse con otras aficiones y caprichos, así, tampoco se puede interrumpir el curso tranquilo que siguen las plantas para alcanzar su perfección y plenitud, ya sea permanente o pasajera. La planta se asemeja a la persona obstinada, de la que se puede obtener todo si se la trata a su manera. Una observación sosegada, una perseverancia tranquila para llevar a cabo lo propio de cada estación del año y de cada momento es algo que quizás a nadie se le puede pedir en mayor grado que al jardinero.

Aquel buen hombre reunía todas estas cualidades en grado sumo y por eso le gustaba tanto a Otilia trabajar en su compañía, pero desde hacía algún tiempo él ya no era capaz de ejercer a gusto su auténtico talento. En efecto, aunque tenía profundos conocimientos de todo lo referente a los árboles y al huerto y también dominaba el arte de los jardines ornamentales a la antigua usanza, pues en general a cada uno se le da mejor una cosa que otra, es decir, aunque sin duda hubiera podido competir con la propia naturaleza en el cuidado del naranjal, las flores de bulbo, los claveles y las aurículas, aun así, todos estos nuevos árboles ornamentales y flores de moda le seguían resultando ajenos y ante el infinito terreno de la botánica que se abría ante él en aquellos tiempos, y ante todos aquellos nombres bárbaros que zumbaban en sus oídos, sentía una especie de terror que le llenaba de malestar y disgusto. Lo que habían empezado a prescribir sus señores el año anterior ahora le parecía con mayor motivo un gasto inútil y un despilfarro por cuanto había visto cómo se le morían algunas plantas muy costosas y tampoco estaba en muy buenas relaciones con la gente del vivero que, a su entender, no le servían con toda la honradez requerida.

Ante este estado de cosas, y después de varios intentos, se había trazado una especie de plan, al que Otilia le animaba tanto más por cuanto en realidad se basaba en el retorno de Eduardo, *cuya* ausencia en ésta como en tantas otras cosas se dejaba notar cada día de modo más profundo.

Ahora que las plantas echaban cada día más ramas y raíces, Otilia se sentía también más y más atada a aquel lugar. Hacía justo un año que había llegado allí como una extraña, como alguien insignificante. ¡Cuántas cosas había ganado desde entonces! Y, por desgracia, ¡cuántas había vuelto a perder también desde entonces! Nunca había sido tan rica ni tan pobre. Los dos sentimientos alternaban a cada instante en su interior, se entremezclaban en su alma del modo más íntimo, de manera que su único paliativo era entregarse con el mayor interés *y* hasta con pasión a lo más próximo *y* cercano.

Es fácil imaginar que lo que más le atraía y a lo que más cuidados dedicaba era a las cosas favoritas de Eduardo; después de todo ¿por qué no iba a esperar que él volviese pronto en persona y observara con gratitud las atenciones que había dedicado al ausente?

Pero también se le dio ocasión de hacer algo por él de un modo muy distinto. Asumió de manera particular el cuidado del niño, al que podía atender de modo casi exclusivo debido a que habían decidido no entregárselo a ningún ama y criarlo únicamente a base de leche y de agua. En aquella hermosa época del año el niño debía disfrutar del aire libre, de modo que prefería sacarlo fuera ella misma y paseaba a aquel ser dormido e inconsciente entre las flores y capullos que algún día alegrarían sus días de infancia, entre los árbolitos y arbustos que por su juventud parecían destinados a crecer con él. Cuando miraba a su alrededor no se le ocultaba a qué estado de grandeza y fortuna estaba llamado aquel niño, pues casi todo lo que alcanzaba la vista habría de ser suyo algún día. Para eso, ¡cuán deseable era que creciera bajo la mirada de su padre y su madre consolidando una unión dichosamente renovada!

Otilia sentía todo esto de un modo tan nítido que se imaginaba que ya era así de verdad y entonces se olvidaba completamente de sí misma. Bajo aquel cielo claro, a la luz de aquellos luminosos rayos de sol comprendía claramente por primera vez en su vida que para que su amor alcanzase una perfecta consumación tenía que volverse completamente desinteresado. En algunos instantes incluso creía haber alcanzado ya aquella cima. Ya sólo deseaba el bien de su amigo, se juzgaba capaz de renunciar a él, incluso de no volver a verlo nunca, con tal de saberlo dichoso. Pero en cuanto a ella, estaba firmemente decidida a no volver a pertenecer nunca a ningún otro.

Se tomaron las precauciones necesarias para que el otoño fuera tan espléndido como la primavera. Todas las plantas llamadas de verano, todo lo que no puede terminar de echar flores en otoño y sigue desarrollándose intrépidamente en pleno frío, particularmente los ásteres, fueron sembrados con la más rica variedad, para que, al haber sido transplantados un poco por todos los lados, formasen una especie de cielo estrellado sobre la tierra.

Del diario de Otilia

Nos gusta apuntar en nuestro diario un pensamiento interesante que hemos leído o algo que hemos oído y ha llamado nuestra atención. Pero si nos tomáramos la molestia de extraer de las cartas de nuestros amigos las observaciones personales, opiniones originales y frases ingeniosas que dejan caer al azar, aún seríamos mucho más ricos. Guardamos las cartas para no volver a leerlas; finalmente las

destruimos por discreción y de esa manera desaparece de modo irreparable para nosotros y para los demás el más hermoso y más inmediato aliento de vida. Tengo la intención de reparar este descuido.

Una vez más se repite desde el principio el cuento del año. Ya hemos llegado otra vez, ¡gracias a Dios!, a su más hermoso capítulo. Las violetas y lirios silvestres son a modo de adornos y viñetas del mismo. Siempre nos produce la misma sensación agradable volver a entornar estas páginas del libro de la vida.

Reprendemos a los pobres, sobre todo a los pequeños, cuando los vemos tirados por las calles mendigando. ¿Es que no nos damos cuenta de que en cuanto hay algo que hacer se vuelven activos? En cuanto la naturaleza despliega sus amables tesoros, los niños corren tras ellos para sacar algún beneficio. Ya ninguno mendiga: todos te ofrecen un ramo que han recogido antes de que tú despertaras y el que te lo ofrece te mira tan graciosamente como el propio presente. Nadie parece miserable cuando se siente con derecho a exigir.

¿Por qué el año es a veces tan corto, a veces tan largo, por qué parece tan corto, pero tan largo en el recuerdo? Eso es lo que me pasa con el año pasado y en ningún lugar de modo tan llamativo como en el jardín, en donde se entreteje lo perecedero con lo que dura. Y, sin embargo, no hay nada tan pasajero que no deje una huella, que no deje atrás su propia imagen.

También el invierno nos acaba gustando. Parece como si pudiéramos respirar con más libertad cuando los árboles se alzan ante nosotros tan fantasmales y desnudos. No son nada, pero tampoco tapan nada. Cuando por fin aparecen los brotes y capullos, nos entra la impaciencia, hasta que vemos cubierto todo de follaje, hasta que el paisaje entero toma cuerpo y el árbol nos vuelve a oponer su forma.

Todo lo que es perfecto en su género tiene que sobresalir por encima de ese género, tiene que convertirse en algo distinto e incomparable. En algunos sonidos el ruiseñor todavía es un pájaro, pero después se alza por encima de su clase y parece como si quisiera enseñarles a todas las criaturas de plumas qué significa de verdad cantar.

Una vida sin amor, sin la proximidad del amado, no es más que una *comédie a tiroir,* una mala comedia de las que se echan a un cajón. Uno va tirando de los cajones, sacando y guardando una pieza tras otra y volviéndolos a cerrar de nuevo. Todo lo que ocurre en ellas, hasta lo bueno e importante, apenas se sostiene con cierta coherencia. Hay que volver a empezar todo desde el principio y lo que uno querría es acabar de una vez con todo.

Capítulo 10

Carlota, por su parte, se siente fuerte y animada. Disfruta viendo al guapo niño cuya prometedora figura ocupa en todo momento sus ojos y su corazón. Gracias a él, renace en ella un nuevo vínculo con el mundo y con aquellas propiedades. Su antigua actividad despierta de nuevo; dondequiera que mire ve que el último año se han hecho muchas cosas y eso la llena de alegría. Animada por un sentimiento muy particular sube hasta la cabaña de musgo con Otilia y el niño y mientras tumba a éste sobre la mesita como si se tratara de un altar doméstico ve los dos sitios vacíos que allí quedan, recuerda los tiempos pasados y una nueva esperanza para ella y para Otilia renace en su interior.

Sin duda, las jovencitas examinan en secreto y, tal vez con modestia, a tal o cual joven para ver si les gustaría como marido, pero la mujer que tiene a su cargo a una hija o a una pupila dirige sus miradas mucho más lejos. Y esto es lo que le pasaba también ahora a Carlota, a la que ya no le parecía imposible una unión del capitán con Otilia, cuando recordaba la imagen de ambos sentados juntos en aquella cabaña en otros tiempos. No ignoraba que aquel antiguo proyecto de un matrimonio ventajoso para el capitán había quedado sin efecto.

Carlota seguía subiendo y Otilia llevaba al niño mientras la primera se abandonaba a todo tipo de reflexiones. También en tierra firme hay naufragios; salir de ellos con bien y recuperarse pronto es algo muy hermoso y digno de alabanza. Después de todo, la vida no es más que una suma de pérdidas y ganancias. ¿Quién no hace algún proyecto y ve cómo algo se lo arruina? ¡Cuántas veces emprendemos un camino y nos encontramos con algo que nos desvía de él! ¡Cuántas veces hay algo que nos distrae de un objetivo muy claro, pero sólo para alcanzar otro más elevado! Con gran disgusto el viajero advierte que se le ha roto una rueda en el camino, pero gracias a este accidente enojoso tiene ocasión de trabar las más dichosas amistades y relaciones, que después tendrán influencia sobre él toda la vida. El destino va cumpliendo nuestros deseos, pero lo hace a su manera, para poder regalarnos aún más de lo que albergan nuestros simples deseos.

Con estos y otros pensamientos del mismo tenor Carlota llegó por fin a la cumbre donde se alzaba el nuevo edificio, que no hizo sino reafirmarla del todo en lo que venía pensando. En efecto, aquel lugar era todavía mucho más hermoso de lo que uno se podía imaginar. Se había eliminado todo lo que podía molestar o resultar mezquino en el entorno; toda la belleza del paisaje, todo lo que en él habían hecho la naturaleza y el tiempo surgía puramente ante la vista y ya brotaban las jóvenes plantaciones destinadas a colmar algunos vacíos y a unir las partes que habían quedado separadas.

La propia casa ya estaba casi habitable y la vista, sobre todo desde

las habitaciones del piso alto, era de lo más variado. Cuanto más tiempo miraba uno en derredor, más y más cosas hermosas descubría. ¡Qué de efectos tendrían que producir allí las distintas horas del día, el sol y la luna! Resultaba muy apetecible residir en aquel lugar y, como además ya se había terminado toda la parte vasta de la obra, pronto se volvió a despertar el gusto de Carlota por construir y crear. Un ebanista, un tapizador, un pintor capaz de arreglárselas con unos patrones y algunos pocos dorados aquí y allá: eso era lo único que hacía falta y en poco tiempo estuvo rematada la casa. La bodega y la cocina también estuvieron pronto instaladas, porque al estar lejos del castillo resultaba imprescindible almacenar allí todo lo necesario. Así que ahora las mujeres vivían allá arriba con el niño y como se trataba de un nuevo centro, este nuevo lugar de residencia les ofreció nuevos e inesperados destinos de paseo. En aquella región más elevada disfrutaban de un aire libre y fresco, unido a un tiempo admirable.

La senda predilecta de Otilia, a veces sola y otras veces con el niño, era una que bajaba cómodamente hacia los plátanos y después permitía dirigirse al punto en el que estaba amarrada una de las barcas que se solían emplear para cruzar a la otra orilla. A veces le gustaba dar un paseo sobre las aguas, aunque sin el niño, porque Carlota sentía algún temor a este respecto. Y, pese a vivir allí, nunca dejaba de bajar diariamente al jardín del castillo para visitar al jardinero e interesarse amablemente por sus cuidados con todas aquellas plantas que él trataba de sacar adelante y que ahora disfrutaban ya del aire libre.

En esta hermosa estación a Carlota le resultó muy oportuna la visita de un noble inglés que Eduardo había conocido en sus viajes, al que había encontrado después varias veces y que ahora sentía curiosidad por ver personalmente todos aquellos hermosos arreglos del parque de los que tantas cosas buenas había oído contar. Traía una carta de recomendación del conde y también le presentó a un hombre callado pero muy amable que venía con él. Mientras el inglés recorría los alrededores, unas veces con Carlota y Otilia, otras con los jardineros o cazadores, las más de las veces con su acompañante y en ocasiones él solo, las mujeres pronto pudieron deducir de sus observaciones y comentarios que era un conocedor y amante de este tipo de parques y que seguramente él mismo había concebido y ejecutado algunos. A pesar de su avanzada edad, tomaba animadamente parte en todo lo que le da relieve e interés a la vida.

Fue en su compañía cuando las mujeres gozaron por vez primera de modo completo del lugar. Su ojo entrenado sabía apreciar cada uno de los distintos efectos en toda su frescura y aún gozaba más viendo lo que se había realizado precisamente porque al no haber conocido previamente la región apenas podía distinguir lo que era producto de

la naturaleza de lo que había sido creado artificialmente.

Se puede afirmar perfectamente que el parque creció y se enriqueció gracias a sus comentarios. Sabía de antemano lo que se podía esperar de las nuevas plantaciones que aún se hallaban en fase de crecimiento. No se le escapaba ningún rincón en donde aún se pudiera añadir o poner de relieve alguna cosa bella. Aquí se fijaba en un manantial, que una vez limpiado a fondo, prometía adornar toda una zona vegetal, allá era una gruta que, una vez ampliada y sin maleza, podía proporcionar un deseable lugar de reposo, pues sólo hacía falta talar algunos árboles para poder divisar desde la gruta las magníficas y elevadas masas de rocas. Felicitó a los habitantes del castillo por tener todavía tantas cosas que ir haciendo en el futuro y les rogó que no se apresuraran, sino que se reservaran para los siguientes años el deleite de ir creando e inventando cosas nuevas.

Por lo demás, tampoco se hacía nada pesado fuera de las horas marcadas para estar en compañía, porque se entretenía la mayor parte del tiempo tratando de dibujar en una cámara oscura portátil las vistas más pintorescas del parque, con el fin de adquirir para sí mismo y para los demás el mejor y más hermoso fruto de sus viajes. Era algo que venía haciendo desde hacía muchos años en las regiones más destacadas en las que había estado y de esta manera había conseguido reunir una colección de lo más agradable e interesante. Le mostró a las damas un gran portafolios que llevaba consigo y que supo entretenerlas tanto con las imágenes que veían como con sus explicaciones. Se alegraban de poder recorrer tan cómodamente el mundo desde su retiro, de ir haciendo desfilar ante sus ojos riberas y puertos, montañas, lagos, ríos, ciudades, fortalezas y otros muchos lugares que tienen un nombre en la Historia.

Cada una de las dos mujeres mostraba un interés especial: Carlota uno más general, referido sobre todo a lugares con alguna particularidad histórica, mientras que Otilia se demoraba preferentemente en las regiones de las que Eduardo solía hablar, en las que sabía que le gustaba residir a él y a donde había regresado a menudo con gusto. Pues, cerca o lejos, cada persona encuentra determinados detalles locales que le atraen y que le resultan particularmente gratos y estimulantes de acuerdo con su carácter, con la primera impresión que le causan, ciertas circunstancias o la costumbre.

Por eso quiso preguntarle al lord en qué lugar se encontraba más a gusto y en dónde preferiría fijar su residencia si tuviera que elegir. Entonces él supo describirle más de una hermosa región y contarle amenamente en su francés curiosamente acentuado las cosas que le habían ocurrido en aquellos lugares, contribuyendo a que le resultaran tan caros y apreciados.

Por el contrario, a la pregunta de dónde le gustaba residir ahora habitualmente o a dónde le gustaba regresar preferiblemente, respondió de manera muy clara, pero también inesperada para las mujeres:

-Ahora ya me he acostumbrado a sentirme en casa en cualquier parte y, al final, no encuentro nada más cómodo que ver a los demás construir y plantar por mí, y esforzarse por arreglar sus casas para mí. No siento nostalgia de mis propiedades, en parte por razones políticas, pero sobre todo porque mi hijo, para quien en realidad había hecho todas esas cosas, a quien confiaba poder legar todo y con quien contaba poder disfrutar todavía de lo hecho, no siente el menor interés por nada de esto y se ha marchado a la India, quién sabe si para emplear allí su vida en algo más importante o para malgastarla.

»Lo cierto es que hacemos demasiados preparativos para la vida, invertimos demasiado gasto. En lugar de empezar enseguida por encontrarnos a gusto en una situación modesta, siempre queremos extendernos y abarcar más para tener cada vez más trabajo e incomodidades. ¿Y quién disfruta ahora de mis construcciones, de mi parque y mis jardines? No yo, ni siquiera los míos: huéspedes desconocidos, curiosos, viajeros inquietos.

»Aun disponiendo de una gran fortuna sólo estamos en casa a medias, sobre todo en el campo, en donde echamos en falta algunas costumbres de la ciudad. El libro que más nos gustaría adquirir no está a mano y olvidamos precisamente aquello que más falta nos hace. Una y otra vez, nos acomodamos confortablemente en nuestras casas para volver a mudarnos de nuevo y cuando no lo hacemos por capricho ni voluntariamente son las circunstancias, las pasiones, el azar, la necesidad y qué se yo qué más cosas las que nos obligan a hacerlo.

El lord no imaginaba lo mucho que estaban afectando estos comentarios a sus dos amigas. ¡Y qué de veces cae en ese peligro el que hace reflexiones generales en algún círculo, incluso cuando lo hace en medio de gente cuyas circunstancias le resultan bien conocidas! Para Carlota esta herida involuntaria, causada incluso por personas con la mejor intención, no era nada nuevo; además, el mundo se extendía con tanta claridad ante sus ojos, que no sentía ningún dolor particular cuando alguien, sin querer y por descuido, la obligaba a dirigir su mirada a algún asunto desagradable. Otilia, por el contrario, quien en su juventud semiconsciente intuía más de lo que verdaderamente veía, y que podía y hasta tenía que apartar su mirada de aquello que no debía ni quería ver, se sintió terriblemente trastornada por aquellas tristes consideraciones, porque le habían rasgado violentamente un agradable velo que llevaba ante los ojos y ahora le parecía como si todo lo que se había hecho hasta entonces en la casa, la finca, el jardín, el parque y todos los alrededores hubiera

sido completamente inútil porque aquel a quien pertenecía todo aquello no podía disfrutarlo y, como aquel huésped inglés, se había visto empujado precisamente por sus seres más queridos y próximos a vagar sin rumbo por el mundo y, además, del modo más peligroso. Otilia se había acostumbrado a escuchar y callar, pero en esta ocasión se sentía presa de una horrible angustia que las siguientes palabras del extranjero hicieron aumentar en lugar de disminuir, cuando éste prosiguió hablando del siguiente modo con su alegre peculiaridad y su prudente sensatez:

-Ahora creo que estoy en el buen camino -continuó-, puesto que me considero ya para siempre un viajero que renuncia a mucho para disfrutar de mucho. Estoy acostumbrado al cambio y hasta me resulta una necesidad, del mismo modo que en la ópera siempre estamos esperando que cambien otra vez el decorado, precisamente en la medida en que ya nos han puesto otros muchos. Ya sé muy bien lo que puedo esperar de la mejor y de la peor posada; por buena o por mala que sea, nunca encuentro en ellas mis costumbres y al final viene a ser lo mismo depender totalmente de una costumbre imprescindible que depender por completo de un azar caprichoso. Por lo menos ahora ya no me disgusto por algo perdido o estropeado ni porque me encuentre con que la habitación acostumbrada está inutilizable por culpa de unas reparaciones, ni porque se me rompa mi taza preferida y durante algún tiempo no sea capaz de disfrutar bebiendo en otra. Ahora ya he superado todo eso y cuando siento que me empieza a arder el suelo bajo los pies, mando empacar tranquilamente a mi gente y me marcho del sitio y de la ciudad. Y además de todas estas ventajas, si echo bien las cuentas, al final del año no he gastado más de lo que me habría costado vivir en casa.

Mientras le escuchaba hablar así, Otilia sólo veía ante sus ojos a Eduardo, caminando con privaciones y fatigas por caminos apenas practicables, durmiendo durante la campaña en medio de la miseria y el peligro y acostumbrándose con tanta inseguridad y tanto riesgo a vivir sin hogar ni amigos, a desprenderse de todo a fin de no tener nada que perder. Felizmente la reunión se disolvió por algún tiempo. Otilia tuvo la oportunidad de desahogarse en llanto en soledad. Ningún dolor sordo la había asido con tanta violencia como aquella claridad que ella aún trataba de ver más clara, tal como solemos hacer cuando nos atormentamos a nosotros mismos en el momento preciso en que estamos a punto de ser atormentados por los demás.

La situación de Eduardo le parecía tan digna de lástima, tan lamentable, que decidió poner todo por su parte, costara lo que costase, para que volviera a unirse a Carlota, para esconder su dolor y su amor en algún lugar tranquilo y engañarlos dedicándose a algún tipo de actividad.

Por su parte, el acompañante del lord, un hombre inteligente y tranquilo, muy buen observador, había notado la torpeza cometida por su amigo en la conversación y le había hecho ver a éste la similitud entre las situaciones descritas. El lord no sabía nada de las circunstancias de aquella familia, pero el otro, al que lo único que le interesaba en los viajes eran los acontecimientos sorprendentes motivados por situaciones naturales o provocadas, por el conflicto entre lo legal y lo irrefrenable, el entendimiento y la razón, la pasión y el prejuicio, ya se había estado informando de todo antes de emprender el viaje y mucho más al llegar a la propia casa y por eso sabía lo que había pasado y pasaba todavía.

El lord lamentó lo ocurrido aunque sin sentir ningún apuro, porque sabía que para no caer en este tipo de situación habría que estar completamente callado en sociedad, ya que no sólo las reflexiones importantes, sino hasta los comentarios más triviales pueden chocar del modo más desafortunado con los intereses de los presentes.

-Lo arreglaremos esta noche -dijo el lord- absteniéndonos de conversaciones de índole general. ¡Hágales escuchar a las damas alguna de esas anécdotas e historias con las que ha sabido enriquecer durante nuestro viaje su memoria y su cartera!

Pero en esta ocasión, aun con la mejor de las intenciones, los dos forasteros no consiguieron alegrar a las amigas por medio de una sencilla conversación inocente, ya que, tras haber despertado su curiosidad con algunas historias raras, notables, divertidas, conmovedoras o siniestras, el acompañante del lord tuvo la ocurrencia de concluir con el relato de un incidente bastante extraño, aunque de índole más suave, sin adivinar que se trataba de un asunto que tocaba muy de cerca a sus oyentes.

Los extraños niños vecinos (Relato)

Dos niños vecinos de casas acomodadas, niño y niña, con una edad acorde para poder ser algún día marido y mujer, fueron educados juntos con esa agradable perspectiva y con la alegría de los padres de ambos ante la futura unión. Pero muy pronto observaron que aquella intención parecía abocada al fracaso, porque entre aquellos dos excelentes caracteres surgió una extraña aversión. Tal vez eran demasiado parecidos. Ambos muy retraídos, tajantes en sus deseos, firmes en sus propósitos; ambos queridos y admirados por sus compañeros de juegos, siempre adversarios cuando estaban juntos, siempre actuando cada uno para sí mismo, siempre destruyéndose el uno al otro cuando y donde se encontraban, no compitiendo por alcanzar la misma meta, pero sí luchando por un mismo objetivo;

extraordinariamente buenos *y* amables *y* sólo capaces de odio y hasta malvados cuando se trataba del otro.

Esta sorprendente relación se mostró ya desde sus juegos infantiles y se siguió mostrando según iban creciendo. Y, como los niños tienen la costumbre de jugar a la guerra dividiéndose en bandos que combaten entre sí, la obstinada y valerosa niña se situó un día al frente de uno de los ejércitos y luchó contra el otro con tanta ferocidad y enconamiento que dicho ejército hubiera tenido que huir vergonzosamente si el único enemigo particular de la niña no hubiera resistido todo el tiempo valientemente y finalmente hubiera desarmado a su enemiga y la hubiera tomado prisionera. Pero incluso en esta situación ella seguía resistiéndose con tanta violencia que él, para preservar sus ojos sin dañar a su enemiga, tuvo que quitarse el pañuelo de seda del cuello y atarle las manos a la espalda.

Ella nunca se lo perdonó y hasta trató de hacer en secreto algunos planes y preparativos para perjudicarle, de tal modo que los padres de ambos, que hacía tiempo que estaban en guardia frente a aquellas extrañas pasiones, se pusieron de acuerdo y decidieron separar a aquellas dos criaturas hostiles y renunciar a sus queridas esperanzas.

El muchacho pronto destacó en su nueva vida. Sacaba con éxito cualquier tipo de estudio. Algunos protectores y su propia inclinación lo condujeron a la profesión de soldado. En todos los sitios a los que iba era querido y respetado. Su carácter activo y diligente parecía hecho para buscar el contento y el beneficio de los demás y, sin ser propiamente consciente de ello, se sentía muy feliz de haber perdido de vista al único adversario que la naturaleza le había destinado.

Por su parte, la chica sufrió de pronto una transformación. Su edad, una creciente educación y, sobre todo, un íntimo sentimiento la apartaron de los juegos violentos que hasta entonces había acostumbrado practicar en compañía de los chicos. En conjunto, parecía que le faltaba algo y que si bien no había nada a su alrededor que fuera suficientemente digno de excitar su odio, tampoco había encontrado a nadie que le pareciera digno de amor.

Un joven algo mayor que su antiguo vecino y adversario, de buena familia, con fortuna y posición, apreciado en los círculos sociales, solicitado por las mujeres, le dedicó todo su afecto. Era la primera vez que un amigo, un enamorado, un servidor, le dedicaba de este modo su atención. La predilección que él demostró por ella, frente a otras mujeres de más edad, mejor formadas, más brillantes y con mayores pretensiones no pudo dejar de halagarle. Sus continuas atenciones, que nunca llegaban a ser molestas, su fiel apoyo en diversas situaciones desagradables, su forma de cortejarla ante sus padres, que sin duda era directa y abierta, pero tranquila y considerando sólo aquello como una esperanza, ya que ella era todavía muy joven, todo

eso contribuyó a que él pudiera ganársela, a lo que también se sumó la fuerza de la costumbre y de las relaciones externas que ya mantenían a los ojos de todos. Ya tantas veces la habían llamado novia de él, que finalmente acabó por considerarse tal y ni ella ni nadie pensaba que hiciera falta ninguna otra prueba suplementaria el día que intercambió su anillo con aquel que desde hacía tanto tiempo pasaba por ser su novio.

La marcha tranquila que había llevado todo el proceso tampoco se aceleró después de haberse prometido formalmente. Todo el mundo dejó que las cosas siguieran el curso acostumbrado por ambas partes, que los dos disfrutaran de los ratos que pasaban juntos y saborearan hasta el final la época más hermosa del año a modo de primavera de su futura vida más seria.

Mientras tanto, el ausente había recibido la mejor formación, había alcanzado un grado merecido en su carrera y vino de permiso a visitar a los suyos. Así, volvió a encontrarse frente a su hermosa vecina del modo más natural y al mismo tiempo extraño. En los últimos tiempos ella sólo había alimentado sentimientos familiares de amiga y prometida y se mostraba en perfecta armonía con todo lo que la rodeaba; creía ser dichosa y en cierto modo lo era de verdad. Pero ahora, por primera vez desde hacía mucho tiempo, volvía a encontrarse con algo que se alzaba en medio de su camino: no era nada que pudiera despertar odio y además ella ya no era capaz de odiar y, por eso, aquel odio infantil, que en el fondo no era sino un oscuro modo de reconocer un valor íntimo, se expresó ahora bajo la forma de una alegre sorpresa, una contemplación gozosa, una admiración amable y una aproximación mitad voluntaria, mitad involuntaria, pero necesaria, que fue recíproca. Una larga separación dio ocasión a largas conversaciones. Incluso su antigua locura infantil sirvió a los que ahora se mostraban razonables a modo de divertido recuerdo y era como si hubieran querido compensar aquel odio ridículo con un trato lleno de amabilidad y atenciones, como si aquel violento desencuentro de antaño tuviera que ser subsanado ahora por un mutuo y expreso reconocimiento.

Por parte de él todo quedó dentro de los límites razonables y deseables. Su posición, sus relaciones, sus aspiraciones, su ambición le absorbían de modo tan completo que se tomó la simpatía que le mostraba la bella prometida con toda tranquilidad como un regalo digno de agradecimiento que no creía que guardara ninguna relación consigo mismo y que tampoco le hacía concebir la menor envidia por el prometido, con el que, por lo demás, mantenía la mejor relación.

Por el contrario, el caso de ella era muy diferente. Se sentía como si despertara de un sueño. La lucha contra su joven vecino había sido su primera pasión y aquella violenta pugna no era, bajo la forma de la

repulsión, sino un afecto igual de violento y casi podríamos decir que innato. En sus recuerdos no le parecía otra cosa sino que siempre lo había amado. Sonreía recordando aquella persecución hostil con las armas en la mano; le gustaba imaginar que había sentido una agradable sensación cuando él la desarmó, que había sentido la mayor de las dichas cuando le ató las manos y todo lo que ella había emprendido para tratar de perjudicarlo y disgustarlo, ahora sólo le parecía un recurso inocente para tratar de atraer su atención. Maldecía su separación, se lamentaba pensando en el sueño en el que había caído, abominaba la costumbre adquirida de soñar y dejarse arrastrar por una inercia que había sido la responsable de que ella hubiera podido aceptar a un prometido tan insignificante; estaba transformada, doblemente transformada, tanto mirando al pasado como mirando al futuro, según se quiera.

Si hubiera podido expresar y compartir con alguien sus sentimientos, que ella mantenía completamente en secreto, seguramente nadie le habría hecho ningún reproche, porque la verdad es que su novio no podía soportar la comparación con el vecino en cuanto se les ponía uno al lado de otro. Aunque no se podía negar que el primero inspiraba un cierto grado de confianza, lo cierto es que el segundo despertaba la confianza más completa; si ciertamente se aceptaba con gusto la compañía del primero, al segundo se le deseaba tomar por compañero; y si se ponía uno a pensar en sentimientos más profundos, si se pensaba en situaciones extraordinarias, fácilmente habría uno dudado del primero, mientras que el segundo inspiraba la más completa seguridad y certidumbre. Las mujeres tienen un tacto innato para este tipo de cosas y tienen ocasión y motivo de desarrollarlo.

Cuanto más alimentaba secretamente la novia este tipo de sentimientos en su interior, cuantas menos personas encontraba para decir alguna palabra en favor de su prometido y de lo que las circunstancias y el deber parecían ordenar y aconsejar, en definitiva, de lo que una inflexible necesidad parecía exigir de modo irrevocable, más alimentaba el corazón de la hermosa su parcialidad. Y, como por un lado, ella estaba ligada indisolublemente por el mundo y la familia, por el prometido y su propio consentimiento y, por otro lado, el ambicioso joven no ocultaba para nada sus ideas, planes y proyectos y sólo se comportaba con ella como un fiel y ni siquiera tierno hermano y sólo le hablaba de su inminente partida, fue como si el antiguo espíritu infantil de la muchacha con todas sus tretas y violencias volviera a despertar de pronto, pero ahora, al encontrarse en un estadio más maduro de la vida, se armara de despecho para actuar de manera mucho más grave y dañina. Decidió morir para castigar al otrora odiado y ahora violentamente amado, para que, ya que no podía

poseerlo, por lo menos quedara ligada para siempre a su imaginación y sus remordimientos. Quería que ya nunca pudiera librarse de su recuerdo fúnebre, que nunca dejara de hacerse reproches por no haber adivinado sus sentimientos, por no haber tratado de descubrirlos y apreciarlos.

Esta extraña locura la acompañaba a todas partes. La ocultaba bajo mil formas y, por eso, aunque le parecía un poco rara a la gente, nadie tuvo la suficiente atención o sagacidad para descubrir la auténtica causa interna de su comportamiento.

Mientras tanto los amigos, parientes y conocidos habían agotado su capacidad para organizar fiestas. Apenas si transcurría un día sin que se preparara alguna nueva sorpresa. Apenas si se encontraba algún rincón del campo circundante que no hubiera sido adornado para recibir del mejor modo a un montón de alegres huéspedes. También el joven recién llegado quiso hacer algo antes de marchar e invitó a la pareja y al círculo de familiares más próximos a un paseo en barco. Eligieron una embarcación grande y hermosa muy bien decorada, uno de esos yates que tienen un saloncito con algunas habitaciones y tratan de trasladar al agua todas las comodidades de la tierra firme.

Fueron navegando por el caudaloso río acompañados con música; como era la hora más calurosa del día el grupo se había reunido en las cabinas de la parte baja y se divertía con juegos de suerte y de ingenio. El joven anfitrión, que nunca podía permanecer inactivo, había cogido el mando del timón, relevando al viejo capitán que se había quedado dormido a su lado. Y, de pronto, el que estaba despierto tuvo que hacer gala de toda su prudencia porque se aproximaba a un lugar en el que dos islas estrechaban el cauce del río y tanto de un lado como del otro extendían sus bajas orillas pedregosas preparando un paso muy estrecho y peligroso. El vigilante y prudente timonel estuvo a punto de despertar al patrón, pero confió en que sería capaz de salir del apuro y se dirigió hacia el estrecho. En aquel preciso instante apareció en el puente su bella enemiga con una corona de flores sobre la cabeza. Se la quitó y se la arrojó al piloto.

-¡Cógela de recuerdo! -le gritó.

-¡No me molestes! -contestó él gritando también, mientras cogía la corona al vuelo-. Ahora necesito concentrar todas mis fuerzas y mi atención.

-Ya no te molesto más -exclamó ella-; ¡no volverás nunca a verme! -Y mientras decía eso corrió a la parte delantera del barco desde donde se arrojó al agua. Algunas voces gritaron:

-¡Socorro, socorro, que se ahoga!

-Él se encontró en el más horrible de los aprietos. Entonces, el capitán del barco, bruscamente despertado por las voces, quiere hacerse con el timón, el más joven trata de dárselo, pero ya no hay

tiempo para cambiar de mano: el barco encalla y en ese mismo instante, deshaciéndose de las ropas más molestas, él se arroja al agua y nada en pos de su bella enemiga.

El agua es un elemento amable para quien lo conoce y sabe manejarlo. El hábil nadador supo dominarlo. Pronto hubo alcanzado a la hermosa que las aguas empujaban por delante de él; la agarró, consiguió alzarla sobre las aguas y llevarla cogida. Ambos fueron arrastrados con violencia hasta que dejaron atrás las islas y sus escollos y el río volvió a discurrir tranquilo por lugares más anchos. Sólo entonces se repuso, sólo ahora pudo sobreponerse a la primera e imperiosa sensación de angustia en la que había actuado sin pensar y de modo mecánico. Levantando la cabeza miró a su alrededor y braceó lo mejor que pudo hacia una orilla plana y con matorrales que se hundía agradable y propicia dentro de las aguas del río. Allí pudo depositar en lugar seco su hermoso botín; pero no notaba en ella ni un hálito de vida. Ya estaba desesperado cuando vislumbró un sendero expedito que se adentraba entre los matorrales. Volvió a cargarse con aquel precioso fardo y pronto vio una casa solitaria a la que se acercó. Allí encontró a buena gente, una joven pareja. No hizo falta decir mucho para expresar su infortunio y su apuro. Pronto obtuvo lo que pidió tras breve reflexión: ya ardía un claro fuego, se extendieron mantas de lana sobre una litera, y pronto se trajeron pieles, forros y todo tipo de ropa de abrigo. El deseo urgente de salvar una vida dejó a un lado cualquier otro tipo de consideración. No se omitió nada para tratar de devolverle la vida a aquel hermoso cuerpo desnudo y medio yerto. Al fin lo consiguieron. Abrió los ojos, divisó a su amado, le rodeó el cuello con sus divinos brazos. Así se quedó un buen rato; por fin, un torrente de lágrimas salió de sus ojos y terminó de curarla.

-¿Querrás abandonarme -exclamó- ahora que te encuentro de nuevo?

-Jamás, jamás! -gritó él, sin saber lo que hacía ni lo que decía-. ¡Pero cuídate! -añadió-, ¡cuídate!, ¡piensa en ti por amor a ti y a mí!

Entonces ella pensó en sí misma y sólo ahora reparó en el estado en el que se encontraba. No podía avergonzarse ante su amado, su salvador, pero le dejó marchar para que pudiera ocuparse de sí mismo ya que todavía estaba completamente mojado y chorreante.

El joven matrimonio deliberó y a continuación él le ofreció al joven y ella a la hermosa sus vestidos de boda, que todavía estaban allí colgados en buen estado y podían vestir a una pareja de pies a cabeza por dentro y por fuera. En pocos minutos los dos aventureros no sólo estaban vestidos sino engalanados. Estaban encantadores, se quedaron asombrados cuando se vieron con aquel aspecto y cayeron con irrefrenable pasión el uno en brazos del otro, aunque sonriendo a medias por el disfraz. La fuerza de la juventud y la impetuosidad del

amor les restablecieron por completo en unos segundos y ya sólo faltaba la música para que se hubieran echado a bailar.

Haber pasado del agua a la tierra, de la muerte a la vida, del círculo de sus familias a aquella espesura silvestre, de la desesperación al arrobamiento, de la indiferencia al amor y la pasión, y todo esto en un instante, era algo que la cabeza no podría alcanzar a comprender sin estallar o enloquecer. En estos casos es el corazón el que tiene que arreglárselas para hacer soportable semejante sorpresa.

Estaban tan perdidos el uno en el otro, que hasta después de un buen rato no pudieron pensar en la angustia y la preocupación de los que habían dejado atrás, aparte de que casi no podían pensar en aquello sin sentir también angustia e inquietud preguntándose cómo iban a presentarse ante ellos.

-¿Deberíamos huir? ¿Deberíamos escondernos? -decía el joven.

-Nos quedaremos juntos -dijo ella sin soltarse de su cuello.

Enterado por ellos de la historia del barco encallado, el joven campesino corrió hacia la orilla del río sin hacer más preguntas. El barco se acercaba por el río sin problemas; habían conseguido desencallarlo con grandes esfuerzos y ahora iban navegando a la aventura con la esperanza de encontrar a los perdidos. El campesino trató de avisarlos con gritos y señales corriendo hasta un lugar en donde había un buen sitio para desembarcar y, como no paraba de llamarles, finalmente el barco dirigió su rumbo hacia aquella orilla y ¡qué increíble espectáculo cuando por fin desembarcaron! Los primeros que se precipitaron a la orilla fueron los padres de los dos novios; por su parte, el enamorado prometido estaba medio desmayado. Apenas acababan de saber que sus hijos queridos se habían salvado, cuando éstos salieron en persona de la espesura con su extraño atuendo. No los reconocieron hasta que estuvieron más cerca.

-¿A quién estoy viendo? -exclamaban las madres.

-¿Qué estoy viendo? -gritaron los padres.

Los jóvenes supervivientes se tiraron a sus pies.

-¡A vuestros hijos! -contestaron al unísono- ¡a una pareja de esposos!

-¡Perdón! -exclamó la muchacha.

-¡Dadnos vuestra bendición! -exclamó el joven.

-¡Dadnos vuestra bendición! -clamaron ambos de nuevo, viendo que todos callaban llenos de asombro-. ¡Vuestra bendición! -se volvió a escuchar por tercera vez y, ya, ¡quién hubiera podido negarse!

Capítulo 11

El narrador hizo una pausa o, para ser más exactos, ya había terminado, cuando no pudo por menos de notar que Carlota se hallaba

muy conmovida; en efecto, ésta se levantó y con un callado gesto de disculpa abandonó la habitación, porque aquella historia no le era desconocida. Se trataba de un hecho que le había sucedido en la realidad al capitán y a una vecina y, aunque no había ocurrido exactamente como lo había contado el inglés, coincidía en sus rasgos principales, sólo que algo más ampliado y adornado en los detalles, como suele ocurrir con este tipo de anécdotas que primero van pasando de boca en boca y luego a través de la fantasía de un fino narrador lleno de ingenio. Al final queda casi todo y no queda casi nada de lo que realmente ocurrió.

Otilia siguió a Carlota, tal como los propios forasteros le rogaron que hiciera, y esta vez fue el lord el que se vio obligado a reconocer que habían vuelto a cometer un error en aquella casa contando sucesos que eran conocidos o afectaban de algún modo a sus habitantes.

-Tenemos que guardarnos muy mucho -dijo- de seguir causando daño. Parece como si no les hubiéramos traído ninguna suerte a los habitantes de la casa en compensación de todo el bien que hemos recibido y el agradable trato que nos han dispensado. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos discretamente.

-Tengo que confesar -replicó su acompañante- que todavía hay algo que me retiene aquí y que no me gustaría abandonar el lugar sin haberlo esclarecido y visto más de cerca. Ayer, cuando paseábamos por el parque con la cámara oscura portátil, usted, milord, estaba demasiado ocupado tratando de elegir el punto de vista más pintoresco como para darse cuenta de lo que estaba sucediendo a su lado. Se desvió usted del camino principal para llegar a un rincón poco visitado cerca del lago desde el que se obtenía una vista deliciosa de la orilla de enfrente. Otilia, que venía con nosotros, dudó en seguirnos hasta allí y nos pidió que la dejáramos alcanzar el lugar en barca. Yo embarqué con ella y me deleité con la habilidad de la bella remadora. Le aseguré que desde que había estado en Suiza, en donde hasta las chicas más guapas hacen el oficio de barqueras, nadie me había mecido sobre las olas de un modo tan grato y no pude por menos de preguntarle el motivo por el que no había querido internarse por el sendero del lago, porque había notado que en su negativa se escondía una suerte de ansiedad. «Si no se ríe usted de mí -contestó ella-, puedo darle una explicación, aunque yo misma pienso que se esconde en ello algún misterio. No he podido adentrarme nunca por ese sendero sin sentirme dominada por una extraña sensación de escalofrío, que no siento nunca en otros lugares y que no sé a qué atribuir. Por eso prefiero evitar las ocasiones de exponerme a esa sensación, sobre todo porque inmediatamente se acompaña de un dolor de cabeza en la parte izquierda que suele aquejarme también

otras veces.» Desembarcamos, Otilia se puso a charlar con usted y mientras tanto yo examiné el paraje que ella me había señalado con toda precisión desde la distancia. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí un rastro muy claro de carbón mineral que me convenció de que si se hiciera allí una excavación seguramente se encontraría un *yaci*miento importante en las profundidades.

»Perdóneme, milord, veo que sonríe usted *y ya* sé muy bien que sólo me perdona mi interés apasionado por estas cosas, en las que usted no tiene ninguna fe, porque es usted un hombre discreto y un amigo, pero, de todos modos, me resulta imposible salir de esta casa sin tratar de someter a esa bella niña a un experimento con las oscilaciones del péndulo.

Cuando salía a relucir ese tema el lord nunca dejaba de repetir todos los argumentos que tenía en contra y su acompañante le escuchaba con paciencia y humildad, pero sin dejar de insistir en sus deseos a pesar de todo. Él también decía una y otra vez que no se puede abandonar ese tipo de experimentos por el hecho de que no tengan éxito con todo el mundo, sino que precisamente por eso hay que tratar de investigar más a fondo y con mayor seriedad, porque seguramente se descubrirían muchas relaciones y afinidades que ahora no conocemos entre las criaturas inorgánicas, así como entre éstas *y* las orgánicas *y* entre estas últimas entre sí.

Ya había extendido todo su equipo de anillos de oro, marcasitas y otras sustancias metálicas que llevaba siempre consigo en una bonita cajita y a modo de prueba sostenía algunos metales suspendidos de unos hilos sobre otras superficies metálicas.

-Tengo que concederle el maligno placer que ya veo pintado en su rostro, milord -dijo mientras hacía aquello- de que ni usted ni yo conseguiremos que se mueva nada de esto. Pero esta experiencia es sólo un pretexto. Lo que quiero es que cuando vuelvan las damas se despierte su curiosidad al ver las cosas extrañas que hacemos aquí.

Por fin regresaron las mujeres. Carlota supo enseguida de qué se trataba.

-Ya he oído hablar algo sobre estas cosas -dijo- pero nunca he visto sus efectos. Puesto que tiene usted todo tan bien preparado, déjeme probar a ver si yo consigo algún movimiento.

Tomó el hilo en la mano y, como hablaba en serio, lo sostuvo firmemente y guardando la calma, pero tampoco se notó ni la menor oscilación. Después le rogaron a Otilia que probara. Sostuvo el péndulo sobre los metales todavía con más calma, más inocencia, mayor inconsciencia, pero inmediatamente el péndulo empezó a dar vueltas sobre los metales como si le arrastrase un torbellino y según iban cambiando la superficie metálica de debajo oscilaba bien hacia un lado bien hacia el otro o hacía círculos, elipses o simplemente oscilaba en

línea recta tal como sólo podía esperarlo el . acompañante o incluso mucho mejor.

Si hasta el propio lord no pudo por menos de asombrarse, su acompañante no cabía en sí de gozo y no podía contener sus ansias de seguir experimentando y pedía incansablemente una *y* otra repetición *y* variación de la experiencia. Otilia fue tan complaciente como para satisfacer sus deseos hasta que le rogó amablemente que la dejara porque ya le empezaba a atacar su dolor de cabeza. El acompañante admirado y hasta encantado por ello, le aseguró lleno de entusiasmo que podía curarla por completo de aquel mal si se ponía en sus manos y confiaba en su tratamiento. Durante unos instantes dudaron, pero Carlota, que comprendió enseguida de qué se trataba, rechazó aquel ofrecimiento bien intencionado porque no estaba dispuesta a tolerar que se hiciera en su casa algo que siempre le había inspirado una fuerte aprensión.

Los forasteros se habían marchado y aunque habían provocado algunas emociones extrañas, también habían dejado el deseo de volver a encontrarlos de nuevo algún día. Carlota empleaba ahora el buen tiempo para terminar de devolver visitas a sus vecinos, lo cual le resultaba muy difícil, porque todos los habitantes de los alrededores, unos por auténtica simpatía, otros sólo por la costumbre, se habían interesado de manera muy especial por ella visitándola con mucha frecuencia. En casa le llenaba de alegría contemplar al niño y la verdad es que era digno de todo afecto y atención. A todos les parecía un niño extraordinario, incluso un niño prodigio, dotado de un aspecto magnífico y que resultaba de lo más agradable por su tamaño, fuerza y salud. Y lo que mayor asombro causaba era aquel doble parecido que estaba cada vez más acentuado. Por los rasgos de la cara y la arquitectura facial, el niño se parecía cada vez más al capitán, pero sus ojos cada vez se distinguían menos de los de Otilia.

Debido a esta extraña afinidad o tal vez guiada principalmente por ese hermoso sentimiento de las mujeres, que rodean de ternura al hijo de un hombre amado, incluso cuando es de otra, Otilia se había convertido para aquella criatura en pleno crecimiento en una auténtica madre o al menos en otro tipo de madre. Cuando Carlota salía, Otilia se quedaba sola con el niño y la niñera. Nanny, celosa del niño al que su señora parecía dedicar todo su cariño, se había separado de ella despechada desde hacía algún tiempo y había regresado a casa de sus padres. Otilia seguía sacando al niño al aire libre y había tomado la costumbre de dar paseos cada vez más largos. Llevaba consigo el biberón para poder alimentar al niño si era necesario. Y pocas veces salía sin un libro, de manera que cuando se la veía caminando y leyendo con el niño en brazos parecía una graciosa y lindísima

Penserosa [8].

Capítulo 12

El principal objetivo de la campaña militar ya había sido alcanzado y Eduardo fue licenciado gloriosamente adornado con numerosas condecoraciones. Regresó enseguida a su pequeña propiedad, en donde encontró noticias detalladas de los suyos, a quienes, sin que ellos lo supieran ni lo notaran, había ordenado vigilar de cerca. Su tranquilo refugio le recibió del modo más agradable, pues mientras estaba fuera se habían hecho por orden suya algunas mejoras, arreglos y reparaciones, de modo que los jardines y otros anexos reemplazaban perfectamente lo que les faltaba en amplitud y extensión con su intimidad y atractivo inmediato.

Eduardo, cuyo rápido ritmo de vida le había acostumbrado a dar pasos decididos, se propuso llevar ahora a cabo lo que había tenido sobrado tiempo para meditar. Antes de nada hizo llamar al comandante [9]. La alegría del reencuentro fue grande. Las amistades de juventud, lo mismo que los parentescos de sangre, tienen la notable ventaja de que ni los errores ni los malentendidos, sean de la naturaleza que sean, llegan nunca a dañarlos de raíz, de manera que después de algún tiempo se pueden volver a reanudar las antiguas relaciones.

A modo de amable acogida Eduardo se interesó por la situación de su amigo y supo que la suerte le había sonreído y había colmado todos sus deseos. Medio en broma Eduardo también le preguntó en confianza si no había alguna buena boda en perspectiva. Su amigo lo negó con mucha gravedad.

-No quiero ni puedo andar con disimulos -continuó Eduardo- te voy a descubrir en el acto cuáles son mis ideas y proyectos. Ya conoces mi amor por Otilia y hace tiempo que has comprendido que fue esa pasión la que me arrojó a la batalla. No quiero negarte que había deseado acabar con una vida que, sin ella, me parecía que ya no servía para nada, pero al mismo tiempo también te tengo que confesar que en ningún momento fui capaz de desesperar por completo. La dicha a su lado me parecía tan hermosa, tan deseable, que me parecía imposible renunciar por completo a ella. Alguna intuición consoladora, algunos signos favorables me han reafirmado en la creencia o en la locura de que Otilia puede llegar a ser mía. Un vaso grabado con

---

[8] «Il Penseroso» es el título de un poema del inglés John Milton, de 1631, adaptado para la ópera en 1739 por Hándel. *(N. del T.)*

[9] Se trata del capitán que, tal como se lo prometieran, ha ascendido un grado en su nuevo puesto. *(N. del T.)*

nuestras iniciales fue arrojado al aire el día que pusimos la primera piedra y sin embargo no se hizo pedazos, sino que lo atraparon y ahora está de nuevo en mi poder. «Entonces yo también -exclamé en medio de las muchas horas de dudas que pasé en este lugar solitario-, yo mismo quiero convertirme en lugar de aquel vaso en el signo vivo de la posibilidad o imposibilidad de nuestra unión. Iré a buscar la muerte, no como un demente, sino como alguien que todavía espera vivir. Otilia será el premio por el que lucharé; ella será lo que trataré de ganar y conquistar detrás de toda formación enemiga, tras cada trinchera, en cada plaza sitiada. Haré prodigios, pero con el deseo de salir indemne, con la intención de ganar a Otilia y no de perderla.» Estos sentimientos fueron los que me guiaron y los que me protegieron a través de todos los peligros, y por eso ahora me encuentro como alguien que ha llegado a la meta tras haber superado todos los obstáculos, como alguien a quien ya nada se le interpone en su camino. Otilia es mía y lo que todavía media entre esta idea y su realización ya no me siento capaz de considerarlo nada importante.

-Tú borras de un solo plumazo todo lo que se te podría replicar -repuso el comandante- y sin embargo me veo obligado a repetírtelo. No voy a entrar en la obligación que tienes de recordar el valor de la relación con tu esposa, aunque estimo que le debes a ella y a ti mismo el no confundirte nada sobre ese punto, pero ¿cómo no voy a pensar que habéis tenido un hijo sin decirte de inmediato que ahora os pertenecéis para siempre el uno al otro, que por amor a ese ser tenéis la obligación de vivir unidos a fin de que podáis cuidaros de común acuerdo de su educación y su futuro?

-No es más que pura vanidad de los padres -contestó Eduardo- creerse que son tan necesarios para sus hijos. Todo lo que vive encuentra alimento y ayuda, y si tras la muerte prematura del padre el hijo no tiene una juventud tan cómoda ni favorable, tal vez con ello esté ganando en rapidez para conocer el mundo y pueda enterarse mucho antes de que a la fuerza tiene que adaptarse para poder convivir con los demás, cosa que tarde o temprano todos tenemos que aprender. Y, además, aquí no se trata de eso: nosotros tenemos suficiente fortuna como para proveer a varios hijos y tampoco creo que sea un deber ni una buena acción acumular tantos bienes sobre una sola cabeza.

Cuando el comandante trató de pintar en unos pocos trazos todo -el mérito de Carlota y de la larga relación que Eduardo había mantenido con ella, éste le interrumpió apresuradamente:

-Hicimos una locura, aunque sólo ahora me doy sobrada cuenta de ello. El que trata de realizar de mayor las antiguas esperanzas y deseos de juventud siempre se equivoca. Cada periodo de la vida del hombre tiene su propia felicidad, sus propias esperanzas y

perspectivas. ¡Ay del que por culpa de las circunstancias o de su ceguera se ve impelido a aferrarse al pasado o al futuro! Hemos hecho una locura, de acuerdo: ¿pero es que va a tener que ser para toda la vida? ¿Es que vamos a tener que prohibirnos por culpa de no se qué escrúpulo algo que ni siquiera nos niegan las costumbres morales de nuestro tiempo? ¡Cuántas veces rectificamos y damos marcha atrás en un proyecto o un acto! ¿Y justamente aquí no vamos a poder hacerlo cuando no se trata de un simple detalle, sino del conjunto, no de esta o aquella condición vital, sino precisamente del complejo entero de nuestra vida?

El comandante no dejó de hacerle ver a Eduardo, con toda la insistencia y la habilidad de la que fue capaz, la importancia de las variadas relaciones que mantenía con su esposa, con ambas familias, con el mundo o con sus propiedades y fortuna, pero no consiguió obtener ni un ápice de comprensión por su parte.

-Todo eso, amigo mío -repuso Eduardo- ya se me pasó por la cabeza en medio del fragor de la batalla, cuando la tierra temblaba con un trueno incesante, cuando las balas silbaban y zumbaban y mis compañeros caían a derecha e izquierda, cuando alcanzaron a mi caballo y traspasaron mi sombrero; también vi pasar todo eso ante mi espíritu cuando me hallaba en el silencio de la noche al lado del fuego bajo la bóveda estrellada del cielo. En aquellos momentos a mi alma se le representaron todos esos vínculos y los medité y sentí a fondo. Pues bien, ya he hecho mis partes, he tomado mis disposiciones repetidas veces y esta vez para siempre.

»En aquellos instantes, ¿por qué no habría de decírtelo?, también tú estabas presente, también tú formabas parte de mi círculo. Después de todo ¿no nos pertenecemos el uno al otro desde hace tiempo? Si en algo he sido tu deudor ha llegado la hora de pagártelo con intereses, y si eres tú el que algo me debes ahora tienes la oportunidad de devolvérmelo. Sé que amas a Carlota y ella lo merece; sé que tú no le eres indiferente, y es natural: ¿por qué no iba ella a reconocer tus méritos? Tómala de mi mano, tráeme a Otilia y seremos los hombres más dichosos de la tierra.

-Precisamente porque me quieres sobornar con tamaños regalos -replicó el comandante- tengo que mostrarme aún más riguroso y estricto. En lugar de facilitar las cosas, esa proposición tuya, que respeto en silencio, las pone mucho más difíciles. Ahora ya no se trata sólo de ti, sino de mí, se trata del destino y del buen nombre, del honor de dos hombres que hasta ahora no han tenido una sola mancha en su reputación y que con esa conducta anómala corren el peligro de quedar bajo una luz muy extraña a los ojos del mundo.

-Precisamente porque somos intachables -dijo Eduardo podemos permitirnos el lujo de que nos critiquen una vez. El que se ha portado

toda su vida como una persona responsable y honrada convierte en honesta una acción que en otros parecería equívoca. Por lo que a mí respecta, después de las últimas pruebas que me he impuesto, después de las acciones difíciles y arriesgadas que he llevado a cabo para otros, me siento legitimado para hacer por fin también algo para mí mismo. En lo tocante a ti y a Carlota, que decida el futuro. Pero a mí ni tú ni nadie me apartará de mis propósitos. Si me quieren tender la mano yo también volveré a prestarme gustoso a todo, si me quieren abandonar a mí mismo o hasta oponérseme, llegaré hasta la resolución más extrema y que sea lo que Dios quiera.

El comandante consideró que era su deber resistir tanto como pudiera a los propósitos de Eduardo y se sirvió con su amigo de un hábil giro simulando que cedía y que ya sólo quería discutir la forma y modo en que iban a proceder a la separación y obtener las nuevas uniones. Pero entonces surgieron tantas cosas enojosas, difíciles e inconvenientes que Eduardo se puso del peor humor.

-Ya veo -acabó exclamando- que no son sólo los enemigas, sino también los amigos los que te asaltan y te privan de lo que más deseas. Te aseguro que lo que yo quiero, lo que me resulta imprescindible no pienso perderlo de vista de ningún modo; lo acabaré obteniendo y seguramente pronto y sin tardar. Sé muy bien que no se pueden romper ni anudar semejantes relaciones sin que tenga que caer por tierra algo que antes estaba en pie, sin que tenga que vacilar más de una cosa que querría persistir. Ahora bien, por medio de la reflexión no se puede resolver nada de esto; para la razón todos los derechos son iguales y siempre se encuentra un contrapeso para equilibrar el platillo de la balanza que tiende a elevarse. Así pues, amigo mío, decídete a actuar para m-í y para ti, a desenredar, disolver y volver a anudar convenientemente para los dos toda esta situación. No dejes que te eche para atrás ningún tipo de escrúpulo; de todos modos ya hemos hecho hablar a la gente; pues que vuelvan a hablar otra vez y después ya nos olvidarán, como pasa siempre con lo que deja de ser novedad, y nos dejarán en paz sin volver a preocuparse de nosotros.

El comandante ya no tenía otra salida y al final tuvo que consentir que Eduardo tratara del asunto como de algo ya sabido y acordado, que discutiera tranquilamente de los pormenores y de cómo organizar todo y hasta que hablara del futuro del modo más alegre y hasta permitiéndose bromas.

Poco después, Eduardo volvió a tomar la palabra con mayor seriedad y aspecto pensativo:

-Si quisiéramos abandonarnos a la esperanza, a la ilusión de que todo se acabará arreglando solo, de que el azar nos guiará y favorecerá, sería una forma muy culpable de engañarnos a nosotros

mismos. De ese modo sería imposible que nos salváramos, así no seremos capaces de restaurar la paz de todos nosotros. ¿Y cómo podría consolarme, puesto que sin quererlo he sido el culpable de todo? Por culpa de mi insistencia conseguí que Carlota te invitara a nuestra casa y Otilia sólo entró en nuestro hogar a consecuencia de aquel primer cambio de vida. De lo que luego pasó no somos dueños, pero sí está en nuestra mano lograr que se vuelva inofensivo y orientar la situación hacia nuestra felicidad. Por mucho que quieras apartar los ojos de las perspectivas agradables y dichosas que yo abro para nosotros, por mucho que quieras imponernos a todos una triste renuncia en la medida en que concibes que eso sería posible y en la medida en que incluso pudiera serlo de verdad, ¿no crees que si nos propusiéramos regresar a la antigua situación tendríamos que soportar muchas inconveniencias, molestias y disgustos sin que resultara de ello nada bueno ni la menor alegría? La feliz situación en la que te encuentras ahora ¿te seguiría causando alguna alegría si no pudieras venir a visitarme ni vivir conmigo? Y después de lo que ha ocurrido ya nunca dejaría de resultarte penoso. Aun con toda nuestra fortuna Carlota y yo nos encontraríamos en una situación bien triste. Y si eres de los que creen, como otra gente de mundo, que los años y la distancia van suavizando y hasta apagando esos rasgos tan profundamente grabados, entonces te diré que precisamente lo que importan son esos años, que queremos pasar ese tiempo en medio de la alegría y el bienestar y no en medio del sufrimiento y la privación. Y para terminar con lo que me parece más importante de todo: suponiendo que a pesar de nuestra situación externa e interna nosotros fuéramos capaces de esperar, ¿qué sería de Otilia, que tendría que abandonar nuestra casa, prescindir de nuestra ayuda y apoyo en la sociedad y vagar lamentablemente por un mundo maldito y frío? Descríbeme una situación en la que Otilia pudiera llegar a ser dichosa sin mí o sin nosotros y en ese caso habrás encontrado un argumento que es mucho más potente que cualquier otro y aunque me resulte imposible admitirlo y resignarme, con todo, lo tomaré de buena gana en consideración y volveré a meditarlo.

Era un reto difícil de cumplir o por lo menos al amigo no se le ocurrió ninguna respuesta suficientemente satisfactoria, de modo que no le quedó otro remedio que volver a reiterar lo difícil, delicada y hasta peligrosa que era toda la empresa en más de un sentido, volver a insistir en que, por lo menos, había que pensar muy seriamente cómo atacar la cuestión. Eduardo convino en ello, pero sólo a condición de que su amigo no lo abandonara antes de haberse puesto de acuerdo sobre el modo de llevar el asunto y haber dado los primeros pasos para resolverlo.

Capítulo 13

Si personas completamente extrañas e indiferentes entre sí, cuando viven juntas un cierto tiempo, acaban desvelando sus intimidades y al final surge necesariamente un cierto nivel de confianza, tanto más era de esperar que nuestros dos amigos no guardasen ningún secreto el uno ante el otro ahora que volvían a vivir juntos y a verse y tratarse diariamente minuto a minuto. Volvieron a recordar los viejos tiempos de su juventud y el comandante no ocultó que en aquel entonces Carlota le había destinado Otilia a Eduardo y que había pensado en casarlo con la hermosa niña en cuanto éste regresara de sus viajes. Eduardo, encantado y algo confuso por ese descubrimiento, habló también sin reservas de la mutua inclinación de Carlota y el comandante, asunto que pintaba con los colores más vivos en la medida en que le resultaba cómodo y favorable para sus planes.

El comandante no podía ni negar del todo ni confesar del todo, pero Eduardo no hacía sino reafirmarse en lo dicho, sentirse cada vez más determinado. Ya no se limitaba a pensar que todo era posible, sino que lo daba por hecho. Lo único que tenían que hacer las partes implicadas era consentir precisamente en lo que más deseaban, de modo que se podría obtener fácilmente un divorcio; a ello seguiría un rápido matrimonio y Eduardo quería luego viajar con Otilia.

Entre todas las cosas agradables que nos pinta la imaginación nada más encantador que una joven pareja, dos enamorados en el preciso momento en que están a punto de disfrutar de su nueva unión, recién adquirida, en un mundo también nuevo y reciente para ellos, en ese instante en el que esperan poner a prueba y confirmar un vínculo duradero en medio de tantas circunstancias nuevas y cambiantes. Mientras tanto, el comandante y Carlota tendrían plenos poderes para ocuparse del modo conveniente y justo de las propiedades, la fortuna y todos los asuntos necesarios de manera que todas las partes pudieran alcanzar satisfacción. Pero en lo que más hincapié hacía Eduardo y de lo que mayor satisfacción se prometía era de que, puesto que el niño tendría que quedarse bajo la tutela de la madre, sería el comandante el que lo educaría, el que lo guiaría de acuerdo con sus ideas y sabría desarrollar sus capacidades. No en vano el día del bautizo le habían puesto el común nombre de ambos, Otto.

Eduardo veía todo aquello tan claro, se le había grabado en su espíritu de tal manera, que ya no podía esperar ni un día más para llevarlo a efecto. De camino hacia su propiedad llegaron a una pequeña ciudad en la que Eduardo tenía una casa en la que había pensado instalarse a esperar el regreso del comandante. Pero no pudo aguantar las ganas de acercarse él mismo hasta allí de inmediato, así que siguió acompañando a su amigo a través del lugar. Iban los dos a

caballo y como estaban enfrascados en una conversación importante siguieron cabalgando juntos durante un buen rato.

De pronto divisaron a lo lejos la casa nueva allá en lo alto y tuvieron ocasión por vez primera de ver brillar sus tejas rojas. Entonces a Eduardo le asalta un ansia irresistible: aquella misma noche todo tiene que estar resuelto. Él esperará escondido en el pueblo cercano. El comandante le expondrá el asunto a Carlota con urgencia, sorprenderá su prudencia y de este modo, ante lo inesperado de la solicitud, la forzará a abrirse y manifestar sus deseos con mayor libertad. Porque Eduardo, que le había transferido y atribuido a Carlota sus propios deseos, no podía creer sino que se estaba adelantando a los deseos decididos de ésta y confiaba en obtener de ella un consentimiento rápido por el simple motivo de que él ya no podía desear otra cosa.

Ya veía alegremente con sus ojos el final feliz de la empresa y para que pudiera llegarle la noticia lo antes posible habrían de dispararse algunas salvas de cañón o, si ya era de noche, lanzar algunos cohetes; él estaría aguardando.

El comandante encaminó rápidamente su caballo hacia el castillo. No encontró allí a Carlota, pero se enteró de que en aquellos momentos estaba viviendo en la casa nueva de arriba, aunque en aquel preciso instante estaba visitando a alguien del vecindario, de manera-que probablemente no volvería pronto a casa. Entonces decidió regresar a la posada donde había dejado su caballo.

Mientras sucedía esto, Eduardo, espoleado por una impaciencia irreprimible, salió de su escondite y fue internándose poco a poco en su parque por caminos solitarios y sólo conocidos por los cazadores y pescadores, de modo que a la hora del crepúsculo ya se hallaba en medio de una tupida vegetación próxima al lago, cuyo espejo cristalino veía brillar por vez primera en toda su pureza.

Aquella tarde Otilia había dado un paseo hasta el lago. Llevaba cogido al niño y leía mientras caminaba tal como era su costumbre. Así llegó hasta los robles cercanos al embarcadero. Entonces se sentó, tumbó al niño a su lado y siguió leyendo. El libro era uno de esos que saben atraer a un alma delicada y después ya no la sueltan. Se olvidó por completo del lugar y de la hora y no se le ocurrió pensar que si quería regresar por tierra aún tenía un largo camino hasta llegar al nuevo edificio; seguía inclinada sobre su libro completamente enfrascada y ensimismada, ofreciendo una estampa tan bonita que los árboles y arbustos de los alrededores hubieran debido tener ojos para poder contemplarla y deleitarse con aquella visión. Y justo en aquel instante un rayo de luz rojiza del crepúsculo cayó por detrás de ella inundando sus mejillas y sus hombros de una tonalidad dorada.

Eduardo, que hasta aquel momento había conseguido penetrar en

la propiedad sin ser visto y que había encontrado su parque y todo el entorno completamente vacío, se atrevió a seguir adelante. Finalmente emerge de entre la espesura próxima a los robles, ve a Otilia y ella lo ve a él. Vuela al encuentro de ella y se arroja a sus pies. Tras una larga pausa muda en la que ambos tratan de recuperar la serenidad, le explica con pocas palabras por qué y de qué manera ha llegado hasta allí. Le cuenta que ha mandado al comandante a hablar con Carlota y que su común destino tal vez se está decidiendo en aquellos precisos instantes. Que él nunca ha dudado del amor de ella y está seguro de que ella tampoco ha dudado del suyo. Le ruega que dé su consentimiento. Ella vacila todavía; él le suplica, después quiere hacer valer sus antiguos derechos y estrecharla entre sus brazos y entonces ella le muestra al niño.

Eduardo lo mira y se sorprende.

-¡Santo cielo! -exclama- si tuviera algún motivo para dudar de mi mujer y de mi amigo esta criatura sería un terrible testimonio contra ellos. ¿Acaso no es la estampa del comandante? Nunca he visto semejante parecido.

-¡De ninguna manera! -repuso Otilia-. ¡Pero si todo el mundo dice que se parece a mí!

-¿Será posible? -replicó Eduardo, y en ese momento el niño abrió los ojos y un par de ojos negros grandes, penetrantes y profundos le miraron amablemente. El niño tenía ya una mirada inteligente y parecía reconocer a los dos que estaban allí de pie mirándole. Eduardo se arrojó al suelo al lado del niño y volvió a hincarse dos veces de rodillas ante Otilia.

-¡Eres tú! -exclamó-. Son tus ojos. ¡Ah, déjame al menos mirarme en los tuyos! ¡Déjame echar un velo sobre aquella hora infausta que le dio la vida a esta criatura! ¿He de escandalizar tu alma inocente con el funesto pensamiento de que marido y mujer, extraños el uno al otro, hayan podido estrecharse y profanar un vínculo legal con deseos ardientes? O incluso, ya que hemos llegado tan lejos, ¿por qué no voy a decirte que mi unión con Carlota debe romperse, que tú debes ser mía? Sí, ¿por qué no decirlo? ¿Por qué no habría de pronunciar estas duras palabras: este niño ha sido concebido en el transcurso de un doble adulterio. Me separa de mi esposa y a mi esposa de mí tanto como habría debido unirnos. Así pues, sí, ¡que dé testimonio contra mí, que estos dos ojos preciosos le digan a los tuyos que yo fui tuyo en los brazos de otra! ¡Ojalá puedas sentir, Otilia, pero sentir hasta el fondo, que ya sólo puedo expiar aquella falta, aquel crimen en tus brazos!

» ¡Escucha! -gritó mientras se ponía en pie de un salto creyendo haber oído un tiro que podía ser la señal convenida con el comandante. Era un cazador que había disparado en los montes

cercanos. Después no se oyó nada; Eduardo no lograba contener su impaciencia.

Sólo en aquel momento se dio cuenta Otilia de que el sol se había metido ya tras las montañas. Como despedida todavía se divisaba un último fulgor reflejado en las ventanas de la casa de arriba.

-¡Márchate Eduardo! -exclamó Otilia-. ¡Hemos estado privados durante tanto tiempo, hemos tenido tanta paciencia! Piensa en todo lo que le debemos a Carlota. Ella debe decidir nuestro destino, no debemos anticiparnos. Seré tuya si ella lo aprueba; si no, tendré que renunciar a ti. Puesto que piensas que está tan próxima la decisión, esperemos. Regresa al pueblo en donde el comandante cree que te hallas en estos momentos. Pueden surgir circunstancias que precisen alguna explicación. ¿Te parece verosímil que un violento golpe de cañón te anuncie el éxito de sus negociaciones? Tal vez te esté buscando en este mismo momento. No ha encontrado a Carlota, eso lo sé; tal vez haya salido a su encuentro porque se sabía a dónde ha ido. ¡Qué de cosas distintas pueden haber pasado! ¡Déjame! Ella tiene que estar a punto de venir. Me espera arriba a mí y al niño.

Otilia hablaba atropelladamente. Se imaginaba todas las posibilidades. Se sentía feliz junto a Eduardo pero sentía que ahora debía alejarse de él.

¡Te lo ruego, te lo suplico, amado mío! -exclamó-, vuelve al pueblo y espera al comandante.

-Obedeceré tus órdenes -contestó Eduardo mientras la contemplaba lleno de pasión y la tomaba luego entre sus brazos. Ella le rodeó el cuello con los suyos y lo estrechó contra su pecho del modo más dulce. En aquellos instantes la esperanza pasaba sobre sus cabezas como una estrella fugaz que cae del cielo. Imaginaban, creían ya que se pertenecían el uno al otro; por vez primera intercambiaron libremente besos apasionados y acto seguido se separaron con violencia y dolor.

El sol se había puesto, oscurecía y una neblina húmeda subía del lago. Otilia seguía allí inmóvil, confusa y conmovida; levantó la mirada hacia la casa de la colina y creyó ver el vestido blanco de Carlota en el balcón. Si seguía el camino del borde del lago, el rodeo era muy grande. Conocía la ansiedad de Carlota cuando esperaba impaciente el regreso del niño. Entonces ve los plátanos frente a ella y sólo una pequeña superficie de agua que la separa del sendero que sube directamente a la casa. Tanto en su imaginación como con los ojos ya se ve arriba. En este momento de apuro desaparece el escrúpulo a cruzar el lago con el niño. Corre hacia la barca sin darse cuenta de que su corazón palpita desbocado, de que sus pies vacilan y sus sentidos están a punto de abandonarla.

Salta dentro de la barca, agarra el remo con la mano y empuja para

alejarse de la orilla. Tiene que hacer mucha fuerza, repite el empujón, la barca se balancea y se desliza unos metros hacia dentro. En su brazo izquierdo el niño, en su mano izquierda el libro, en la derecha el remo: ella también pierde el equilibrio y cae dentro de la barca. Se le escapa el remo por un lado y cuando trata de asirlo se le escapan también el libro y el niño por el otro y todo cae al agua. Le da tiempo a asir por una esquina las ropas del niño, pero su postura incómoda le impide ponerse ella misma en pie. La mano derecha, ahora libre, no le basta para darse la vuelta y levantarse. Por fin lo consigue y saca al niño fuera del agua, pero sus ojos están cerrados, ha dejado de respirar.

En ese momento recupera toda su presencia de ánimo, pero eso sólo le sirve para acrecentar su dolor. La barca ha llegado a la deriva casi hasta la mitad del lago, el remo flota a lo lejos, no ve a nadie en la orilla y, además, ¡de qué le habría servido ver a alguien! Lejos de todos, flota sola en medio del elemento traicionero e inaccesible.

Entonces trata de utilizar sus propios recursos. Después de todo, ha oído hablar muchas veces de los auxilios que se proporciona a los ahogados. La misma tarde de su cumpleaños ya había vivido aquello. Desviste al niño y lo seca con su vestido de muselina. Desgarra la tela que cubre su pecho y lo muestra por vez primera a cielo abierto. Por vez primera oprime a un ser vivo contra su blanco seno desnudo, pero ¡ay!, que no es un ser vivo. Los fríos miembros de la desdichada criatura hielan sus pechos hasta el fondo de su corazón. Infinitas lágrimas brotan de sus ojos y le dan a aquel cuerpo yerto una apariencia de calor y de vida. No ceja en su empeño, lo cubre con su chal y a base de caricias, abrazos, el calor de su aliento, besos y lágrimas cree poder sustituir a esos auxilios que allí le faltan en medio de su aislamiento.

¡Todo en vano! El niño yace inmóvil entre sus brazos y también la barca está inmóvil en medio de la superficie del agua, Pero también en estos momentos su alma hermosa encuentra un recurso. Dirige sus súplicas a lo alto. Se hinca de rodillas en la barca y levanta con sus dos brazos al niño por encima de su pecho inocente, que en blancura, aunque por desgracia también en frialdad, iguala al mármol. Con los ojos empañados mira hacia el cielo e invoca la ayuda de aquel lugar del que un corazón tierno confía recibir la máxima plenitud incluso cuando ésta falta en todas partes.

No en vano se vuelve hacia las estrellas que ya comienzan a titilar una a una. Una dulce brisa se levanta y empuja la barca hasta los plátanos.

Capítulo 14

Va corriendo hacia el nuevo edificio, llama al cirujano, le entrega el niño. Preparado para todo, el hombre trata al tierno cadáver gradualmente siguiendo su pauta acostumbrada. Otilia le presta toda la ayuda necesaria. Va a buscar cosas, le procura lo que necesita, se cuida de todo, pero como si caminase en otro mundo, porque el colmo de la desgracia lo mismo que el colmo de la dicha cambian la faz de todas las cosas; y finalmente, cuando tras todo tipo de intentos, aquel hombre excelente sacude la cabeza y contesta a sus preguntas esperanzadas primero con el silencio y luego con una leve negativa, abandona la habitación de Carlota en donde ha tenido lugar todo aquello y apenas acaba de entrar en el salón cuando antes de poder alcanzar el sofá cae al suelo agotada con la cara contra la alfombra.

Justo en aquel momento se oye llegar el coche que trae a Carlota. El cirujano conmina a todos los presentes para que se queden dentro, quiere salir él a su encuentro, quiere prepararla. Pero ya está entrando en la habitación. Se encuentra con Otilia en el suelo y una doncella de la casa se precipita hacia ella con gritos y llantos. Entra el cirujano y ella se entera de todo de repente. Pero ¿cómo va a abandonar tan de golpe toda esperanza? Aquel hombre experimentado, inteligente y hábil sólo le pide que no vea al niño y se aleja tratando de engañarla con nuevos preparativos. Ella se sienta en el sofá, Otilia yace todavía en el suelo, pero levantada sobre las rodillas de su amiga en donde ha reclinado su hermosa cabeza. El médico amigo va y viene, y haciendo como que se ocupa del niño trata de ayudar a las dos mujeres. Así llega la medianoche y el silencio de muerte se hace cada vez mayor. Carlota ya no se engaña más tiempo, ya no se oculta que el niño nunca más ha de volver a la vida; exige verlo. Lo han envuelto limpiamente en cálidos paños de lana y lo han depositado en una cesta que le llevan al lado del sofá donde está sentada; lo único que se ve es la cara; el niño reposa hermoso y tranquilo.

El accidente pronto conmovió al pueblo vecino y los ecos de la noticia llegaron hasta la posada. El comandante subió por los caminos más conocidos, dio la vuelta a la casa y detuvo a un criado que corría a buscar algo a una de las dependencias anejas a fin de procurarse una información más precisa, hecho lo cual mandó llamar al cirujano. Éste vino, muy extrañado por la repentina aparición de su antiguo protector, le describió cuál era la situación en aquellos momentos y se encargó de preparar a Carlota para verlo, tras lo cual, volvió a entrar en la casa, inició una conversación que trataba de distraer a Carlota de lo sucedido y fue pasando de un tema a otro hasta acabar finalmente recordándole a Carlota al amigo, evocando su segura participación en su dolor, su proximidad en espíritu y con el pensamiento, hasta que consideró que ya podía convertir aquella proximidad ficticia en un hecho real: En definitiva, ella supo al fin que el amigo estaba a su

puerta, que lo sabía todo y deseaba ser recibido.

Entró el comandante; Carlota lo saludó con una sonrisa dolorosa. Él estaba de pie delante de ella. Carlota levantó la tela de seda verde que cubría el cadáver y a la oscura luz de una vela él pudo contemplar, no sin un secreto horror, su propia imagen yerta. Carlota le indicó con un gesto un asiento y así estuvieron sentados el uno frente al otro, callados, a lo largo de toda la noche. Otilia seguía recostada, tranquila, sobre las rodillas de Carlota. Respiraba dulcemente y dormía o parecía dormir.

Empezó a alborear, se apagaron las luces y ambos amigos se sintieron como si despertaran de un sueño tenebroso. Carlota miró al comandante y dijo con voz firme:

-Explíqueme, amigo mío, qué azar le ha traído aquí para tomar parte en esta escena de duelo.

-No es éste -contestó el comandante en voz muy baja, igual que ella había hecho su pregunta, como si no quisieran despertar a Otilia-, no es éste el lugar ni el momento de andar con rodeos o de hacer largos preámbulos antes de entrar en materia. La situación en la que la encuentro es tan terrible que, en comparación, aun siendo importante, el asunto que me ha traído hasta aquí pierde todo su valor.

Acto seguido le confesó con mucha tranquilidad y sencillez el objeto de su misión, en su calidad de delegado de Eduardo, y el objetivo de su visita en cuanto el asunto también afectaba a sus propios intereses y su libre voluntad. Le expuso ambas cosas con mucha delicadeza, aunque también con la mayor franqueza. Carlota le escuchaba con gran serenidad y no parecía extrañarse mucho ni mostrarse disgustada.

Cuando el comandante terminó su exposición, Carlota le respondió en voz muy baja, al punto de que él se vio obligado a acercar su silla:

-Nunca me he encontrado en una situación como ésta, pero en casos parecidos siempre me he dicho: «¿Qué pasará mañana?». Me doy perfecta cuenta de que ahora el destino de varias personas se encuentra entre mis manos; y lo que tengo que hacer está fuera de duda y lo puedo decir en pocas palabras. Consiento el divorcio. Ya hubiera debido decidirme antes; por culpa de mis vacilaciones y mi resistencia he matado a este niño. Hay ciertas cosas que el destino se propone de manera implacable. No sirve de nada que la razón y la virtud, el deber y todo lo sagrado traten de cerrarle el camino: tiene que suceder lo que a él le conviene aunque a nosotros no nos parezca tan bien, y finalmente acaba imponiéndose y venciendo por mucho que nos rebelemos y por más vueltas que le demos.

»Además, ¡qué digo! En realidad el destino quiere volver a poner en marcha mi propio deseo, mi propio proyecto, contra el que actué de

modo insensato. ¿Acaso ya no había imaginado yo misma a Eduardo y Otilia unidos como la pareja mejor avenida y más adecuada? ¿No he tratado yo misma de aproximarlos? ¿No era usted mismo, amigo mío, confidente de este propósito? ¿Y por qué no fui capaz de distinguir entre la obstinación caprichosa de un hombre y un amor verdadero? ¿Por qué acepté su mano, cuando como amiga hubiera podido hacer su dicha y la de otra esposa? Mientras que ahora ¡contemple usted un instante a esta desdichada que duerme! Tiemblo pensando en el momento en el que despierte de este semisueño de muerte y vuelva a tomar conciencia. ¿Cómo va a vivir, cómo va a consolarse si no puede albergar al menos la esperanza de devolverle a Eduardo con su amor lo que le ha robado como instrumento de la más insólita fatalidad? Y lo cierto es que puede devolverle todo si juzgamos por el amor, por la pasión con que le ama. Si es verdad que el amor puede soportarlo todo, con mayor motivo puede devolverlo todo. En estos momentos no sería lícito pensar en mí.

»Márchese en silencio, querido comandante. Dígale a Eduardo que acepto el divorcio, que dejo en sus manos, en las de usted, en las de Mittler el cuidado de tramitar todo, que no me preocupa mi futura situación ni tengo motivos de preocuparme decidan lo que decidan. Firmaré de buena gana cualquier papel que me pongan delante, pero eso sí, que no me pidan que me ocupe de nada, que piense nada, ni dé consejos.

El comandante se puso en pie. Ella le alargó la mano por encima del cuerpo de Otilia. El comandante oprimió sus labios sobre aquella mano amada.

-Y para mí, ¿qué puedo esperar? -susurró quedamente.

-Déjeme que le quede a deber la respuesta -respondió Carlota-. No somos culpables de la desgracia que nos aqueja, pero tampoco hemos merecido ser dichosos juntos.

El comandante se marchó compadeciendo a Carlota desde lo más profundo de su corazón, pero sin poder lamentar la muerte del pobre niño. Aquel sacrificio le parecía necesario para la dicha de todos. Se imaginaba a Otilia con su propio hijo en los brazos compensando del modo más completo a Eduardo por lo que le había quitado; también se imaginaba con un hijo sobre sus rodillas que sería, con mayor derecho que el muerto, su vivo retrato.

Estas y otras imágenes y expectativas consoladoras le pasaban por la cabeza cuando se encontró en el camino de regreso con Eduardo, que había esperado toda la noche al comandante a cielo abierto al ver que ningún cohete ni tiro de cañón le anunciaban el éxito de su empresa. Ya se había enterado de la desgracia y también él, en lugar de sentir la muerte de la pobre criatura, veía aquel suceso, sin querer admitirlo del todo, como un signo de la providencia que eliminaba de

una vez por todas los obstáculos a su dicha. Por eso, se dejó convencer fácilmente por el comandante, que le puso al corriente en dos palabras de la determinación de su esposa, para regresar de inmediato al pueblo y desde allí a aquella pequeña ciudad desde donde podrían pensar en todo y empezar a tomarlas primeras disposiciones.

Después de que la dejara el comandante, Carlota sólo permaneció sumida en sus propias reflexiones unos pocos minutos, porque poco después Otilia alzó su cabeza mirando a su amiga con ojos grandes. Primero se levantó del regazo de Carlota, después del suelo, y se quedó de pie delante de su amiga.

-Por segunda vez -así empezó a hablar la amable niña con una gravedad llena de un irresistible encanto-, por segunda vez me ocurre lo mismo. Una vez me dijiste que muchas veces nos ocurren en la vida cosas parecidas de modo semejante y siempre en instantes especialmente relevantes. Ahora me doy cuenta de la verdad de esa afirmación y me veo obligada a confesarte una cosa. Poco después de morir mi madre, cuando aún era muy niña, había puesto mi taburete a tus pies: tú estabas sentada en el sofá igual que ahora; mi cabeza reposaba sobre tus rodillas; yo no dormía, pero tampoco estaba despierta, sino sólo adormecida. Percibía todo lo que ocurría a mi alrededor, sobre todo oía lo que se decía con mucha claridad; y sin embargo no podía moverme, no podía decir nada y aunque hubiera querido no hubiera sido capaz de indicar que estaba consciente. Recuerdo que hablabas de mí con una amiga; te compadecías de mi destino de pobre huérfana sola en el mundo; describías mi situación de dependencia y lo lamentable que podía ser mi suerte si una buena estrella no velaba sobre mí. Yo comprendía perfectamente y con toda exactitud, aunque tal vez con un exceso de rigor, lo que deseabas para mí, lo que parecías exigir de mí. De acuerdo con mi visión limitada, me tracé una serie de leyes a ese respecto. He vivido durante mucho tiempo siguiendo esas reglas; todo lo que hacía estaba dirigido por ellas en la época en la que tú me querías, te preocupabas de mí y me acogiste en tu casa y también durante algún tiempo después.

»Pero he salido fuera de mi vía, he infringido mis leyes, hasta he perdido el sentimiento de las mismas y tras un suceso espantoso me vuelves a hacer ver claramente cuál es mi situación, que es mucho más lamentable que aquella primera. Reposando sobre tu regazo, semiinconsciente, como si me llegara desde un mundo muy lejano, he escuchado tu voz queda en mi oído; me he enterado de lo que me puede esperar: me estremezco de mí misma. Pero como en aquella ocasión también ahora me he trazado en esa especie de semisueño de muerte una nueva vía.

»Estoy decidida como ya lo estuve entonces y te voy a decir ahora mismo lo que he decidido. ¡Nunca seré de Eduardo! Dios me ha abierto

los ojos de un modo terrible y me ha hecho ver en qué crimen me he implicado. Quiero expiarlo, ¡y que nadie trate de apartarme de mi propósito! Querida, mi mejor amiga, toma las medidas oportunas de acuerdo con esto. Haz regresar al comandante; escríbele diciéndole que no dé ningún paso. Cuánta angustia he sentido viendo que no podía moverme ni decir nada antes de que se fuera. Quería levantarme de un salto y gritar: ¡no le dejes partir con esas esperanzas tan engañosas!

Carlota percibió de inmediato el estado en el que se hallaba Otilia, lo sintió. Pero confiaba en que el tiempo y la reflexión le permitirían hacerle ver las cosas a su manera. Sin embargo, en cuanto pronunció algunas palabras que aludían al futuro, a un alivio del dolor, a la esperanza, Otilia gritó con violencia:

-¡No!, no trates de conmoverme, de seducirme. En el mismo instante en el que me entere de que has aceptado el divorcio, expiaré mi delito y mi crimen en aquel mismo lago.

Capítulo 15

Si en una convivencia dichosa y pacífica los parientes, los amigos y habituales de la casa hablan más de lo necesario y conveniente de lo que ocurre o debe ocurrir, si se repiten muchas veces los unos a los otros sus proyectos, propósitos, ocupaciones, y aunque no tomen exactamente consejo mutuo, sí que dictaminan sentenciosamente sobre el conjunto de la vida, por el contrario, precisamente en esos momentos cruciales en los que parece que más se necesita una ayuda exterior o la aprobación ajena, es cuando más se nota que todos se repliegan sobre sí mismos y actúan cada uno para sí y a su manera escondiendo ante los demás los recursos particulares empleados por cada cual, de tal modo que sólo el resultado, la meta o lo que se haya obtenido finalmente vuelven a convertirse en un bien común.

Después de tantos extraños y desdichados acontecimientos se había impuesto sobre las dos amigas una cierta callada gravedad que se manifestaba a través de un afectuoso cuidado y miramiento mutuos. En total secreto, Carlota había mandado llevar al niño a la capilla. Allí reposaba, primera víctima de una fatalidad colmada de infaustos presagios.

Carlota trató de regresar a la vida en la medida en que le era posible y lo primero que se encontró en su camino fue a Otilia, que necesitaba su ayuda. Sin dejarlo notar, se ocupaba constantemente de ella. Sabía cuánto amaba la celestial niña a Eduardo; poco a poco, se había ido informando y recabando detalles de la escena que había precedido a la desgracia y ahora conocía los hechos perfectamente, en parte a través de la propia Otilia y en parte a través de las cartas del

comandante.

Por su parte, Otilia trataba de facilitarle lo más posible a Carlota la vida cotidiana. Se mostraba abierta, incluso locuaz, pero nunca hablaba de la situación presente ni de lo recientemente sucedido. Toda su vida había mostrado una gran atención, siempre había sido observadora y sabía muchas cosas: todo esto se ponía ahora claramente de manifiesto. Entretenía y distraía a Carlota, quien por su parte seguía alimentando la esperanza de ver unida a una pareja que le resultaba tan querida.

Pero en el caso de Otilia las cosas eran muy distintas. Le había desvelado a su amiga el secreto de su vida; se sentía liberada de su antigua inhibición, de su tendencia a la servidumbre. Gracias a su arrepentimiento, a su determinación, se sentía liberada del peso de aquel delito, de aquel infortunio. Ya no necesitaba hacerse violencia; en el fondo de su corazón se había perdonado sólo bajo la condición de una renuncia total y, por eso, aquella condición tenía que ser irrevocable para el resto de su vida.

Así pasó algún tiempo y Carlota sentía hasta qué punto la casa y el parque, el lago, las rocas y las arboledas no hacían más que renovar diariamente en ellas tristes sentimientos. Era evidente que había que cambiar de lugar, pero no era fácil decidir de qué modo.

¿Debían permanecer juntas las dos mujeres? El antiguo deseo de Eduardo así parecía prescribirlo y su declaración y su amenaza parecían hacerlo obligatorio, pero ¿cómo cerrar los ojos a la evidencia de que, a pesar de su mejor voluntad, a pesar de emplear toda su razón y poner todo su esfuerzo las dos mujeres se hallaban actualmente en una situación de convivencia penosa? Sus conversaciones eran evasivas. A veces procuraban entender sólo a medias, pero las más de las veces alguna frase era malinterpretada, si no por el entendimiento, sí por el sentimiento. Tenían miedo de herirse, pero ese temor resultaba hiriente en sí mismo y era el primero y el que más las hería.

Si querían cambiar de lugar y separarse al menos durante un tiempo volvía a surgir la antigua cuestión de dónde podía ir Otilia. Aquella importante familia rica de la que ya se había hablado había hecho vanos esfuerzos para encontrar compañeras que supieran entretener a la par que servir de digno acicate a una rica heredera que prometía mucho. Durante la última visita de la baronesa y últimamente en sus cartas ya se le había pedido a Carlota que enviase allí a Otilia. Ahora volvió a sacarlo a colación. Pero Otilia se negó expresamente a acudir a un lugar en donde encontraría eso que se suele conocer como el gran mundo.

Déjeme, querida tía -dijo-, que para que no le parezca corta y obstinada me explique sobre lo que en otras circunstancias sería un

deber callar y esconder. Una persona que ha sido singularmente desdichada, aun cuando no tenga culpa ninguna, queda marcada para siempre de modo horroroso. Su presencia suscita en todos los que la ven y reparan en ella una especie de espanto. Todos quieren ver reflejado en ella el destino monstruoso que le ha tocado en suerte; todos sienten curiosidad a la par que miedo. Así, una casa o una ciudad donde ha ocurrido un crimen espantoso despierta el horror de todo el que entra en ellas. Parece como si allí brillase menos la luz del día y las estrellas perdieran algo de su fulgor.

»¿Cuán grande, aunque tal vez excusable, es la indiscreción de la gente con estos desdichados, su necia impertinencia, su torpe benevolencia! Perdóneme que hable así, pero he sufrido de modo increíble con aquella pobre chica cuando Luciana la arrastró fuera de la habitación donde se mantenía escondida en su casa, cuando se ocupó amablemente de ella y con la mejor intención quiso obligarla a jugar y bailar. Cuando la pobre niña, cada vez más aterrada, acabó huyendo y cayó desmayada, cuando la tomé en mis brazos, cuando los presentes se mostraron asustados, turbados y llenos de curiosidad por aquella desdichada, yo no podía imaginar que me' aguardaba un destino semejante, pero mi compasión, tan verdadera como entonces, sigue igual de viva. Ahora puedo aplicarme a mí misma esa compasión y guardarme de dar ocasión a semejantes escenas.

-Pero, querida niña -repuso Carlota-, por mucho que quieras no podrás sustraerte a la mirada de la gente. Ya no tenemos aquellos conventos en los que antes se buscaba asilo para este tipo de sentimiento.

-La soledad no hace el asilo, querida tía -replicó Otilia-. El asilo más apreciable hay que buscarlo donde podemos mostrarnos activos. Todas las penitencias, todas las privaciones no son en absoluto adecuadas para sustraernos a un destino fatal si éste se empeña en perseguirnos. El mundo sólo me repugna y me asusta si tengo que darme a él en espectáculo en un estado de pasividad ociosa. Pero si me encuentran alegremente aplicada al trabajo, incansable en el desempeño de mis obligaciones, puedo soportar la mirada de cualquiera, porque ya no tengo que temer la mirada de Dios.

-O mucho me equivoco -dijo Carlota- o te sientes inclinada a volver al pensionado.

-Sí -repuso Otilia-, no lo niego; me imagino como un destino dichoso el poder educar a los demás por las vías ordinarias cuando uno mismo ha recibido su formación por las vías más extraordinarias. Y, ¿acaso no vemos en la Historia que personas que debido a graves accidentes morales se habían retirado a desiertos, en absoluto pudieron permanecer allí ocultos y escondidos como imaginaban? Volvieron a ser llamados al mundo a fin de reconducir a los

extraviados al buen camino, pues ¿quién podría hacerlo mejor que los que ya han sido iniciados en las sendas tortuosas de la vida? Fueron llamados para asistir a los desdichados, y ¿quién podría hacerlo mejor que aquellos a quienes ningún mal terrestre puede aquejar ya?

-Eliges un destino singular -respondió Carlota-. Pero no quiero ofrecer resistencia: que así sea, aunque espero que por poco tiempo.

-Cuánto le agradezco -dijo Otilia- que me permita hacer este experimento, este ensayo. O mucho me engaño o tendré éxito. Estando allí me acordaré de todas las pruebas que tuve que soportar antiguamente y ¡qué pequeñas e insignificantes eran en comparación de las que debía experimentar más tarde! ¡Con qué serenidad contemplaré los apuros de las pequeñas pupilas, cómo sonreiré de sus sufrimientos infantiles sacándolas con mano ligera de todas esas pequeñas confusiones y extravíos! El que es dichoso no sirve para dirigir a los dichosos, pues forma parte de la naturaleza humana exigirse tanto más a uno mismo y a los demás cuanto más se ha recibido. Sólo el desdichado que trata de recuperarse sabe alimentar para sí mismo y para los demás el sentimiento de que también hay que saber gozar y deleitarse con un bien mediocre.

-Permíteme -dijo Carlota tras una breve reflexión- que le ponga a tu proyecto un reparo que me parece el más importante de todos. No se trata de ti, sino de un tercero. Tú ya conoces los sentimientos del bondadoso, razonable y piadoso asistente. Por el camino que has elegido, cada día que pase serás para él más valiosa e irremplazable. Si ya ahora sus sentimientos le impiden vivir a gusto sin ti, en el futuro, una vez que se haya acostumbrado a tu colaboración, no será capaz de seguir cumpliendo con sus obligaciones sin tu concurso. Empezarás por ayudarle en su trabajo para luego echárselo a perder.

-El destino no se ha mostrado amable conmigo -repuso Otilia- y aquel que me ama tal vez no pueda esperar nada mejor. Puesto que la bondad y sensatez de mi amigo son tan grandes espero que se podrá desarrollar en él el sentimiento de una relación de pura amistad; verá en mí a una persona sagrada que tal vez sólo sabe reparar un mal monstruoso para ella misma y para los demás consagrándose a esa presencia sagrada que nos rodea de manera invisible y que es la única que nos puede proteger de las potencias maléficas que nos acosan.

Carlota guardó en su corazón todo lo que había dicho de manera tan delicada y amable aquella niña querida para reflexionar en calma sobre ello. Había tratado de indagar en varias ocasiones, del modo más discreto, si no sería posible un acercamiento de Otilia a Eduardo, pero hasta la más leve mención, la menor esperanza, la mínima sospecha parecían afectar del modo más profundo a Otilia y en una ocasión, viendo que no podía eludirlo por más tiempo, la muchacha se explicó a ese respecto del modo más rotundo.

-Si tu determinación de renunciar a Eduardo -repuso Carlota después de oírla- es tan firme e inquebrantable, guárdate del peligro de volverlo a ver. Cuando estamos alejados del objeto amado y sobre todo cuanto más profundo es nuestro amor, tanto más dueños de nosotros mismos nos creemos, en la medida en que dirigimos hacia adentro toda esa fuerza de la pasión que trataba de extenderse hacia afuera, pero ¡qué pronto, qué aprisa nos damos cuenta de nuestro error cuando vemos de repente ante nuestros ojos aquello a lo que creíamos poder renunciar y nos vuelve a parecer irrenunciable! Haz ahora lo que consideras más conveniente en tu situación; examínate, incluso modifica tu actual decisión si te parece preferible, pero hazlo por ti misma, por una decisión libre y voluntaria de tu corazón. No te dejes sorprender, no dejes que un puro azar te lleve de nuevo a tu anterior situación, porque entonces sí que surgiría una contradicción insoportable en tu espíritu. Como ya te digo, antes de dar este paso, antes de alejarte de mí y comenzar una nueva vida que nadie sabe por qué caminos te conducirá, vuelve a meditar una vez más si es verdad que te sientes capaz de renunciar a Eduardo para siempre jamás. Pero si tu decisión ya está tomada, hagamos un pacto: prométeme que no volverás a entablar trato con él, ni siquiera a emprender una conversación, ni aunque él te busque o incluso llegue a perseguirte e introducirse donde tú estés.

Otilia no dudó ni un instante y le dio a Carlota la palabra que ya se había dado a sí misma.

Sin embargo, sobre el alma de Carlota seguía cerniéndose la amenaza proferida por Eduardo de que sólo renunciaría a Otilia mientras no se separara de Carlota. Es verdad que desde entonces las circunstancias habían cambiado tanto, habían sucedido tantas cosas, que esa promesa que le había sido arrancada en aquellas antiguas circunstancias podía considerarse anulada por los acontecimientos posteriores; sin embargo, no quería hacer ni decidir nada que pudiera herirle ni siquiera del modo más remoto, por lo que decidió que Mittler debía sondear las intenciones de Eduardo.

Desde la muerte del niño, Mittler había visitado más a menudo a Carlota, aunque sólo brevemente. Ese accidente, que le hacía parecer sumamente improbable la reconciliación de ambos esposos, le había afectado e impresionado sobremanera. Pero debido a su carácter siempre confiado y optimista, se alegró en silencio de la determinación de Otilia. Confiaba en el tiempo que todo lo cura a su paso, esperaba poder mantener anudados los vínculos de los dos esposos y consideraba aquellas bruscas pasiones como meras pruebas por las que tenían que pasar el amor y la fidelidad conyugales.

Carlota ya le había comunicado al comandante por carta la primera declaración que había hecho Otilia y le había rogado del modo más

encarecido que convenciera a Eduardo para que no diese ni un solo paso más, se mantuviera tranquilo y aguardara a ver si se restablecía el espíritu de la hermosa niña. También le había escrito lo esencial de los últimos acontecimientos y sentimientos y ahora era sin duda a Mittler a quien le tocaba la difícil misión de preparar a Eduardo para el nuevo cambio de situación. Pero Mittler, que sabía muy bien que es más fácil perdonar y aceptar lo que ya ha sucedido que dar la aprobación y el consentimiento a lo que todavía está por suceder, convenció a Carlota de que lo mejor era mandar a Otilia al pensionado cuanto antes.

Por eso, en cuanto Mittler se marchó, se hicieron los preparativos para el viaje. Fue Otilia la que hizo personalmente su equipaje, pero Carlota se fijó muy bien en que no se llevaba ni el bonito cofrecillo ni nada de lo que contenía. La amiga calló y dejó hacer a su guisa a la silenciosa niña. Llegó el día de la partida; el primer día, *el coche* de Carlota debía llevar a Otilia hasta una conocida posada donde haría noche y el segundo hasta el pensionado. Nanny la acompañaría y quedaría a su servicio. Aquella muchachita apasionada había vuelto a reunirse con Otilia tras la muerte del niño y volvía a estar tan ligada a ella como anteriormente, tanto por su naturaleza como por la inclinación que sentía por su ama, incluso parecía que trataba de recuperar el tiempo perdido y dedicarse en cuerpo y alma a su querida señora por medio de una charla incansable que trataba de distraerla. Ahora estaba fuera de sí por la alegría de poder viajar con ella, de poder ver cosas nuevas y desconocidas, ya que hasta entonces nunca había salido de su lugar de nacimiento, y corría del castillo al pueblo, a casa de sus padres y de sus parientes para proclamar en todas partes su buena suerte y despedirse de todos. Desgraciadamente también entró en la habitación de unos enfermos de sarampión y enseguida notó los efectos del contagio. Sin embargo, no quisieron diferir la partida; la propia Otilia sentía premura por marchar. Ya había hecho aquel viaje, conocía a la gente de la posada en la que tenía que hacer noche y la conduciría el cochero del castillo: no había nada que temer.

Carlota no se opuso, pues también ella estaba impaciente por abandonar el lugar y se complacía con ese pensamiento, si bien no quería marchar antes de haber vuelto a preparar para Eduardo las habitaciones del castillo que habían sido de Otilia, dejándolas tal y como estaban antes de la llegada del comandante. La esperanza de poder restaurar la antigua dicha siempre vuelve a prender en el alma de las personas y Carlota se sentía de nuevo legitimada para volver a alimentar aquella esperanza: es más, lo necesitaba.

Capítulo 16

Cuando Mittler llegó para tratar el asunto con Eduardo lo encontró solo, con la cabeza apoyada sobre su mano derecha y el brazo acodado sobre la mesa. Daba la impresión de sufrir mucho.

-¿Le vuelve a atormentar su dolor de cabeza? -preguntó Mittler.

-En efecto, me atormenta -contestó Eduardo- pero no puedo odiarlo porque me recuerda a Otilia. Tal vez, se me ocurre, también esté ella sufriéndolo ahora acodada sobre su brazo izquierdo, tal vez padece más que yo. ¿Por qué no iba a soportarlo yo igual que hace ella? Estos dolores me resultan saludables, yo casi diría que deseables, porque gracias a ellos aún se me aparece en el alma de modo más vivo, potente y claro la imagen de su paciencia acompañada del resto de sus virtudes y sólo en el dolor sentimos de verdad las enormes cualidades que son necesarias para poder soportar el sufrimiento.

Cuando Mittler vio a su amigo resignado hasta ese punto no pudo guardarse más tiempo su recado, aunque lo fue exponiendo gradualmente y de acuerdo con la cronología, empezando por el momento en que las mujeres habían tenido aquella idea y explicando cómo se había ido desarrollando y madurando luego. Eduardo apenas si elevó alguna objeción. De lo poco que dijo parecía deducirse que dejaba todo en manos de ellos; su actual sufrimiento parecía haberlo dejado indiferente a todo.

Pero apenas se quedó solo se puso en pie de un salto y empezó a dar zancadas de un lado a otro de la habitación. Ya no sentía el dolor, ahora su preocupación estaba completamente dirigida al exterior. Durante el relato de Mittler se había despertado vivamente la fuerza de la imaginación del enamorado. Veía a Otilia sola o casi sola por un camino de sobra conocido, en una posada ya familiar, en cuyas habitaciones había estado un sinfín de veces. Pensaba, reflexionaba, o mejor dicho ni pensaba ni reflexionaba: sólo deseaba, quería. Tenía que verla, tenía que hablarle. Para qué, por qué, qué iba a sacar con eso, ésa no era ahora la cuestión. Simplemente no oponía resistencia: se dejaba llevar por la necesidad.

Hizo partícipe del secreto a su ayuda de cámara que enseguida se informó del día y la hora en que Otilia debía hacer el viaje. Amaneció aquel día; Eduardo se apresuró a ir solo a caballo al lugar en que Otilia debía pernoctar. Pero llegó demasiado pronto; la posadera, sorprendida, lo recibió con alegría. Le debía una gran dicha familiar: Eduardo había obtenido una condecoración para su hijo, que había sido un valiente soldado, gracias a la pasión con que había descrito una hazaña, que sólo él había presenciado, hasta delante del propio general, superando de ese modo los obstáculos de algunos calumniadores. Por eso, la buena mujer no sabía qué hacer para mostrarse amable. Rápidamente limpió y arregló su mejor habitación de invitados, que en realidad le servía al mismo tiempo de

guardarropa y despensa, pero él le anunció la llegada de una mujer que iba a pasar allí la noche y le mandó que preparara para él una pequeña cámara sin ningún tipo de lujos en la parte de atrás que daba al pasillo. A la posadera todo aquello le pareció bastante misterioso, pero le resultaba muy grato poder hacer algo por su benefactor, que parecía tener un gran interés y mostraba mucha diligencia en aquel asunto. Y él, ¡con qué sentimientos pasó aquel tiempo interminable hasta que llegó la noche! Contemplaba la habitación que le rodeaba *y en* la que debía verla *y* en medio de toda su doméstica simplicidad le parecía un lugar divino. ¡Qué no pensaría! ¡Cuántas veces meditó si debía sorprender a Otilia o si mejor debía prepararla! Finalmente acabó venciendo esa última opinión; se sentó y escribió. Así rezaba la misiva que debía recibir Otilia:

De Eduardo a Otilia

«Mientras lees esta carta, amada mía, estoy muy cerca de ti. No debes asustarte, no te espantes. No tienes que temer nada de mí. No trataré de llegar junto a ti a la fuerza. No me verás antes de que tú lo permitas.

»Piensa primero en tu situación, en la mía. ¡Cuánto te agradezco que no te hayas propuesto dar ningún paso definitivo! Pero el que das me parece suficientemente decisivo. ¡No lo des! Aquí, en esta especie de encrucijada de caminos, vuelve a meditarlo una vez más: ¿Puedes aún ser mía, quieres ser mía? ¡Oh! ¡Nos harías a todos un enorme favor, a mí un bien inconmensurable!

»Déjame que te vuelva a ver, que te vuelva a mirar con alegría. Déjame hacer esta hermosa pregunta con mis propios labios *y* contéstame mediante tu simple y bella presencia. ¡Sobre mi pecho, Otilia, contra mi corazón, en donde alguna vez ya has descansado y en donde siempre está tu lugar!»

Mientras esto escribía le invadió la sensación de que el objeto tan deseado ya estaba próximo, de que no tardaría en aparecer. «Entrará por esta puerta, leerá esta carta, volverá a estar de pie ante mí, como antaño, aquella cuya presencia tantas veces he deseado. ¿Seguirá siendo la misma? ¿Habrá cambiado su figura o sus sentimientos?» Todavía sostenía la pluma en la mano, quería escribir igual que pensaba, pero ya se escuchaba entrar el coche por el patio. Con pluma ligera aún añadió: «Te oigo llegar. Por un instante, ¡adiós!».

Plegó la carta, escribió el nombre del destinatario; era demasiado tarde para lacrarla. Corrió a la cámara por la que sabía que se accedía al pasillo y en aquel momento se dio cuenta de que se había dejado

sobre la mesa su reloj y el sello de lacre. No quería que ella viese aquellos objetos antes de tiempo, de modo que volvió apresuradamente hacia atrás y consiguió cogerlos felizmente. Desde la antecámara ya oía la voz de la posadera que se dirigía hacia la habitación para mostrársela a la recién llegada. Corrió veloz hacia la puerta de la antecámara, pero estaba cerrada. La llave se le había caído al volver a entrar en la habitación con tantas prisas y ahora estaba por el lado de dentro; el cerrojo se había bloqueado: estaba atrapado. Empujó la puerta con violencia, pero no se abrió. ¡Oh, cómo hubiera deseado poder filtrarse a través de las rendijas como si fuera un espíritu! ¡En vano! Escondió su rostro en el quicio de la puerta. Entró Otilia, la posadera retrocedió al verlo allí. Tampoco podía permanecer oculto ni un momento más a los ojos de Otilia. Entonces se volvió hacia ella y los dos amantes se volvieron a encontrar frente a frente del modo más extraño que se pueda imaginar. Ella le miró seria y tranquila sin dar un paso ni hacia adelante ni hacia atrás y cuando él pretendió hacer un movimiento de aproximación retrocedió unos pasos hasta tocar con la mesa. También él retrocedió.

-¡Otilia! -exclamó-. ¡Déjame romper este terrible silencio! ¿Es que sólo somos sombras que se encuentran frente a frente? Pero antes que nada, ¡escucha! Es sólo por accidente por lo que me encuentras aquí. A tu lado está una carta que debía prepararte. ¡Léela, te lo ruego, léela y después decide lo que puedas!

Otilia bajó sus ojos y vio la carta; tras alguna vacilación la desplegó *y* la leyó. La leyó sin alterar sus facciones *y* del mismo modo la volvió a dejar suavemente a un lado. Entonces juntó sus dos manos con las palmas extendidas, las alzó oprimiéndolas bien unidas y las llevó hasta su pecho mientras se inclinaba levemente hacia adelante contemplando con tal mirada de súplica al que con tanto apremio la solicitaba que él sintió que estaba obligado a renunciar a todo lo que podía exigir y desear. Aquel gesto le desgarró el corazón. No podía soportar la mirada de Otilia, su postura. Parecía verdaderamente como si de un instante a otro fuera a ponerse de rodillas si él persistía en seguir allí. Desesperado, salió a toda prisa por la puerta y mandó a la posadera para que asistiera a la que quedaba sola.

Se puso a caminar de un lado a otro de la antecámara. Se había hecho de noche y nada se movía en la habitación de al lado. Por fin volvió a salir la posadera y sacó la llave. La buena mujer estaba conmovida y confusa y no sabía lo que debía hacer. Por fin, mientras se marchaba, hizo el gesto de alargarle la llave a Eduardo, que la rechazó. Entonces dejó la luz dada y se marchó.

Lleno de la mayor amargura, Eduardo se tiró al suelo en el umbral de la puerta de Otilia, que inundó con sus lágrimas. Posiblemente jamás dos amantes, tan cerca uno de otro, hayan pasado una noche

tan desgraciada.

Amaneció; el cochero enganchó el coche. La posadera abrió con su llave y entró en la habitación. Se encontró con que Otilia se había quedado dormida con la ropa puesta, entonces volvió a salir e invitó a entrar a Eduardo con una sonrisa afectuosa. Ambos se acercaron al lado de la que dormía, pero Eduardo no fue capaz de soportar aquella visión. La posadera no se atrevió a despertar a la niña que descansaba y se sentó frente a ella. Finalmente Otilia abrió sus hermosos ojos y se puso en pie. Rechaza el desayuno y en ese momento entra Eduardo. Le ruega encarecidamente a Otilia que diga una sola palabra, que declare cuál es su voluntad. Le jura que hará todo lo que ella quiera, pero ella sigue muda. Una vez más le pregunta con amor y con insistencia si quiere ser suya. ¡Con cuánta dulzura sacude ella la cabeza con los ojos bajos para decir, «no»! Él le pregunta si quiere ir al pensionado. Ella también rehúsa con indiferencia. Pero cuando pregunta si quiere regresar junto a Carlota, afirma aliviada con una segura inclinación de cabeza. Él se apresura a abrir la ventana para darle órdenes al cochero; pero ella ya ha salido de la habitación veloz como un rayo, ha bajado las escaleras y se ha subido al coche. El cochero emprende el camino de vuelta al castillo. Eduardo lo sigue a caballo a alguna distancia.

Capítulo 17

¡Cuál no sería la sorpresa de Carlota cuando vio aparecer el coche con Otilia e inmediatamente después a Eduardo a caballo que irrumpían en el patio del castillo! Voló hacia la puerta de entrada. Otilia bajó del coche y se acercó hacia ella con Eduardo. Con violencia y pasión toma las manos de los dos esposos, las junta con fuerza y corre a su habitación. Eduardo se echa al cuello de Carlota y estalla en lágrimas. Es incapaz de explicarse, le ruega que tenga paciencia con él, que vaya a auxiliar a Otilia, que la ayude. Carlota corre a la habitación de Otilia y siente un escalofrío cuando entra: la estancia está ya completamente vacía, sólo quedan las paredes desnudas. Ofrece una impresión tan amplia como poco acogedora. Ya se han llevado todo, lo único que han dejado en medio de la habitación es el cofrecillo, sin duda porque no han sabido dónde ponerlo. Otilia yace en el suelo, con los brazos y la cabeza sobre el cofre. Carlota se apresura a ayudarla, le pregunta qué ha sucedido y no obtiene respuesta.

Deja a la doncella, que se acerca con algunos reconstituyentes y vuelve rápidamente junto a Eduardo. Lo encuentra en la sala; él tampoco la informa. Se arroja a sus pies, baña sus manos con lágrimas, huye a su habitación y cuando ella trata de seguirlo se topa con el ayuda de cámara que le explica lo que ha ocurrido en la medida

en que puede hacerlo. El resto se lo imagina fácilmente y medita en seguida con decisión las medidas que debe tomar. Rápidamente se vuelve a acomodar la habitación de Otilia. Por su parte, Eduardo se ha encontrado con la suya tal como la había dejado, hasta el último papel.

Cuando vuelven a encontrarse juntos los tres parece que están más repuestos, pero Otilia sigue callando y Eduardo sólo es capaz de rogarle a su esposa que tenga esa misma paciencia que a él parece faltarle. Carlota manda mensajeros a Mittler y al comandante. Al primero no lo encuentran, pero viene el segundo. A éste sí que le abre Eduardo su corazón, con él se desahoga y le cuenta sin ahorrar un detalle cómo ha sucedido todo y de este modo Carlota se entera de lo ocurrido, de lo que ha cambiado tan singularmente la situación, de lo que tanto ha turbado los espíritus.

Entonces habla del modo más afectuoso con su esposo. No le ruega otra cosa sino que por ahora no moleste a la niña. Eduardo bien siente el mérito, el amor y la inteligencia de su esposa, pero está completa y exclusivamente dominado por su pasión. Carlota le da esperanzas, le promete que aceptará el divorcio. Él no se hace ilusiones; está tan enfermo que la esperanza y la confianza le abandonan. Apremia a Carlota para que le prometa su mano al comandante; una suerte de locura le domina. A fin de apaciguarlo, de sostenerlo, ella hace lo que le pide. Le promete su mano al comandante para el caso de que Otilia quiera unirse a Eduardo, pero sólo bajo la condición expresa de que por el momento los dos hombres se marcharán juntos de viaje. El comandante tiene que resolver asuntos de la corte para la que trabaja en el extranjero y Eduardo promete que le acompañará. Se hacen planes y de este modo se tranquilizan un tanto, porque por lo menos pasa algo.

Mientras tanto observan que Otilia apenas come ni bebe y que sigue obstinándose en su silencio. Hablan con ella, pero entonces se muestra angustiada y prefieren abandonar, pues ¿no nos pasa a casi todos, que tenemos la debilidad de no querer atormentar a nadie ni siquiera por su bien? Carlota piensa en todos los remedios posibles y finalmente se le ocurre que podría hacer llamar al asistente del pensionado que tiene tanto ascendente sobre Otilia y que ha escrito muy amablemente preguntando por su inesperada ausencia, sin obtener todavía ninguna respuesta.

A fin de no sorprender a Otilia hablan en presencia de ella de este proyecto. Ella no parece estar de acuerdo; medita, finalmente parece tomar una decisión, va rápidamente a su habitación y antes de la noche manda la siguiente misiva a sus amigos:

De Otilia a sus amigos

«¿Por qué tengo que decir expresamente, queridos míos, lo que ya se entiende de suyo? He salido de mi vía y ya nunca volveré a ella. Un genio hostil se ha apoderado de mí y parece que me pone impedimentos desde fuera aún cuando procuro reconciliarme conmigo misma.

»Mi propósito de renunciar a Eduardo, de alejarme de él, era verdadero y puro. Confiaba en no volverlo a ver. Sucedió de otra manera. Contra su propia voluntad, se encontró de pronto ante mí. Tal vez interpreté y me tomé demasiado a la letra mi promesa de no volver a emprender ninguna conversación con él. Dejándome guiar por mis sentimientos y la conciencia del momento guardé silencio, permanecí muda ante mi amigo y ahora ya no tengo más que decir. Apremiada por mis sentimientos, por el azar del momento, he hecho un voto religioso muy severo que tal vez pueda asustar y resultar incómodo al que lo haga de modo reflexivo. ¡Dejadme persistir en él mientras así me lo mande el corazón! ¡No llaméis a ningún mediador! ¡No me apremiéis para que hable ni para que tome alimento o bebida, fuera de lo estrictamente imprescindible! Ayudadme a pasar este periodo con vuestra tolerancia y paciencia. Soy joven, la juventud se recupera de modo imprevisto. Toleradme en vuestra presencia, alegradme con vuestro afecto, instruidme con vuestras conversaciones, pero ¡dejadme que yo me cuide de mi interior!»

La partida de los hombres, que estaba preparada desde hacía tiempo, se demoraba porque se había retrasado *el* asunto que tenía que resolver el comandante en el extranjero. ¡Qué dicha para Eduardo! Nuevamente estimulado por la misiva de Otilia, animado por sus palabras consoladoras y esperanzadoras y sintiéndose legitimado para seguir firme en su espera, declaró de pronto que no se marcharía.

-¡Qué necedad -exclamó- echar de modo intencionado y apresurado por encima de la borda lo que es más necesario e imprescindible, justamente eso que tal vez aún podemos salvar cuando amenaza su pérdida! ¿Y qué significa esto? Pues únicamente que el hombre siempre quiere dar la impresión de que puede escoger y tener una voluntad. Así, dominado por esa absurda presunción, a menudo me he arrancado a la compañía de mis amigos horas e incluso días antes de lo necesario sólo para no sentirme obligado a hacerlo cuando llegara la hora del último e inexcusable término. Pero esta vez quiero quedarme. ¿Por qué me iba a alejar? ¿Acaso ella no está ya alejada de mí? No se me pasa por la cabeza asirle la mano o tomarla entre mis brazos. Ni siquiera puedo pensarlo, porque me estremezco. Porque no es que ella se haya apartado de mí, sino que se ha alzado por encima de mí.

Y, así, Eduardo se quedó, como él quería, como no podía dejar de hacer aunque quisiera. *Pero* tampoco había nada que igualara a su deleite cuando se encontraba con ella. De esa forma, también a ella le quedaban esas mismas sensaciones, tampoco ella podía sustraerse a aquella dichosa necesidad. Ahora igual que antes seguían ejerciendo el uno sobre el otro la misma y casi mágica fuerza de atracción. Es verdad que vivían bajo el mismo techo, pero incluso sin necesidad de estar expresamente pensando el uno en el otro, incluso cuando estaban ocupados con otros asuntos, llevados de aquí para allá por el resto de los presentes, siempre se acababan acercando. Si se encontraban en una sala no pasaba mucho tiempo antes de que estuvieran el uno al lado del otro, ya fuera de pie o sentados. Sólo la proximidad más inmediata podía tranquilizarlos, pero bien es verdad que los tranquilizaba del todo y que aquella proximidad les bastaba. Ni una mirada, ni una palabra, ni un gesto, ni un roce, la mera presencia mutua era suficiente. Entonces ya no eran dos personas, sólo eran una persona sumida en un deleite inconsciente y completo, satisfecha consigo misma y con el mundo. En efecto, si hubieran retenido a uno de los dos en un extremo de la casa, el otro se habría ido acercando hacia él poco a poco sin ninguna intención y sin saberlo. La vida era para ellos un enigma que sólo podían resolver cuando se hallaban juntos.

Otilia se mostraba serena y relajada, de manera que podían tranquilizarse a su respecto. Se alejaba poco del grupo y lo único que había exigido era tomar sus comidas sola. La única que la servía era Nanny.

Las cosas que suelen ocurrirle a cada persona se repiten más a menudo de lo que uno cree porque tienen que ver con nuestra naturaleza, que es la principal causante. Carácter, individualidad, inclinación, orientación, sitio, ambiente y costumbres constituyen un conjunto en el que cada ser humano se mueve en un elemento, en una atmósfera que es la única en la que se encuentra cómodo y a gusto. Y, por eso, asombrosamente, después de muchos años nos volvemos a encontrar sin apenas cambios a esas personas de cuya versatilidad e inconstancia tanto nos hemos quejado y observamos que después de un sinfín de estímulos externos e internos siguen exactamente igual que antes.

Del mismo modo, en la convivencia cotidiana de nuestros amigos todo volvía a discurrir prácticamente por el mismo cauce que antaño. Como de costumbre, Otilia seguía manifestando en mil detalles su carácter servicial *y* amable *y* lo mismo se podía decir de todos, cada uno a su manera. De este modo la imagen del círculo de amigos parecía un reflejo de la antigua vida y la ilusión de que todo seguía como antes era comprensible.

Los días otoñales, iguales en longitud a los de la pasada primavera, volvían a llamar a todos de vuelta a casa precisamente a la misma hora que antes. El adorno de frutos y flores propio de esta estación permitía creer que aquel era el otoño que sucedía a la anterior primavera; el tiempo transcurrido en el intervalo caía en el olvido. Porque ahora florecían flores semejantes a las que habían sembrado también aquellos días pasados; ahora maduraban los frutos de los árboles que habían visto florecer en aquel entonces.

El comandante iba de un lado para otro; también Mittler se dejaba ver a menudo. Las veladas solían tener lugar con regularidad. Eduardo acostumbraba a leer en voz alta, con más viveza, mayor sentimiento, mejor y hasta se podría decir que con mayor alegría que antaño. Era como si por medio de esa alegría y ese sentimiento quisiera reanimar la pétrea rigidez de Otilia, como si quisiera disolver su enmudecimiento. Se sentaba como antaño, de manera que ella pudiera leer por encima de su hombro en él libro y ahora hasta se mostraba intranquilo y distraído cuando ella no miraba el libro, cuando él no estaba seguro de que ella seguía sus palabras con sus ojos.

Toda aquella sensación penosa, incómoda y triste de la época de intervalo se había borrado. Nadie le guardaba rencor a nadie, hasta el último rastro de amargura había desaparecido. El comandante acompañaba con su violín a Carlota, que tocaba el piano, y la flauta de Eduardo también volvía a concertarse con la manera especial de Otilia de seguirle al piano. De este modo, se iba aproximando el cumpleaños de Eduardo, a cuya celebración no habían podido llegar el año anterior. Esta vez querían celebrarlo sin solemnidades, en medio de la paz y la alegría de la amistad. Eso era lo que habían acordado, parte tácita y parte expresamente. Pero cuanto más se acercaba aquel momento tanto más aumentaba el tono grave y solemne de Otilia, *cuya* actitud hasta ahora habían sentido más que percibido claramente. Parecía como si pasara revista a las flores del jardín y le había hecho entender al jardinero que no arrancara ninguna de las flores de verano, interesándose sobre todo por los ásteres, que precisamente aquel año florecían por doquier en gran cantidad.

Capítulo 18

Sin embargo lo más significativo y que los amigos habían observado con secreta expectación era que Otilia había vaciado por vez primera el contenido del cofre, había elegido algunas cosas y había cortado tela suficiente como para hacerse un solo traje pero completo. Cuando quiso volver a embalar todo con ayuda de Nanny apenas pudo lograrlo: el interior del cofre estaba lleno a rebosar a pesar de haber sacado parte del contenido. Llena de codicia, la pequeña criadita no

terminaba nunca de admirar todo aquello, sobre todo porque había observado que en el cofre tampoco faltaba ni uno de los pequeños complementos necesarios para acompañar al vestido. Todavía quedaban zapatos, medias, ligas con divisas, guantes y otro montón de pequeños objetos: Le pidió a Otilia que le regalase aunque sólo fuera una de aquellas cosas. Otilia se negó, pero a cambio abrió enseguida un cajón de la cómoda y dejó que la niña escogiera algo, cosa que ella hizo apresurada y torpemente para después salir corriendo con su trofeo para proclamar y exhibir su fortuna ante el resto de los habitantes de la casa.

Finalmente Otilia consiguió volver a empaquetar todo cuidadosamente dentro del cofre: Después abrió un compartimento secreto escondido en la tapa. Allí dentro había guardado las notitas y cartas de Eduardo, algunas flores secas recuerdo de antiguos paseos, un bucle de pelo de su amado y otras cuantas cosas. Ahora añadió también el retrato de su padre, cerró y volvió a colgar sobre su pecho la llavecita atada a una cadena de oro que rodeaba su cuello.

Mientras tanto, se habían despertado muchas esperanzas en los corazones de los amigos. Carlota estaba convencida de que Otilia volvería a hablar *ese* día, porque había mostrado en los últimos tiempos una secreta actividad, una suerte de serena satisfacción, una sonrisa como la que flota en el rostro del que le prepara en secreto a su amado algo bueno y alegre. Lo que nadie sabía era que Otilia se pasaba muchas horas en medio de una gran debilidad y desfallecimiento, de los que sólo salía gracias a una enorme fuerza de voluntad en los momentos en los que se mostraba en presencia de ellos.

En aquel periodo Mittler se había dejado ver más a menudo de lo habitual y también se había quedado siempre más tiempo del acostumbrado. Aquel hombre tenaz sabía muy bien que hay que saber aguardar el momento oportuno, porque las ocasiones sólo se presentan una vez. El silencio de Otilia, así como su renuncia, los interpretaba a su favor. Por ahora no se había dado ni un paso para el divorcio de los esposos y él todavía confiaba en poder arreglar de alguna otra manera favorable la suerte de aquella excelente muchacha. Así que escuchaba, cedía, daba a entender y, para lo que él solía, se comportaba con notable prudencia.

Sin embargo, no era capaz de dominarse cuando alguien le daba pie para lanzarse a extensos razonamientos sobre materias a las que concedía un gran interés. Vivía muy replegado sobre sí mismo y cuando estaba con otras personas por lo general no sabía comportarse más que tratando siempre de ejercer su influjo sobre ellos. Y una vez que se desataba su elocuencia entre sus amigos, como hemos tenido ocasión de comprobar, ya nada la detenía *y* fluía libre y sin

miramientos, hiriendo o sanando, mostrándose útil o perjudicial, dependiendo de las circunstancias.

La víspera del cumpleaños de Eduardo, Carlota y el comandante estaban sentados juntos esperando a Eduardo que había salido a caballo; Mittler iba de un lado a otro de la habitación. Otilia se había quedado en su habitación para extender las galas del día siguiente y darle algunas órdenes a su criada, que la comprendía a la perfección y sabía obedecer acertadamente sus mudas indicaciones.

En aquel preciso momento Mittler acababa de atacar uno de sus temas favoritos. Le gustaba afirmar que tanto en la educación de los niños como en el gobierno de los pueblos nada hay más torpe *y* bárbaro que las prohibiciones *y* las leyes y ordenanzas restrictivas.

-El hombre es activo por naturaleza -decía-; y cuando alguien sabe darle órdenes no pide sino seguirlas y actuar en consecuencia. Yo, por mi parte, mientras no sea capaz de prescribir la virtud opuesta, prefiero tolerar errores y vicios antes que deshacerme de los errores sin ser capaz de poner nada en su lugar. El hombre hace de buena gana lo que es bueno y conveniente en cuanto tiene los medios para ello; lo hace por el puro gusto de hacer algo y después no vuelve a pensar en ello, no más que en las tonterías que hace por puro aburrimiento y ociosidad.

»¡Qué de veces me he sentido disgustado al escuchar cómo le hacen repetir de memoria a los niños los diez mandamientos! El cuarto todavía se puede considerar que es una orden bonita y razonable: "Honrarás a tu padre y a tu madre". Si los niños son capaces de aprenderse eso y de grabarlo bien en su mente ya tienen para practicar todo el día. Pero del quinto, ¿qué se puede decir?: "No matarás". ¡Cómo si alguien tuviera ganas de matar a sus semejantes! Uno puede odiar, enfadarse, dejarse llevar por la cólera, y a consecuencia de esto y de otras muchas cosas bien puede ocurrir que ocasionalmente acabe matando a otra persona. Pero ¿no les parece que es bárbaro prohibirles a los niños el crimen y el asesinato? Si el mandamiento fuera: "Cuida de la vida de los demás, trata de alejar de los otros todo lo que pueda hacerles daño, sálvales la vida aun a riesgo de perder la tuya y si les causas algún perjuicio piensa que te estás perjudicando a ti mismo", si así fuera, éstos serían mandamientos adecuados para pueblos civilizados y sensatos, pero sin embargo se dejan tristemente a la cola en el último puesto de las preguntas y respuestas del catecismo.

»En cuanto al sexto me parece simple y lisamente repugnante. ¡Díganme! ¿Es que queremos despertarla curiosidad de los niños respecto a esos peligrosos misterios que ya presienten de algún modo y excitar su imaginación con imágenes y representaciones chocantes que lo único que hacen es atraer con violencia precisamente lo que se

trataba de alejar? Sería muy preferible que un tribunal secreto castigara arbitrariamente esas infracciones antes que permitir que los fieles hagan de eso su comidilla en la iglesia y la parroquia.

En aquel instante entró Otilia en la sala.

-No cometerás adulterio -continuó diciendo Mittler-. ¡Qué grosería, qué indecencia! ¿No sonaría mucho mejor si se dijera: «Debes respetar el vínculo matrimonial; cuando veas una pareja de esposos que se ama te alegrarás de ello y participarás de su dicha como de la de un día claro. Si notas que algo enturbia su relación harás lo posible para que las nubes se disipen; tratarás de poner paz, de serenarlos, les harás ver sus mutuos méritos y con hermoso desinterés trabajarás por el bien de los otros haciéndoles comprender la dicha que emana del deber y muy particularmente de ese que une de manera indisoluble al hombre y a la mujer».

Carlota estaba sobre ascuas y aún sentía más temor por cuanto estaba convencida de que Mittler no reparaba en lo que decía ni en dónde lo decía, pero antes de que pudiera interrumpirle pudo ver que Otilia volvía a salir de la sala con el semblante alterado.

-Espero que nos dispensará del séptimo mandamiento -dijo Carlota con una sonrisa forzada.

-De todos los demás -repuso Mittle- con tal de que pueda salvar por lo menos a ése sobre el que descansa el resto.

De pronto, Nanny irrumpió en la sala chillando con espantosos gritos:

-¡Se muere! ¡La señorita se muere! ¡Vengan, vengan aprisa!

Cuando Otilia regresó a su habitación y entró en ella tambaleándose todas las galas del día siguiente estaban extendidas sobre varias sillas y la muchachita, que corría de una a otra contemplándolas y admirándolas, se dirigió hacia ella llena de júbilo:

-¡Mire, mire, querida señorita! ¡Es un traje de novia digno de usted!

Otilia escucha esas palabras y cae desfallecida sobre el sofá. Nanny ve palidecer a su señora, observa que se queda yerta, corre en busca de Carlota y todos se precipitan. El médico amigo de la casa llega enseguida. Cree que se trata de un simple desmayo por agotamiento. Pide que traigan un caldo; Otilia lo rechaza con repugnancia y casi tiene convulsiones cuando le acercan la taza a la boca. El médico pregunta con gravedad y premura, tal como lo imponen las circunstancias, qué alimentos ha tomado Otilia ese día. La criada tarda en contestar. Él vuelve a repetir su pregunta y ella confiesa que Otília no ha comido nada en todo el día.

Nanny le parece al médico más ansiosa de lo normal. Se la lleva a la habitación contigua, Carlota le sigue, la niña cae de rodillas y confiesa que hace bastante tiempo que Otilia come lo mismo que nada. Ante la insistencia de Otilia ha sido ella la que ha comido los

alimentos en su lugar; lo ha mantenido en secreto a causa de los gestos de súplica y de amenaza de su señora, y también, añade inocentemente, porque le sabía todo muy rico.

Llegan Mittler y el comandante; encuentran a Carlota ocupada en compañía del médico. Pálida y en apariencia consciente, la celestial niña está sentada en una esquina del sofá. Le suplican que se acueste; ella se niega pero pide por signos que le traigan el cofrecillo, pone sus pies encima y se queda medio recostada en una postura cómoda. Parece como si quisiera despedirse, sus gestos expresan a los allí reunidos un tierno afecto, amor, gratitud, una súplica de perdón y el adiós más entrañable.

Eduardo, que acaba de bajar del caballo, se da cuenta de lo que ocurre, se precipita en la habitación, se arroja al lado de ella, toma su mano y la inunda con lágrimas mudas. Así permanece durante mucho tiempo. Finalmente exclama:

-¿Es que no he de volver a escuchar nunca tu voz? ¿No querrás volver a la vida con una palabra para mí? ¡Está bien, está bien! Te sigo allá arriba: allí hablaremos otras lenguas.

Ella le oprime con fuerza la mano, lo contempla con una mirada llena de vida y de amor y después de un profundo suspiro, tras un movimiento celestial y mudo de sus labios, exclama al fin:

-¡Prométeme que-vivirás! -Y después de ese esfuerzo grácil y tierno, vuelve a caer para atrás.

-¡Te lo prometo! -responde él, pero su respuesta ya no la alcanza; ella ya no está allí.

Después de una noche de lágrimas el cuidado de enterrar los queridos restos recae sobre Carlota. Mittler y el comandante le prestan su ayuda. El estado de Eduardo es lamentable. En cuanto puede salir un poco de su desesperación y dominarse mínimamente se empeña en que no saquen a Otilia del castillo y que la sigan cuidando y velando como si estuviera viva, porque no está muerta, no puede estar muerta. Se conforman a su gusto, al menos en el sentido de no hacer lo que ha prohibido. Él no pide verla.

Pero un nuevo susto, otro temor vino a asaltar enseguida a los amigos. Nanny, duramente reprendida por el médico, obligada a confesar mediante amenazas y cubierta de reproches después de confesar, había huido. Tras muchas búsquedas la encontraron: parecía haber perdido la cabeza. Sus padres la recogieron en casa. Los mejores tratamientos no parecían causar efecto y hubo que encerrarla porque amenazaba con volver a huir.

Gradualmente consiguieron arrancar a Eduardo de su violenta desesperación, pero eso sólo sirvió para aumentar su desdicha, porque sólo entonces empezó a tomar conciencia cierta de haber perdido para siempre lo que constituía la felicidad de su vida. Trataron de hacerle

entender que si depositaban a Otilia en aquella capilla de algún modo seguiría estando entre los vivos y no carecería de una tranquila y acogedora morada. Fue difícil obtener su consentimiento y sólo lo dio bajo la condición de que sería trasladada en un ataúd abierto, de que dentro de la tumba sólo estaría cubierta con una ligera tapa de cristal y que habría siempre una lámpara ardiendo a su lado; de este modo acabó aceptando y pareció resignarse a todo.

Vistieron el hermoso cuerpo con las mismas galas que ella había preparado; adornaron su cabeza con una corona de ásteres que brillaban misteriosas como fúnebres estrellas. Para decorar el ataúd, la iglesia y la capilla despojaron los jardines de todos sus adornos. Ahora estaban desnudos como si el invierno ya se hubiera llevado la alegría de todos los parterres. En cuanto rayó la primera luz del alba la sacaron del castillo en un ataúd abierto y el sol naciente volvió a dorar por última vez aquel rostro celestial. Los acompañantes se agolpaban junto a los porteadores. Nadie quería ir delante de ella ni quedarse atrás, todos querían rodearla, disfrutar de su presencia por última vez. Niños, hombres y mujeres, todos estaban conmovidos por igual. Las muchachas, que sentían su pérdida de modo más directo, estaban inconsolables.

Faltaba Nanny. La habían retenido, o mejor dicho, le habían ocultado el día y la hora del entierro. La tenían vigilada en casa de sus padres en un cuarto que daba al jardín. Pero en cuanto oyó tocar las campanas se dio cuenta de lo que ocurría y aprovechando que su cuidadora la dejó sola un momento movida por la curiosidad de ver el cortejo, Nancy escapó por la ventana hasta un pasillo y desde allí, como todas las puertas estaban cerradas, subió al desván.

En aquel momento el cortejo atravesaba el pueblo por un limpio camino cubierto de hojas. Nanny pudo ver pasar debajo de ella a su señora con más claridad y mayor perfección y belleza que todos los que estaban en el cortejo. Sobrenatural, como si la llevaran por las nubes o las olas, parecía que le hacía señales a su sirvienta y ésta, llena de turbación, confusa y vacilante, se tiró abajo.

La multitud se dispersó hacia todos los lados con un grito horrible. Obligados por los empujones y la confusión los porteadores tuvieron que dejar el ataúd en el suelo. La niña yacía justo al lado del féretro y parecía que tenía rotos todos sus miembros. Trataron de levantarla y casualmente, o tal vez por una extraña providencia, la apoyaron un instante sobre el cadáver, es más, parecía como si ella empleara lo poco que le quedaba de vida en tratar de arrimarse a su querida señora. Pero apenas habían rozado sus miembros inertes el vestido de Otilia, apenas sus dedos sin fuerza tocaron las manos unidas de la muerta, cuando se levantó repentinamente, alzó en primer lugar sus brazos *y* ojos hacia el cielo *y* después se tiró de rodillas al lado del

féretro contemplando piadosamente con asombro y maravilla el rostro de su señora.

Al fin se puso en pie de un salto invadida de un inspirado entusiasmo y gritó con sagrada alegría:

-¡Sí! ¡Me ha perdonado! Lo que ninguna persona, lo que yo misma no me podía perdonar, me lo perdona Dios a través de su mirada, de sus gestos, de su boca. Ahora ha vuelto otra vez a su dulce reposo, pero ya habéis visto todos cómo se levantó y me bendijo con las manos abiertas mientras me miraba con cariño. Ya todos habéis oído, todos habéis sido testigos de cómo me ha dicho: «¡Estás perdonada!». Ya no soy ninguna asesina; ella me ha perdonado, Dios me ha perdonado y ya nadie me puede reprochar nada.

La multitud se agolpaba a su lado. Estaban admirados, escuchaban, miraban a todos los lados y nadie sabía qué hacer o decir.

-¡Llevadla ya a su lugar de reposo! -dijo la niña-; ya ha hecho y sufrido lo que le tocaba en este mundo y ahora ya no puede seguir morando entre nosotros. -El féretro continuó su camino, Nanny iba abriendo la comitiva y así llegaron hasta la iglesia y la capilla.

Ahora ya estaba el ataúd de Otilia en su lugar; a su cabeza el del niño, a sus pies el cofrecillo, guardado en un arca de sólida madera de roble. Habían contratado a una vigilante que, en los primeros tiempos, debía permanecer junto al féretro velando el cadáver que yacía lleno de hermosura bajo la tapa de cristal. Pero Nanny no quiso que la privaran de esa misión; quería quedarse sola, sin ninguna compañía y vigilar aplicadamente la lamparilla que por primera vez iba a lucir allí. Lo pidió con tanta insistencia y encarecimiento que acabaron concediéndoselo a fin de evitar un mal mayor en su espíritu, cosa que bien se podía temer.

Pero no estuvo sola mucho tiempo, porque en cuanto cayó la noche, cuando la luz vacilante de la lámpara empezó a ejercer todo su efecto extendiendo un brillante resplandor, se abrió la puerta y entró el arquitecto en aquella capilla cuyos muros piadosamente adornados le parecían a la luz de aquel tenue resplandor más antiguos y evocadores de lo que hubiera podido imaginar nunca.

Nanny estaba sentada a un lado del sarcófago. Enseguida lo reconoció, pero sin decir una palabra le señaló con un gesto a su pálida señora. Y, así, él se quedó de pie del otro lado, con toda la prestancia y la fuerza de la juventud, replegado en sí mismo, rígido, ensimismado, con los brazos colgando y las manos unidas piadosamente, su cabeza y mirada inclinados hacia el cuerpo de la figura inanimada.

Así había estado antaño ante Belisario. Inconscientemente volvió a adoptar la misma postura, y ¡con cuánta naturalidad también en esta ocasión! También esta vez se había perdido algo inestimable; y si allí

se lamentaba la pérdida irreparable de la valentía, inteligencia, poder, rango y fortuna de un hombre, si algunas cualidades resultan imprescindibles a la nación y a su príncipe en determinados momentos, pero no son apreciadas *y* se las desecha *y* proscribe, aquí había otras tantas virtudes calladas, que la naturaleza había sacado hacía poco tiempo de sus ricas profundidades y habían vuelto a verse rápidamente aniquiladas por su mano indiferente; raras, hermosas, apreciables virtudes cuyos conciliadores efectos recibe con alegría el mundo *nece*sitado de la misma manera que lamenta su pérdida con pena y nostalgia.

El joven callaba y también la muchachita durante algún tiempo; pero cuando vio que brotaban frecuentes lágrimas de los ojos de él, cuando le pareció que se entregaba plenamente a su dolor, le habló con tanta verdad y contundencia que el joven, sorprendido de su elocuencia, consiguió rehacerse *y* ver ante sus ojos a su hermosa amiga viviendo *y* actuando en una región más elevada. Se secaron sus lágrimas, se alivió su sufrimiento, se despidió de rodillas de Otília y después le dijo adiós a Nanny con un afectuoso apretón de manos, hecho lo cual se perdió en la noche con su caballo sin haber visto a nadie más.

El cirujano había pasado la noche en la iglesia sin que lo supiera la niña y cuando entró a verla por la mañana la encontró serena y consolada. Se esperaba todo tipo de divagaciones y extravíos; estaba preparado para oír un montón de historias sobre nocturnas conversaciones con Otilia y otras apariciones y fenómenos de este tipo, pero la niña estaba de lo más natural, tranquila y segura de sí misma. Se acordaba perfectamente de todo lo que había sucedido en el pasado, recordaba con precisión todos los detalles y nada de lo que decía se salía de la normalidad y la verdad si exceptuamos el incidente con el cadáver durante el cortejo, suceso que le gustaba contar llena de alegría una y otra vez: cómo se había levantado Otilia, la había bendecido *y* perdonado *y* cómo de ese modo había recuperado la calma para siempre.

El aspecto de Otilia, que se conservaba en toda su belleza y más parecía dormida que muerta, atraía a muchas personas al lugar. La gente del pueblo y los alrededores querían verla y todos querían oír de boca de Nanny lo increíble: algunos para burlarse, la gran mayoría para dudar y algunos para darle crédito.

Toda necesidad cuya verdadera solución es imposible obliga a tener fe. Nanny, que había quedado destrozada en todos sus miembros ante los ojos de todos, había recuperado la salud después de tocar el piadoso cuerpo. ¿Por qué no podía obtener otro la misma dicha? Madres amantes empezaron trayendo en secreto a sus hijos, alcanzados por algún mal, y creyeron notar en ellos una repentina

mejoría. Aumentó la confianza y al final ya no hubo nadie tan viejo o tan débil como para no ir a buscar a aquel lugar un alivio y un remedio. La afluencia llegó a ser tal que fue necesario cerrar la capilla y hasta la iglesia, fuera de las horas del servicio divino.

Eduardo no se atrevía a volver a ver a la muerta. Vivía como un autómata y parecía que ya no le quedaban lágrimas ni era capaz de más sufrimiento. Día a día disminuía su participación en las conversaciones o en el placer de la comida y la bebida. Parece que ya sólo encuentra un cierto alivio bebiendo por aquel vaso que tan mal profeta se ha mostrado. Le sigue gustando contemplar las iniciales entrelazadas y su mirada seria y serena parece indicar que todavía confía en poder reunirse algún día con su amada. Y de la misma manera que cualquier pequeño detalle parece querer favorecer a los dichosos, también los menores incidentes parecen ponerse de acuerdo para herir y hacer sufrir a los desdichados. Así, un día que Eduardo se llevaba como de costumbre el querido vaso a la boca lo volvió a apartar súbitamente lleno de horror: era el mismo y no era el mismo. Echaba en falta una marca casi imperceptible. Presionan al ayuda de cámara y éste acaba confesando que hace mucho tiempo que se rompió el vaso auténtico y lo sustituyeron por otro idéntico, también de los tiempos de juventud de Eduardo. Eduardo se siente incapaz de enojarse; si su destino ya ha sido pronunciado por los propios hechos, ¿por qué darle tanta importancia a un simple símbolo? Y sin embargo le afecta profundamente. Desde ese momento la bebida parece repugnarle; parece haberse hecho el propósito de renunciar al habla y la comida.

Pero de vez en cuando le invade una gran inquietud. Vuelve a pedir algo de alimento y vuelve a hablar.

-¡Ay! -le dice al comandante que apenas si se aparta de su lado-, ¡qué desdichado soy! ¿Por qué todos mis esfuerzos no pueden ser más que una imitación, un vano intento? Lo que fue dicha para ella, para mí es tortura; y, sin embargo, por causa de esa misma dicha me siento obligado a aceptar esta tortura. Tengo que seguirla, tengo que seguir su camino. Pero mi naturaleza me retiene y lo mismo mi promesa. En verdad que es una tarea terrible tener que imitar lo inimitable. ¡Me doy buena cuenta, mi querido amigo, de que hace falta genio para todo, hasta para el martirio!

¿De qué serviría recordar, en esta situación desesperada, todos los esfuerzos con los que trataron de afanarse inútilmente durante algún tiempo el médico, el amigo, la esposa y todos los que rodeaban a Eduardo? Finalmente un día lo hallaron muerto. Fue Mittler el primero que hizo el triste descubrimiento. Llamó al médico y, tal como era su costumbre, sin perder la calma, observó con exactitud las circunstancias en que había sido hallado el cuerpo. Vino Carlota

apresuradamente; sentía nacer en ella la sospecha de un suicidio. Ya quería echarse las culpas y echárselas a los demás por su imperdonable imprudencia, pero tanto el médico con argumentos de índole natural, como Mittler con argumentos morales supieron convencerla muy pronto de lo contrario. Era evidente que Eduardo había sido sorprendido por su fin. En un momento de tranquilidad había sacado de una cartera que guardaba dentro de una cajita y había extendido delante de él todo lo que le había quedado de Otilia y que hasta entonces siempre había tenido buen cuidado de esconder: un mechón de pelo, flores cogidas en las horas felices, todas las notas que habían intercambiado, empezando por aquella que Otilia le había escrito y su esposa le había dado por uno de esos azares proféticos. Era impensable que hubiera dejado todos aquellos tesoros expuestos de manera voluntaria a la posibilidad de un hallazgo casual. Así pues, aquel corazón que hasta hacía tan poco tiempo era presa de una agitación infinita había hallado finalmente una paz imperturbable, y como se había dormido con el pensamiento puesto en una santa, bien se le podía llamar bienaventurado. Carlota le dio un lugar al lado de Otilia y ordenó que nadie más fuera enterrado en aquella cripta. Bajo esa condición otorgó una fundación considerable para la iglesia y la escuela, para el sacerdote y el maestro.

Así descansan los amantes el uno junto al otro. La paz envuelve su morada y los rostros serenos y amigos de los ángeles les contemplan desde la bóveda. ¡Qué dichoso será el instante en que vuelvan a despertar juntos!